

A black and white photograph of a woman with short, curly hair, wearing a black dress with large white polka dots. She is leaning against a light-colored wall on the right side of the frame. Her left hand is raised near her shoulder, and her right hand is resting on her hip. The background shows a dark, textured wall with horizontal lines, possibly a window blind or a door. The lighting is dramatic, with strong shadows.

LA HORA
DEL DIOS ROJO
Richard Crompton

Policíaca

Lectulandia

La hora del Dios Rojo, primer caso del detective masai Mollel, es una novela policiaca oscura, emocionante y vívida, con un héroe tan complejo como la misma Nairobi.

Nairobi, Kenia, 2007. En una de las megalópolis de mayor crecimiento de toda África, una pequeña élite goza del poder frente a una mayoría empobrecida e inquieta. Con las elecciones presidenciales en el horizonte, las tensiones en la ciudad han alcanzado su punto álgido.

Una joven prostituta aparece muerta en un parque con el cuerpo mutilado. Con la amenaza del caos que se avecina por las elecciones, pocos se preocuparían en exceso. Sin embargo Mollel, el detective a quien se le asigna el caso, antiguo guerrero masai, lo hace. La chica también era masai, aunque, más allá de eso, el instinto policial de Mollel hace que se sumerja en la investigación sin contemplaciones, como una especie de catarsis personal para empezar a sentirse vivo de nuevo. Rastreado pistas a medida que se aventuran por barriadas pobres y rascacielos, barrios residenciales y cloacas en busca del asesino, Mollel y su compañero kikuyu, Kiunga, se ven obligados a enfrentarse con la terrible certeza de que algunas de las personas más influyentes de Nairobi pueden estar implicadas en el crimen.

Lectulandia

Richard Crompton

La hora del Dios Rojo

Detective Mollel - 1

ePub r1.2

Titivillus 29.01.16

Título original: *The Honey Guide*
Richard Crompton, 2013
Traducción: Dora Sales
Fotografía de cubierta: Xavier Arnau

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Katya

Prólogo

Esta novela está ambientada en el periodo previo, y el inmediatamente posterior, a las elecciones del 27 de diciembre de 2007 en Kenia.

Entre reclamaciones por fraude electoral por ambas partes, el presidente en ejercicio, Mwai Kibaki, juró el cargo el 30 de diciembre, avivando de inmediato las protestas y los actos violentos que se extendieron por todo el país.

Parte de la violencia más intensa tuvo lugar en los suburbios de la capital, donde las tensiones étnicas, de larga trayectoria, asomaron a la superficie.

Este libro es un texto de ficción. La cronología es exacta, y la mayoría de las localizaciones son reales. Pero no pretende ser un retrato objetivo. Más bien, tiene la intención de captar el espíritu, la energía y el coraje de esta ciudad extraordinaria, Nairobi, que considero mi hogar.

Se cree que entre 800 y 1500 keniatas perdieron la vida a causa de la violencia postelectoral. Otras personas, innumerables, perdieron sus hogares y medios de vida, y experimentaron el terror y la penuria. Este libro es un tributo a la memoria de quienes perecieron, y a la iniciativa de quienes lograron sobrevivir.

El origen de la muerte

Al principio, no existía la muerte. Esta es la historia de cómo la muerte llegó al mundo.

Había una vez un hombre a quien llamaban Leeyio, que fue el primer hombre a quien Naiteru-kop^[1] trajo a la Tierra. Naiteru-kop llamó entonces a Leeyio y le dijo: «Cuando una persona muere y dispones del cuerpo, debes acordarte de decir: “El ser humano muere y regresa, la luna muere y se aleja”».

Pasaron muchos meses hasta que alguien murió. Cuando, finalmente, el hijo de un vecino falleció, mandaron llamar a Leeyio para que dispusiera del cuerpo. Al sacarlo, cometió un error y dijo: «La luna muere y regresa, el ser humano muere y se aleja». De modo que, tras eso, ninguna persona sobrevivió a la muerte.

Transcurrieron unos pocos meses más, y el hijo del propio Leeyio murió. Así que el padre sacó el cuerpo y dijo: «La luna muere y se aleja, el ser humano muere y regresa». Al oírlo, Naiteru-kop le dijo a Leeyio: «Ya es demasiado tarde, pues, por tu propio error, la muerte nació el día en que murió el hijo de tu vecino». Y así es como surgió la muerte, y, por eso, hasta el día de hoy, cuando una persona muere no regresa, pero, cuando muere la luna, siempre vuelve.

HISTORIA TRADICIONAL MASÁI

SÁBADO, 22 DE DICIEMBRE DE 2007

El sol cae en vertical, y la sombra escasea tanto como la caridad en Biashara Street. Allí donde existe —frente a las tiendas y en los callejones, como bocas de cuevas y cañones—, la vida se aferra: ojos que parpadean y observan con paciencia.

Ven a un hombre y a un niño andando por la acera, el niño da un brinco cada tres o cuatro pasos, para igualar las zancadas largas de su compañero.

El hombre, a modo de concesión, se ha encorvado ligeramente para ponerse a una altura que les permita conversar. Su postura sugiere que, si cualquiera de los dos alargase la mano, el otro se la cogería; sin embargo, por algún motivo, ninguno lo hará. Son padre e hijo.

—¿Pero dónde vas a montar? —pregunta el padre, de forma cansina.

Es evidente que se trata de una conversación antigua.

—¡En cualquier parte! —contesta el niño—. Podría ir a las tiendas por ti.

—Adam, esto es Nairobi. Si vas por ahí solo en bici, conseguirás que te maten. ¿Te has fijado en cómo conducen aquí?

—Pues entonces alrededor del recinto. En casa de Abuela. Allí no pasa nada. Michael tiene bici. E Imani también; y ella solo tiene siete años.

El hombre alto detiene su zancada, y el niño corre a meterse tras sus piernas. Algo ha inquietado al hombre: urgente, palpable, pero no obstante indefinible. La sensación de un problema a punto de golpear.

Solo por una vez, piensa Mollel, solo por *una vez*, me gustaría desconectar este instinto. Ser capaz de disfrutar yendo a comprar, de disfrutar pasando tiempo con mi hijo. Ser parte del público en lugar de un policía.

Pero no puede. Es lo que es.

—¡Esa es la que quiero! —exclama Adam, señalando hacia el escaparate.

Mollel pasa de forma vaga por la exposición de bicis que hay en el interior, pero se queda observando un reflejo suspendido sobre el cristal: un grupo de chicas adolescentes, todo cotilleo y chicle, móviles vibrando como abanicos, bolsos en bandolera sobre los hombros; y, desde las sombras, otros ojos, ahora ávidos, emergen. Los hombres observan sin observar, y se acercan sin moverse, con un aire despreocupado pero con determinación, dispares pero unidos, rodeando a su presa. Perros de caza.

—Entra en la tienda —le dice Mollel a Adam—. Quédate ahí hasta que vuelva a buscarte.

—¿Puedo elegir una bici, papá? ¿En serio?

—Solo quédate ahí —contesta Mollel, y empuja al niño para que cruce la puerta abierta de la tienda.

Se da la vuelta. Ya ha sucedido. El grupo de hombres se está desvaneciendo, las chicas todavía permanecen ajenas a lo que acaba de pasar. Hace marcaje a uno de los tipos, que se aleja veloz del escenario, tapando un bolso sin asas de vinilo dorado —*no es de su estilo en absoluto*— bajo la camisa.

Mollet despega, igualando el paso del perro de caza pero manteniendo la distancia, ansioso por no asustarle. No tiene sentido dejarle entrar corriendo en una callejuela ahora. Aprieta el ritmo, acorta la distancia. Deja Biashara Street. Cruza Muindi Mbingu. Serpentea entre el tráfico, ignora las bocinas de los coches. Hay más ajetreo aquí.

El perro de caza tiene unos veinte o veintipocos años, calcula Mollet. Atlético. Lleva las mangas de la camisa cortadas a la altura de los hombros, no para no exponer sus brazos bien desarrollados, sino para facilitar el movimiento de quitársela. Los botones en la parte delantera serán falsos, Mollet lo sabe, reemplazados por una tira de velcro o por cierres automáticos para frustrar cualquier intento de agarrar por el cuello al ladrón de bolsos, haciendo que quien lo intente perseguir se quede sujetando solo una camisa harapienta, como la piel mudada de una serpiente.

Mientras Mollet sopesa su estrategia (lanzarse en picado a las piernas en lugar de agarrarle por el torso), se percata de que el ladrón está dirigiéndose hacia City Market. Ahora tiene que eliminar la distancia entre ellos. Si le pierde ahí, se escapa para siempre.

Acorta toda una manzana, con más recovecos de entrada y salida que una madriguera de damanes; un día como este el interior oscuro del mercado está abarrotado de compradores que huyen del sol. Mollet se plantea gritar *¡Alto, mwizi^[35]!*, o *¡Policía!*, pero calcula que eso le haría perder un tiempo precioso. El ladrón sube a brincos los escalones y salta con destreza una pila de tripas de pescado; se detiene un momento para mirar hacia atrás, mostrando, piensa Mollet, señales de cansancio, y se sumerge en el interior oscuro. El cuerpo delgado y adusto de Mollet le sigue a solo unos pocos segundos, el corazón le late con fuerza mientras toma bocanadas de aire incluso cuando su estómago se rebela ante el hedor potente del pescado. Llevaba un tiempo sin hacer esto. Y lo está disfrutando.

Sus ojos necesitan un momento para adaptarse. Al principio, todo lo que puede ver son unas ventanas altas, muy elevadas, rayos de luz como columnas. El ruido llena lo que los ojos no ven: el alboroto de la negociación y el intercambio, el piar de los pollos, la risa, el parloteo, el cantar, y el ajetreo y el bullicio multitudinarios.

Y en medio de ese ajetreo y bullicio; un bullicio, un ajetreo que no deberían estar ahí. Ahora lo ve además de oírlo, solo unos puestos por delante. Figuras que caen, voces que se elevan protestando. Su presa.

Ve al ladrón a través de un hueco en la muchedumbre. Va dispersando gente y productos a su paso, con la intención de bloquear a su perseguidor. No tiene sentido recorrer esa vía. Mollet mira a derecha e izquierda, y opta por la derecha. Rodea un puesto, y comienza a correr en paralelo. Aunque se mantiene al ritmo de su presa, no

va a cogerle de esta forma. Por delante, ve sacos de mijo amontonados libremente contra uno de los puestos. Es su oportunidad. Da un salto, dos, y se planta encima del puesto, en equilibrio sobre los tablones que rodean el mijo.

Surge un alarido de protesta por parte de la mujer que hay tras el puesto, mientras intenta golpear las piernas de Mollel con su pala.

—¡Baja de ahí!

Pero él ya se ha ido, saltando al siguiente puesto, confiando en que la madera destartada aguante su peso. Lo hace. Mollel corre y salta de nuevo. La madera aguanta.

Desde ahí tiene mejor vista, y una carrera más limpia a pesar de los esfuerzos de los comerciantes por empujarle, agarrarle, arrastrarle para que baje. Él se eleva por encima de las manos, por encima de los puestos, únicamente concentrado en la persecución.

El olor fresco, limpio, de los pimientos y las cebollas atraviesa la sequedad polvorienta del mijo. Más fácil para mercadear. Mollel pasa saltando sobre las verduras apiladas, brincando, ojeando desde arriba, recordando cuando perseguía cabras por los pedregales de las montañas siendo un niño. El impulso lo es todo. Cada paso espera que caigas. Engaña. Desaparece.

Gritos indignados le atronan los oídos, pero Mollel siente que la enorme sala se ha quedado en silencio. No hay nadie más ahí, solo están él y el hombre que huye. La distancia entre ellos se mide en latidos: a un brazo de distancia; al alcance de la mano.

Y entonces el ladrón sale por la puerta.

De pronto Mollel se encuentra de pie sobre el último puesto, rodeado de caras furiosas. Le abuchean y le cierran el paso; alargan las manos para cogerle por los tobillos. Ve la parte trasera de la cabeza del ladrón a punto de desvanecerse entre la multitud fuera del mercado. Alarga el brazo hacia abajo, nota pelo y dureza —cocos— bajo los pies. Otro truco de cabrero: si el animal está fuera del alcance, lánzale algo.

El coco sale de su mano incluso antes de que piense en ello. Describe una parábola baja sobre las cabezas de los comerciantes, atraviesa la entrada cuadrada, brillante. Mollel incluso oye el golpe, y se relaja. Ahora tiene tiempo de sacar su identificación y despejar el camino hacia la entrada, donde se ha formado un círculo.

Ahora la muchedumbre está ansiosa, a la expectativa. La entrada trasera de City Market está poblada de puestos de carniceros, y el olor metálico de la sangre flota en el aire.

La gente se aparta ante él, y Mollel entra en el círculo. El ladrón está de rodillas, aturdido, el bolso dorado se le ha caído al suelo y se frota la parte trasera de la cabeza con una mano. En la parte delantera del círculo, un par de niños han cogido ya el coco destrozado, chupan la carne dulce y sonrían a Mollel. Comida gratis y espectáculo. ¿Qué más puedes querer?

—Vas a venir conmigo —dice Mollel.

El ladrón no contesta. Pero se pone de pie tambaleante, como atontado.

—He dicho —insiste Mollel— que te vienes conmigo.

Da un paso al frente y agarra al ladrón por la parte superior del brazo. Es más ancho de lo que Mollel puede abarcar con la mano, y duro como una roca. Espera que el chico esté lo bastante conmocionado como para arrastrarlo cuesta abajo. Si al menos tuviese unas esposas.

Y entonces el brazo gira y se aleja del suyo, dándole tiempo a Mollel solo a retroceder y mitigar la fuerza del golpe que aterriza a un lado de su cabeza. No hay conmoción; la debilidad era fingida. Ahora el ladrón está alerta y plantado sobre sus talones. Una embestida, perdida, hacia Mollel. La muchedumbre vitorea. Este luchador es fuerte pero inestable, y el policía calcula que una rápida acometida con el hombro le tiraría de nuevo al suelo. Mollel aprovecha la ocasión, la cabeza gacha, el cuerpo inclinado hacia el pecho de su oponente, pero calcula mal el tiempo, y el ladrón le elude con facilidad. Mollel siente un dolor agudo, terrible, en la cabeza, en todas partes, punzante y tenso, el dolor de la captura, de la sumisión.

Su oponente ríe, y un rugido de aprobación surge del gentío. No es partidista, esta gente. Mollel siente como si le sacudiesen la cabeza de lado a lado, arriba y abajo. No hay nada que pueda hacer.

—Ahora te tengo, masái —ríe el ladrón.

Ha metido los pulgares en los lóbulos de las orejas de Mollel.

La pesadilla de su vida, esos lóbulos. Largos y arqueados, la carne estirada desde la niñez para que sobrepase la línea de la mandíbula, las *i-maroro*^[15] son una señal de orgullo e identidad guerrera en los círculos masái, pero son objeto de burla y prejuicio en cualquier otra parte. Conoce a muchos masái que se han hecho quitar los bucles, pero de alguna forma los muñones le suenan a arrepentimiento, y orejas así parecen tan llamativas como las suyas propias.

Sin embargo, tienen una ventaja: nadie va a cogerlas de los lóbulos. Los transeúntes se desternillan con una risa casi histérica; no puede esperar ayuda por esa parte. Nunca han visto a un policía llevado por las orejas, como un toro con un aro atravesándole la nariz. Incluso el ladrón, que ahora está muy cerca, y le lanza una mirada lasciva, parece no poder creer la suerte que ha tenido.

—De acuerdo, esto es lo que vamos a hacer, masái —dice—. Vamos a irnos juntos, despacio, para salir a K Street. Voy a arrancarte tus bonitas orejas. Y tú no vas a seguirme. Si lo has entendido, asiente con la cabeza. Oh, lo siento, no puedes, ¿verdad? ¿Quieres que asienta por ti? Sí, ¡eso es!

Todo un humorista, este tipo, piensa Mollel mientras le mueve la cabeza arriba y abajo. El ladrón disfruta con el público. Incluso adopta un aire un poco arrogante cuando levanta al policía cautivo, mirando a la muchedumbre, saboreando su

momento de gloria. Que lo haga, piensa Mollel. Significa que no estará preparado para lo que estoy a punto de hacer.

Lo que hace, brutalmente, con rapidez, arranca un quejido comprensivo por parte de todos los hombres de la muchedumbre que les observa. Imaginan bien lo que una bota de policía del cuarenta y cinco con punta de acero puede conseguir cuando entra en contacto tan íntimo con su objetivo.

Casi con ternura, el ladrón suelta las orejas de Mollel. Mira directamente a los ojos del policía con expresión de sufrimiento y agonía. Esta vez, Mollel sabe que no tendrá problemas para detenerlo.

—Si esto fuera *China* —solloza la mujer china—, no molestarnos. ¡Solucionarlo!

—Bueno, esto no es China —contesta el oficial de recepción—. Esto es Kenia. Aquí, hacemos las cosas *bien*. —Lame la punta del bolígrafo y empieza a escribir en un enorme libro de cuentas—. ¿Número de permiso de trabajo?

—¡Esto no es por mí; es por mi casero! ¡Coge mi dinero y cambia cerraduras! ¿Con quién se supone que voy a dormir esta noche, eh?

En medio del júbilo general causado por esta frase, Mollel capta la atención del oficial que está en recepción, por encima de las cabezas de la muchedumbre. Le alegra que sea Keritch: no hará preguntas incómodas. Tan solo adopta una expresión socarrona mientras levanta la parte abatible del escritorio para que pueda pasar. Mientras Mollel conduce a su detenido por el pasillo hacia el CID^[2], oye cómo Keritch suspira de nuevo:

—¿Número de permiso de trabajo? ¿Y tiene *alguien* un bolígrafo que funcione?

Comisaría Central. Hace mucho tiempo que Mollel no se pasa por aquí. No ha cambiado nada. Huele a sudor y pintura fresca; es más sencillo pintar las paredes cada dos años que limpiarlas a diario. El inmueble de una sola planta fue una casa tiempo atrás y ahora permanece eclipsado por los enormes edificios modernos que tiene alrededor. Ofrece una imagen aletargada, rústica, en total desacuerdo con la incesante actividad de su interior, como si un poli de la época colonial, de los que iban en bicicleta, aspirase a convertirse en un benevolente comisario de Nairobi. Posiblemente era el caso cuando se construyó. Y hoy en día no podía estar más lejos de la realidad.

—Bien, bien. Masái. Veo que nos has traído un regalo, ¿verdad?

Mollel conduce al detenido hasta la oficina del CID. Un decrepito mobiliario de oficina y varios archivadores desbordados se apretujan en lo que obviamente fue un dormitorio alguna vez. Mwangi está sentado tras su viejo escritorio de siempre, con los pies en alto, leyendo el *Daily Nation*. Entrecano, cínico, con el bigote ligeramente más gris.

Mollel se acerca y sacude hacia arriba la primera página.

—¿Qué haces, Mollel? —pregunta Mwangi.

—Comprobando la fecha. Es la única forma en que puedo saber si te has *movido* en dos años.

—No estaría tan seguro —replica un chico joven, en mangas de camisa, comiendo una *sambusa*^[47], con un incipiente bigote de policía—. Ahora se lo dejan encima de la mesa.

—Mollet, te presento a Kiunga. Mi nuevo compañero —dice Mwangi—. Y lo creas o no, Kiunga, este masái también fue mi compañero.

—He oído hablar de ti —contesta Kiunga con tono neutro.

—*Todo el mundo* ha oído hablar de él —añade Mwangi—. La pregunta es: ¿qué hace de nuevo en la Central? Lo último que supe es que le habían degradado para que controlase el tráfico en Loresho.

Kiunga se ríe.

—¿Hay tráfico en Loresho?

—Hay trabajo que hacer —contesta Mollet—. *Matatus*^[27] abarrotados, registros de coches caducados. Algún incidente esporádico por la agresividad de esas mulas al volante.

—Y ahora nos has traído a Oloo —dice Mwangi, mirando al detenido—. El jefe estará encantado.

—¿Conoces a este tipo?

—Oh, conocemos a Oloo. Bonito bolso, por cierto —le suelta al detenido.

—¿Qué demonios está haciendo *él* aquí? —ruge una voz desde la parte trasera de la oficina.

Mwangi le lanza una mirada mordaz a Mollet y baja los pies al suelo, despacio. Oloo, el detenido, se relaja visiblemente.

Otieno, el director del CID Central, entra.

—¡Creí haberos dicho que no quería volver a verle aquí! —espeta.

Es un hombre imponente, alto y macizo; su cabeza redonda, roma, se repliega hacia el cuello grueso. Su piel, muy oscura, tiene marcas de viruela, y el color se enrojece hacia el blanco de sus ojos, manchados como nueces. Otieno, un luo en una profesión dominada por kikuyus, ha desarrollado un pellejo tan grueso como el buey que parece, y la reputación de ser igual de terco.

—No hemos sido nosotros, jefe —tose Mwangi—. Ha sido aquí nuestro amigo masái.

Otieno se gira hacia Mollet, viéndole por primera vez. Su rostro ancho se rompe en una amplia sonrisa resplandeciente, la última respuesta que Mollet hubiera esperado.

—Hay un antiguo refrán luo —responde Otieno, dando unas palmadas efusivas en la espalda de Mollet— que dice que una visita inoportuna trae alegría. Se refieren, por supuesto, a cuando se marcha. Pero esta vez..., esta vez, mi amigo inoportuno, podrías ayudarme. Deshazte de este don nadie y te lo contaré todo.

—Primero tengo que presentar cargos contra él —contesta Mollet—. Robo y

resistencia.

Mwangi y Kiunga intercambian una mirada.

La sonrisa de Otieno desaparece. Le coge el bolso dorado a Mollel y revuelve en su interior.

—Móvil, monedero, tampones, cigarrillos... —Levanta un carné—. Es increíble lo descuidada que es alguna gente con sus objetos de valor. Menos mal que hay ciudadanos buenos, honestos, como el señor Oloo aquí presente, dispuestos a entregar pertenencias perdidas.

Ahora le toca sonreír a Oloo.

—Un placer —dice con aire de suficiencia—. Ahora, si no les importa, agentes, creo que seguiré mi camino.

—¡Pero, jefe! —protesta Mollel.

—¡Pero nada! Ahora mismo manejo las mejores cifras de la División Central desde los noventa. Los robos están por debajo del ocho por ciento. ¿Crees que voy a permitir que un pequeño *mavwi*^[29] como este estropee mis estadísticas? Pregúntales a estos colegas.

Mwangi y Kiunga miran a Mollel con resignación.

—Sí —interrumpe Oloo—. Así es. Y, en cuanto a estos objetos perdidos, entonces, ¿dónde consigo mi recompensa?

Otieno suelta una carcajada fuerte, jovial. Después, sin dejar de sonreír, levanta el puño como una pala y golpea con él la cara del ladrón.

—Aquí tienes tu recompensa.

Oloo está en el suelo, la sangre le sale a borbotones de la nariz rota. Otieno se gira hacia Mwangi y Kiunga.

—Esto es para demostraros a vosotros, kikuyus, que no hay ningún favoritismo tribal. Mwangi, sácalo de aquí. Kiunga, ve a por el coche. Vamos a darle un pequeño paseo al masái.

El Land Rover de la policía serpentea entre el tráfico de Nairobi. Kiunga se maneja en el atasco con la confianza de un tipo joven, encajando el vehículo en huecos que solo dejan un margen de centímetros, adelantando coches por los dos lados, subiéndose a la acera cuando es preciso.

—¿Nunca aprendiste a conducir, Mollel? —pregunta Kiunga mientras mete el coche en un cañón estrecho formado por dos buses Citi.

—No —contesta Mollel—. ¿Y tú?

Otieno, en el asiento delantero, suelta una risotada retumbante.

—Por eso terminaste en la sección de tráfico. Es lo que *alguien* consideró una broma.

Sí, y Mollel sabe quién. Sin embargo, si Otieno quiere llevarle de paseo, debe de tener reservado algo interesante.

Salen de Uhuru Highway y entran en Kenyatta Avenue, pasando el Serena Hotel, a cuya altura Otieno espeta algunas direcciones y Kiunga hace un giro prohibido. Mientras avanzan en dirección contraria, Kiunga le lanza una advertencia a un furioso conductor de *matatu* y Otieno mantiene su corpulenta calma. Después, suben a la cuneta, salen de la carretera, entre dos postes de hormigón que Mollel cree que no será posible sortear —pero lo hacen—, y entran en Uhuru Park.

Uhuru Park: el patio de recreo de Nairobi. Le pusieron el nombre por la libertad^[3], pero también la concede: un poco de libertad frente a la extensión, amplitud y cólera de la ciudad. Al ser sábado, está abarrotado. Gente tumbada en el césped, desperdigada en grupos —familias de pícnic, amantes amándose con discreción— o individualmente; gente sin ninguna otra parte a la que ir o con algunas horas que perder, durmiendo en el suelo. Hay un grupo más grande de pie, cogidos de las manos, formando un círculo. Todos llevan las mismas camisetas rojas: un encuentro para rezar. Vendedores de refrescos, frutos secos y helado empujan sus carros de forma perezosa por los senderos, y solo se echan a un lado cuando el Land Rover se les viene encima.

Llegan hasta más allá de la zona conocida como Little Mombasa. A sus cuarenta y dos años, Mollel ha estado en algunos sitios increíbles, pero nunca ha visitado la costa keniana. Supone, con todo, que la auténtica Mombasa tiene algo más que un lago para botes poco profundo y un estanque. El sitio es bastante popular, pero últimamente parece estar perdiendo clientes debido a una atracción nueva situada en la parte trasera del parque, donde el terreno se inclina abruptamente, alejándose de la ciudad para terminar convirtiéndose en Upper Hill.

El coche se detiene junto a un grupo de gente, y, en el instante en que Kiunga apaga el motor, Mollel sabe lo que van a encontrar. El único momento en que un grupo de keniatas permanece quieto de esa forma es cuando hay un cadáver.

Bajan del coche y se abren paso entre la muchedumbre extrañamente reverente hacia el desorden de tela metálica y alambre de púas que indica los límites del parque. Parece estar muy lejos del pacífico verde del interior. Mientras se dirigen hacia la parte más cercana de la multitud, Mollel ve una alcantarilla, de algo más de un metro de profundidad, y un par de polis de uniforme que vigilan con desgana a la muchedumbre, que mira al interior de la zanja.

Por delante de ellos, de pie en el borde de la alcantarilla de hormigón, está el doctor Achieng.

—Ah, Otieno. Y te has traído a tu mascota masái, por lo que veo. Buena idea. Ha

pasado mucho tiempo, Mollel.

—¿Todavía no te has jubilado? —le pregunta Mollel al viejo.

—No me lo puedo permitir. Pensaba que habías desaparecido.

Otieno interrumpe:

—Por tu descripción del cuerpo, pensé que sería útil hacerle *re-aparecer*. ¿Qué tenemos, una termita?

Termita: jerga de la policía de Nairobi para referirse a un cuerpo que sale de las alcantarillas a causa de una lluvia fuerte, del modo en que las hormigas blancas salen de un nido inundado.

—Podría ser. Posiblemente la lluvia fue lo bastante fuerte anoche como para arrastrarla un trecho. Eso podría explicar bastantes de los impactos traumáticos. A menos que estuviese muerta antes de entrar en la alcantarilla.

Achieng le hace una señal a Mollel.

—Ven, echa un vistazo. Dime si nuestra intuición es acertada.

Mollel coge la pequeña mano del patólogo y baja a la zanja. Los abruptos terraplenes de hormigón descienden hasta un fondo plano de alrededor de un metro de ancho, a lo largo del cual discurre un arroyuelo remoto, de solo unos centímetros de profundidad, para permitir que el agua fluya en épocas secas. Ahora hay apenas un hilillo, a pesar de las lluvias de pocas horas antes: así es el clima de Nairobi. Mollel coloca los pies a ambos lados del cuerpo, que yace de costado, parcialmente en el centro del arroyuelo, con la columna curvada en una contorsión imposible: una postura irrecuperable.

La mujer lleva un vestido muy ligero, desgarrado y ennegrecido por el barro, pero de aspecto caro. Lo tiene subido por encima de la cintura. No lleva ropa interior. Manchas de sangre y barro serpentean por sus muslos.

—Verás que tiene muchas heridas en el cuerpo, la mayoría sugieren una paliza —dice Achieng—. Pero parece haber una hemorragia considerable entre las piernas. Tenemos que darle la vuelta enseguida para ver más.

Mollel sigue la línea de la curvatura del cuerpo: bajo el cadáver hay un brazo que no se ve, el otro está echado hacia arriba, sobre la cabeza.

—Deja que mueva esto —dice Achieng, levantando el brazo—. ¿Estás listo para verle la cara?

Mollel asiente. Achieng utiliza el brazo para tirar del cuerpo, haciéndolo girar, y ponerlo boca arriba.

Mollel se encuentra mirando hacia abajo a un rostro joven, ovalado; la grisura lívida debió ser un brillante negro azulado en vida. Pómulos elevados, frente amplia. Noble. En ambas mejillas, una *O* pequeña, baja, grabada mucho tiempo atrás.

Es un rostro familiar. Mollel no reconoce a la persona, pero conoce al pueblo: el suyo propio.

—Sí, es masái —afirma.

—Eso pensaba. No estoy familiarizado con todas las cicatrices tribales, pero esas

me parecieron típicamente masái. ¿Sabes de qué clan?

—En realidad no. Es una marca bastante común. Podría ser del oeste, Sikirari, Matapato. Pero me confunden las orejas.

—¿Las orejas? No he visto nada extraordinario.

—Exacto. Deberían estar estiradas, como las mías. Posiblemente perforadas en la parte superior, además. Pero mira sus lóbulos. Solo hay un agujero pequeño, para ponerse pendientes. Tiene las cicatrices en las mejillas que se hacen en la niñez, pero no las orejas estiradas que les hacen a las chicas masái en la pubertad. De modo que puede que se marchase de su pueblo antes de eso.

—Podría ser.

—Supongo que no hay carné, ¿no?

—Lo que ves —contesta Achieng— es lo que hay. Ahora, quiero girarla, ver si mis sospechas son correctas.

Le hace una señal a un policía que hay cerca, que se une a ellos en la alcantarilla. Achieng coge a la chica por los hombros y el policía lo hace por los tobillos. Juntos, giran el cuerpo.

Un grito de consternación ahogado surge de la muchedumbre que observa.

—Oh, Dios —suelta Mollel.

Ha visto muchos a lo largo de los años. Más cadáveres de los que se molesta en recordar. Sangre, tripas. Pero esto es algo más.

Achieng se gira para ponerse a su lado a los pies del cuerpo.

—Atroz —dice—. Parece que alguien ha usado un cuchillo en sus genitales. Y además de forma brutal.

Se produce cierto alboroto entre los espectadores. Alguien se ha desmayado.

—¡Haced que esa gente se marche de aquí! —grita Otieno. Incluso él, bajo su complexión oscura, parece horrorizado—. ¿Qué creen que es esto, un circo?

Los policías de uniforme caminan hacia delante y empiezan a dispersar a la multitud.

—¿Sabes algo de la circuncisión femenina, Mollel? —pregunta Achieng en voz baja.

—Sé que no es así —contesta Mollel.

—Quizás no tan brutal. Pero, entre los masái, implica la extirpación del clítoris, ¿verdad?

Mollel asiente.

—*E-muruata*^[13]. Nunca lo he visto hacer, en persona. Los hombres están terminantemente excluidos de la ceremonia. Pero, sí, a las adolescentes se les extirpa el clítoris. Lo hace una mujer mayor. Ahora es ilegal. Pero todavía sucede, por supuesto.

—¿Dices que normalmente se hace en la pubertad? ¿Como el estiramiento de las orejas?

—Sí.

—Quizás nunca se lo hicieron de niña y alguien estaba tratando de enmendarlo —dice Otieno entre dientes.

—Tendré que examinarla más a fondo durante la autopsia —replica el doctor—. Pero parece que eso es lo que ha sucedido. Desde luego, sin ningún cuidado por la salud de la paciente. Estoy bastante seguro de que esto fue lo que la mató.

—De acuerdo —dice Otieno—. Si ha terminado, doctor, llevemos este cuerpo al depósito. Archívelo como «Prostituta masái sin identificar».

—¿Qué te hace pensar que era prostituta? —pregunta Mollel enojado.

—Sé realista, Mollel —responde Otieno—. Siempre lo son.

3

—Te conseguiré un traslado temporal de vuelta aquí, a la Central —dice Otieno mientras el cuerpo es introducido en la parte trasera de una ambulancia camuflada del depósito de cadáveres—. Bastará con una o dos semanas. Digamos diez días. Quiero resolver esto rápido, masái. Puedes preguntar por ahí. Habla con las putas que trabajan en esta zona. Pero, también, sigue la pista por si se tratase de una ceremonia de circuncisión masái que ha salido mal.

—¡Que ha salido mal! No creo que podamos catalogar esto como muerte accidental. Es homicidio intencionado.

—Quizás. Mientras tanto, puedes contar con Kiunga para que te lleve en coche donde necesites. A menos que quieras pedir prestada una bicicleta.

Una bicicleta..., la palabra hostiga la memoria de Mollel. Algo importante que tiene que ver con una bicicleta.

¡Adam!

Siente que se le oprime el pecho. Había regresado con tanta facilidad a su papel de policía que se había olvidado de ser padre. Agarra a Kiunga del brazo.

—Te necesito ahora mismo —dice—. Tenemos que ir a Biashara Street.

—Por eso me gustas tanto, masái —grita Otieno mientras Mollel empuja a Kiunga hacia el Land Rover—. El caso acaba de empezar y ya tienes una pista. Te veo de vuelta en comisaría.

Mientras se dirigen hacia Biashara Street, Mollel siente que se le acelera el pulso y que aumenta el pánico. Es más de la una: un sábado, eso significa que la mayoría de las tiendas están cerrando para ir a comer; muchas ya durante el fin de semana. Con la calle vacía y las fachadas de las tiendas cerradas tras los postigos de acero pulido, Mollel tiene dificultades incluso para localizar la tienda. Cuando lo hace, ve que han dejado el postigo abierto unos centímetros. El interior está oscuro. Ordena a Kiunga que detenga el coche y baja de un salto; corre hacia el postigo y lo golpea de forma frenética.

—¡Vete! ¡Hemos cerrado! —dice una voz desde dentro.

—Mi hijo. Dejé aquí a mi hijo. Hace una hora más o menos. Solo iba unos minutos a...

—Aquí no hay ningún niño.

—¿Está seguro de que no está detrás de algún mostrador o algo? ¿No se habrá quedado dormido? Le dije que no se marchase hasta que yo volviese.

—Mire. —El postigo se levanta unos pocos centímetros más, y el comerciante indio asoma la cabeza—. Aquí no hay ningún niño. *Había* un muchacho pequeño que

dijo que estaba esperando a su padre, pero le eché. ¿Qué se cree que soy, un servicio de guardería?

—¿En qué dirección se fue?

Pero el postigo baja estrepitosamente y Mollel oye el ruido metálico de un cerrojo desde el interior. Da un puñetazo contra el acero.

—¡Papá!

Es Adam. Mollel respira aliviado. A pesar del calor, siente un escalofrío. De repente se da cuenta de que está empapado de sudor.

—¡Esperé y esperé, pero no volviste!

—Gran trabajo, que sepa el número de teléfono de su abuela —dice Faith.

Adam va cogido con fuerza de la mano de Faith. En la otra mano sujeta un helado que se derrite deprisa.

Faith le lanza a Mollel una mirada a la que él se ha acostumbrado con los años: una mezcla de lástima y desdén. El desdén parece ganar esta vez.

—El hombre de la tienda no me dejaba usar su teléfono —siguió Adam—. Pero una señora en la tienda de al lado sí. Abuela vino a recogerme.

—Gracias, Faith —dice Mollel, avergonzado—. Se trataba de un asunto policial.

—Siempre se trata de un asunto policial —replica Faith.

—Abuela dice que puedo irme a casa con ella.

—Creo que será lo mejor —añade Faith. Y a Adam—: Dale un abrazo a tu padre.

Ambos se miran con torpeza. No es un gesto natural para ninguno de los dos. Después Mollel se inclina para recibir el abrazo, que le hace resplandecer a pesar de la frialdad del helado sobre su nuca.

—Gracias por la bici, papá —le susurra Adam al oído—. Sé que se suponía que no lo podía saber hasta Navidades. Pero a Abuela se le ha escapado.

Mollel se incorpora. Faith le lanza una mirada desafiante; él se la devuelve, pero la suaviza. Ella tiene razón. Es mejor para el chico tener algo que esperar con ganas en lugar de pensar que su único progenitor le ha abandonado. Mollel nunca sería capaz de decir sinceramente que le *gustaba* su suegra. Pero ella quiere a Adam, y solo por ese motivo se queda callado cuando ella le suelta:

—Tienes que recordar dónde están tus prioridades, Mollel.

En ese momento Kiunga le está dando la mano a Adam. Al niño le ha gustado de inmediato el colega de Mollel y está charlando de buen grado sobre el colegio.

—Siempre has tenido un poderoso sentido de la justicia —continúa Faith—. Por eso te quería Chiku. Yo misma te admiraba por ello. Pero hay una diferencia, Mollel, entre la justicia y lo que es *correcto*.

Señala con la cabeza a Kiunga, que le está enseñando a Adam su identificación como policía.

—¿Sabe lo que le hiciste a tus compañeros?

—Lo sabe todo el mundo en el departamento —responde Mollel.

—¿Y aun así quiere trabajar contigo?

—No creo que tenga mucha elección —replica Mollel.

—La lealtad funciona en ambos sentidos, Mollel. Parece un buen hombre. Puedes necesitar que esté de tu lado.

—Y debería ser más leal con Adam también, ¿no es eso lo que estás diciendo?

—Es tu hijo, Mollel —contesta Faith, con un matiz de tristeza en la voz—. No entiendo que tu lealtad hacia él pudiera colocarse jamás en segundo plano.

—Un niño muy cariñoso —dice Kiunga al marcharse—. Y es un rojo.

—¿Un qué?

—Es del Manchester United. ¿No lo sabías?

—En realidad no sigo el fútbol. ¿Tienes niños?

Kiunga se ríe.

—¡Ni hablar! ¡Lo último que necesito es alguien que dependa de mí!

Alguien que dependa. Parece una expresión curiosamente formal para describir a su hijo. Pero, de hecho, tienen una relación curiosamente formal.

Cuando él era pequeño, en las estribaciones de Kajiado, su madre solía llamarle *ol-muraa*. Su pequeño guerrero. A los catorce años, se convirtió en un *moran*^[33]. Pero ella seguía llamándole *ol-muraa*.

Ya no puedes llamarme pequeño guerrero, Madre. Ahora soy un guerrero de verdad. Y te dirigirás a mí con respeto.

¡Cómo se rio ella! Y después le ahuyentó del *boma*^[4] con un cucharón. Aquella injusticia le encendió, como lo hicieron los ojos de su hermano pequeño, Lendevea.

Lendevea nunca conoció al padre de ambos. Mollel, que vivió temiendo sus palizas, pensaba que el pequeño era afortunado.

Intentó, a su manera, convertirse en el padre que su hermano nunca tuvo, pero Lendevea no le dejó. Las afirmaciones de autoridad se topaban con un desdén divertido, y, antes de que pasase mucho tiempo, Mollel lo dejó estar. Y ahora —hizo una pausa para afrontarlo— hacía casi veinte años que no veía a su hermano. Como con su padre, Mollel no tenía ni idea de si Lendevea estaba vivo o muerto.

Su padre. Lendevea. Su madre. Su esposa. No queda nadie.

No es de extrañar, piensa Mollel, que se resista a considerar a su hijo como alguien que depende de él. Si la vida le ha enseñado algo, es que no puedes depender de nadie.

Están recorriendo Koinange Street, K Street, el conocido barrio rojo. No es que haya luces rojas, aparte de las que los motoristas se esfuerzan por ignorar. Todo parece discreto a esta hora del día. Respetable, incluso. Gente joven camina por las aceras con tranquilidad, y las pocas chicas que eligen ejercer su oficio durante el día se han replegado en las sombras en lugar de merodear por el bordillo de la acera.

Mollet se dirige directamente hacia tres de ellas, resguardadas del sol bajo el toldo de un restaurante chino.

—Disculpad —empieza.

Las chicas les lanzan a él y a Kiunga una mirada desdeñosa, despectiva —Mollet la compara, maliciosamente, con la que Faith le ha dedicado pocos minutos antes—, y se dispersan en tres direcciones distintas, sin molestarse siquiera en responder.

—¡No hay ningún problema! —grita Mollet; pero las chicas se han ido.

Kiunga se está riendo.

—Podríamos ir de uniforme —dice—. Mira, sé cómo tratar con estas chicas. Observa, y aprende.

Se ponen en marcha, pero tras avanzar solo un par de metros, Kiunga agarra el brazo de su amigo.

—Atención. Siempre van a saber que somos policías, no hay forma de evitarlo. Lo huelen o algo. Pero no es necesario asustarlas. No hay que irrumpir. Relájate. Relaja los hombros, camina con las palmas abiertas, así. Sí, sé que te sientes raro. Pero estás mandando un mensaje: no tienes nada que ocultar. Vamos.

En efecto, cuando se acercan al siguiente grupo de chicas —Mollet se queda por detrás, imitando de forma consciente el andar tranquilo de Kiunga—, estas no se dispersan, sino que contemplan con actitud irónica y escéptica a los policías que se aproximan.

—Hola, señoras —saluda Kiunga—. Una tarde agradable.

—¿Qué quieres? —le espeta una, con recelo pero sin hostilidad aparente.

—Tan solo entablar una conversación. ¿Por qué, temes que alejemos a la clientela?

—Sigue.

Mollet admira la forma en que Kiunga habla con las prostitutas: profesional pero afable. Les pregunta si han oído hablar de la chica que han encontrado en el parque; si saben de alguien que haya desaparecido de su ronda habitual; si la descripción de una joven prostituta masái les resulta familiar. Las respuestas, todas negativas, a Mollet le parecen veraces y reflexivas. Estas chicas no quieren que haya un asesino suelto más de lo que lo quiere la policía.

Siguen adelante. Hay una chica por su cuenta, sin grupo. Es joven, pero su aspecto desaliñado contrasta con el de la mayoría de las otras que trabajan en esta calle. Y a pesar del calor, está de pie a pleno sol, con mallas negras y un top vaquero negro. Se balancea ligeramente mientras gira y realiza el mismo circuito cansado sobre la acera.

Mollet se dispone a acercarse, pero, de nuevo, Kiunga le sujeta con un toque en el brazo.

—No te molestes. No sacarás nada de ella.

—¿Por qué no?

—Mírale los ojos.

Al pasar por su lado, Mollel observa la cara de la chica. Tiene los ojos muy hundidos y apagados; giran de un lado a otro bajo los párpados.

—Ey, chicos —dice con voz arrastrada. Y en kiswahili^[20]—: *Mnataka ngono?*^[32]

Esa proposición tan directa es completamente distinta a la inclinación de cabeza y el guiño de las otras chicas, y Mollel comprende por qué esta no les proporcionará nada. Es drogadicta. Bueno, también lo son muchas de las otras. Pero está en plena subida en este momento, posiblemente es la única forma en que puede afrontar lo que hace.

Ambos siguen caminando, recorriendo con pasos pesados K Street otra hora más o menos, hablando con todas las prostitutas que se encuentran. Algunas los miran con los mismos ojos en blanco, apáticos, de yonqui. Otras están más dispuestas a hablar, especialmente con Kiunga. Pero las respuestas son siempre las mismas:

No, no hemos oído nada.

No, no sé quién es.

El calor empieza a hacer mella en la ciudad, y Mollel sugiere un cambio de escenario. Han recorrido toda la extensión de K Street, de todos modos, y ya están de vuelta en Biashara Street, donde está aparcado el Land Rover.

Son más de las cuatro. Mollel ve que la tienda de bicicletas ha vuelto a abrir los postigos, obviamente confiando en conseguir alguna venta navideña en el último minuto. Mollel entra; Kiunga le sigue.

—Bienvenido, señor. ¿Busca algo en particular o solo va a echar un vistazo?

—¿Se acuerda del niño que estaba aquí antes?

—Oh, es usted —dice el comerciante, replegándose tras el mostrador y pasando inmediatamente de mostrarse servil a estar a la defensiva—. Se lo dije antes, los hijos de los demás no son asunto mío. Tengo que llevar un negocio. Y a menos que quiera comprar algo...

—Espere, espere —contesta Mollel—. Mientras estuvo aquí, ¿notó si miraba alguna bici en particular?

—Ah, comprendo. Bueno, ahora que lo dice, creo que esta fue la que más le llamó la atención, sí, sí, sin duda.

Los comerciantes indios tienen fama de ser buenos negociantes, y a Mollel se le cae el alma a los pies cuando ve que el hombre le conduce hacia la que obviamente es la bicicleta infantil más cara de la tienda. El tipo coge los manillares y hace botar el vehículo sobre sus ruedas macizas.

—Quince velocidades, suspensión delantera y trasera, cuadro de aleación. De verdad que no conseguirá nada mejor que esto.

—¿Cuánto cuesta?

—También podría preguntarse cuánto se *ahorrrará*. Piense en las reparaciones continuas que tendría que hacer con un modelo más barato. Todos los pinchazos

debidos a unas ruedas inadecuadas, todo el daño causado por una fabricación de muy mala calidad. Además, piense en lo que se ahorrará en gasolina y billetes de *matatu* cuando el hombrecito sea independiente.

—¿Cuánto?

—Veinte. Y es el mejor precio que encontrará.

—¿Veinte mil chelines? ¡No puedo permitírmelo!

El comerciante sonrío.

—Es una pena que el caballero no estuviera presente cuando el jovencito miraba este modelo —continúa—. Cómo se le iluminó la cara. Hizo que todo resultase más trágico después, cuando se dio cuenta de que... Cuando se dio cuenta de que su papá no volvía a recogerle.

Kiunga da un paso adelante. Tiene una expresión vacía en el rostro, los brazos cruzados, el pecho hacia fuera. La neutralidad nunca pareció más amenazante.

—No creo que haya entendido a mi compañero. No ha dicho que no pueda permitirse la *bicicleta*. Ha dicho que no puede permitirse el *precio*.

—El precio no es negociable, señores —el comerciante insiste con voz temblorosa—. Si quieren echar un vistazo a las más baratas... Apenas algo más que juguetes, en realidad, pero quizás más adecuadas a su presupuesto.

Kiunga pone la mano sobre el sillín de la bici.

—Supongo que tiene todos los papeles de importación de esta. ¿Y del resto de su inventario?

El comerciante se queda con la boca abierta, y Kiunga sigue:

—Porque podemos tener una conversación muy *larga* sobre eso... Y sobre sus permisos de negocio e impuestos atrasados y aportaciones a la seguridad social... O podemos tener una conversación muy *corta* sobre su descuento para policías.

—¿Descuento para policías? ¿Por qué no me dijeron que son agentes de la ley? ¿Dije veinte mil chelines? Quise decir quince. ¿Y mencioné que incluiría un casco de regalo?

Con la bicicleta en la parte trasera del coche, salen del centro de la ciudad y regresan a Uhuru Park. Mollel quiere volver a examinar la escena del crimen antes de que oscurezca demasiado. El sol ya ha descendido, y tienen que bajar las viseras del coche mientras atraviesan la rotonda de Kenyatta Avenue. Ahora el parque no está tan abarrotado. La gente está regresando a sus casas. Como el calor no agobia tanto, los que se quedan en el parque renuevan sus energías. Los chicos juegan al fútbol, los niños acuden en tropel a los columpios, los amantes pasean sin prisa cogidos de la mano.

En la escena del crimen, la retirada del cadáver ha dispersado a los mirones curiosos. Un solitario policía de uniforme está sentado sobre el muro de baja altura junto a la alcantarilla, charlando por su móvil. Se pone de pie de un salto y da por terminada la llamada mientras los otros policías se acercan.

—Oh, eres tú —le dice a Kiunga—. Pensaba que eras el jefe.

—Soy tu jefe —responde Kiunga—. Lo dicen tres meses de antigüedad y un extra de quinientos chelines a la semana. ¿Todavía no conoces a mi nuevo compañero, verdad? Mollel, este es John Wainaina. Una vergüenza para el oficio.

Wainaina sonríe ampliamente y estrecha la mano de Mollel.

—Siento que te hayan endilgado a este pedazo de tronco —dice, señalando a Kiunga—. Fuimos juntos a la escuela. Siempre dijimos que llegaría a detective... siempre que esté persiguiendo comida, o algún coñito.

—Es un *noma*^[38] —afirma Kiunga.

Mollel no sabe mucho *sheng*^[49], la lengua híbrida compuesta por swahili, inglés y kikuyu, pero deduce que *noma* tiene un sentido positivo. Alguien en quien se puede confiar.

Los dos *nomas* se ríen con ganas, y por un instante fugaz Mollel se pregunta por qué nunca ha logrado hacer amigos así en el cuerpo. Posiblemente por el mismo motivo por el que nunca se hubiese sentado a charlar por teléfono cuando está por investigar la escena de un crimen.

—¿Todo bajo control aquí?

Wainaina se despereza.

—Eso parece.

Mollel ha cogido una linterna del coche. Baja a la zanja de cemento, ahora vacía, pero llena de huellas enlodadas y manchas en el lugar donde estaba el cuerpo, y empieza a seguir las huellas de todo el perímetro.

—¿Este parque es parte de tu ronda habitual? —le pregunta a Wainaina.

—Supongo. Cubro la mitad del distrito central en un sentido o en otro.

—¿Entras al parque por la noche?

—No, si puedo evitarlo. No hay razón para ello. Oficialmente está cerrado, aunque, por supuesto, en realidad no hay forma de evitar que la gente entre y salga.

—¿Y es de suponer que lo hacen?

Mollet ha llegado al final de la zanja y está apuntando la linterna hacia la gran cañería de cemento que la alimenta.

—Siempre hay movimiento. Algunas personas duermen en los arbustos. Otras vienen a tener sexo. Las prostitutas de K Street lo utilizan como alternativa barata en lugar de una habitación de hotel.

—Bien. ¿Así que podría haber estado en el parque con un cliente, haber sido asesinada a poca distancia de aquí, y arrojada en la zanja?

—Eso pienso.

—Quiero que vuelvas más tarde y reúnas a algunas de las personas que suelen dormir o merodear por aquí de noche. Averigua si vieron algo.

Wainaina suelta un suspiro fuerte. Mollet aparenta no haberlo oído, y mete la cabeza en la cañería. Es lo bastante amplia como para que quepa una persona. Con la linterna, alcanza a ver que se extiende un pequeño trecho más o menos recto, y que después tuerce bruscamente hacia arriba. El olor es espantoso; un limo grasiento cubre la base de la cañería. Saca la cabeza de golpe y respira aire fresco a bocanadas.

—¿Alguien ha subido por aquí?

—Debes de estar bromeando.

Mollet se quita la camisa y se la da a Kiunga. No tiene sentido ensuciarse demasiado. Wainaina y Kiunga lo observan divertidos mientras Mollet, con el torso desnudo, se abre paso empujando con firmeza para meterse en la boca de la cañería.

Los sonidos de la ciudad se desvanecen tras él a medida que se adentra. El olor crece en intensidad. Debe de haber una fuga de aguas residuales por las fuertes lluvias de la noche anterior. Pisa con cuidado sobre la superficie bajo sus pies, que es curva y resbaladiza, y se sujeta apretando el antebrazo contra el techo de la cañería. Está doblado casi por la mitad pero no tiene intención de ponerse a cuatro patas si puede evitarlo.

En la unión con la parte inclinada, coge la linterna y mira hacia arriba. La cañería desaparece en la oscuridad, siguiendo un ascenso firme de unos quince grados. No hay señal de rejilla o malla alguna; el agua torrencial podría haber arrastrado con facilidad un cuerpo hasta aquí abajo. Eso podría explicar el estado maltrecho del cadáver. Dibuja círculos con la luz, buscando algún pedazo de tela que resulte revelador o algo que pudiera ser el arma del crimen. Pero no hay nada.

—¿Adónde conduce esto?

Ha retrocedido para encontrarse con Wainaina y Kiunga, que le esperan pacientemente. Miran con asco su cuerpo cubierto de mugre.

—Hay un grifo ahí —dice Wainaina, señalando hacia una toma de agua provisional que hay cerca, de un jardinero. Mollet se acerca y empieza a lavarse.

Como respuesta a su pregunta anterior, Kiunga dice:

—Por el aspecto, la alcantarilla asciende directamente hasta State House Avenue. Debe bajar agua de puntos tan lejanos como Kilimani y Lavington.

—De acuerdo. Intentemos rastrearlo. —Y dirigiéndose a Wainaina—: Tú quédate aquí.

Mollet y Kiunga rodean la valla de tela metálica que marca los límites del parque y empiezan a ascender pesadamente hacia Upper Hill. La carretera da un giro, y ahora se encuentran unos diez metros por encima de Wainaina, que está abajo junto al desagüe de la cañería.

—Aquí —dice Mollet, señalando una tapa de alcantarilla en la acera.

Está recubierta de barro y herrumbre. Se saca una navaja del bolsillo y la raspa lo bastante como para encontrar un borde, que levanta haciendo palanca. Al mirar dentro, ve un pequeño escotillón hasta una cañería que recorre todo el contorno de la colina.

Mollet oye un grito.

—¡Puedo verte!

Se incorpora y, volviendo a mirar colina abajo, ve a Wainaina inclinado hacia la boca de la cañería. Están todavía lo bastante cerca como para que haya visto la luz de la tapa levantada.

—Es la misma cañería, de acuerdo —dice Kiunga.

—Esta tapa no se ha movido en años —apunta Mollet—. Vamos.

Siguen caminando colina arriba, y van encontrando tapas de alcantarilla en la acera o, de vez en cuando, en medio de la carretera; las siguen para rastrear el curso de la cañería de desagüe. Todas parecen cerradas herméticamente por décadas de abandono. Sin embargo, en una zona menos salubre de la ciudad, hace tiempo que las han robado para conseguir pedazos de metal.

Llegan a State House Avenue, una calle tranquila, arbolada, que conduce finalmente al palacio presidencial.

—Por favor, dime —refunfuña Kiunga— que no vamos a recorrer todo el camino de vuelta hasta State House. Eso sería un fastidio que de verdad no necesito.

Mollet frunce el ceño. Ya debería haber aparecido otra tapa, pero ha venido escudriñando la carretera y la acera desde hace rato y aún no ha conseguido encontrarla. Las otras están separadas por intervalos bastante regulares. ¿Por qué romper la pauta?

—Creo que la he encontrado —grita Kiunga. Está mirando con atención por encima de una verja metálica alta—. ¿No es eso? ¿Allí?

Mollet vuelve sobre sus pasos y se une a Kiunga junto a la verja.

—Es difícil de decir, con las hojas. Podría ser. ¿Qué es este sitio?

Por encima de la verja, alcanzan a ver una casa de piedra, de antiguo estilo colonial. De dos plantas, no muy grande, con las ventanas oscuras. Definitivamente ha conocido tiempos mejores. El patio delantero, que sería un jardín tiempo atrás, ha sido cubierto de gravilla para convertirlo en aparcamiento, pero está tapado por una capa de hojas de los enormes árboles de eucalipto que colman la zona de sombras veteadas.

Muy por encima de ellos hay un letrero de metal recién pintado. Ambos retroceden para verlo mejor.

—Orpheus House —dice Kiunga, leyendo el letrero.

PRÓXIMAMENTE, proclama sobre una imagen hecha con ordenador en la que se ve un edificio de varias plantas en colores cremosos, frescos, con tejados blancos, curvilíneos. No hay señal de las docenas de árboles majestuosos que adornan actualmente el lugar, aunque un punto difuminado de color verde aquí y allá en los márgenes del dibujo sugiere uno o dos árboles jóvenes.

ORPHEUS HOUSE. UN PROYECTO DE LA IGLESIA DE GEORGE NALO, FINANCIADO POR PATROCINADORES INTERNACIONALES E INVERSIONES EQUATOR.

Mollet aporrea la verja. Una pequeña bandada de cólicos, sorprendidos por el ruido, vuela a los arbustos cercanos. Por lo demás, no hay señal de que nadie lo haya oído.

—Está cerrada con candado —dice Kiunga, haciendo sonar la cadena que sujeta la verja—. Eso me sugiere que no hay nadie.

Kiunga ahueca las manos para darle un impulso a Mollet. Un vistazo rápido a ambos lados de la calle —todo en calma— y Mollet sube y sorteando la verja, aterrizando con suavidad sobre las hojas que hay en el otro lado.

—Vigila.

—Sawa sawa^[48] —replica Kiunga—. Es seguro.

A pesar de la confianza de Kiunga en cuanto a que el lugar está vacío, Mollet no puede librarse de la sensación de que mientras avanza hacia la casa está siendo observado. Examina las ventanas. Están atrancadas, a oscuras. Cubiertas de polvo como si tuviesen cataratas. No hay señales de vida.

Cuanto más se aleja de la verja, más se diluyen los sonidos de la calle en los de aquel ambiente, ahogados por los árboles, cuyo susurro suave aplasta por completo el

ruido del tráfico. A Mollel le sorprende que todavía exista un lugar así tan cerca del centro de Nairobi, y le entristece un poco su inminente desaparición.

Rodea la casa —la gravilla crepita bajo sus pies—, y echa un vistazo a través de una ventana de la planta baja. Nada. Una habitación vacía. Sigue caminando y mira por la siguiente ventana: es más grande, pero esta vez está tapada por cortinas desteñidas, gruesas, por el otro lado. Están bien echadas. No hay siquiera una rendija entre ellas que arroje una pista respecto a lo que hay dentro.

Al seguir adelante, Mollel descubre que el terreno se extiende a lo lejos por detrás de la casa. Debe ser casi una hectárea. De tierra excelente. Hay una pequeña edificación al final, y eso parece más prometedor. Mollel se percata de que el paso regular de unos pies parece haber formado un camino entre las hojas caídas. Se acerca al edificio de ladrillo, una casa pequeña con dos o tres puertas, cada una de las cuales dará al cuarto de un sirviente. Una de las puertas está abierta, dejando ver una letrina oscura. Mollel aspira el humo de carbón vegetal, y mientras rodea el edificio, ve una *jiko*^[18] encendida con una mazorca de maíz tostándose encima.

—¡Cuidado!

Al oír el grito de Kiunga, Mollel se gira justo a tiempo de levantar el brazo contra la barra de metal que se le viene encima. Salta hacia atrás, esquivando el segundo golpe, atento al momento en que su asaltante ha de volver a levantar el arma para agarrarla. Nota la frialdad del metal en su palma y lo gira, tirando de él para quitárselo al otro tipo. Se lo arrebató y lo empuña en alto muy por encima de su propia cabeza, listo para dejarlo caer...

Y casi lo hace, sobre la cabeza de Kiunga. Kiunga ha acudido para ayudar a Mollel y ha agarrado al otro tipo por los brazos, sujetándolo fuerte con un abrazo de oso. El hombre es bajo y débil, y Kiunga le sobrepasa por mucho.

—¡Cuidado! —exclama Kiunga—. Eso es letal. Podría haberte partido el cráneo.

Mollel deja caer la barra de hierro con gran estrépito. El anciano levanta la vista para mirarle de forma lastimera.

—Por favor, aquí no hay nada que robar. Solo soy el *askari*^[1] durante el día. Los guardas nocturnos llegarán pronto. Y tienen perros.

—¡Venga! —suelta Mollel—. Aquí no hay señales de perros. Habrían hecho un camino alrededor del perímetro. Apuesto a que no hay guardas nocturnos, tampoco. Solo estás tú, ¿verdad? ¿Por qué no fuiste hasta la verja cuando nos oíste golpearla?

El anciano se señala la oreja.

—Estoy muy sordo —dice—. Por favor, dejad que me vaya. Ni siquiera soy un guarda, en realidad. Solía ser conserje aquí, y los dueños dejaron que me quedase para disuadir a los ocupas. Eso es todo.

—No te preocupes, viejo —contesta Kiunga, soltándole—. No vamos a hacerte daño. Somos policías.

El anciano retrocede a trompicones, frotándose los brazos. No parece demasiado tranquilo con esa afirmación. Mollel le muestra su identificación.

—¿Cómo te llamas?

—Githaka.

—Githaka, queremos echar un vistazo a la tapa de la alcantarilla del patio delantero. No tienes inconveniente, ¿verdad?

Githaka les mira sin comprender. Mollel se lo toma como un permiso. Los tres se dirigen hacia la parte delantera de la casa. Mollel y Kiunga se arrodillan junto a la tapa de hierro.

Mollel saca su navaja y la usa para apartar algunas hojas. Le señala el borde a Kiunga: por los lados, alguien ha rascado la herrumbre y el barro hacia un lado, para hacer palanca y abrir. Lo han hecho recientemente, además, y han vuelto a poner hojas encima para taparlo.

Kiunga suelta un silbido en voz baja.

—Llama a Wainaina con tu teléfono —pide Mollel—. Quiero probar algo.

Levanta la tapa de la alcantarilla y la coloca con cuidado a un lado. Coge la linterna e ilumina el interior formando círculos. A simple vista, no se advierte nada. Se deja caer y entra en la cañería. Agazapado, observa que ante él, arriba y al borde de la colina, se extiende... el mismo olor apestoso, la misma oscuridad.

Desde arriba, Kiunga:

—Wainaina está al teléfono.

—Pídele que suba por la cañería tanto como pueda sin perder la cobertura. Cuando esté allí, avísame.

Kiunga se ríe.

—¡Se va a poner contento!

Mollel oye cómo Kiunga le explica la tarea a su amigo, y después, como respuesta a una protesta obvia, cómo se lo ordena con firmeza. Esperan.

—Bien —dice Kiunga—. Ya está allí.

—Dile que se ponga a gritar.

—Grita —dice Kiunga por el teléfono—. No sé qué. ¡Lo que sea! Canta *Dios Salve a Kenia*, me da igual. Usa tu imaginación.

En la penumbra, Mollel se esfuerza por oír. Apaga la linterna, y de alguna forma eso agudiza su oído. Aparte del cuadrado de luz sobre él y los pies de Kiunga, apenas puede ver nada. Oye un susurro cercano, como un correteo. Intenta no pensar en las ratas.

Y entonces lo oye, a lo lejos, resonando. Una voz de hombre.

—Sácame de aquí —le pide a Kiunga—. He oído bastante.

Kiunga alarga el brazo hacia abajo y tira de su compañero.

—¿Has podido oírle?

—Oí algo. Gritaba. Creo que hablaba en kikuyu. La única palabra que distinguí fue *masai*.

Kiunga se ríe. Se pone el teléfono contra la oreja.

—Sigue gritando. Dice que hay un olor terrible a mierda de cabra en el túnel. Y que debe de ser porque hay un masái en el otro extremo.

Mollel coge el teléfono. Los gritos se detienen, y oye la voz ronca de Wainaina al otro lado:

—Kiunga, ¿puedo parar ya?

—Todavía no —contesta Mollel—. Sigue gritando.

Le devuelve el teléfono a Kiunga y se agacha para volver a colocar la tapa de la alcantarilla.

—¿Vas a dejar que se quede gritando ahí abajo? —pregunta Kiunga.

—¿Por qué no? —se ríe Mollel—. Puede con ello. Es un *noma*.

Dejan al anciano *askari* con la promesa de que volverán para echar un vistazo al interior del edificio, y le advierten que no toque la tapa de la alcantarilla.

Ya ha oscurecido. Es hora de regresar a K Street.

En el coche, de camino hacia allí, Mollel repasa lo que han averiguado sobre Orpheus House. El viejo Githaka les ha dicho que lleva vacía unos meses. Antes de eso, durante unos veinte años se utilizó como centro o refugio para mujeres: una especie de casa segura para quienes querían escapar de la prostitución. Un año antes, la organización benéfica tuvo dificultades económicas, y la casa pasó a manos de la Iglesia de George Nalo.

Nalo, Mollel ha oído hablar de él. El pastor es una especie de celebridad en la ciudad. Su misión se anuncia en vallas publicitarias, y apenas puedes evitar verle en la televisión. Tiene una megaiglesia a las afueras de Embakasi y es conocido por sus proyectos sociales.

Según Githaka, el lugar está parado mientras terminan de reunirse los fondos para reurbanizarlo. Mollel se pregunta cuánto valdrá un sitio como ese. No tiene ni la menor idea. Millones de dólares, posiblemente, cientos de millones de chelines.

—¿Podemos parar para comer algo, jefe?

Como de costumbre, Mollel se ha olvidado de comer, y percatarse hace que sienta una especie de vacío mareado, pero no hambre. Es hora de tomarse sus pastillas, además.

Paran en Nelly's Country Inn, en Koinange Street. El nombre pintoresco oculta un interior bullicioso, funcional: tubos fluorescentes en el techo, linóleo desgastado en el suelo, bancos de plástico rojo en los reservados. El Country Inn es una especie de leyenda en Nairobi. Luce un letrero sobre el mostrador que dice: DESDE 1970. NUNCA HEMOS CERRADO.

Es cierto. Mollel viene por aquí desde que es policía, incluso antes, cuando era *askari* privado con turno de noche. Hay algo en su *chai masala*^[6] —té especiado, con leche— que ningún café puede igualar. Quizás sea la pátina de la urna antigua desde la que lo sirven, que es sin duda una superviviente, como las señoras imponentes que hay tras el mostrador, desde el primer día en que abrió el negocio.

Kiunga se hace con dos taburetes altos junto a una barra que da a la ventana delantera, una ubicación ideal, aunque algo llamativa, para observar toda la calle.

—Tomaré un plato de *sambusas* —le dice Kiunga a la camarera—. Que sean diez, mixtas. Y para beber una *tangawizi*^[54]. ¿Mollet?

—*Chai masala* y un tazón de *matoke*^[28].

—¿Es todo? ¿Nada de carne? Pensaba que los masái solo comen carne.

Mollet se encoge de hombros.

—Es todo lo que me apetece.

No menciona que últimamente la medicación le revuelve el estómago si come algo que no sean alimentos fáciles de digerir.

La clientela en Nelly's cambia cada hora. Durante el día, es casi respetable, y hace buena caja con oficinistas y comerciantes que buscan tomar un refrigerio. A primeras horas de la noche, suele juntarse una multitud de estudiantes, que hacen cola para llenarse el estómago con bandejas de carne grasienta antes de tomar una cerveza nocturna. En ese momento un grupo de jóvenes llenos de energía sale de golpe de uno de los reservados, haciendo mucho ruido pero sin molestar a nadie. Más tarde, este sitio atraerá a algunos de los vecinos más populares de la calle: chicas de compañía chismorreando y tomándose un descanso entre clientes. De alguna forma saben mantenerse alejadas durante el día, y Mollet se pregunta si los jefes del local les han advertido, para que lo eviten, o si las chicas se sienten incómodas mezclándose con gente bien.

—Estaba muy bueno —dice Kiunga, rebañando los restos de su última *sambusa* para recoger lo que quedaba de la salsa *pili pili*^[43]. Se lo mete todo en la boca y lo traga con placer—. No has tocado lo tuyo.

—Haré que dure —contesta Mollet—. Quiero quedarme aquí mientras vas a hablar con algunas de las chicas.

—Gran idea. No hace falta hostigarlas. Vuelvo en un rato.

Después de que Kiunga se vaya, Mollet se saca una cajita de pastillas del bolsillo y aparta con cuidado las tres para esta noche: cada una de un tipo. Se coloca las tres en la lengua y las traga con el *chai*^[7] tibio. Después, sin entusiasmo, se pone de nuevo a comer su *matoke* gris.

Durante media hora más o menos, observa cómo Kiunga se acerca a las chicas en la calle. A esta hora de la noche suelen estar solas, más que en grupos. Pronto Kiunga deja de estar a la vista. Mollet sigue observando a las chicas en su trabajo. Es evidente que tienen un acuerdo con los *askaris* que vigilan las fachadas de las tiendas con los postigos echados. Incluso es sus tiempos como vigilante nocturno, quince años antes, recuerda Mollet, estos lugares en Koinange Street estaban muy cotizados entre los vigilantes. Podría parecer aburrido, peligroso y frío quedarse sentado toda la noche en un taburete delante de un postigo cerrado, con poco más que una cachiporra y un transistor. Pero es posible obtener un complemento lucrativo. Los *askaris* les guardan a las chicas sus objetos personales mientras ellas hacen la ronda por las

aceras. Algunas aparecen luciendo abrigos largos... se supone que para evitar llamar la atención en el *matatu*... y los doblan y dejan junto al taburete de un *askari*. Es algo discreto, pero los *askaris* siempre cobran algo por este servicio de guardarropa, a menudo en especie. También ofrecen otros servicios. Protección. Proxenetismo.

En cuanto a los clientes, su uniformidad es la única sorpresa: todos de mediana edad, rondando los cuarenta, cincuenta, o sesenta. La mayoría barrigones. La mayoría africanos, aunque hay muchos indios también. Parecen compartir una actitud relajada, formal, con respecto a toda la transacción. Detienen sus coches buscando una cara conocida o una figura que les llama la atención. Charlan un rato con la chica apoyada sobre la ventanilla del lado del pasajero. Después ella sube, y se van. ¿Adónde?, se pregunta Mollel.

Como siempre, lo que le fascina son los detalles. El tipo indio que para con un SUV, asientos de bebé en la parte posterior. El africano gordo, calvo, que parece fijarse... después rechaza... al menos a diez chicas antes de elegir a dos con las que desaparece. Y la forma en que las chicas ejercen su oficio: el trabajo en equipo; la manera en que cuidan unas de otras, las miradas furtivas a las matrículas y la forma en que observan con atención cualquier actividad sospechosa, cómo examinan minuciosamente a los clientes las que se quedan.

Mollel está cada vez más convencido de algunas verdades básicas. Una: solo las *yonquis* trabajan solas. Todas las demás mantienen una red de amistades y alianzas para su propia conveniencia y protección. Dos: si su víctima hubiera estado trabajando en esta calle, la conocerían, al menos la conocería alguien. Y tres: si aquí la conocen, es probable que estas chicas también conozcan a quien la asesinó.

Kiunga aparece de nuevo. Ha tenido bastante tiempo para recorrer toda la extensión de K Street y vuelve para hablar con algunas chicas que se perdió en la primera ronda. En ese mismo momento, Mollel se fija en otro coche que acaba de detenerse, un enorme Toyota Land Cruiser plateado. Bastante nuevo, con mucho estilo pero sin resultar ostentoso. Mira al conductor: un tipo blanco. No resulta especialmente sorprendente. Mollel no puede verle bien la cara, porque, aunque es de noche, el tipo lleva gafas de sol. Una mata de pelo blanco y mejillas fofas, pálidas. El tipo está inclinado hacia el volante, escudriñando a las chicas que están en la acera. Hay algo distinto en su acercamiento. Parece nervioso, cauteloso. No tan descarado como los otros clientes. No ha detenido el coche, sino que sigue avanzando muy despacio junto a la acera. Cuando algunas chicas se acercan a la ventanilla del asiento del pasajero, les hace una señal para que se alejen y sigue avanzando. Está buscando

a alguien en concreto. Pero no va a preguntar a nadie por su paradero.

Mollet se levanta y sale disparado hacia la puerta. Kiunga está de pie en la acera al otro lado de la calle, a punto de ser adelantado por el tipo del coche plateado. Mollet le grita:

—¡Detén ese coche!

Kiunga le mira, después mira el coche. Levanta la mano. El conductor le ve y pisa el acelerador.

—¡Eh! ¡Policía! ¡Alto!

Pero Kiunga tiene que apartarse del bordillo cuando el coche acelera al pasar por su lado. Mollet cruza la calle corriendo para unirse a Kiunga, y juntos observan cómo el coche golpea el semáforo al final de K Street, se lo salta en rojo, hace chirriar las ruedas al girar a la izquierda por University Way, y se aleja perdiéndose de vista.

—Tengo la matrícula —dice Kiunga—. ¿Vamos tras él?

—Nunca le alcanzaremos. Tendremos que investigarlo más tarde.

—Le eché un vistazo rápido al conductor. Parecía un tipo mayor. Un *mzungu*^[37].

—Eso pensé yo también —contesta Mollet.

Saca su cuaderno de notas y se lo da a Kiunga para que anote el número de la matrícula, que concuerda con la que ha visto el propio Mollet.

—Ahora, si esto fuera una película —dice Kiunga—, cogería mi radio, mandaría un «aviso a todas las unidades», conseguiría el nombre desde el ordenador central, y lo llevaría en persona a la Central para que lo interrogasen.

—Ya —responde Mollet—. Pero esto es Nairobi. Y como no tenemos radio, no podemos mandar un «aviso a todas las unidades». Y conseguir su nombre significa esperar hasta el lunes por la mañana, ir a la oficina de licencias de vehículos de motor, y confiar en que el administrativo de turno esté de humor como para ir a por la ficha en lugar de hacértela rebuscar a ti en los ficheros.

—¿Otro trabajo para Wainaina?

—Ya veremos. Quiero volver al parque y ver a quiénes ha juntado.

—Estás disfrutando con esto, ¿verdad? —pregunta Kiunga.

A Mollet le sorprende la afirmación.

—Solo estoy haciendo mi trabajo —farfulla.

Pero, incluso mientras lo dice, se da cuenta de lo bien que se siente haciendo de nuevo un auténtico trabajo policial.

—Bueno, todavía no hemos terminado por hoy —contesta Kiunga—. He conseguido una pista a través de una de las chicas. Parece que vamos a tener una noche larga.

La pista es una cita. Según Kiunga, una de las chicas de K Street parecía tensa y preocupada. Se separó de las demás y le pidió en pocas palabras que se reuniese con ella a medianoche en un lugar más privado.

—¿Estás seguro de que quieres que vaya yo? —se ríe Mollel.

—¿Bromeas? —responde Kiunga—. No necesito pagar por eso. Además, ella sabe que no soy un cliente. Y tal y como lo veo, hay dos posibles razones por las que querría verme a solas. Y para cualquiera de las dos, quisiera ir acompañado.

Tiene razón. Si la chica tiene información sobre el caso, Mollel quiere oírla. Además, siempre es posible que se trate de una trampa, de un chanchullo para atraer a Kiunga hasta un lugar aislado y hacer que le roben..., o algo peor.

Han vuelto conduciendo hasta Uhuru Park, para ver a Wainaina. La noche es tibia, pero, mientras se aproximan a Little Mombasa, Wainaina se está frotando las manos de forma exagerada.

—De haber sabido que terminaría en el turno de noche, me habría traído un abrigo —dice en tono de reproche—. Oh, y gracias por dejarme gritando en esa cañería. Han debido de pasar unos diez minutos hasta que me he dado cuenta de que habías colgado.

—Veo que tienes a alguien para nosotros —replica Mollel.

Junto a Wainaina hay una figura baja, encorvada, que lleva un sombrero de ala flexible.

—Oh, sí. He conseguido un testigo increíble. Lo vio todo.

Mientras se acerca a los dos hombres, Mollel reconoce al más bajo. Kiunga lo conoce también.

—Sammy Superglue —dice Kiunga—. Estupendo. ¿Nos lo llevamos para una rueda de reconocimiento? ¿Quizás para que mire algunas fotos? Demonios, ¿por qué no le compramos una caja de lápices de colores? Puede hacernos un dibujo.

—Sois muy agradecidos los dos —responde Sammy, quitándose el sombrero y girando hacia ellos sus ojos cerrados—. Pero no hace falta ver, para ver.

Sammy Superglue es muy conocido en las calles del distrito central de Nairobi. Por lo general es posible encontrarlo delante de alguno de los principales bancos o grandes almacenes de la ciudad, con su sombrero de ala en la mano, y los ojos cerrados al mundo.

Sammy es joven, unos veintitantos, todos ellos vividos en las calles. Mollel recuerda haberle visto ahí siendo bebé o un niño muy pequeño, con su madre sujetándolo ante los rostros de los transeúntes, mostrando sus ojos cerrados para pedir

limosna.

Con el paso de los años, el equipo mendigo madre-e-hijo alcanzó cierto éxito, quizás demasiado, porque llamaron la atención. Primero, de un grupo de médicos del Hospital de Nairobi que querían enviar al chico para que recibiese tratamiento especializado; una oferta que la madre siempre rechazó. Después hubo rumores, y, tras los rumores, los periodistas. Un día el *Daily Nation* montó un gran revuelo con la madre que cerró los ojos de su bebé con Super Glue para aumentar su atractivo como mendigo. Ella lo negó: los tubos de pegamento que se encontraron tirados por su casucha en Kibera eran resultado de su propia adicción, alegó. Era una madre cariñosa que no tenía nada en la vida más que su pequeño, a quien cuidaba de forma impecable. De hecho, la zona del niño en la casucha diminuta estaba limpia y era cómoda. Incluso había algunos juguetes. Los celos, dijo ella, motivaron las acusaciones.

Se llevaron al niño, que para entonces tenía seis años. Los buenos médicos descubrieron que la piel de sus párpados se fundía con las córneas. Algunos dijeron que por el pegamento; otros sugirieron una infección prenatal. En todo caso, no había nada que hacer. Los párpados cerrados al menos permitían ocultar la gelatina inútil que había debajo.

De modo que lo mandaron de vuelta a Kibera, pero su madre ya no estaba allí. Se sentía tan sola sin Sammy que se tomó de un trago una botella de la bebida alcohólica local, ilegal, *chang'aa*^[8]; volcó todo el pegamento en una bolsa de plástico, y metió la cabeza dentro.

Después de eso, Sammy volvió a hacer lo único que sabía... Y lleva en las calles desde entonces.

—Bueno, Sammy —dice Mollel—. Cuéntanos lo que *escuchaste* la otra noche.

—De acuerdo. Seguidme.

Sammy les aleja de Little Mombasa, conduciéndoles hacia el interior del parque, en paralelo al espacio amplio y descubierto situado en la parte posterior de los jardines. Durante el día esto es un aparcamiento; por la noche está vacío. Al otro extremo está la zanja de alcantarillado donde se descubrió el cuerpo de la chica. Wainaina y Mollel encienden sus linternas, que utilizan para iluminar sus pasos mientras descienden por un camino estrecho, que serpentea entre arbustos y setos a un lado del campo abierto.

—¿Qué notáis en este lugar? —pregunta Sammy.

—No noto un carajo —responde Wainaina, lanzando sin querer una rama hacia atrás, hacia el estómago de Mollel—. Está oscuro como boca de lobo.

—Exacto —contesta Sammy—. Y aun así *os estoy guiando*. ¿Entendéis por qué me gusta dormir aquí? Es seguro, apartado, y puedo oír a cualquiera que se acerque. *Karibu nyumbani*.

La frase significa, en swahili, *bienvenidos a casa*, y Sammy se ha detenido frente a una enorme y decorativa palmera con forma de abanico. Se agacha por debajo de ella, y los tres policías le siguen. Desembocan en un pequeño espacio protegido. El suelo está seco, perfectamente aislado, incluso resulta cómodo. Mollel, sin duda, ha dormido en sitios mucho peores. En un hueco junto a la base de la palmera hay una manta y un pequeño alijo: algo de ropa, una radio.

Kiunga escudriña entre las hojas de la palmera.

—Hay una línea recta de visión hasta donde se encontró el cuerpo —dice—. Línea recta para escuchar, diría.

—Un asiento en primera fila —sonríe Sammy.

—¿Qué oíste?

—Salgamos. No quiero que vuestras sucias botas de policía echen a perder mi alfombra elegante.

Juntos, siguen una ruta distinta entre algunos arbustos más y salen al aparcamiento desierto.

—Me quedo ahí un par de veces a la semana —explica Sammy—. Me ahorra el billete de vuelta en *matatu* a Kibera. Siempre los viernes por la noche, porque necesito estar en mi puesto los sábados a primera hora, para no perder a los compradores, ¿entendéis? Así que estoy bastante familiarizado con la actividad habitual aquí. Vienen bastantes coches buscando aparcamiento. Oigo cómo chirrían las ballestas, los gemidos. Incluso el dinero cambiando de manos.

—Esta noche no hay nadie —dice Mollel.

—No van a traer a sus clientes aquí en este momento, ¿no? El sitio está maldito.

—¿Qué hay de anoche?

—Anoche. Bueno, eso se salió de lo normal. Antes de seguir —alarga la mano y toca el brazo de Kiunga—, ¿podría pedirte un cigarrillo?

—¿Pero qué...? —Kiunga se levanta la manga y la huele—. ¿Es tan evidente que fumo?

Mollel y Wainaina se ríen. Kiunga se saca del bolsillo, a regañadientes, un paquete de Sportsmans y unas cerillas, y le da un cigarrillo a Sammy, ofreciéndoles el paquete a los demás también, que lo rechazan. Enciende una cerilla y la sujeta para que Sammy comparta la llama.

Sus rostros resplandecen y parpadean a la luz de la cerilla.

Sammy inhala el humo profundamente y exhala con satisfacción.

—¿Por dónde íbamos?

—Anoche.

—Ah, sí, anoche. Bueno, fue una noche extraña. Sobre las once, llegaron varios autobuses. Me despertaron. Los conté, eran cuatro. Se quedaron aquí hasta las tres. Lo sé porque oí la radio después, hasta que empezó a llover.

—¿Las chicas de K Street lo hacen ahora con autobuses llenos? —bromea Wainaina, pero los demás le ignoran.

—Al bajar la gente, sonaban como autobuses escolares. ¿Sabéis, todas esas pisadas? Pero no eran críos. Por el sonido de las botas, al principio pensé que eran policías.

—¿Qué te hace pensar que no lo eran?

—Sé que no lo eran. Primero, porque vosotros estáis aquí preguntando por ellos. Imagino que os habríais enterado si fueran vuestros colegas. Segundo, sin ofender: eran demasiado disciplinados para ser policías. Los autobuses iban llenos, calculo, pero bajaron todos y se pusieron en fila en pocos minutos, sin hablar, sin bromear, solo un montón de órdenes susurradas. Les oí dispersarse, sonaban como si lo hiciesen por grupos. Como si estuviesen rastreando el lugar. Después les oí desfilar. Hacia atrás y hacia delante, y alrededor.

Le da otra calada larga al cigarrillo.

—¿Cuatro autobuses? —pregunta Kiunga con escepticismo—. Eso son al menos doscientos hombres. Nuestras patrullas nocturnas los habrían visto.

—Pensaba que no había patrullas nocturnas en el parque —comenta Mollel.

—¡Habrían visto ese tipo de actividad desde la calle! —exclama Wainaina.

Mollel mira a su alrededor. Las luces de los edificios de oficinas de la ciudad son fácilmente visibles por encima de los árboles. El edificio más cercano es Nyayo House, la sede del Ministerio del Interior, pero era imposible que algún funcionario estuviese en su despacho a esas horas de la noche y mirase hacia abajo, al parque. A nivel del suelo, sin embargo, la carretera no se ve, exceptuando algún destello de luz esporádico entre el follaje.

Eso le recuerda un nombre, uno de tantos, que los masái tienen para esta ciudad. Nakuso Intelon. Significa «árboles engalanados» y se refiere a las luces por encima de la línea del horizonte, visibles desde las llanuras de alrededor, a kilómetros de distancia.

—Nada que ver —continúa Sammy—. Lo hacían en la oscuridad.

—¡Oh, venga! —protesta Kiunga—. ¿Se supone que tenemos que creer que doscientos soldados desfilaron por aquí durante una hora en medio de la noche, a oscuras y en completo silencio? ¿Y que aun así un tipo *ciego* lo observó todo? Sammy, ¿has tomado *chang'aa* por casualidad?

—No dije que fueran soldados —replica Sammy—. Pero sin duda tenían armas.

—No me digas... ¿Se pusieron a disparar al azar?

Sammy suspira.

—Cuéntanos —pide Mollel.

—Les oí haciendo instrucción. Ya sabes, una orden susurrada, después mucho estruendo de madera contra madera.

—¡Estaban luchando entre sí, en medio de la noche, a oscuras! ¡Genial! —suelta Wainaina—. Chicos, ¿podemos irnos a casa ya? Hace mucho frío.

—¿Cómo sabes que no tenían luces? —le pregunta Mollel a Sammy.

—Los motores estaban en silencio. No dejás las luces encendidas una hora sin dejar el motor en marcha. Con esos autobuses viejos se te descarga la batería, necesitarías un remolque.

—Podrían llevar linternas —apunta Kiunga.

—Puede. Pero no lo creo. Oí muchos susurros, muchas órdenes dadas en voz baja que no pude descifrar. Pero la única voz que oí fuerte vino de allí.

Les hace señas para que le sigan hasta el borde del descampado. Un seto hasta la altura de la espinilla corre en paralelo durante todo el camino hasta este punto, la línea divisoria entre los jardines y el aparcamiento.

—Yo mismo he tropezado alguna vez con él —admite Sammy—. Pero, como no dejáis de recordarme, soy ciego. Vosotros no vais a entrar ahí llevando linterna, ¿verdad?

Mollel recorre el seto bajo con su linterna. Es de buganvilla, con postes colocados a distancias uniformes y un alambre de púas entre ellos, estirado para que las plantas crezcan por encima. No llega a alcanzar medio metro desde el suelo, pero sin duda no querría toparse con él en la oscuridad.

—En un momento dado oí a los hombres desfilar en esta dirección. Después oí un grito de dolor, y alguien gritó «¡alto!». Y luego, cierto alboroto. Bueno, ni siquiera los *policías* son tan tontos como para desfilar hacia una alambrada de púas si tienen forma de ver adónde van.

Mollel sigue el seto, el alambre de púas brilla a la luz de su linterna bajo el follaje verde y púrpura de la buganvilla. Se detiene. De repente el seto está aplastado, hay huellas en la tierra delante de él. Grandes, muchas. Aparta las hojas para observar la alambrada. Después de buscar un poco, encuentra un trozo de tela en una de las púas. Lo coge y lo examina bajo la luz de la linterna. Es tela gruesa, verde oscuro, con una mancha muy negra.

—Sangre —dice Kiunga, haciéndose eco de lo que está pensando Mollel.

Mollel enfoca los pantalones de Sammy. Son de color gris.

—Levántate los bajos de los pantalones, Sammy —ordena.

El ciego lo hace: no hay señal de herida alguna.

—¿Eran cuatro autobuses, dices? —le pregunta Mollel a Sammy.

Se aleja de los arbustos y camina hacia el centro del aparcamiento. Los demás le siguen, Kiunga conduce a Sammy por el brazo.

—Déjame adivinar, Sammy —dice Mollel, que ahora va un poco por delante de los demás—. Te pareció que aparcaron por aquí. —Avanza hacia delante—. Y aquí. —Avanza incluso más—. Y aquí. —Y llega tan lejos que ahora tiene que gritar—: ¿Y aquí?

—Me suena que fue así —responde Sammy.

Mollel enfoca el suelo con la luz. Está de pie sobre una mancha de aceite. Da siete zancadas regulares hacia donde están los demás, ilumina el suelo: una mancha

de aceite. Siete zancadas más, una mancha de aceite. Otras siete zancadas y está de nuevo junto a ellos. Vuelve a iluminar el suelo bajo sus pies. Una mancha de aceite.

—Incluso *aparcaron* en formación —afirma—. Sammy tiene razón. Fueran quienes fuesen estos tipos, puede que sus vehículos estén destartados, pero ellos son *disciplinados*.

DOMINGO, 23 DE DICIEMBRE DE 2007

Es casi medianoche cuando Kiunga logra que el Land Rover entre en Banda Street. Lejos de K Street, que nunca duerme, el centro de la ciudad produce una sensación inquietante a esta hora. Los gatos, que nunca se ven durante el día, acechan en el vacío, girando sus ojos como rayos de luna hacia el coche que se aproxima, antes de salir disparados hacia la oscuridad. Las personas siguen ahí, a veces durmiendo hechas un ovillo en los portales o, de vez en cuando, balanceándose por la acera, en estado de embriaguez.

—Dijo que se reuniría con nosotros aquí —aclara Kiunga, saliendo tras detener el coche.

Mollet también baja, y Kiunga lo cierra con llave.

—Es la hora de los corredores nocturnos^[4] —dice.

Está susurrando. El silencio que les rodea parece exigirlo. Juntos, sus pasos resuenan a lo largo de Banda Street. Un destello de movimiento al final, que desaparece antes de que Mollet pueda captar de qué se trata.

Mollet nunca ha visto a un corredor nocturno, pero ha oído bastantes noticias creíbles como para no descartarlos como pura fantasía. De hecho, de vez en cuando alguno es atrapado y asesinado, por lo general en los pueblos. Por supuesto, los corredores nocturnos, una vez muertos, regresan a su forma original como ser humano, hombre o mujer, de modo que no hay pruebas acerca de las historias en cuanto a velocidad y fuerza sobrenaturales. Pero lo que sí prueba es que hay gente que sale por las noches, generalmente desnuda. Si de verdad esa gente está poseída, o simplemente loca, o tan solo no hace nada bueno, nadie puede decirlo. Lo que Mollet sabe, con todo, es que hay bastantes espíritus malignos de variedad criminal en las calles de Nairobi a estas horas de la noche como para que la corriente de miedo que está sintiendo en ese momento sea una respuesta perfectamente sana y racional.

Se han detenido junto a la mezquita, la más grande del centro de la ciudad, que resulta incluso más llamativa de noche de lo que ya es durante el día. Una serie de reflectores situados en el interior de la cúpula principal y en el minarete hacen que las ventanas altas, en forma de arco, aparezcan iluminadas con un tono verde acuoso. Sin iluminación, no obstante, al nivel del suelo, el efecto simplemente parece incrementar la oscuridad de la calle.

—Aquí —dice Kiunga, girando para entrar en un pequeño callejón al lado de la mezquita, conocido, con la típica economía de Nairobi, como Mosque Alley^[5].

—¿Pidió reunirse aquí?

—Dijo que era seguro.

Seguro para ella, Mollel no tiene duda. Está lo bastante cerca de K Street como para que la chica pueda ir caminando sin cruzar sola gran parte de la ciudad. Y si le da miedo que la vean hablar con la policía, este es desde luego un buen lugar para evitar miradas indiscretas.

Eso si es sincera. Mollel teme, sin embargo, que sea una trampa. Y con el muro largo, alto, de la mezquita, limitando un lado del callejón, y la pared de enfrente, igualmente rotunda e inaccesible, él y Kiunga serían presa fácil si les atrapasen en el medio.

—¿Dijo a medianoche?

—Solo pasan unos minutos.

Llegan hasta la mitad del callejón y se paran. Cualquier día de la semana esta calle estrecha estaría bastante ajetreada. Un viernes por la tarde está abarrotada con los devotos y no tan devotos, quienes van a la mezquita y quienes venden baratijas, coranes y kufis^[6]. Si quieres comprar una reproducción de plástico de la Kaaba en La Meca, que te dice la hora y la fecha, y emite una serie de pequeñas pero entusiastas grabaciones de versos coránicos, este es el lugar indicado. Si quieres comprar un DVD titulado *Al-Qaeda's Greatest Hits* a ciertos jóvenes sospechosos, barbudos, antes de que los mayores de la mezquina les hagan marcharse, este es el lugar indicado. Si no tienes un céntimo, ni casa, ni esperanza, seas musulmán o kafir^[7], y quieres conseguir caridad sabataria de confianza, este es el lugar indicado. Pero solo los viernes por la tarde.

En estos primeros momentos de la madrugada del domingo, el callejón está tan silencioso como una tumba. Quizás es la presencia imponente de la mezquita lo que mantiene alejados a quienes duermen en la calle, a los traficantes de drogas, los yonquis que buscan un sitio tranquilo en el que meterse un chute, o las prostitutas que buscan un lugar tranquilo al que llevar a sus clientes para un polvo rápido. Ni siquiera los corredores nocturnos se atreverían a venir aquí. O al menos eso es lo que espera Mollel.

Unos pasos lejanos, regulares, resuenan ahora por las calles. Se convierten en zancadas que taconeán, seguras, decididas. Tacones altos, pasos de mujer. Mollel se esfuerza, agudiza el oído, tratando de descubrir un trasfondo a esta nota alta: un contrabajo oculto, un repiqueteo tranquilo de pies de hombre acompañando a la percusión femenina, más evidente. Pero no oye más que los pasos de ella. Suena como si estuviese sola.

La chica dobla la esquina al comienzo del callejón, y, bajo la luz verde submarina que refleja la mezquita, es una silueta.

Camina hacia ellos sin detenerse, pisando con determinación, un pie delante del

otro, tobillos delgados que se entrecruzan. Sus largas piernas están desnudas, la falda es corta, y las caderas se balancean al ritmo de su paso. Tiene los hombros echados hacia atrás, y el pelo, largo y liso, le roza los hombros. A Mollel le recuerda a un impala, elegante, orgulloso, poderoso... y frágil.

Se acerca, y finalmente aparece frente a ellos, en la penumbra. Sin sonreír, desafiante, escudriña a los dos tipos que tiene delante.

Mollel la conoce.

Y no la conoce.

Y la *conoce*... o, más bien, conoce su cara. Es la cara de su madre y sus hermanas, la cara de las chicas de su pueblo y su juventud.

Es la cara de la chica muerta.

Es una cara masái. Y ahora que la sorpresa ha pasado y puede fijarse mejor en los rasgos de la chica, ve que más allá de los pómulos elevados, los ojos almendrados, la nariz recta típicamente masái, no es alguien a quien conozca.

Y, sin embargo, la conoce.

Debería haberlo previsto. La chica asesinada era masái, así que es lógico que fuese amiga de otra chica masái que estuviese en la calle. Parecen más o menos de la misma edad, también. Veintipocos, calcula Mollel. Esta chica es más alta y no tiene ninguna cicatriz tribal en las mejillas. Sus orejas, al tiempo, solo están perforadas de forma normal, no masái, para que pueda llevar un par de pendientes brillantes.

—Bueno —dice ella—. También eres masái. Te vi observando desde la ventana de Nelly's. Parecías alguien en quien podía confiar.

—Puedes confiar en mí, y en mi colega —contesta Mollel—. Cualquier cosa que nos digas es confidencial. No llegaré a K Street. Ni a ninguna otra parte.

—¿Crees que podrías conocer a la chica muerta? —pregunta Kiunga.

—Eso creo —responde ella en voz baja—. Creo que puede tratarse de mi amiga.

Nunca hay un buen momento para visitar la morgue de Nairobi, pero dejando a un lado la superstición y el sentimiento, las primeras horas de un domingo por la mañana podrían ser mejores que otras. El visitante se evita a las familias sufriendo, a las mujeres llorando y ululando; las historias de infortunio de mendigos vestidos de forma elegante, con aspecto creíble, que solo necesitan cien *bobs*^[2] para ayudar a repatriar el cuerpo de su tío a Garissa (mañana será el de su abuela, a Kisumu); el vendedor de baratijas y amuletos, velas y rosarios; los constructores de ataúdes, con sus bandejas de reproducciones a pequeña escala, o, apenas más grandes que aquellas, los ataúdes de verdad, ya listos, para bebés y niños, con los que hacen un buen negocio allí mismo.

También te evitas esperar de pie haciendo cola; de pie en los pasillos; de pie por

cualquier parte, o como puedas, en cuclillas o sentado; esperar y esperar y esperar; y volver una y otra vez al mostrador para intentar conseguir que alguien, quien sea, se haga cargo de tu solicitud.

Así que, por todo tipo de razones prácticas, es mejor ir al depósito de cadáveres por la noche. Aunque incluso Mollel, a quien este lugar le resulta tristemente conocido, tiene que disimular un escalofrío mientras la gravilla cruje bajo sus pies en su camino hacia la entrada principal.

Pasa un rato hasta que alguien llega a la puerta. Cuando llega el guarda, es evidente que ha estado durmiendo. Le observan a través del cristal mientras él busca a tientas la cerradura. Tiene los ojos empañados y las mejillas arrugadas. Cuando abre la puerta, les golpea el olor acre, amargo, a cerveza casera. El guarda se frota la barbilla de barba crecida, entrecana.

—Las horas de visita han terminado.

Mollel le enseña su identificación.

—Tenemos que hacer un reconocimiento. Mujer desconocida, encontrada en Uhuru Park.

—¿No puede hacerse por la mañana?

—Es por la mañana —replica Mollel—. Indícanos la dirección correcta, y puedes irte de nuevo a dormir.

—La tercera por ahí —responde el guarda, señalando una puerta delante de ellos, con un cartel de NO PASAR.

—¿Estás seguro? —pregunta Kiunga—. No queremos sorpresas.

—Estoy seguro.

—¿Sorpresas? —indaga Mollel mientras empuja la pesada puerta para abrirla.

La inmediata bajada de temperatura hace que le escueza la piel.

—En una ocasión retiré una sábana, esperando ver a un ladrón de banco, y encontré media docena de bebés —contesta Kiunga en voz baja—. Todos los que se habían encontrado en la ciudad aquella semana. Alguien pensó que eso era una broma.

Mollel echa un vistazo a la chica. Ella también ha entrado, pero está en la zona de recepción, aparentemente ajena a su conversación.

—Será mejor que lo compruebe primero, antes de que se lo enseñemos.

Entra solo en la morgue, encuentra un interruptor y enciende la luz. Los tubos fluorescentes tartamudean y vuelven a la vida con un sonido metálico.

La sala está igual que nueve años atrás, cuando vino para buscar a su mujer. Pero entonces estaba abarrotada, de vivos y muertos.

Durante días, esperó aquí. Noches, también. Utilizó sus privilegios como policía para evitar las formalidades, la multitud de familiares desesperados se veía obligada a esperar fuera. Él estaba entre los primeros que veía cada nuevo cuerpo que traían de

entre los escombros.

Parecía un escombros él mismo. El espeso polvo blanco del hormigón había formado una capa sobre su ropa. Su piel era de cenizas. La sangre, un poco de él mismo, la mayor parte de otra gente, formaba vetas negras sobre el color blanco.

Al cabo de un día más o menos, alguien le dijo que fuese a asearse. Le dieron ropa.

Se quedó de pie, desnudo, en la sala de desinfección, limpiando la sangre y la suciedad de su cuerpo. Era ahí donde lavaban a los cadáveres, también. Tuvo que vestirse deprisa cuando llevaron a otro.

—No es ella —dijeron—. Todavía estamos sacando a los de los pisos superiores.

Si estaba en la tercera planta, no podía saberse cuándo la encontrarían. No podía saberse si la encontrarían.

Ahora, hay una fila ordenada de camillas, unas quince más o menos, y las primeras seis están cubiertas. Se acerca a la tercera, coge la sábana y, con cuidado, despacio, la levanta.

Es la chica masái. La han tumbado, le han quitado la ropa y la han lavado, pero todavía no le han hecho la autopsia. El cuerpo está golpeado. Mollel observa que le han colocado una gasa entre las piernas. No tiene intención de quitarla; puede esperar a los resultados de la autopsia. Ahora le preocupa que la chica esté presentable. Recorre la fila de camillas y les quita las sábanas a dos de las que están vacías. Después dobla la que está plegada sobre la chica muerta para que la cubra hasta el cuello. Coge otra sábana, la pliega creando una banda de unos centímetros de ancho, y la coloca alrededor de la cabeza de la chica, como la cofia de una monja, enmarcando su cara. Ahora tiene un aspecto apacible. Luego coge la tercera sábana y le tapa de nuevo la cara con cuidado.

No hubo tal ceremonia cuando trajeron a Chiku. Fue al cuarto día: Mollel había estado durmiendo agazapado contra una pared. Había estado soñando con su hijo, un bebé.

Alguien le despertó. *Creemos que podría ser ella.*

Sabía que el cuerpo estaría en mal estado. Para entonces, estaban sacando los cadáveres de la embajada con excavadora. Pero no estaba preparado para lo que vio.

Por eso no quiere impactos esta vez. No pronuncia ninguna oración mientras amortaja con diligencia la figura tumbada frente a él. Es una medida puramente práctica. Es un detective, y no quiere que haya ninguna distracción cuando la chica viva se encuentre con la que está muerta.

Vuelve a la puerta y le hace una señal a Kiunga para decirle que el cuerpo está preparado para ser visto.

La chica cruza la frontera. Camina hacia Mollel, que la conduce a la mesa. La mira como preguntándole: «¿Preparada?». Ella asiente.

Levanta la sábana. Los ojos de Kiunga bajan hasta el cuerpo de forma inevitable; Mollel sigue mirando fijamente a la chica. Ella se estremece por el reconocimiento.

—Sí —dice, de forma casi inaudible—. Sí, es Lucy.

—Me llamo Honey. No es mi nombre masái, por supuesto. Ese es En'cecoroi e-intoi Kipuri. Fue Lucy quien me bautizó como Honey. Me dijo que si te lavas la frente cuando adoptas un nombre nuevo, te llevas tu pasado. Eso es lo que ambas estábamos tratando de hacer. Así es como las dos terminamos en Nairobi.

Están en el coche, al final del aparcamiento del depósito de cadáveres. De alguna forma parece el mejor sitio para hacer esto. Ni el crudo interior blanco ni el aire frío de la noche fuera invitan a la conversación. El coche, ahora, con las luces apagadas, es un espacio íntimo y aislado. La chica parece sentirse lo bastante cerca, y lo bastante en privado, para abrirse.

—Mi maa está bastante oxidado —admite Mollel—. *En'cecoroi...* es un pájaro, ¿verdad?

—En inglés se llama *honeyguide*^[8]. Lucy me lo contó.

Mollel visualiza al pájaro: una pequeña criatura sin gracia, pero llena de energía. No teme a los humanos, sino que los guía a los paneles de las abejas con la esperanza de poder coger las larvas para sus polluelos después de que el ser humano se haya llevado la miel.

Había una historia que su madre solía contarle. La historia de la pequeña *honeyguide*, un relato que sería tan antiguo como el propio pueblo masái. No podía recordar los detalles, pero sabía que siempre le ponía triste.

Honey conocería el relato. Se lo habrían contado cada año, por el aniversario de su ceremonia *en-teipa*, cuando separan a un bebé de su madre, recién parida, y lo llevan a la morada de un animal cuyo espíritu esperan que llegue a habitar en el recién nacido.

A menudo acuden a una guarida de leones, desierta, por supuesto, para imbuir coraje al bebé. O al árbol donde se rasca algún búfalo, por la fortaleza. La elección de un pequeño pájaro modesto simbolizaba la esperanza de que la pequeña se convirtiera, a su vez, en una madre amorosa. Y una que proporcionase recursos.

Mollel no puede dejar de preguntarse qué pensarían sus padres ahora.

Pero es más importante indagar sobre la víctima.

—¿Sabes el nombre masái de Lucy?

—No. Era solo Lucy. Decía que, para la calle, necesitas un nombre lo bastante sencillo como para que lo recuerde un borracho. Me daba muchos buenos consejos como ese, cuando empecé.

—¿Así que fue ella quien te introdujo en la prostitución? —pregunta Kiunga,

inclinándose desde el asiento del conductor.

Mollet, sentado junto a la chica en la parte de atrás, nota que ella se eriza.

—Me *ayudó* —contesta—. Sin ella, habría muerto de hambre.

—¿Sabes de dónde era?

Honey niega con la cabeza.

—De un pueblo en las colinas de Loita. Nunca me dijo su nombre.

—Bueno, esto nos vale —suspira Kiunga.

Mollet ya se ha sentido impresionado por su joven compañero antes, pero ahora, quizás por el cansancio, quizás por algo más, ahora parece estar tenso, irritable. Desde luego no está ayudando en el interrogatorio.

—¿Por qué no te das un paseo? —sugiere Mollet.

Al menos Kiunga es lo bastante profesional como para no discutir. Sale y se aleja del coche. Ven un destello y un resplandor mientras Kiunga se enciende un cigarrillo. Luego lo sostiene en su mano, convertido ya simplemente en un punto rojo.

Mollet y Honey se quedan sentados un rato en silencio. Después Mollet empieza a hacer preguntas.

Según las historias, hay unas pocas, muy pocas, personas escogidas que ven el mundo como verdaderamente es: desenmarañándolo lentamente hasta la creación. Son las afortunadas. Para ellas, la muerte no es un final; es el comienzo de la vida, cuando los carroñeros, las hienas, los pájaros, los gusanos se juntan para poner carne sobre los huesos, para que el viento de la mañana pueda insuflarles vida. La vida, para ellas, es un proceso gozoso de fuerza y virilidad siempre crecientes, hasta el final, años felices en los que la persona comienza a reducirse hasta la perfección, segura en los brazos de una madre.

No va con ellas este mundo de caos y atrofia. No es de extrañar que algunos sientan envidia, las persigan, las llamen idiotas, cretinas, *wazuzu*^[58].

Pero Mollet recuerda a su madre contándole que estas personas son las verdaderamente sabias. Que ellas tienen el don esencial de comenzar con conocimientos y desaprenderlos de forma gradual. Lo que queda es la verdad.

De modo que así es como él interroga. Comienza en el aquí y ahora, y de forma constante guía al testigo hacia atrás. Las minucias del recuerdo reciente le resultan inútiles. Prefiere el destilado garantizado por el olvido: lo que queda es la verdad.

Hace tres meses que Honey no veía a Lucy. Había estado pendiente de ella, esperando verla, y esperando *no* verla, porque en ese caso significaría que Lucy había vuelto a la calle.

Lucy le había contado a Honey que había conocido a una gente, unos católicos. Lucy no era religiosa, pero esta gente no hablaba demasiado de Dios y todo eso. Le ofrecieron un lugar donde quedarse. Le hablaron de estudiar, incluso de conseguirle su certificado escolar. Era la oportunidad para una vida nueva, dijo Lucy. Estaría loca si no lo aprovechase.

Honey no estaba personalmente interesada. Había visto a gente así antes. Su idea de la salvación muy a menudo significaba trabajos aburridos, pesados. Y, por primera vez en su vida, le iba bien económicamente. Su plan consistía en ahorrar lo bastante como para salir de la calle en sus propios términos. Pero Lucy era distinta. Últimamente había tenido problemas con algún cliente, y quería salir.

Aunque eran compañeras de piso —compartían un pequeño apartamento de una habitación en Kitengela—, no se veían lo bastante como para compartir intimidades. Ambas preferían no hablar de su clientela. Una cosa era hacer este trabajo, y otra muy distinta hablar sobre ello. Coincidían pocas veces, Honey trabajaba por las noches y Lucy principalmente por el día. Pero una día que estaban las dos en casa, agotadas y acurrucadas una junto a la otra en la cama estrecha que por lo general compartían a turnos, Lucy le contó a Honey que temía por su vida.

Nunca le dijo el nombre. Sin embargo, era alguien muy poderoso e influyente, y Lucy había cometido el error de exigirle demasiado.

No más dinero, él no habría tenido problemas con eso. No, ella llevaba viéndole un tiempo, y le parecía amable y encantador, y muy generoso. Su error fue creer que eso era sincero. Una tarde, cuando pensó que era buen momento, le dijo que quería terminar con la relación remunerada, y en lugar de eso sugirió un acuerdo de noviazgo.

Resultó que a él no le gustó nada. Ya tenía muchas novias. Por no mencionar a una esposa. ¿Por qué querría complicar las cosas?

La dejó. Cuando ella intentó contactar de nuevo, para disculparse, le advirtió que no continuase. Pero fue tonta. No hizo caso al consejo. No podía permitirse perder a un cliente tan habitual, uno que la trataba tan bien. Había sido muy amable con ella. ¿No podían las cosas volver a ser como antes?

Él no lo vio de esa forma. Ni quienquiera que fuese la persona a la que envió. Lucy le mostró a Honey los cardenales en la muñeca. La oferta de los católicos llegó en el momento justo. No hizo falta que le preguntasen dos veces.

—Tu amigo va por el segundo cigarrillo —dice Honey—. Se debe de estar congelando.

—Estará bien —contesta Mollel—. Es un tipo duro. Cuéntame cómo conociste a Lucy.

—Fue hace tres años. Me dijeron que se podía ganar dinero en K Street. Lo necesitaba. Llevaba días sin comer. Pero no sabía lo que estaba haciendo. Oh, sabía qué *hacer*, la vida en el pueblo me había preparado para eso. Pero no sabía, por ejemplo, que tenías que pedir el dinero por adelantado. Lo aprendí cuando me tiraron de un coche en marcha.

»Fue Lucy quien me recogió.

»Me compró huevo y *chipsi*^[10]. Y un refresco, el primero que probé. Las burbujas me hicieron reír tanto que me salieron por la nariz.

»Fue amable conmigo. Me llevó a su piso, me lavó, me dejó ponerme su ropa. Me hizo entender lo que significaba esta vida: muchos problemas, mucho peligro. Pero también dinero, libertad.

»Trabajamos juntas un tiempo. Siempre hay demanda de dos chicas. Pero en realidad eso es un juego de principiante. Lo haces por la seguridad, para aprender nuevos trucos, pero no puedes cobrar el doble, así que a largo plazo es mejor trabajar sola.

—¿Cuánto tiempo llevaba Lucy trabajando en la calle antes de que la conocieses?

—Me dijo que vino a Nairobi más o menos un año antes que yo.

—¿Sabes de qué estaba huyendo?

Honey suelta una risa ahogada. Después se queda callada. En la oscuridad, Mollel intenta verle la cara. ¿Está llorando? ¿Enfadada?

Finalmente contesta:

—Sé de qué huía yo. Siempre asumí que a ella le pasaba lo mismo.

—¿De qué, Honey?

En lugar de responder, Honey dice:

—Pensé que lo entenderías, Mollel. Una vez, fuiste masái. Pero la forma en que vistes, la forma en que hablas... Ahora eres un hombre de ciudad. Lo has dejado atrás.

—Sí, lo he hecho.

—Por eso tú, de entre todo el mundo, deberías ser *asipani*.

Mollel tarda un momento en recordar el significado de la palabra en maa.

—Soy fiable —dice.

—Demuéstralo —replica ella—. Prométeme que, pase lo que pase, no me harás volver.

—Nadie puede hacerte volver, Honey.

—No puedo volver. Me prometieron en matrimonio el día que nací, y sabía que me pasarían el cuchillo el primer día que sangrase. Pero escapé, y ya sabes cuál es el castigo por eso.

—¿Y crees que Lucy huía por lo mismo?

—De quienes quiera que estuviese huyendo —contesta Honey—, al final la alcanzaron.

Mollet se afeita al tacto, un vestigio de su época en el pueblo, cuando aprendió a afeitarse la cabeza años antes de que la navaja siquiera le rozase la cara. Al ser domingo, vuelve a llevarse la cuchilla hasta el cuero cabelludo. No necesita tener un espejo delante para saber que está encaneciendo. El rastrojo que cae al lavabo se lo cuenta. No necesita mirar para saber que está adelgazando. Lo sabe cada vez que se pone la ropa.

Su esposa solía decirle: «Si adelgazas más, vas a desaparecer». Siente que ha estado adelgazando durante los últimos nueve años, pero sigue ahí.

Se inclina y se lava la cabeza tersa con agua fría. Sale clara. No hay sangre. Apenas recuerda la última vez que se hizo un rasguño.

Recuerda el día en que se convirtió en anciano. Ya se había ido del pueblo para entonces, pero fue antes de que rechazase aquella vida por completo. Había estado trabajando en la ciudad como vigilante, sus rastas daban tanto miedo como cualquier uniforme. Eran largas, trenzadas de forma impecable y teñidas de rojo con alheña. Por el día, cuando los vigilantes estaban fuera de servicio, los masái solían ayudarse con las trenzas, cantando suavemente y soñando que salían de la ciudad.

Las trenzas eran la señal de que Mollet era un *moran*, un guerrero. Después, cuando tenía veintitantos, se enteró de que los ancianos del pueblo habían decidido que iba a unirse a ellos. Sintió una profunda pena: pena por sus trenzas, pena por su juventud. Sintió resentimiento, también: muchos *morans* lo eran hasta pasados los treinta. Eran, de muchas formas, más poderosos que los ancianos. Podían tener un trabajo, podían vivir en la ciudad. No quería regresar al pueblo, casarse, tener hijos que arreasen las cabras como él había hecho. Además, había una chica que vivía en el recinto que vigilaba en la ciudad, una hermosa chica kikuyu de sonrisa abierta, que estaba estudiando para ser secretaria, y que siempre encontraba tiempo para hablar con un masái cuando no estaba de guardia.

Aun así, fue.

Era el deber de la madre afeitar las trenzas de su hijo. Se levantaron antes del amanecer, Mollet percibía el olor extraño, familiar, a humo y estiércol y animales. Le condujeron al *boma*, las mujeres ululaban, los otros *morans* salmodiaban la canción profunda, entrecortada, rítmica, que repicaba en los oídos. Allí vio a su madre. Ella

había extendido una piel de becerro recién curtida, preparada especialmente. Él se arrodilló frente a ella, e inclinó la cabeza de forma sumisa por última vez. Ella cogió una calabaza llena de leche y alcohol y la volcó con cuidado sobre la cabeza de Mollel. La leche le recorrió las mejillas. Ella empezó a cortar, tirando de cada trenza mientras usaba la cuchilla, hasta la piel. Cuando tuvo despejado un trozo, empezó a afeitarlo. Mollel recordaba cómo el sabor de la leche se convirtió en sabor a sangre cuando ella le cortó en el cuero cabelludo: era una señal de honor sangrar sin estremecerse, y, como su madre sabía que se esperaba eso, le cortó con suavidad en una pequeña vena que le recorría la sien, para que sangrase profusamente sin dolor.

Cuando se incorporó y se lavó la cabeza, miró hacia abajo, al pequeño montón de trenzas ensangrentadas en el centro de la piel de becerro. Se pasó la mano sobre el cuero cabelludo, que no había estado desnudo desde la niñez, y sintió la brisa sobre su piel. Era como si le hubiesen limpiado de su pasado y su futuro estuviese por determinar. Supo entonces que no se convertiría en un anciano. Se sintió libre.

Este domingo por la mañana, Mollel termina de afeitarse. Se toma sus pastillas. Después se acerca al armario y saca un traje: negro. Le quita el envoltorio de plástico y olfatea por si huele a humedad. Lleva mucho tiempo ahí dentro, pero el traje huele bien. Se pone una de sus camisas de trabajo de costumbre, una blanca, y se mete en el traje. Los pantalones se le caen. Tiene que doblar la cinturilla tres o cuatro centímetros y apretarse el cinturón. La chaqueta parece quedarle bien, siempre que la lleve abierta. Saca un par de zapatos relucientes de una caja del fondo del armario, les da unos golpecitos de forma instintiva para apartar cualquier escorpión que haya anidado ahí, y se los pone. Después se incorpora, y localiza su única corbata, gris, escondida al fondo del cajón de los calcetines. Se la coloca alrededor del cuello pero no la anuda. Solo entonces va hasta la entrada para mirarse en el espejo grande que hay ahí.

Y sonríe. Siempre se siente un poco cómico vestido así. Un impostor. Se siente mucho más cómodo con los pantalones de *sport* y la camisa que lleva la mayoría de los días, o incluso con su uniforme de policía. Es ropa de trabajo. No un intento por mejorarle. Pero este traje, y aunque el estilo esté un poco pasado de moda ahora, es un buen traje. Lo eligió su esposa. Le hace parecer, según sus palabras, «distinguido».

«No está mal para un cabrero de Kajiado», diría ella en ocasiones como esta. «Nada mal».

Kiunga levanta las cejas cuando Mollel abre la puerta.

—Dios, jefe, haces que parezca que voy desaliñado.

—Tienes buen aspecto —contesta Mollel.

Kiunga lleva vaqueros, camisa y una chaqueta ligera, todo de tela vaquera. Lleva la camisa por fuera y los vaqueros cuelgan un poco por debajo de las caderas, pero de forma deliberada, no como a Mollel. El conjunto de Kiunga lleva letras impresas por todas partes, nombres de marcas, y a pesar de la informalidad fingida, todo está planchado con esmero. Mollel incluso capta una ráfaga de colonia. El joven se ha esmerado mucho más que él.

—¿A qué hora empieza la misa? —pregunta Mollel.

—A las nueve. Tenemos que ponernos en marcha. El tráfico no estará demasiado mal, pero... ¿Dónde quieres que deje esto? No querrás mancharte de aceite tu traje bueno.

Kiunga ha subido la bicicleta.

—Déjala en la entrada. Adam se queda con su abuela unos días. Eso me recuerda... —Mollel coge la corbata que lleva alrededor del cuello—... Anúdame esto, ¿puedes? Normalmente me las anuda él.

Decir que la Iglesia de George Nalo es una iglesia es como decir que Masai Mara es un zoo. El campus, como indica el letrero, está ubicado justo al final de la carretera principal de Embakasi, bajo una zona especialmente dispuesta con asfalto recién echado, reluciente, con aceras y césped y arbustos cuidadosamente recortados a los lados, más tranquila y limpia que cualquier otro trecho de carretera pública en toda la ciudad. Al entrar por esta zona, se ve una torre que emerge por encima de los árboles. Es moderna y elegante: un campanario para una misión del siglo XXI.

Un guarda con chaleco oficial dirige a Kiunga hacia un aparcamiento abarrotado, que los deja a cierta distancia a pie. Eso le gusta a Mollel. Quiere sentir el lugar. Aparcan y se unen a la muchedumbre creciente que se congrega al son de las campanas.

A Mollel le alegra haber desenterrado su traje. Hay un despliegue de gente con sus mejores galas: aquí, un padre y tres niños pequeños vestidos con los mismos conjuntos de diseño bajan de un Range Rover dorado; allí, una familia se sacude el polvo de los zapatos, y a pesar de los arreglos visibles en algunas prendas, todos se presentan vestidos de forma pulcra y respetuosa. La niña va vestida de gasa amarillo pálido y dorado y una franja ancha de satén y encaje alrededor del dobladillo, como una princesa de cuento invitada a un baile.

Mollel se percata de que hay muchos adultos más jóvenes. Esta iglesia parece ser especialmente popular entre esa generación. Las chicas van vestidas de forma elegante, recatada sin ser conservadora: unas cuantas faldas por la rodilla, muchos zapatos acharolados de tacón. Los hombres llevan trajes elegantes o, como Kiunga, de estilo americano, extraño, híbrido suelto-chic, todo planchado de forma impecable.

Pasan una curva en el camino, y Mollel ve la iglesia, una estructura amplia, baja, con un par de puertas enormes abiertas en la parte delantera. Le recuerda a uno de los hangares del Aeródromo Wilson, y, de hecho, al acercarse, se da cuenta de que el edificio es mucho más grande de lo que pensó al principio; parece bajo porque es muy amplio. Al aproximarse a la entrada, que debe de tener unos cuatro metros de altura, siente que está siendo engullido por la boca de una ballena.

—¡Hola! —saluda un tipo joven, cogiendo la mano de Mollel y zarandeándola con vigor—. Creo que no te he visto aquí antes. ¿Es tu primera vez?

Mollel mira el espacio frente a él, que se va llenando lentamente. En el interior, el edificio le recuerda menos a un hangar que al Nyayo Stadium.

—Es la primera vez que vengo —confirma—. ¿Cómo lo sabes? Debéis recibir a cientos de personas.

—¡Miles! —se ríe el joven.

Va todo vestido de negro, chaqueta, camisa y corbata negras. Mollel ve aproximadamente a otros veinte vestidos igual, saludando a cada uno que entra. Pero este acomodador tiene un rasgo diferente: las rastas gruesas, echadas hacia atrás y atadas tras la cabeza. Por segunda vez en el día, Mollel recuerda su propia juventud. No suelen verse esas trenzas estos días, sobre todo son exclusivas de los masái y los fans del *reggae*. Y hay otro grupo a favor de este estilo: la secta criminal, la temida banda-culto de misterio kikuyu cuyo nombre causa un terror especial en Nairobi. Los mungiki^[9].

Mollel se gira para buscar a Kiunga, que ha conseguido, sin esforzarse, que le dé la bienvenida una atractiva joven.

—Tenemos asientos para seis mil —sigue el acomodador—, y un domingo hay otros dos mil de pie. Además de la gente que viene entre semana. Pero ya sabes, tiendes a fijarte en la gente que destaca. Como tú, por ejemplo, por las orejas.

De forma impulsiva, Mollel se lleva la mano derecha al lóbulo de la oreja.

—Tenemos algunos masái, no muchos —continúa el joven—. Me llamo Benjamin, por cierto. ¿Tú eres?

—Mollel.

—Como es tu primera vez, *Ole*^[40] Mollel, ¿puedo proponer que tú y tu amigo os sentéis delante, en aquel banco? Tendréis buena vista y podréis seguir el servicio con más facilidad.

Mollel le da las gracias. Le impresiona que el chico se haya dirigido a él con un honorífico masái. Los que dan la bienvenida están obviamente bien entrenados. Pero a pesar de haber usado la palabra en maa, ese chico no es masái. Su acento suena kikuyu. Lo que encajaría con las trenzas; a menos que las lleve realmente solo por moda.

Kiunga silba en voz baja mientras se dirigen a sus asientos.

—¿Viste al encanto con quien estaba hablando? —pregunta—. Guau. Tengo que cambiar de iglesia. ¿Dónde sueles ir?

—No voy —responde Mollel—. La abuela de Adam le lleva a la catedral católica. Yo llevo diez años sin entrar en una de estas.

Se abren paso hacia la parte delantera de la enorme sala, hasta un banco con asientos de plástico, mientras les saludan las sonrisas de otros congregantes. El lugar se está llenando. A un lado del enorme escenario que tienen delante, una banda se está preparando. El guitarrista toca algunas notas con su guitarra eléctrica; el batería comprueba su equipo. Frente al escenario, un hombre con una cámara de televisión al hombro charla con una joven que lleva auricular y micro. Mirando alrededor, Mollel ve otro par de cámaras de televisión junto al escenario, y otra en alto detrás de ellos.

—¿Graban esto? —le pregunta a Kiunga.

—Se transmite en directo. ¿No lo has visto?

—No tengo televisión —confiesa Mollel.

—¿Cómo ves el fútbol? ¿Vas a un bar?

—No bebo. Y sabes que no me gusta el fútbol. Adam lo ve en casa de su abuela.

—¡Tío! —suelta Kiunga, negando con la cabeza—. Vas a tener que comprarle a ese crío algo más que una bici.

Antes de que Mollel pueda preguntarle qué quiere decir, un hombre sube al escenario. Coge el micro de un atril, le da unos golpecitos, se prepara para hablar. La sala sigue llenándose, pero el murmullo de fondo se calma ligeramente.

—¿Es Nalo? —pregunta Mollel.

—No. Este debe ser uno de los pastores jóvenes. El que hace una especie de calentamiento.

—¿*Habéis venido a alabar a JEE-SÚS?* —es la exclamación que surge del escenario.

A su alrededor, los practicantes dicen que sí.

El pastor se lleva la mano a la oreja.

—*He preguntado si habéis venido a alabar a JEEEE-SÚS.*

—¡Sí!

—*No te oigo, Nairobi. Estoy preguntando: ¿Habéis... Venido... A alaBAR al SEÑOR?*

Esta vez, incluso Kiunga grita:

—¡Sí!

—¡Amén!

Chillidos y aplausos inundan la sala. El lugar está casi lleno en estos momentos. Los miembros de la banda están en sus puestos y proporcionan acompañamiento al predicador, puntuando sus pausas con redobles, sus preguntas con platillos y sus

exclamaciones con pequeños estallidos de ritmo.

—Alabado sea el Señor. Qué bien volver a veros a todos, hermanos y hermanas, en el día de hoy. Y qué bendito día. Porque es el último domingo de adviento, el último domingo antes de que celebremos el nacimiento de nuestro Señor.

—¡Amén!

Mollet está familiarizado con la historia. Como alguien que en realidad nació en un establo, o algo muy parecido, siempre ha sentido cierta afinidad. Pero no puede evitar sentir que, en cuanto a bebés milagrosos, prefiere la historia masái de Ntemelua, que nació con todas las facultades del habla. La madre y el padre de Ntemelua estaban tan asustados con aquel prodigio y tan cansados de la lata que les daba, que se escabulleron una noche, dejándolo al cuidado de una vaca, un burro y una cabra. Cuando unos *morans* intentaron robar los animales, el pequeño Ntemelua se escondió en el trasero de la vaca.

Ese es un truco que a Mollet le hubiera gustado leer en los Evangelios.

—He de decir que estoy encantado de ver a tantos hermanos aquí hoy —continúa el predicador—. En especial cuando se están jugando tantos partidos de fútbol importantes.

Un murmullo de risa suave recorre la audiencia. Kiunga refunfuña.

—¡No me lo recuerdes! —le dice a Mollet al oído.

—Sí, justo ahora, el Manchester United está jugando con el Everton. ¿Quién quiere saber el marcador? —pregunta el predicador.

Se alzan unas pocas manos. Kiunga se tapa los oídos con los dedos.

—No lo digas, no lo digas —murmura.

—No os preocupéis, no arruinaré la intriga —brama el predicador—. Podéis ver el resumen al llegar a casa. Ya sabéis, es divertido. Cuando veo un partido importante en directo, me sudan las manos, se me acelera el corazón...

Hace la mímica de inclinarse hacia delante, como si estuviese viendo un partido. La audiencia se ríe al reconocerlo.

—Detesto a este tipo de predicadores —le susurra Kiunga a Mollet—. Quieren ser cómicos.

—Lo noto, aunque esté a miles de kilómetros, me interesa el resultado. *Quiero* que marque mi equipo. *Quiero* que la pelota llegue a la portería. Nunca es igual, si ves una grabación. Y, ¿sabéis?, rezar es un poco así.

—Ahora vienen las Escrituras —murmura Kiunga.

—Santiago cuatro, versículo dos —dice el predicador, y se oye un revuelo de páginas de la Biblia en la sala—. Deseáis lo que no tenéis, de modo que matáis. Codiciáis, pero no podéis conseguir lo que deseáis, de modo que combatís y lucháis.

No tenéis, porque no pedís a Dios.

Hace una pausa, dejando que las palabras se asienten.

—Pero, no estoy diciendo que podéis rezar para que vuestro equipo gane un partido de fútbol. No funciona así. ¡Por mucho que os gustase que así fuera!

Unas cuantas risas educadas más por parte de los oyentes.

—Pero podéis cambiar las cosas en vuestras propias vidas si permitís que Dios os guíe. Lo único que no podéis cambiar es lo que ya ha sucedido.

Mollet piensa en Chiku. Ella tuvo fe. Siempre intentó convencerle, también. Cuando hablaba de Jesús, se le iluminaba la cara y los ojos le brillaban de felicidad. Fue una de las cosas que primero le atrajeron de ella. No le hizo ningún daño asistir a las misas y rezarle al hombre clavado en una cruz. Si eso hacía feliz a Chiku, le hacía feliz a él. Pero nunca pudo entender a su extraño dios padre-hijo. Aunque hacía mucho tiempo que había dejado de creer en la mitología de su propio pueblo, todavía sentía que sencillamente tenía mucho más sentido.

Estaba Naiteru-kop, que creó el mundo: una acción tan neutral como los animales y plantas con las que lo amuebló.

Después estaba Enkai Narok, el Dios Negro. Era el dios del amor, la familia, la bondad. Le dabas las gracias a Enkai Narok cuando nacía un niño y rogabas que protegiese el espíritu de un ser amado cuando moría. En ocasiones, en la iglesia cristiana, reconoció a Enkai Narok.

Cuando todo el mundo a su alrededor cerraba los ojos para rezar, él sentía que Enkai Narok habitaba incluso ese lugar.

Pero también estaba Enkai Nanyokie. El Dios Rojo. Enkai Nanyokie era vengativo y caprichoso, lleno de celos e ira. Mollet también reconocía a Enkai Nanyokie en cosas de las que oía en la iglesia. Pero nunca pudo reconciliar a este dios con el afectuoso. Que los cristianos pensasen que los dioses rojo y negro eran la misma entidad exigía un salto intelectual de proporciones acrobáticas que Mollet nunca pudo dominar.

Los cristianos le llamaban el Dios del Antiguo Testamento; decían que era algo del pasado. Y sin embargo era este dios, este Enkai Nanyokie, quien se manifestaba todos los días. Solo tenías que recorrer las calles de Nairobi para ver sus actos. Ni siquiera tenías que buscarle. Si esperabas lo bastante, el Dios Rojo acudía a ti. Llegó para Mollet cuando se llevó a Chiku, de forma tan violenta, justo en el momento en que su felicidad era más grande. Y por eso Mollet sabía que si existía algún dios, su color era rojo.

Ha dejado de escuchar al predicador y permite que sus ojos vaguen por la zona que hay a un lado del escenario. La joven que lleva auriculares está hablándole al

micrófono; un murmullo expectante rodea la cortina oscura que hay ahí. El predicador de calentamiento lo está haciendo lo mejor que puede para mantener la atención del público, pero está claro que su entusiasmo no se centra en este preámbulo, sino en el acto principal.

—¡Amén! ¡Gracias! ¡Aleluya! —termina diciendo el predicador, y la congregación se une a él, poniéndose en pie de un salto.

Mollet y Kiunga también se levantan. La banda empieza a tocar una melodía nueva, y por megafonía empieza a resonar una voz.

—Señoras y señores. Hermanos y hermanas. Desde Nairobi, Kenia, en directo para todos los espectadores del mundo. Aquí está la Iglesia de George Nalo. La palabra de Dios desde el corazón de África. Ahora, por favor, den la bienvenida a la cofundadora y directora de la Iglesia de George Nalo, la doctora Wanjiku Nalo.

Se abre la cortina y sale una mujer grande de mediana edad. Es alta y fornida, con un rostro agradable, juvenil, a pesar de su pelo canoso. Su determinación y dinamismo resultan evidentes incluso de lejos. Saluda al público, escoge a unas cuantas personas para lanzarles una sonrisa especial de reconocimiento, después se sienta junto al atril grande, dorado, en el centro del escenario.

—Y ahora, aquí está. Por favor, démosle la bienvenida más bendita de Nairobi a nuestro fundador, nuestro pastor, nuestro guía. El único. Reverendo... George... ¡Nalo!

El público estalla en aplausos, y la banda se pone a tocar una melodía frenética, animosa, estrepitosa. De repente Mollet se percata de un coro que antes no vio, al menos doscientas personas, con togas impolutas color carmesí, al final de la sala. Escenografía impecable. Todo el mundo parece saber lo que sucede a continuación, porque cuando el coro comienza con su himno, toda la congregación a su alrededor se le une en conjunción perfecta. No es un himno que Mollet conozca, pero, a pesar de sí mismo, da palmadas al ritmo. Es pegadizo. Incluso el rostro de Kiunga está atravesado por una gran sonrisa, un tanto estúpida. Justo cuando el himno llega al estribillo, un hombre enorme, con traje, sale majestuoso de detrás de la cortina. Saluda de manera informal al reconocer el escalofrío que causa su presencia y se dirige despacio hacia el estrado. Pasa junto a su esposa, la toca brevemente en el hombro, y recoge algunos papeles del atril. También se saca del bolsillo un enorme pañuelo blanco y espera a que termine el himno.

—Aleluya —dice.

Su voz es como un quintal de arena angulosa. Profunda, sonora. Y no obstante tiene una nota seca de soprano. Casi como si se tratase de varias voces. Y comienza despacio, cogiendo el micrófono pero manteniéndolo de forma despreocupada lejos de su cara. El efecto pretende silenciar al público, haciendo que se centre en sus palabras.

Su tranquilidad implica un poder no revelado.

—Éxodo, capítulo dieciocho, versículo veintiuno —dice, y Mollet ve a mucha

gente a su alrededor coger su biblia y buscar la cita indicada.

—Cuando Moisés fundó Israel —continúa Nalo con sequedad—, sabía que el país necesitaba una ley temporal así como espiritual. Se le dijo: busca hombres capaces, de todos los pueblos, hombres que teman a Dios, que sean dignos de confianza y detesten el soborno. —En ese momento dirige la mirada directamente hacia el público por primera vez, desafiante, hacia el frente—. Coloca a esos hombres por encima de la gente, como jefes, y permite que la juzguen en todo momento.

»Ahora. Ya no podemos llamarles jefes. Podemos llamarles políticos. Pero el precepto permanece. Hombres que teman a Dios. Hombres que sean dignos de confianza. Hombres que detesten el soborno. ¿Os recuerda a algún político que conozcáis?

Una oleada de risas resuena por la sala.

—Esos son los criterios. Así es como deberíamos elegir a nuestros jefes, llegado el veintisiete de este mes. Hombres que teman a Dios. Hombres que sean dignos de confianza. Hombres que detesten un soborno. Y, por deferencia a mi querida esposa, debería señalar que esto se aplica a las mujeres, también.

Otra risa educada. Nalo coge su pañuelo y se seca su enorme frente. La acción es una especie de signo de puntuación.

—Y sin embargo —dice—. Y sin embargo todavía hay miembros de mi rebaño —agita la mano para abarcar a toda la gente que hay delante de él—, mis hijos, que vienen y dicen: Pastor, ¿a quién debería votar? Quizás, incluso ahora, estáis esperando oírme decir un nombre, un partido, o dejar caer una indirecta, un color... naranja, tal vez, o azul, o rojo... Pero mi respuesta siempre será la misma. ¿A quién *deberíais* votar?

»A aquellos que teman a Dios. A aquellos que sean dignos de confianza. A aquellos que detesten el soborno.

»Quizás no es de extrañar, cuando observamos a nuestros políticos y vemos que fracasan en todos los sentidos, que en lugar de ellos nos decantemos por el tribalismo. Si todos son corruptos, la lógica indica que entonces también podríamos votar a algún pariente nuestro. Cuando reparta esos trabajos en el Gobierno, esos fondos locales, esas becas para estudios, se acordará de su gente. Puede no ser perfecto, pero la vida no es perfecta. ¿Qué más podemos hacer?

»Temer a Dios. Ser dignos de confianza. Detestar el soborno.

»Mirad a vuestro alrededor en esta sala enorme. Mirad a vuestro alrededor.

La gente que está delante de Mollel se gira y les mira a él y a Kiunga. Él los imita y mira la fila de asientos que tiene detrás. Es una experiencia mareante. Todo el mundo está mirando a su alrededor, y entonces Mollel ve un destello de pelo blanco, de piel rosada, en la parte superior al fondo de la sala.

—Giraos hacia quienes están a vuestro alrededor y daos la mano. Vamos.

Kiunga le ofrece su mano a Mollel, y Mollel se la estrecha de forma distraída. Se está esforzando por ver al tipo blanco. Nota que alguien le da unos golpecitos en el

culo, y la señora de mediana edad que está en el asiento de al lado le brinda su mano. No la puede rechazar, así que se la estrecha, y luego estrecha otras, las manos de la pareja de la fila de enfrente y las de la familia que tiene detrás, incluso la de la niña pequeña que está en el regazo de su padre.

—Alabemos al Señor. Aleluya.

El público vuelve a quedarse quieto. Algunos entusiastas regazados siguen buscando alguna otra mano que estrechar. Mollel inclina la cabeza intentando volver a ver al *mzungu*, pero no logra ubicarlo.

—Nos saludamos mutuamente en nombre del Señor porque hemos venido juntos desafiando la división étnica. ¿Al estrechar la mano de vuestros vecinos, habéis pensado, estoy estrechando la mano de un kikuyu, un luo, un kamba, un kisii? ¿Un luhya estrecha la mano de un kalenjin, un masái la de un embu? No lo sé. Porque desde aquí, no veía la diferencia. Solo veía el temor a Dios, keniatas dignos de confianza compartiendo el amor al Señor. Amén.

—Amén.

Mollel se inclina hacia Kiunga y susurra:

—Te veré en la entrada principal al final de la misa.

Después, con delicadeza, intentando no llamar la atención, se levanta y se abre paso para sortear a la señora que tiene al lado y para llegar al extremo de la fila. Una vez ahí, sube los peldaños, oteando cada fila al hacerlo. Llega arriba sin haber vuelto a ver al *mzungu*. En la parte posterior, hay una serie de puertas dobles y el hueco de la escalera. Se cuela por él y sigue las escaleras hasta llegar de nuevo a la planta baja. Se encuentra en alguna especie de pasillo para el personal, sin ventanas y desnudo, con conductos y cañerías recorriendo el techo. Oye un alboroto repentino y apenas tiene tiempo de echarse a un lado antes de que docenas de integrantes del coro pasen corriendo por su lado, quitándose las togas color carmesí y dejando ver las que llevan debajo, totalmente blancas. Les sigue la chica con auriculares.

—Coro dos casi en posición —le grita al micro—. ¿Dónde demonios están los bailarines?

Mollel sigue al coro por el pasillo, que es curvo. Pasa junto a una puerta y mira a través de la pequeña ventana que hay ahí. Está viendo el escenario.

—¡Eh! ¿Qué haces aquí? —La voz es agresiva.

Mollel se da la vuelta. Es el joven que le dio la bienvenida en la entrada, Benjamin. Está de pie con los brazos cruzados. No sonríe. Ya no lleva la chaqueta negra que lucía antes, solo una camiseta. Ahora Mollel puede verle los brazos fuertes.

—Esta no es una zona pública.

—Estaba buscando a alguien —contesta Mollel—. Un *mzungu*. Debe de haber pasado por aquí.

—Llegas una semana tarde —responde el chico—. El domingo pasado tuvimos a

doscientos *wazungu*^[57], visitantes de una de nuestras iglesias hermanas en Carolina del Norte. Pero esta semana... no. Ahora, por favor...

—¿Estás seguro? Pelo blanco. Un tipo mayor.

—Caballero —dice Benjamin en tono tranquilo, amenazador—, puedes entrar y adorar al Señor o salir y disfrutar de su creación. Pero no te puedes quedar aquí.

Mollet le enseña su identificación policial.

—Ahora, déjame volver a preguntar —dice Mollet—. ¿Has visto a un hombre blanco hoy aquí? ¿Un tipo mayor con el pelo blanco? ¿Conoces a alguien que encaje en la descripción?

El acomodador niega con la cabeza, dócil a regañadientes ahora que ha visto la identificación.

—De acuerdo. Necesito hablar con el reverendo Nalo cuando salga del escenario.

—Será mejor que vengas a la *greenroom*^[10] —contesta Benjamin.

A Mollet no le parece demasiado verde. De hecho, las únicas cosas verdes en esta sala con paneles de madera son las botellas de agua mineral encima del aparador, que brillan de forma atrayente con gotas de condensación. Mollet reflexiona, espera, después piensa, qué demonios, y se sirve un vaso.

Le han dejado solo aquí, pero puede seguir el progreso del espectáculo gracias a la enorme pantalla de televisión que hay en una pared. Nalo habla con total fluidez, los tonos arenosos colman un bramido profundo, bronco. Cada vez que grita el nombre de Jesús, se acerca el micrófono a la boca. La televisión tiene la voz apagada. Mollet le oye, con unos segundos de retraso, a través de la pared.

En la parte inferior de la pantalla, una línea de texto en movimiento insta a hacer donaciones y ofrece un número de teléfono y una dirección web.

El agua está fresca y deliciosa. Mollet se termina el vaso y vuelve a colocarlo junto al resto. Continúa inspeccionando la sala. No hay ventana. En la pared enfrente de la televisión cuelga un enorme óleo con un águila en pleno vuelo, que sujeta a una serpiente con las garras. La inscripción que hay debajo, en una placa de latón, dice: A NUESTROS AMIGOS DE LA IGLESIA DE GEORGE NALO. DEL TEMPLO UNIDO DE CRISTO, TASKENT, UZBEKISTÁN.

Las paredes están salpicadas por todas partes con fotos de George y Wanjiku Nalo. Los Nalo estrechando la mano del anterior presidente Moi, el presidente Kibaki. El presidente Museveni de Uganda. Bill Clinton. George W. Bush. Muchos presidentes.

Nalo ha terminado de invocar a Jesús y ahora está destacado en pantalla, colocando las manos sobre feligreses a quienes han hecho subir al escenario. Tiene la boca abierta y los ojos en blanco de modo orgiástico. Al tocar la sien de cada persona que le colocan delante, se agita, y la gente cae hacia atrás, para ser recogida por los brazos de otros seguidores. Con cada nuevo caso, Nalo parece debilitarse, su

presencia física se encoge, como si *su* fuerza fuese transferida. A través de la pared, Mollel oye a la masa lamentarse, gritar.

La iglesia católica nunca fue *así*.

El nivel del ruido se eleva bruscamente, y Mollel ve en la pantalla cómo Nalo se prepara para dejar el escenario. En ese mismo instante, deben haber unos pocos segundos de retraso por la transmisión, se abre de golpe la puerta de la *greenroom* y Nalo irrumpe. Es incluso más grande de lo que parecía de lejos, aunque está encorvado y se apoya con cansancio en el brazo de la chica con auriculares. Ella le conduce hasta un sofá de piel, donde él se desploma. Después la chica se abalanza sobre el aparador y sirve agua fresca en el vaso usado por Mollel, y se lo da a Nalo, que bebe de un trago. La chica saca una toalla de un cajón, y él se seca la cara y el cuello, desabrochándose la parte superior.

Mollel se dispone a hablar, pero la chica levanta un dedo para advertirle que no lo haga. Se inclina sobre Nalo, le quita un pequeño aparato negro que él llevaba en el bolsillo y aprieta un interruptor.

—El micro estaba encendido —explica ella—. Ahora puedes hablar.

Nalo se deja caer hacia atrás. Parece tener los ojos cerrados, pero pregunta:

—¿Quién eres?

—Soy el oficial Mollel. CID Central de Nairobi.

—Gracias, Esther. Puedes dejarnos.

—De vuelta en cinco —le recuerda la chica al salir de la habitación.

—Menudo sermón —habla Mollel cuando se cierra la puerta.

—Me alegra que lo disfrutase, oficial.

—¿No refrenda a un candidato? Según los periódicos, la mayoría de los predicadores importantes se han pronunciado a favor de uno u otro partido.

Nalo levanta un dedo cansado hacia el cielo.

—*Su* aprobación es la única que importa.

—Los periódicos dicen que usted mismo puede ser candidato en cinco años. Supongo que, en ese caso, lo mejor es ser neutral ahora.

—Neutral. Temeroso de Dios. Digno de confianza. Y detesto el soborno. Ese soy yo, oficial. ¿Le describe a usted también?

—En su mayor parte.

—Solo que me parece que cuando tengo el placer de conocer a alguno de nuestros guardianes públicos, siempre hay cierto *diezmo* que sacar. ¿De qué se trata esta vez? ¿Nuestros cánticos han incumplido las regulaciones sobre el ruido en la ciudad? ¿Ha encontrado una salida de incendios obstruida por una hoja caída? ¿O quizás el césped de ahí fuera está creciendo un poco demasiado deprisa, y quiere multarle por correr? Sea lo que sea, por favor hable con alguno de los encargados de la iglesia. Nunca manejo dinero en efectivo.

—Seguramente —responde Mollel— un soborno es igual de detestable si se da o si se recibe, ¿no cree?

—Hay una diferencia entre el soborno y la extorsión. Si pago a un policía para librarme de una ofensa justificada, eso es soborno. Si él ha inventado la multa, es extorsión, respaldada por la amenaza de la fuerza. Mire a su alrededor. Mire lo que he creado. ¿Cree que podría haber desarrollado una organización como esta sin atraer la peor clase de atención? Donde hay un águila, hay buitres. Déjeme contarle algo. En los tiempos en que todavía funcionábamos desde una casucha de hojalata en Kibera, creamos una comunidad de seguidores. Empezamos a poner toldos en el exterior para dar sombra a toda la gente que no cabía para las misas. Cuando pasábamos los botes para la recolecta en aquellos tiempos, no veíamos billetes, cheques. Veíamos monedas de cincuenta céntimos, de un chelín. Veíamos baratijas hechas a mano y paquetes de mijo. Un día vi el muñeco de una niña; una niña pequeña había dado su juguete favorito. Esa gente no tenía nada, oficial, nada. Y sin embargo tenía. Y lo aportaron.

»Bueno, puede imaginarse el efecto que tuvo en Kibera. Bastante pronto tuvimos encima a las pandillas. Los mungiki. Querían diezmar nuestros diezmos. Dije, de acuerdo. Podéis llevaros vuestra parte. ¿Sabe qué habría pasado si hubiese dicho que no?

—Lo puedo imaginar.

—De modo que se lo di. Pero, dije, con la condición de que vengáis al servicio. De esa forma podéis ver lo que entra en el bote y ver que no os estafó. Así que empezaron a venir al servicio. ¿Y sabe qué? Algunos de ellos se quedaron. Dejaron de llevarse su comisión y empezaron a ayudar.

La puerta que da al escenario se abre y entra Benjamin, seguido de Wanjiku Nalo.

—De hecho —prosigue Nalo—, aquí está ahora uno de esos jóvenes.

Benjamin le lanza una mirada desafiante a Mollel.

—Me preguntaba si eras exmungiki —dice Mollel—. Las trenzas.

—Durante un tiempo, creía que la única forma de salir de los mungiki era con una bala de la policía en la cabeza. El reverendo Nalo me dio una alternativa.

—Gracias, Benjamin —dice Wanjiku Nalo—. Dile a Sophie que saldremos a tiempo.

Benjamin se va, y Wanjiku se sienta en el sofá junto a su esposo.

—¿De qué va todo esto? —pregunta.

—Eso mismo me estaba preguntando —contesta Nalo.

—Necesito hacerles algunas preguntas sobre Orpheus House —dice Mollel.

No le han ofrecido sentarse y sigue de pie.

—¿Un domingo? —pregunta Wanjiku—. Oficial, para nosotros este es el día más ocupado de la semana. ¿No puede venir a la oficina mañana?

—Es una investigación por asesinato.

Eso les deja en silencio.

—Encontramos asesinada a una mujer joven en Uhuru Park el sábado por la mañana. Tenemos motivos para creer que podrían haberse deshecho de su cuerpo por

la alcantarilla de Orpheus House.

—Qué horrible —dice Wanjiku—. Pero, oficial, ese lugar está cerrado. A la espera de una reforma. Si alguien accedió ilegalmente, no se nos puede hacer responsables.

—Hay una segunda línea de investigación —responde Mollel—. Desde hacía poco la víctima estaba bajo la protección de un grupo religioso, uno que ayuda a las prostitutas a dejar la calle. Esa podría ser su organización, ¿no?

—Podría ser —admite Wanjiku—. Hay algunas organizaciones benéficas haciendo un trabajo parecido. Orpheus House es posiblemente la más conocida. ¿Puede decirnos el nombre de la pobre chica?

—Solo la conocemos como Lucy —contesta Mollel—. Era masái.

George Nalo le lanza una mirada a su esposa. Se aparta la toalla de alrededor del cuello y se seca con ella su amplio rostro.

—Lucy —pronuncia Wanjiku despacio—. Sí, era una de nuestras usuarias. ¿De modo que ha muerto?

—No parece impresionarle.

—Es muy triste. Pero, no, no estoy impresionada. Oficial, ya sabe el tipo de vida que llevan esas chicas. De eso tratamos de salvarlas. Si insisten en volver a la calle, hay muy poco que podamos hacer por ellas.

—¿Y eso es lo que hizo Lucy? ¿Volvió a la calle?

—Imagino que debió hacerlo. Simplemente desapareció una noche. Se levantó y se marchó. Hace algún tiempo. Justo antes de que cerrásemos el viejo edificio.

Vuelve a abrirse la puerta de la *greenroom* y la chica con los auriculares mira hacia el interior. Sujeta una camisa limpia, corbata, y una chaqueta en una percha.

—¡Reverendo, dentro en dos!

Nalo se levanta y coge la ropa.

—Ahora es cuando debo despedirme, oficial —dice, quitándose la camisa que lleva—. Confío en que encuentre a quien cometió este acto vil. Rezaremos por Lucy.

—Puede que necesite volver a hablar con usted —contesta Mollel—. Y necesito acceso al edificio en Upper Hill...

—No tiene sentido molestar a mi marido con esto —tercia Wanjiku—. Es solo un guía espiritual. Yo soy la directora médica de ese proyecto. Me encargo diariamente de las gestiones.

Nalo se ha puesto con rapidez la camisa nueva y la chaqueta. Permanece quieto, de pie, mientras Wanjiku le anuda la corbata. Ella le besa en los labios —él es alto, pero ella tiene casi la misma altura—, y Nalo sale por la puerta de golpe y se dirige de nuevo al escenario, mientras una oleada de aplausos eufóricos da la bienvenida a su regreso.

Entonces ella se gira hacia Mollel.

—Tengo una reunión del comité de mujeres después de la misa, pero puedo llevarle al proyecto rápidamente. Podríamos encontrar los documentos de Lucy. Pero

le advierto algo: por lo que respecta a la confidencialidad de la paciente, creo que se aplica de igual modo tras la muerte. Puede llevarse sus datos de contacto, pero no sus informes médicos. Si los quiere, necesitará una orden judicial. Y a ese respecto, la casa de Upper Hill está medio derruida por dentro, y es peligroso. La única forma de entrar ahí es con un casco y una orden judicial.

Mientras la sigue para salir hacia el pasillo del personal, Mollel le devuelve la mirada a Benjamin, el acomodador.

—El Señor vigila a sus corderos descarriados —le dice a Mollel—. No te apartes demasiado del camino.

Mollel se pregunta si eso es una bendición o una amenaza.

—Esto —dice Wanjiku mientras entran en un pequeño edificio no lejos de la iglesia— es Orpheus House. Al menos su actual encarnación.

Mollet contempla el aula a su alrededor. Porque no puede ocultar lo que es: pósteres de escenas bíblicas caricaturizadas adornan las paredes, y los pupitres y las sillas apiladas contra la pizarra son casi de un tamaño irrisoriamente infantil. El resto de la sala está dividido con mamparas, separado por biombos médicos color verde.

—Desarrollamos la escuela dominical al aire libre hasta que el nuevo edificio esté listo. En estos momentos no tenemos clientas internas. Solo ofrecemos servicios médicos y asesoramiento.

Mollet piensa en la vieja casa abandonada en Upper Hill, el entorno infantil de esta clase reciclada, y la brillante visión blanca del arquitecto de la futura Orpheus House. Recuerda un fragmento de catecismo de su época con Chiku en la iglesia católica: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Nunca ha entendido el concepto — francamente, duda que alguien lo entienda de verdad—, pero quizás esto tenga algo que ver con eso: la forma en que lo viejo se renueva a la búsqueda del ideal.

—¿Lucy estaba interna? —pregunta Mollet.

—Sí. Fue la última, en el antiguo espacio.

—¿Cuántas más había allí?

—Tres o cuatro al tiempo. Se quedaban entre una semana y seis meses. Hemos tenido a docenas de mujeres que han pasado por aquí.

—¿Y su tasa de éxito?

—Bastante alta. Puedo ponerle en contacto con docenas de mujeres que ahora llevan vidas satisfactorias en nuestra comunidad. Puede que haya visto a algunas de ellas ahora mismo en la iglesia. Por supuesto, siempre están las que, como Lucy, se quedan por el camino.

—¿Cuánto tiempo estuvo con ustedes?

—De memoria, diría que solo unas pocas semanas. Pero tendría que buscar los archivos. Disculpe.

Wanjiku abre la puerta de un armario. La puerta chirría. Dentro está lleno de ganchos, un juego de llaves cuelga de cada uno de ellos. Un garabato escrito con rotulador sobre cada gancho parece indicar para qué sirve cada juego.

El suelo y los estantes del armario están abarrotados de archivadores de cartón, con las tapas cerradas a duras penas, por las que se desbordan libros de contabilidad, expedientes y montones de papel.

—Todavía no hemos podido organizar el papeleo. Creo que los informes de Lucy deberían estar en esta caja.

Wanjiku alarga la mano hasta la caja que está más arriba. A pesar de que

posiblemente sea tres o cuatro centímetros más alta que Mollel y, supone él, igual de fuerte, este se adelanta de forma caballerosa. Wanjiku se hace a un lado para que Mollel pueda colocarse en la puerta del armario. Coge la caja. Pesa. Se da la vuelta y busca algún sitio donde ponerla.

—Aquí —dice ella, apartando a un lado uno de los biombos médicos.

Él ve una mesa de reconocimiento con amplios estribos de metal; un carrito con montones de bateas, pinzas, frotis. Deja la caja de golpe sobre la mesa.

—Soy ginecóloga —dice Wanjiku, notando la sorpresa de él por la aparición repentina de esos aparatos incongruentes—. Lo más importante que podemos hacer por esas mujeres, aunque no podamos persuadirlas para que dejen el negocio, es cuidar de su salud. Les hacemos un reconocimiento, un análisis de sangre. Les hablamos de las enfermedades de transmisión sexual.

Wanjiku levanta la tapa de la caja y empieza a examinar con cuidado su contenido.

—¿Ha visto alguna vez casos de circuncisión femenina? —pregunta Mollel.

Ella se gira con un destello enojado.

—¡Quiere decir mutilación genital femenina! No lo suavice sugiriendo que es meramente ceremonial. O alguna clase de procedimiento cosmético. Un clítoris no es un prepucio, ¿sabe? ¿Le gustaría que le cortasen la cabeza de su pene?

—¡No! —contesta Mollel a la defensiva—. Sinceramente.

—En términos estadísticos, está decreciendo. El mensaje parece estar llegando, en especial entre vosotros, los masái. Pero todavía es una práctica habitual en muchas tribus. Los peores casos que he visto son los de algunas tribus nómadas del norte. No se detienen con la clitoridectomía, ¿sabe? Pueden quitar todo el labio. Y no hay nada delicado en su forma de hacerlo.

Con la imagen del cadáver de Lucy en mente, Mollel empieza a sentirse mareado.

Wanjiku coge de la caja unos papeles grapados. Mira a Mollel con vehemencia intensa.

—¿Sabe *por qué* lo hacen, verdad?

Wanjiku se ha puesto a su altura, y Mollel toma conciencia de su presencia física: si un hombre le hiciera frente de esta forma, se estaría preparando para un combate. Pero se trata de una mujer. Una doctora de pelo canoso. La esposa de un pastor.

Mollel se siente completamente turbado.

Responde, de forma débil:

—¿Tradición?

—¡Maldita sea la tradición! Lo hacen por el *poder*. Esos hombres patéticos. Hombres *viejos*. Bien sabe usted que un masái no se puede casar hasta que no es anciano. Eso es en la treintena. Más tarde, si es rico, puede tomar otra esposa. Para entonces ya no es joven. Una tercera, si tiene bastante éxito. Puede que para entonces ya haya llegado a los sesenta. Estas chicas son novias niñas. Pero crecen. El viejo no puede ni siquiera satisfacer a una de ellas, mucho menos a tres. Y todos esos jóvenes

morans, viriles, solteros, en el pueblo. ¿Qué hacer? Cortas de raíz la sexualidad femenina.

Mollet no contesta.

Sabe que es verdad. Todo tiene que ver con los motivos por los que se fue. Por lo que se fueron Honey y Lucy y muchísimas otras, por lo que se van, y se irán.

Pero le resulta duro oír estas palabras en boca de una kikuyu.

Para un masái, un kikuyu es la máxima traición.

Hubo un tiempo en que las dos tribus se consideraban primas. Los blancos podían clasificar a una como bantú y a otra como nilótica, pero los kikuyu y los masái siempre han coincidido en lo que respecta al territorio, sin olvidar atuendo, mitología y vocabulario.

A veces pelearon —refriegas de poca importancia en guerras a gran escala—, pero era una rivalidad basada en el respeto. Hubo un tiempo en que la única persona de fuera con la que era aceptable que un masái se casase era un kikuyu, y viceversa.

Cuando los kikuyu se alzaron contra los blancos, parecía una repetición de las guerras masái contra los invasores del siglo anterior. Pero ganaron, y rebautizaron al país con el nombre de su montaña kikuyu sagrada. Para entonces, ya no veías a ningún kikuyu con ropa tradicional. Parecían preferir los ridículos pantalones y corbatas de los extranjeros.

Aunque se casó con una kikuyu, aunque su hijo sea medio kikuyu, aunque él mismo haya rechazado la tradición hace tiempo, a Mollet le duele oír a una kikuyu criticar la forma de vida masái. Los masái pueden resultar invisibles por lo que respecta a cargos gubernamentales, funcionarios públicos o —como bien sabe Mollet— policías. Puede que no sean los grandes industriales, las celebridades, los que mueven los hilos, pero cuando el departamento de Turismo quiere atraer visitantes, ¿a quiénes ponen en las vallas publicitarias? Si alguna vez se necesita un africano pintoresco para un vídeo pop o un spot de moda, ¿qué imagen utilizan?

La tradición, desafortunadamente, funciona en ambos sentidos.

Wanjiku Nalo le mira como si él, en persona, fuese responsable de siglos de opresión hacia las mujeres. Arranca la primera hoja del montón de notas.

—Esto es todo lo que puedo darle sin orden judicial. Nombre completo, edad, las fechas de su estancia.

—Es suficiente para seguir. Una cosa más. Cuando Lucy vino, ¿estaba... ya estaba... mutilada?

—Confidencialidad médica, oficial.

—¿Y sigue insistiendo en una orden judicial antes de dejarme entrar en la antigua Orpheus House?

—No hemos dejado más que las paredes en ese sitio. No es seguro. No estoy preparada para asumir la responsabilidad.

—De acuerdo —concede Mollet—. Bueno, hay pocas posibilidades de conseguir cita en el juzgado para una orden hasta después de Navidad. Tendremos que dejarlo

para entonces, si se comprueba que es necesario. Gracias por su tiempo, doctora. Será mejor que encuentre a mi compañero. Estoy seguro de que se estará preguntando dónde me he metido.

Al salir, Mollel palpa las llaves en su bolsillo. Las que consiguió coger al ir a por la caja. Las que estaban colgando dentro del armario en un gancho que indicaba ORPHEUS HOUSE.

Hubo un tiempo, no hacía mucho, en que Nairobi se detenía los domingos. Aparte de las iglesias, los únicos lugares que abrían sus puertas eran algunos de los negocios musulmanes en zonas como Eastleigh. Ahora, el domingo es bastante parecido a un día entre semana, en especial por lo que respecta al tráfico en Mombasa Road.

Mollet baja la ventanilla del Land Rover y suspira. Están atascados en Nyayo Stadium, los árboles pequeños al borde de la carretera proporcionan un poco de alivio bajo el sol que cae a plomo, pero también crean un nuevo peligro: los marabús. Les encanta esta zona de la carretera, y han colonizado los árboles que hay aquí, pues se dan banquetes con las sobras que tiran los muchos vendedores que hacen su negocio entre el tráfico detenido. Con casi metro y medio de altura, picos largos, afilados, no tienen miedo en absoluto a los seres humanos, y se tambalean entre las multitudes de pasajeros de *matatu* que están a la espera, abalanzándose sobre exquisiteces. Cuando se ven amenazados, despliegan sus sucias alas grises y vuelan con pereza hasta los árboles, desde donde sus frecuentes y pesadas evacuaciones de vientre se convierten en una amenaza tanto para los peatones como para los coches.

Hay algo en el marabú —*en-tialoo* en la lengua de Mollet— que le recuerda a un masái anciano: piernas flacuchas sosteniendo un cuerpo encorvado envuelto en una *shuka*^[51] raída, un cuello escuálido que culmina en una cabeza calva, moteada. Incluso sus movimientos son los de un hombre viejo, moribundo.

Se da cuenta de que ya no piensa en marabús. Se está acordando de cuando, durante una estación larga, seca, movió al rebaño familiar desde las llanuras secas de Kajiado hasta los pastos exuberantes de las tierras altas. El cielo estaba oscureciendo, y les había prometido a su madre y a Lendeva que volvería a su *boma* temporal a tiempo de proteger a los animales de las criaturas nocturnas.

Pero los perros no regresaron a su llamada, e, investigando, los encontró, aullando con inquietud, a los pies de un anciano acurrucado en su *shuka*, sentado contra una roca y observando cómo el sol descendía en el cielo.

Las mejillas hundidas del anciano estaban cubiertas de rastrojo gris, y sus ojos eran azul pálido, invadidos por las cataratas. Al joven Mollet le pareció extremadamente frágil y ligero, como si el más suave soplo de viento pudiese levantarlo y llevárselo.

Había ido a ese lugar para morir.

Era la costumbre masái, morir a solas de esta forma, y Mollet se preguntó si podría volver sobre sus pasos con destreza y huir sin molestar al hombre. Pero él le hizo señas, y Mollet se acercó. Ninguno de ellos habló, pero el anciano levantó un dedo huesudo hacia las ovejas y las cabras, y Mollet supo que debía ocuparse de

ellas. Las reunió junto a un matorral y ató allí a las más grandes, mientras las más pequeñas se acurrucaban buscando calor. Después cortó unas cuantas ramas de espino, las colocó alrededor, y ató con ellas algunos de los cencerros de las cabras, como aviso, en caso de que un león o un leopardo intentasen acercarse. Después volvió al lado del anciano.

Había muerto. Pero quiso que Mollel estuviese a su lado para que el chico guiase su espíritu en la noche. Así que Mollel se sentó junto al cadáver del desconocido, custodiándolos a él y a su rebaño hasta que los primeros rayos dorados proporcionaron sombras a los árboles del paisaje que tenían delante.

Tiempo atrás, Mollel había empezado a combinar el recuerdo del anciano con los pocos recuerdos que le quedaban de su padre. Su padre era un hombre vigoroso la última vez que Mollel lo vio. Pero, de vivir, ahora sería viejo y frágil. Si ya le había llegado la hora, Mollel confiaba en que hubiese tenido a alguien sentado junto a él para velarle.

El pitido del teléfono de Kiunga le saca de golpe de su estado de ensoñación. Kiunga se ríe. Se había dado cuenta de que Mollel se estaba quedando dormido.

—Estos Land Rover de la policía no tienen aire acondicionado. Eso complica el permanecer despierto en los atascos.

—No es eso —contesta Mollel—. Solo estaba pensando.

—Donde mejor pienso es en los atascos —apunta Kiunga—. Así que imagino que, dado que vivo en Nairobi, debería convertirme en una especie de genio.

Pone el coche en punto muerto y suelta el freno de forma que puede levantarse en el asiento y llevarse la mano hasta el bolsillo del pantalón para coger su móvil. Vuelve a reclinarsse y mira la pantalla del teléfono. Después chasquea con la lengua.

—¿Qué pasa?

—Mira.

Le ofrece el teléfono a Mollel. Mollel mira el mensaje que hay en la pantalla.

—Mi kikuyu está demasiado oxidado. No puedo leerlo.

—Mejor. Es otro de esos mensajes odiosos que circulan. Dice que los luo se están concentrando. Si su hombre pierde las elecciones, van a tomar Nairobi y matar a cualquier kikuyu que se cruce en su camino.

—¿Quién lo manda?

—No lo sé. El número no aparece. Tienen una forma de evitar que aparezca la dirección de envío.

Algunos coches se mueven por delante, y Kiunga pone en marcha el motor. Hace avanzar el Land Rover menos que la longitud de un coche y luego se detiene, a unos centímetros del parachoques del vehículo que tiene delante. Apaga el motor de nuevo.

—¿Has recibido muchos mensajes así? —pregunta Mollel.

—Es el segundo de hoy. Mueve hacia abajo, verás más.

Mollet revisa la carpeta de mensajes del teléfono de Kiunga. Abre uno de alguien que se llama Mandy. Lo lee en voz alta, tratando de descifrar las abreviaturas:

—Nos vemos +T-D-E grandullón VOY a...

—¡Para! —dice Kiunga, volviendo a coger rápidamente el teléfono—. ¡Ese no! Es personal.

—Disculpa —contesta Mollet—. ¿Cómo es que has recibido todos esos mensajes y yo no?

—Sencillamente las damas me consideran irresistible, supongo.

—Me refiero a los anónimos.

—¿Tienes cuenta o usas tarjetas de teléfono?

—Cuenta.

—Yo también. Creo que quien esté mandando estos mensajes tiene a alguien en la compañía telefónica, comprobando los nombres. Kiunga, Ngugi, Mungai, Mwangi, Wachira, Wambui. No es difícil distinguir a los kikuyu. Es incluso más fácil distinguir los nombres de los abonados luo. Otieno, Oketch, Odhiambo. ¿Conoces a Orenge, el agente de recepción? Ha estado recibiendo mensajes en jaluu diciendo que los kikuyu son los que van a atacar primero.

Aunque todos los principales partidos políticos lo negasen, estas elecciones estaban firmemente separadas por líneas étnicas. El Partido de Unidad Nacional del presidente Kibaki estaba dominado por los kikuyu. La oposición de Raila Odinga, el Movimiento Democrático Naranja, tenía como núcleo a los luo occidentales. Otros, entre los aproximadamente cuarenta grupos tribales de Kenia, tendían a gravitar en torno a uno u otro.

—*Esa Enkai Nanyokie* —murmura Mollet, y, a pesar del calor, siente un escalofrío.

—¿Qué es eso? —pregunta Kiunga.

—Algo que acabo de recordar —contesta Mollet—. En mi lengua, significa «la hora del Dios Rojo». Los masái creen que hay un tiempo en que la locura lo invade todo. Cuando las personas se vuelven unas contra otras, y cuando la ira es el único instinto humano.

—Suena cierto —dice Kiunga—. Sé que vosotros los masái creéis que solo hay dos tribus en Kenia, vosotros y todos los demás, pero, por la forma en que se están desarrollando estas elecciones, las cosas se van a poner feas. Y parece que no soy el único que lo piensa.

Kiunga hace un gesto hacia lo que hay más allá de la ventanilla.

—Todo este atasco. Es gente haciendo cola para ir a Nakumatt. Mira.

Mollet mira por su ventanilla y por primera vez se da cuenta de que el atasco en el que están metidos está provocado por una caravana de coches que intentan entrar en el aparcamiento del enorme supermercado cuya entrada está más allá. Ahora que lo ve, cae en la cuenta de otra cosa: las personas que pasan junto al coche por ambos

lados no son los habituales vendedores ambulantes de periódicos, baratijas y fruta. Son gente corriente que carga con la compra, con cajas de cartón y bolsas de plástico. Bolsas de cereales como maíz, harina y mijo; botellas de agua; alimentos enlatados. Una señora pasa con determinación con un bebé atado a la espalda con un *khangá*^[19]; de un chal similar que le cruza el pecho sobresalen latas de comida.

—Dime que esto es tan solo la compra habitual por Navidad —dice Mollel.

Kiunga se ríe.

—¿No te has estado aprovisionando, Mollel? Debes de ser la única persona en Nairobi que piensa que estas elecciones van a transcurrir sin problemas.

Mollel siente un golpe de consternación. No ha hecho acopio de provisiones. Sus escasos víveres apenas podrían alimentarles a él y a Adam un día. Es una suerte que el niño esté con Faith.

Ha estado tan abstraído por este caso de asesinato que ha subestimado por completo la situación que se avecina. La amenaza de la violencia política le había parecido remota hasta ahora.

—¡La GSU^[11]! —dice con voz ronca.

—¿Qué pasa con ellos?

—Debió de ser la GSU lo que Sammy Superglue oyó en Uhuru Park. Si va a haber problemas, necesitarían establecer alguna especie de puesto de mando en el centro de la ciudad. Esa es la ubicación ideal. Es el espacio abierto más cercano tanto al Parlamento como al Central Business District.

—¿Por qué tanto secreto, entonces? —pregunta Kiunga.

—La GSU solo recibe órdenes del Estado —contesta Mollel—. Si se corriese la voz de que ya están preparando un puesto de mando...

Kiunga termina su idea:

—Se entendería como señal de que el Gobierno está planeando amañar estas elecciones.

—¿Matarían a alguien para encubrirlo? —pregunta Mollel.

—¿Quién sabe de lo que son capaces esos bastardos? Lo que sé es que si Lucy se interpuso en su camino...

Deja el pensamiento inacabado. No necesita entrar en detalles. Todo el mundo sabe que ninguna mujer está a salvo cuando la GSU está cerca.

La imagen de la GSU en general hace que los mungiki parezcan chicas exploradoras. Corre el rumor de que son los descendientes directos de los escuadrones de la muerte, remunerados, que los británicos utilizaron contra los Mau Mau^[12]: cuando los antiguos guerrilleros se hicieron con el poder, heredaron todo el equipo y, en lugar de disolverlos, los emplearon contra sus rivales.

En tiempos de Moi, los GSU se convirtieron en sinónimo de represión, y la mera presencia de sus uniformes verde oscuro y boinas carmesí bastaba para sofocar cualquier disidencia. Quienes no se sentían intimidados solían terminar en el sótano del edificio del Ministerio del Interior, donde los obreros de la construcción

encontraron a finales de los noventa un complejo abandonado de cámaras de tortura secretas.

Aunque hace mucho que Moi fue enviado a un retiro forzoso, la GSU conserva su terrible reputación.

—Quizás mataron a Lucy porque vio algo —dice Mollel—. Podría haber llevado a un cliente a Uhuru Park y haberse tropezado con sus maniobras. ¿Pero qué pasó con el cliente? ¿Y por qué mutilarla así?

—Tal vez todavía tiene que aparecer el cuerpo del cliente —contesta Kiunga misteriosamente—. Y en cuanto a la mutilación... algunos de esos tipos consideran la violación como un beneficio profesional. ¿Quién sabe hasta dónde pueden llegar cuando les quitan la correa?

—Tenemos que avisar a Sammy. Si han eliminado a una testigo...

No es fácil salir de la autovía, y pasan otros veinte minutos hasta que logran llegar a un tramo donde la mediana está bastante despejada de árboles, rocas y defensas como para que el Land Rover pueda cruzar. Aunque el tráfico sigue siendo denso en esta dirección, se mueve, y llegan a Uhuru Park en otra media hora.

Aparcan el coche y se dirigen de inmediato a la palmera de Sammy entre los arbustos, pero no hay señal de él. Patrullan las calles un par de horas, revisando todos los sitios que suele frecuentar Sammy Superglue, hablando con algunos mendigos que se sabe que suelen andar con él.

Parece haberse desvanecido de la faz de la tierra.

Se encaminan de nuevo hacia el sur. Han dejado atrás el atasco en la ciudad y están de nuevo en Mombasa Road, pero ya lejos del estadio. Han dado un rodeo por el distrito conocido como South C, y ahora el tráfico es más fluido. Pasan junto a los nuevos bloques de oficinas que están construyendo a ambos lados de la carretera. Hay obras en cualquier parte a la que mire Mollel. Esta zona de la ciudad apenas está reconocible respecto a solo unos pocos meses antes. A veces parece que toda la ciudad cambia constantemente.

La propia carretera no escapa al continuo remolino del desarrollo. En Athi River se ven obligados a tomar un desvío donde están construyendo un nuevo tramo de carretera, y dejan el alquitranado para sacudirse dando tumbos por un camino polvoriento y lleno de surcos.

El progreso en ocasiones implica dar un paso atrás.

El tráfico sigue siendo denso, y muchos *matatus* e incluso autobuses de larga distancia sacan ventaja de la organización informal para desviarse del camino y abrirse paso campo a través por ambos lados, zigzagueando para evitar cualquier obstáculo, creando nuevos caminos y levantando nubes de polvo. Es una batalla campal, y Mollel se alegra de la altura del Land Rover cuando se ven forzados a girar para salir bruscamente del camino al venírseles encima un bus interurbano, con los faros brillando y haciendo sonar el horrible soniquete de su bocina. ¿Y qué si tienen preferencia? Sus dos mil kilos no pueden discutir con los quince mil del autobús.

La carretera surge de nuevo en la cementera, y se produce un embotellamiento porque todos los vehículos compiten por volver al asfalto. Mollel sube su ventanilla para evitar el polvo asfixiante que lo inunda todo cada vez que van despacio. La única forma de evitarlo es conducir más rápido que el movimiento del polvo. Aquí, tiene un gusto acre, alcalino, por los vertidos de la construcción y los residuos de ceniza que caen de los camiones que transportan material para hacer bloques. Se dice que quienes viven en Athi River no se atreven a salir a la calle con el pelo mojado por miedo a que se les endurezcan los mechones.

Mollel recuerda su propia ceremonia de circuncisión, él y su hermano, Lendeve, ambos al comienzo de la adolescencia, sonriéndose nerviosos el uno al otro con los rostros blanqueados con ceniza, y aparta el pensamiento de su mente.

Cruzan el puente sobre el río, poco crecido en esta época del año a pesar de las lluvias. Si el cuerpo de la chica no se hubiese quedado varado en el parque, aquí es donde hubiese desembocado, o, en última instancia, a seiscientos kilómetros de distancia, en el océano Índico. Este río también sirve como alcantarilla para la mayoría de asentamientos informales de Nairobi; en otras palabras, los suburbios de la ciudad. Mollel se fija en un camión cisterna aparcado al borde del agua, y en un

hombre que sujeta un tubo grueso de succión metido en los aproximadamente quince centímetros de río. En el letrero del lateral de la cisterna se lee: AGUA POTABLE LIMPIA.

Siguen circulando hasta Kitengela, el último municipio significativo en esta parte de Nairobi, antes de que la ciudad de paso a la llanura de Kajiado. Es una zona concurrida, próspera. La iglesia está a las afueras, y los domingos por la noche son un momento para socializar, para ver a amigos, y para que te vean con tus mejores galas. Los puestos de *nyama choma*^[39] junto a la carretera hacen mucho negocio, y el olor a carne asada hace que Kiunga le lance a Mollel una mirada vehemente.

—No he tomado nada desde la comida, jefe —suplica.

—¡Solo son las seis!

—Exacto. Normalmente como algo a media tarde. Solo para seguir en marcha.

—Ya casi hemos llegado. —Mollel saca su bloc y comprueba la dirección que Honey les apuntó la noche anterior—. «Paradise Towers, Prison Road, Kitengela. Junto al matadero Happy Days». Por aquí a la derecha.

Giran por Prison Road. Paradise Towers es un bloque de apartamentos de cuatro plantas; de cuatro y media, para ser exactos, porque el quinto nivel es una planta de cemento con pilotes de refuerzo que la sostienen, mientras se supone que los dueños esperan el momento en que puedan permitirse construir más. La planta baja está ocupada por el habitual despliegue de empresas: una tienda de móviles, un peluquero, un puesto de *nyama choma*.

—Recuerda, nos pidió que aparcásemos lejos del edificio —avisa Mollel.

—*Sawa sawa*.

Kiunga pasa unos cuantos bloques y detiene el coche frente a una casucha de chapa de cinc con un letrero que anuncia VIDEOJUEGOS 10/PARTIDA. Al salir del coche, Mollel ve a un grupo en el interior, niños y jóvenes apiñados alrededor de una pantalla de televisión. Están jugando a un videojuego de carreras de coches, y todo el grupo se inclina de izquierda a derecha mientras el jugador toma las curvas del circuito.

Un par de jóvenes holgazanean en la puerta.

—Vosotros dos —dice Kiunga—, vigilad este coche. Si le pasa cualquier cosa, pagaréis por el desperfecto.

—¿Y si no pasa nada? —pregunta uno de los chicos.

—Diez *bobs*.

Sonríen.

—¿Para cada uno?

—Si no pasa nada.

—No se preocupe, oficial. Cuidaremos bien de sus ruedas.

Los dos policías caminan hacia Paradise Towers. Hay bastante trasiego de peatones para poder alejarse discretamente del Land Rover de la policía. En el centro de la fachada, entre la entrada de una tienda y un bar ruidoso, hay una escalera, donde se detienen.

—Oye, Kiunga —dice Mollel—. Sin Sammy, Honey es nuestra única testigo. No quiero que la disgustes.

—¿Disgustarla? —Kiunga le lanza una mirada socarrona.

—Sabes lo que quiero decir. La última vez fuiste bastante duro con ella.

—Es una *poko*^[44], Mollel. Las prostitutas como ella están acostumbradas a cosas peores que nosotros.

—Puede ser. Pero esa no es la forma en la que quiero jugar.

Kiunga frunce el ceño, pero parece estar de acuerdo con su oficial superior, y se dirigen al cuarto piso. Una vez allí, el rellano adopta forma de un balcón que recorre la fachada del edificio. Las puertas no tienen número. Por la escasa distancia entre ellas, Mollel imagina que solo constan de una habitación. Su sospecha se confirma cuando pasa junto a una puerta abierta y alcanza a ver a una familia viviendo en un espacio no mucho más grande que uno de los calabozos de la Central. A continuación, pasan junto a un baño común con la puerta abierta, donde hay una mujer lavando a un montón de niños.

Llegan al final del balcón.

—Dijo que era esta —indica Mollel.

Llama a la puerta con los nudillos. Se pregunta quién podría oírlo por encima del ruido del tráfico y los niños gritando y los transeúntes y la música del bar de abajo. Pero al cabo de un instante oye el chirrido del pestillo, y la puerta se abre.

Aparece una mujer, y Kiunga dice:

—Disculpe. Estamos buscando a otra persona.

Mollel la mira con atención: cabeza lisa, afeitada; estatura media; rasgos masái. Es Honey.

Ella se ríe.

—Pasad —dice.

Kiunga todavía parece perplejo mientras entran en el espacio apretado, desnudo. Suelta un *oh* de comprensión cuando ve la peluca larga, lustrosa, cuidadosamente colocada sobre una base.

—Los tacones de diez centímetros también ayudan —dice ella con una sonrisa—. Siento decepcionaros, chicos. No soy tan atractiva en el mundo real, ¿eh?

Mollel se sorprende a sí mismo al decir:

—Eres preciosa.

Después, avergonzado, mira a Kiunga, que arquea una ceja.

Honey se ríe de nuevo.

—Muy amable por tu parte, agente. Pero los compañeros masái no son en realidad mi objetivo. ¿Sabes? Ahora, debería ofreceros un asiento, pero...

Mueve una mano gesticulando hacia la pequeña habitación. Está desnuda excepto por un colchón de espuma en el suelo, cubierto por una *shuka*; un hornillo directamente sujeto a una bombona de gas y unos pocos cacharros metidos en una olla junto a él; un tocadore; y una hilera de ropa colocada en sus perchas, colgando de una caña que pende de dos trozos de cuerda sujetos con dos clavos en el techo. Otra *shuka* tapa una pequeña ventana en la pared de enfrente.

—¿Vivíais las dos aquí? —pregunta Kiunga.

—Lo compartíamos, sí —contesta Honey—. Solo es un sitio donde dormir. Nos las arreglábamos bastante bien. No es un lugar al que traer a los clientes, si es eso lo que estás pensando.

—No, estoy seguro de que no sería de su agrado —responde Kiunga, con un matiz de sarcasmo arrastrándose en su voz—. Espero que les llesves a hoteles internacionales: el Balmoral, el Splendid. Quizás le dejas caer al encargado nocturno un billete de cien *bobs* para que te deje ejercer en los bares. ¿O te va más el negocio a la hora de comer? ¿Sobornar a los encargados para que te den una hora en una habitación vacía antes de que se registre el cliente?

Honey le lanza a Mollel una fugaz mirada afligida.

—Pensaba que no iba a haber problema con... ¿con lo que hago?

—Lo que haces —contesta Kiunga de forma rotunda—, es lo que hizo que tu amiga terminase muerta.

—Esa es una teoría —replica Mollel, dedicándole a su compañero una mirada de advertencia.

Honey se gira hacia Mollel, con los ojos brillantes.

—¿Puedo hablar contigo a solas, por favor? —pregunta en maa.

Como la noche anterior, Mollel no sabe qué contestar, porque hace mucho que no habla en su propia lengua. Al final le dice a Kiunga, en inglés:

—¿Por qué no vas a por comida?

—Será un placer —contesta Kiunga. Después, a Honey—: Solo estamos intentando ayudar, ya sabes.

Ella se lo agradece con un asentimiento.

—¿Te traigo algo? —le pregunta a Mollel.

—No, gracias. Te veré abajo.

—Da un grito si necesitas algo —contesta Kiunga, y cruza una mirada con Mollel.

Mollel solo quiere librarse de Kiunga, y está enfadado por el hecho de que este haya ignorado su advertencia. Pero la mirada de Kiunga dice *ten cuidado*. Después, se marcha.

—Es un buen tipo, de verdad —dice Mollel.

—Estoy segura de que lo es —responde Honey—. Pero, ya sabes, puedo oírlo en

su voz. El desprecio. El asco. Para él solo soy otra *poko* de K Street. También Lucy. Vivas o muertas, el trabajo es todo lo que somos. Por eso acudí a ti. Pensé que quizás sentirías más compasión por una pobre chica masái que fue asesinada. Que verías a la persona, no solo el trabajo.

—Lo hago.

—¿Aun así crees que fue el trabajo lo que hizo que la matasen?

—Solo seguimos los indicios. Es lo que hay. La ubicación, lo que llevaba puesto, la hora de la noche. Creemos que pudo haber ido allí con un cliente. Quizás lo hizo él, quizás ella molestó a otra persona, vio algo. Si tan solo pudiésemos encontrar al cliente...

Honey levanta las manos exasperada. Mollel continúa:

—Estadísticamente, los asesinatos de prostitutas...

—¡Estadísticas! —se lamenta ella—. ¡Te mostraré las estadísticas!

Se abalanza hacia la puerta y sigue hasta la barandilla del balcón. Por un instante Mollel cree que está a punto de tirarse. Pero ella se detiene ahí, agarrando la barandilla con fuerza, con los nudillos blancos, los codos apretados contra el cuerpo.

—¡Ven! —grita—. ¡Obsérvalo tú mismo!

Mollel se une a ella frente a la barandilla.

El sol se está poniendo. Los rascacielos del centro de la ciudad solo se ven en el horizonte como siluetas púrpura oscuro contra el cielo carmesí. El primer plano es un panorama de casas y depósitos de agua, un paisaje de chapas de cinc, cemento y tejados de juncos *makuti*^[24]. Cada centímetro cuadrado parece habitado. Las antenas de televisión brotan como plantas de semillero, las parabólicas como hongos. Los repetidores para los móviles y los minaretes de las mezquitas rompen la monotonía, alzándose como si trataran de escapar de la humanidad que hay por debajo. Y donde el cielo oscurece, lejos de la ciudad, las obras se elevan iluminadas con halógenos y fósforos, echando humo y supurando polvo: una ciudad de luna blanca, polvorienta, en contraste con el Nairobi bañado por el sol, empapado en sangre, hacia el noroeste.

El ruido es constante: golpes mecánicos de las obras, el ruido sordo del tráfico en la carretera, música, rezos, gritos, chillidos, risas, vida. Mollel puede oír cientos de voces humanas, pero aparte de la mujer que está a su lado, no ve a ningún ser humano hasta que baja la vista. Entonces la calle se abre ante él con todo su latido vital. La gente recorre su extensión, moviéndose como un reguero de hormigas, cada cual siguiendo su propio camino pero sin dejar de formar parte del flujo de doble sentido. Mollel alcanza a ver a Kiunga apoyado sobre el mostrador de un puesto de *nyama choma* al otro lado de la calle; está comiendo un muslo de pollo y charlando con la chica que le ha servido. Más lejos en la calle está su coche, los dos chicos de la casucha de vídeo holgazanean como si fuesen los amos y señores, apoyados contra un guardabarros. Familias acicaladas con sus mejores ropas de los domingos, las niñas pequeñas con voluminosos vestidos de satén y los niños con réplicas de trajes; un vendedor de salchichas empuja su brasero; vendedores ambulantes ofrecen fruta y

matamoscas y revistas; los revendedores de billetes de *matatu* pregonan sus ofertas; cabras y pollos pastan con toda tranquilidad en la basura donde quiera que haya un pedazo de suelo libre.

—¿Sabes? —dice Honey—, esta ciudad ni siquiera existía hace cien años. Entonces era nuestra tierra. *N'garan'airobi*. El lugar de los manantiales frescos. Toda esta gente, estos kikuyu, luo, meru, embu, kalenjin, luhya, y cualquier otro, están aquí porque el hombre blanco vino un día y dijo: «Esta zona del país es agradable, fresca, fértil. Construiré mi ciudad aquí». Mira la calle ahí abajo. ¿Cuánta gente calculas que hay?

—¿Quinientos, seiscientos? —tantea Mollel.

—Y es una pequeña calle lateral. Hay veinte, treinta calles así en Kitengela, y Kitengela es solo un distrito. Están Mlolongo, Athi, South B, South C, Embakasi, Donholm, Pipeline, Industrial Area. Todos tienen calles como esta, llenas de gente. Y solo estamos hablando de los distritos en esta parte de la ciudad. ¿Qué es eso, una cuarta, una octava parte de la ciudad?

Mollel se encoge de hombros. La escala del lugar parece incognoscible. Mareante.

—Están todas las zonas ricas, Karen, Hardy, Lavington, Westlands. Los distritos indios. Luego la zona somalí: Eastleigh. Y ni siquiera he mencionado Mathare, Kibera, Kawangware, Dagoretti; si piensas que esto está abarrotado, aquellas zonas hacen que este sitio parezca el Masai Mara.

Mollel siente una pequeña opresión en el pecho, una respiración superficial. Es un recuerdo físico de su llegada a esta ciudad: un muchacho que había crecido en un pueblo de dos docenas de habitantes, cuya única experiencia en cuanto a las multitudes había sido un rebaño de cabras o un día de mercado con doscientas o trescientas personas dando vueltas. Nairobi le pareció abrumador, aterrador, excitante, estimulante: lo había odiado y amado, y se había dado cuenta, con alegría y miedo, de que *esta* era la jungla en la que esperaba perderse.

—Ya no es nuestro lugar —dice.

—No —responde ella—. Nairobi no pertenece a los masái. Le pertenece a esa gente que está ahí abajo. Gente de toda Kenia. De todo el mundo. Diez millones de personas. Ahí tienes tu estadística. Diez millones de personas en esta ciudad. ¿Qué importa una *poko* menos?

—No es así como lo siento —dice Mollel.

—¿De verdad? Y sin embargo es como estás llevando esta investigación. La mataron porque era prostituta.

—Es lo que apuntan las pruebas —protesta Mollel.

El cielo está oscuro. Una bombilla parpadea hasta encenderse en el balcón. Honey se gira hacia Mollel.

—¿Qué hay de Orpheus House? —pregunta—. Te conté que la última vez que la vi se estaba quedando allí. Admitiste que el desagüe conduce al lugar donde la

encontraron.

—Es un tramo —contesta—. Si el cuerpo no hubiese aparecido en el parque, por ese desagüe hay docenas de sitios más alejados en los que podría haber ido a parar.

Honey se queda callada un momento. Después dice:

—De modo que no me crees, que había dejado la calle. ¿Sigues pensando que lo que causó su muerte es el hecho de estar trabajando como prostituta?

La respuesta de Mollel es el silencio.

—¿Qué pasaría si te dijese que no podía seguir trabajando? ¿Qué pasaría si pudiera demostrar que no trabajaba desde hacía meses?

—Eso podría cambiar las cosas —responde Mollel.

Honey le mira fijamente con sus ojos oscuros.

—La última vez que la vi —dice—, Lucy estaba embarazada. Iba a tener un bebé. Y habría nacido ahora, en cualquier momento.

Mollel se tambalea. Por un momento duda estar oyendo bien. Piensa en el cadáver. No había ninguna señal de embarazo. Apenas se atreve a pensar en lo que eso significa. Pero debe hacerlo.

—¿Por qué no me dijiste esto antes?

—Solo estoy empezando a confiar en ti. Hay una posibilidad, una pequeña posibilidad, de que el bebé pueda estar vivo. Lucy podría haberlo tenido antes de ser asesinada. En ese caso, el bebé está en peligro.

—¿Por parte de quién?

—¿No lo entiendes? El padre. El cliente poderoso, importante, de Lucy. Él la eliminó. Y para mantener su secreto, posiblemente querrá eliminar también al bebé. Por lo que ella me contó, tiene contactos en todo el departamento de policía. Por eso necesitaba saber que podía confiar en ti.

—Vas a tener que confiar en mí ahora —replica Mollel—. Vas a tener que contármelo todo.

—¿Pero no le hablarás a nadie del bebé? Ni siquiera... —Hace una señal con la cabeza hacia la calle, donde Kiunga sigue comiendo.

—No.

—Entonces necesito contarte algo más. La última vez que vi a Lucy no fue hace tres meses. Fue la semana pasada. La echaba de menos. Quería encontrarla. Sabía a qué sitio la habían llevado, esa casa vieja en Upper Hill. Aporreé la verja, pero aquel sitio parecía cerrado. Entonces, cuando estaba a punto de irme, la vi. En la ventana junto a la puerta principal. Solo un segundo. Luego apareció el viejo, el guarda, y me echó. Si quieres descubrir qué le pasó a Lucy, ahí es adonde tienes que ir. Orpheus House.

Mollet le pide a Kiunga que le deje en la ciudad, le dice que quiere ir a casa caminando.

—¿A esta hora de la noche? —pregunta Kiunga—. ¿Estás loco, jefe?

Mollet agita la linterna que ha cogido del coche. Las pilas se han agotado. Se la da a Kiunga, que la arroja a la guantera y rebusca en su bolsillo.

—Toma. Coge esto. Buen trabajo, estoy intentando dejarlo, de todos modos.

Le lanza a Mollet su mechero.

—No sirve tanto como una linterna, pero podría serte de utilidad.

—Gracias.

Mollet observa cómo desaparece el Land Rover, y Kiunga pone rumbo a su cómoda cama. Entonces cambia con rapidez de dirección y se dirige hacia Upper Hill.

Frente a Orpheus House, mira por encima de la verja por si hay señales del viejo, Githaka. Pero el lugar está desierto.

Bajo la luz de una farola que hay a lo lejos revisa las llaves que sacó del armario de Wanjiku Nalo, elige una y la prueba en el candado de la verja. Se abre. Con cautela, mueve la verja lo suficiente como para pasar. Dentro, se agacha y palpa las hojas caídas hasta que encuentra lo que necesita: un palo, lo bastante largo para mantener la verja cerrada mientras él está dentro.

Cada paso parece crepitar con potencial de explosivo en esa oscuridad silenciosa. Pero Mollet se arrastra por la gravilla, deja atrás la tapa de la alcantarilla y va hacia la masa enorme, que se alza imponente, y es todo lo que puede distinguir de la casa.

Aquí no se atreve a encender el mechero, así que anda a tientas hacia delante hasta que nota el frescor de una pared de piedra. Entonces, de memoria, se abre paso hacia la puerta, que está oculta tras una pesada reja de hierro. El instinto le dice que ahí debería haber otro cerrojo. Así es. Finalmente las yemas de sus dedos lo encuentran, y prueba las llaves a tientas, al azar, hasta que una se introduce en el cilindro.

Después, otra puerta más, porque esta es una llave de casa grande, de hierro, cuyo ojo de cerradura por suerte es fácil de ubicar.

Y entonces está dentro de Orpheus House. No ha sido difícil entrar.

Mollet no cree en fantasmas. Pero cree que el mal perdura. Y en el interior de esta casa vacía, puede notarlo. Tiene un olor seco, polvoriento, vacío. La única luz es de

un gris turbio que se filtra por la ventana con barrotes que hay junto a la puerta principal.

Esa debe ser la ventana en la que Honey vio a Lucy. Mollel siente un escalofrío y se recuerda a sí mismo que no cree en fantasmas. De todos modos, se siente muy tentado de encender el mechero de Kiunga un momento, solo para hacerse una idea del espacio a su alrededor.

No lo hace. Recuerda, por su visita durante el día, que la ventana de esta habitación no tiene cortina. No puede arriesgarse a que Githaka o cualquier otra persona vea una luz en el interior.

Sencillamente es natural tener miedo, se dice. Si me encuentran aquí, entrando sin autorización, sin orden judicial, me expulsarán del cuerpo.

Sí, decide. *Por eso* tengo miedo. Una cautela perfectamente natural.

Casi se convence, también, cuando oye un ruido chirriante moverse por el techo encima de él, cruzando la habitación y yendo más allá. Es todo lo que puede hacer para evitar usar el mechero, por mucho que la llama pudiera reconfortarle. Pero no lo enciende, y, para cuando el sonido desaparece, está seguro de que solo era un ratón.

Avanza, caminando hacia el contorno de una puerta. La siguiente habitación en la que entra da a la parte trasera de la casa, donde hay menos árboles para tapar el cielo. Con el hilo de luz extra distingue un poco mejor lo que tiene a su alrededor.

Está en una cocina. Las encimeras y armarios siguen en su sitio, aunque hay huecos donde deberían estar el horno y la nevera. Las puertas de los armarios están abiertas. No hay nada significativo aquí.

Vuelve al pasillo principal y entra en la siguiente habitación. Es una estancia pequeña que parece haber sido un dormitorio. Nota la suavidad de la moqueta bajo sus pies, en lugar del linóleo pelado de las anteriores habitaciones. No hay muebles, pero la forma oscura de un crucifijo es del todo distinguible sobre el lugar donde debió estar la cama.

Encuentra otro par de habitaciones muy parecidas. Mientras se dispone a abrir la puerta que hay al final del pasillo, empieza a preguntarse si merece la pena el riesgo, si no es simplemente la imaginación febril de Honey lo que le ha traído aquí.

Está cerrada.

Se saca el manojito de llaves del bolsillo y las palpa. Queda una que cree que no ha utilizado. Espera que funcione.

Encuentra el ojo de la cerradura. Mete la llave. La gira.

Esta habitación es distinta a las otras. Está oscura como boca de lobo, para empezar. No confía en ver nada. Pero percibe que es más grande, también, y algo en el eco de sus pasos le hace pensar que aquí debe de haber muebles u otros objetos.

Recuerda que intentó mirar a través de esta ventana desde el exterior cuando vino durante el día. Estaba tapada por unas cortinas gruesas y no había ningún hueco entre ellas.

Lo que significa que puede intentar encender una luz.

Cierra la puerta sin hacer ruido tras él, se saca el mechero de Kiunga del bolsillo y enciende la llama.

La luz repentina le deslumbra al principio, a pesar del tono azul de la llama. La apaga. En ese primer momento, sin embargo, ha captado una imagen escalofriante: una mesa de exploración, como la que había en la escuela dominical, con estribos de acero erguidos hacia arriba y abiertos a lo ancho. Pero esta mesa tiene algo encima.

Enciende la llama de nuevo.

Una toalla arrugada, oscura. Un extremo parece haber sido blanqueado.

Mira mejor y cambia de opinión. Es una toalla blanca, completamente manchada de un marrón intenso, oscuro, menos en una esquina. Parece seca, dura, encostrada.

Sangre.

Las manchas de sangre se ven lustrosas sobre el plástico negro de la cubierta de la mesa. Se ven negras sobre el suelo de linóleo, conducen hasta una piletta en un extremo de la habitación, donde bandejas e instrumentos de acero yacen de forma despreocupada, desechados y salpicados, como la piletta, de sangre.

Un repentino dolor abrasador le hace soltar el mechero. Repiquetea alejándose de él sobre el suelo, en la oscuridad. Se arrodilla y busca a tientas en el suelo a su alrededor. Tras unos momentos frenéticos lo encuentra, se pone de pie y lo vuelve a encender.

Mantiene la luz, que parpadea, y la gira por la habitación con horror creciente. En una esquina, un montón arrugado de material de limpieza quirúrgica color verde. Manchado de sangre. Más sangre en el suelo. Aquí, la huella de una pisada marcada con sangre. Un guante de látex, con los dedos remetidos, la palma cubierta de sangre. Una bolsa de basura negra, que por arriba desborda frotis y gasas. Empapadas de sangre.

Todo está cubierto de sangre.

LUNES, 24 DE DICIEMBRE DE 2007

Los sueños de Mollel están fracturados y manchados de sangre. Cuando se despierta, coge el teléfono para mirar la hora.

Son las 9:40. Cuatro llamadas perdidas. Honey.

—Mollel. Por fin. Te he estado llamando.

—Estaba durmiendo.

—¿Estás bien? Suenas fatal.

—Estoy bien.

Y entonces se acuerda.

Orpheus House. La sangre. La mesa de operaciones. Algo ocurrió en ese lugar. Algo más que un simple asesinato.

—Creo que tienes razón. Creo que estamos buscando a un bebé.

—Y sé por dónde empezar —contesta ella—. ¿Tienes algo de ropa elegante?

—Tengo el traje que llevaba anoche.

—Tendrá que servir. ¿Podemos vernos en la ciudad?

—Seguro. Llamaré a Kiunga.

—No —responde Honey—. Él no. Tenemos que ser solo tú y yo.

Se cita con ella en la parada de bus cerca del Hotel Ambassador. Es un enlace concurrido, que sirve a todos los *matatus* que circulan hasta la mitad este de la ciudad, por no mencionar los numerosos autobuses hacia el interior. Le abordan los revendedores, como hacen con cualquiera que esté parado, de pie, asumiendo que está buscando un billete barato. *Beba, beba*, es el grito constante: «Pasajeros a bordo». Minifurgonetas casi llenas hacen sonar con estruendo sus bocinas compitiendo unas con otras; los pasajeros se empujan para conseguir las últimas plazas en lugar de esperar para llenar otro vehículo. Les lanzan sus bolsas a los *kondos*, los cobradores, para que las amarren en el techo con largos tubos de goma elástica. Otros hacen malabarismos con sus cosas en fardos ligados, junto con pollos atados por las patas y niños en pañales. Cualquier cosa que viaje sobre tu regazo lo hace gratis.

Muchos están volviendo a casa por Navidad. Pero otros —Mollel capta fragmentos de conversación a su alrededor— están marchándose de la ciudad por las elecciones. No con la intención de ejercer su derecho democrático en casa, sino para alejarse de los problemas.

Quienes van a la caza de pasajeros son conscientes de este nuevo imperativo y se están aprovechando.

—Venga, *brazza*^[5] —le dice uno entre dientes, escupiendo una bolita de *miraa*^[31] en la alcantarilla—. Puedes aguantar todo lo que quieras, pero no conseguirás un precio mejor. Todo el mundo se va de la ciudad. ¿Quieres quedarte atrás?

—Estoy esperando a alguien —responde Mollel—. Y no soy tu hermano.

—Quizás le haya visto —dice el vendedor, incluso con más ganas de conseguir una propina—. ¿Qué aspecto tiene?

Mollel le ignora. ¿Qué va a decirle? ¿Alta, tacones, pelo largo, vestido corto? Puede imaginarse la respuesta. «Te has equivocado de calle, *brazza*».

¿O debería decir cabeza afeitada, estatura media, joven mujer masái? «¡Decídete, *brazza!*».

Alguien le toca el brazo. Se gira y ve a una mujer de negocios elegantemente vestida con una carpeta de piel bajo el brazo. Luce una media melena a la altura del hombro tan conservadora como su traje. Le sonrío ampliamente.

—¡Honey!

Ella se acerca y le da un beso en la mejilla.

—Se trata de parecerlo —dice a modo de respuesta ante la sorpresa de él—. ¿Tienes corbata, Mollel?

Se saca la corbata del bolsillo y se la muestra con timidez. El labio inferior de ella se eleva con desdén divertido.

—¿Es la única que tienes? Venga, Mollel. Vamos a conseguirte otra.

—Ahora veo qué estabas esperando, *brazza* —dice el vendedor, en tono lascivo—. Llevo toda la vida esperando una chica así.

Se detienen en un puesto callejero que vende corbatas, calcetines y literatura profética. Las corbatas están enrolladas de forma pulcra y ordenadas por colores; crean el efecto de un arcoíris de frutas exóticas. La mano de Mollel gravita hacia los marrones y grises.

Honey alarga la mano y le para.

—¿Qué os pasa a los hombres en Nairobi —pregunta—, que os asusta tanto el color? Todo tiene que ser apagado. Los africanos occidentales no son así. ¿Has visto alguna vez algún tipo de Ghana o Nigeria que esté aquí por negocios? Van más elegantes y coloridos que las mujeres. Pero aquí parece que creamos que tenemos que ser como los europeos, todos vestidos de negro. Por quienes más lo lamento es por vosotros, los hombres masái. Sois los más elegantes de todos, en nuestra tierra natal. Trenzas teñidas. Collares y brazaletes. *Shukas* rojas que pueden verse a kilómetros de distancia.

—En el monte, quieres ser visto —contesta Mollel—. En la ciudad es más importante integrarse. En especial en esta profesión.

—Puedes hacer una concesión, ¿verdad? —dice. Escoge una corbata rojo intenso. Rojo flamboyán. Rojo masái—. Toma. Prueba esta.

Se la da. Es sedosa. Lustrosa. Sus contornos brillan cuando ella la desliza sobre las manos de Mollel.

—Buena elección, hermana —dice el vendedor.

—Póntela —propone ella.

Mollel se coloca la corbata bajo el cuello de la camisa, luego se para, incómodo.

—No sé... —dice vacilante.

—Oh, te queda bien —lo anima ella—. ¿No crees?

El vendedor asiente con entusiasmo.

—Quiero decir... —Mollel baja la voz. Le da vergüenza admitirlo—. Quiero decir que no sé cómo...

—Oh, ¿quieres decir que no puedes anudártela sin espejo? —contesta Honey guiñándole un ojo—. No te apures. Déjame que lo haga.

Alarga las manos y anuda la corbata con destreza, el material sedoso susurra mientras ella lo entrelaza. La corbata cae sobre la camisa, y ella desliza el nudo hacia el cuello de Mollel.

—Listo —dice Honey—. Muy guapo. Y para nada como un...

Dice «policía» solo moviendo los labios.

—¿Cuánto? —pregunta Mollel.

—Trescientos —contesta el vendedor.

Honey busca en su carpeta y saca algunos billetes. Mollel empieza a protestar.

—Ni se te ocurra —insiste ella—. Yo la elegí, yo la pago. Tienes que dejar que te la compre, Mollel.

Cogen un taxi para cubrir el trayecto más allá del centro de la ciudad, hasta Karen. Mollel no conoce bien esta parte de la ciudad; lleva el nombre de una mujer blanca que vivió aquí hace años. Parece que, desde entonces, los blancos, los *wazungu*, han querido crear un barrio residencial a su semejanza. Letreros con emblemas y letras doradas anuncian colegios privados y clubs de campo, mientras los setos elevados, podados de forma pulcra, y las verjas ornamentadas de hierro forjado insinúan la domesticidad lujosa que hay tras ellas.

Y entonces, junto al letrero de un refugio a cargo de la Sociedad Keniana para la Prevención de la Crueldad contra los Animales, se ve un cartel más pequeño, pintado a mano: ORFANATO MISERICORDIA DIVINA. UN PROYECTO DE LA IGLESIA DE GEORGE NALO. SOLO CON CITA PREVIA.

—Llamé antes por teléfono —dice Honey.

El orfanato está apartado de la calle principal, descendiendo por un camino sucio,

que hace que el taxista, con su turismo bajo, aminore la marcha hasta casi arrastrarse y maldiga entre dientes. Pero no está lejos, y se anima visiblemente cuando Honey le dice:

—No tardaremos mucho.

Que te paguen por esperar es el sueño de cualquier taxista de Nairobi.

—Por lo general no recibimos a nadie con tan poca antelación —explica la enfermera supervisora—. Pero tan cerca de Navidades...

Deja el argumento inacabado, como si se comprendiese. Mollel y Honey asienten.

—¿Tienen hijos? —pregunta la supervisora.

—Tengo un hijo —contesta Mollel—. De nueve años.

La supervisora le mira de forma inquisitiva, después mira a Honey.

Honey añade con rapidez:

—La primera esposa de mi marido murió poco después de que naciera su hijo. Llevamos varios años intentándolo. Pero los médicos dicen que no puedo.

Mollel mira a Honey, asustado. Ella coge la mano de él entre ambas manos; Mollel ve un anillo de casada en el anular izquierdo de ella.

—Lo siento —contesta la supervisora—. Pero quizás sea voluntad de Dios que vuestra desgracia proporcione felicidad a uno de nuestros niños.

—Eso espero —replica Honey.

—¿Me disculpas un momento? —pide Mollel.

—Por supuesto.

Mollel se levanta y se dirige hacia la puerta abierta. Sale. Bajo la sombra de un árbol de jacarandá hay un grupo de niños jugando con envases de plástico, haciendo montículos de tierra, alegremente. Otros están charlando con la mujer joven que se ocupa de ellos, y un par de niños más mayores juegan a pelearse con ramitas.

Se le acerca una niña. Tiene unos seis años, y retuerce un pie en una mezcla de atrevimiento y timidez.

—*Jambo*^[16] —saluda.

—*Jambo* —contesta Mollel—. ¿Cómo te llamas?

Ella se marcha corriendo, riéndose. Honey sale y se une a él.

—Le he contado que te disgusta pensar en tu primera esposa —dice.

—Mi *única* esposa —corrige él.

Recuerda la mirada que Kiunga le lanzó en el apartamento de Honey: «Ten cuidado». Le enfada pensar que Honey pueda estar manipulándole. Y le enfada el anillo.

—Lo siento, Mollel. Pero tenemos que hacernos pasar por una pareja. Es la única forma de conseguir información sobre lo que les pasa a los niños que vienen aquí.

—¿De dónde sacaste el anillo de boda? Te queda grande. Se lo robaste a algún cliente, supongo.

Honey le gira para que la mire de frente. Le implora con la mirada.

—No seas así —pide—. Por favor. No hagas que sospeche. No creo que haya notado nada todavía. Puede funcionar con un poco de tensión entre nosotros. Se supone que estamos casados, después de todo. Recuerda, estamos intentando encontrar a un bebé.

—¿Un bebé? —La supervisora ha aparecido en la entrada—. ¿Os interesa un bebé?

Honey entrelaza su brazo con el de Mollel.

—¡Oh! Nos ha oído. Bueno, es un punto de desacuerdo entre nosotros. Mi marido cree que un niño más mayor sería mejor. Pero yo no puedo evitar querer un bebé, ¿comprende?

La supervisora asiente.

—Todo el mundo quiere un bebé —concede—. Pero tratamos de animar a la gente a tener en consideración a los niños más mayores. Esa es una de las razones por las que ponemos un recargo en los costes para adoptar recién nacidos.

Mollel nota que el brazo de Honey se tensa.

—¿Y a cuánto ascienden, esas tasas? —pregunta ella.

—Pensamos que cien mil es lo apropiado para una donación —sonríe la supervisora.

—¡Cien mil! —ríe Honey. Después su voz baja un tono. La amargura tiñe sus palabras—. De modo que ese es el precio de un niño.

El brusco cambio de estilo en Honey hace que la supervisora la mire con cautela. Esta vez es Mollel quien con rapidez intenta volver a reconducir la conversación.

—¿Supongo que no tenéis recién nacidos para adopción en este momento? —pregunta.

—Ninguno. El último fue hace varios meses. Y hay una lista de espera considerable, como podéis imaginar. Ahora, ¿quizás os gustaría hablar con alguno de los niños mayores? ¿Conocerles un poco? Algunos son realmente encantadores, os lo puedo asegurar.

La niña pequeña les está mirando y saluda tímidamente a Mollel con la mano. Él le devuelve el saludo.

—Esa es Felicity —dice la supervisora—. Una niña adorable. Y podríamos hacer que la tuvieseis a tiempo para el Año Nuevo, si todos los trámites fuesen bien.

—¿Todos los trámites? —pregunta Honey, que ahora apenas se molesta por ocultar su desprecio—. ¿Quieres decir, vuestra *donación*? Supongo que costaría menos, siendo mucho más mayor.

—Bueno, sí —reconoce la supervisora de forma vacilante—. Nos interesaría mucho conseguirle un buen hogar. Quizás... —Se gira hacia Mollel—... quizás necesitáis hablar sobre ello. Como *pareja*.

—Quizás sí —concede Mollel.

—Dime —habla Honey—. ¿Qué pasará con esa niña, Felicity, si no encuentra a

quien quiera llevársela?

La supervisora los mira a ambos. Ahora su mirada es recelosa.

—Hacemos cuanto podemos por todos nuestros niños —contesta—. Pero nunca sabes. Es duro ser huérfano. ¿Quién sabe dónde podría acabar? Algunas de ellas, ya sabéis —baja la voz—, terminan metidas en la prostitución.

—Alguna gente podría preferir eso a ser comprada y vendida como esclava —replica Honey, con la voz desafiante—. Después de todo, si vas a ser prostituida al mejor postor, puedes llevarte también una parte justa.

La supervisora se pone tensa.

—Creo que será mejor que volváis cuando esté nuestra directora —dice—. La doctora Nalo. Es mejor tratar con ella estas cuestiones.

—¿Qué pasa? —escupe Honey. La voz le tiembla por la emoción—. ¿No somos bastante buenos padres para ti? Apuesto a que si fuésemos un par de *wazungu* ricos buscando un pequeño bebé negro, con un cheque grande y gordo en nuestras manos, encontraríais uno bastante pronto, ¿verdad?

—Creo que será mejor que os vayáis —responde la supervisora.

Mientras se dirigen hacia su taxi, Mollel mira hacia atrás. Felicity está de pie bajo el árbol de jacarandá, observando cómo se marchan. Tiene la mano levantada.

Mollel imagina que la mantendrá levantada durante mucho tiempo después de que se hayan ido.

En la parte de atrás del taxi, Honey hunde la cabeza en el hombro de Mollel.

—Lo siento —dice—. Solo pensar en esos niños ahí. Perdidos. Sin sus madres para que cuiden de ellos.

—Algunos encontrarán un hogar —contesta él.

—Algunos *tenían* un hogar —replica ella—. Mientras estabas fuera, esa mujer me contó más cosas sobre de dónde vienen los niños. Se llama orfanato, pero muchos de esos niños tienen padres, ¿sabes? Padres que no pueden permitirse mantenerlos o no pueden hacerse cargo, o a quienes la iglesia les ha dicho que son indignos. *Indignos*, Mollel. Como Lucy. O yo.

Se incorpora en el asiento y mira por la ventanilla.

—¿La oíste, Mollel? *Todo el mundo quiere un bebé*. Cien mil chelines. Había oído que ese era el precio habitual. No solo roban a niños más mayores, ¿comprendes? Ella no lo admitiría jamás, pero he oído rumores. En algunos de estos lugares les quitan los bebés a sus madres en la sala de partos. Les mienten. Les dicen que el niño nació muerto. Todo el mundo quiere un recién nacido. ¿Sabes por cuánto puede venderse un bebé recién nacido, sano, en el mercado libre? No. El bebé de Lucy está vivo por ahí, en alguna parte. Tenemos que encontrarlo.

—Aunque esté vivo —admite Mollel—, no sabemos si el bebé de Lucy en todo caso pasó por aquí. La supervisora niega haber tenido un recién nacido

recientemente.

—No —contesta Lucy—. Pero podemos averiguarlo. La otra cosa de la que me he enterado es que cada adopción ha de registrarse. Si vendieron al bebé de Lucy, habrá un informe de ello para el Gobierno.

»Se llevaron a su bebé, Mollé —dice casi con un sollozo, y él la rodea con el brazo—. ¿Puedes siquiera imaginarlo, Mollé? ¿Puedes siquiera imaginar cómo es eso?

—¿Dónde demonios has estado, jefe? He estado tratando de localizarte.

—Recibí tus mensajes. Estaba siguiendo otra pista.

—Pensé que podrían haberte asaltado o matado o algo después de dejarte anoche.

—No. Pero quiero volver a visitar Orpheus House. Y quiero conseguir todos los favores que podamos, para intentar llevar un equipo forense allí.

—Me temo que vas un poco rezagado, jefe. ¿Dónde estás? Paso a por ti.

Cuando llegan a Orpheus House, un camión de bomberos grande, antiguo, está en la entrada. Un equipo está sofocando las vigas en llamas, expuestas como costillas. Un arcoíris juega en el rocío mientras el sol de la tarde desciende sobre las hojas, creando rayos entre el humo persistente.

—Si no estuviese programada su demolición, diría que es cosa de una aseguradora —dice uno de los hombres—. El viejo afirma que no vio señal de ningún intruso, así que imagino que tendremos que atribuírselo a los fantasmas.

Se ríen. Mollel y Kiunga se alejan y se dirigen hacia donde está Wanjiku Nalo, que habla con el conserje.

—Ah, oficial Mollel —dice cuando levanta la vista y le ve—. Githaka me estaba contando que hemos tenido un problema de alimañas durante un tiempo. Supongo que alguna debió de morder un cable eléctrico. Criaturas repugnantes. ¿Sabe?, anoche me di cuenta de que había perdido tontamente mis llaves de este sitio. Pero imagino que ahora no las voy a necesitar.

Le lanza una sonrisa triunfal.

Mollel le da la espalda y se marcha.

Rodea la parte trasera de la casa, donde el daño es incluso peor. La sala de operaciones improvisada ha sido obviamente el foco del incendio. El cristal del ventanal se ha derrumbado, dejando ver las paredes negras, desnudas. El techo está abierto al cielo, y el agua gotea por las vigas quemadas. El suelo está cubierto de tejas y de restos del techo; los estribos retorcidos relucen en medio de la habitación.

Más lejos, en la finca, hay un tocón de árbol viejo, y Mollel se sienta en él, con la cabeza entre las manos.

—¿Qué pasa, jefe? —pregunta Kiunga—. Si no te importa que te lo diga, pareces un poco... raro.

Mollet está haciendo memoria. ¿Le habrían visto anoche? ¿Dejó la puerta abierta al salir? Ni siquiera recuerda cómo se marchó. Por el motivo que sea, su prueba más valiosa se ha perdido para siempre.

Por un momento incluso duda haber visto lo que vio. Pero no. ¿De otro modo cómo sabría que había una mesa de operaciones, cuyos restos, aunque a duras penas, todavía eran visibles bajo los escombros del tejado derrumbado?

Se pone así cuando no se toma la medicación. Salió de casa sin llevarse las pastillas esta mañana. Bueno, ya ha perdido más dosis antes. Se la tomó anoche..., ¿verdad?

Pero cuando trata de recordar si se tomó las pastillas anoche, tampoco puede hacerlo.

—Jefe, somos compañeros, ¿no?

—¿Qué? Claro.

—Si hubiese algo que no me estuvieses contando, me lo dirías, ¿verdad? Si sabes lo que quiero decir.

—Sí, Kiunga.

—He conseguido algunas pistas buenas esta mañana —sigue el joven—. ¿Quieres oírlas?

—Adelante —dice Mollet sin entusiasmo.

—Bueno, conseguí a alguien en el departamento de vehículos. ¿Ese Land Cruiser plateado que vimos en K Street, con el *mzungu* cauteloso al volante? Está registrado a nombre de Inversiones Equator.

Mollet apenas escucha. Las líneas de investigación alternativas le parecen inútiles. Ahora le preocupa más cómo presentar el caso contra Wanjiku Nalo sin pruebas. Y sin motivo. Le da vueltas al asunto buscando una posible razón por la que la doctora haría lo que le hizo a Lucy. Pero está en blanco.

—Bien, Inversiones Equator me sonaba. Y entonces me acordé: fue aquí. En este sitio.

Las palabras de Kiunga están empezando a llegarle a Mollet.

—¿Qué pasa con este sitio?

—Está en el letrero, delante. Orpheus House. Un proyecto de la Iglesia de George Nalo, financiado por patrocinadores internacionales e Inversiones Equator. Así que llamé a un contacto en el Ayuntamiento. Lo confirmó. Este terreno es propiedad de Inversiones Equator.

—¿Qué es Inversiones Equator?

Kiunga se ríe.

—Jefe, ¿no lees los periódicos? Inversiones Equator es David Kingori. El empresario más poderoso e influyente de Nairobi. Es quien...

Pero Mollet se ha puesto de pie de un salto.

Poderoso, influyente. Esas fueron las palabras que usó Honey para describir al cliente de Lucy. Del que tenía miedo.

Quizás aún podía haber vida en este caso.

Mollet camina a zancadas, con excitación, por el distrito de negocios. Equator House está a poca distancia de Upper Hill y Uhuru Park. Kiunga trota tras él, intentando seguirle el ritmo e informándole sobre Kingori, mientras caminan.

Este empresario ha sido objeto de al menos una docena de investigaciones oficiales, que sepa Kiunga, de todo tipo, desde abuso de información privilegiada hasta tráfico de armas. Sin embargo, las acusaciones siempre se evaporan, los testigos clave siempre se retractan de sus declaraciones, las pruebas resulta que desaparecen de forma milagrosa, y Kingori siempre sale más optimista y con más desparpajo que antes.

—Es buena idea haber decidido caminar —dice Kiunga—. Aquí el tráfico está completamente atascado. Me pregunto qué pasa.

Un joven les empuja al pasar por su lado. Hay algo en él: su camiseta verde. No es inusual en sí misma. Pero Mollet se percata por primera vez de que varias personas alrededor de ellos llevan la misma camiseta. Todos se dirigen hacia la misma dirección. Van a un mitin, por lo que parece, de uno de los partidos pequeños de la oposición.

—Será mejor ir por el otro sitio —propone Kiunga.

Pero Mollet continúa caminando. Más camisetas verdes se unen a ellos por la izquierda y por la derecha. Le entretiene ver cómo aumentan de número. Pronto, mientras se abren paso por Kenyatta Avenue, él y Kiunga se convierten en una minoría. Están rodeados de verde. Despliegan pancartas, y Mollet ve que los comerciantes bajan los postigos de sus tiendas haciendo ruido.

—¿Qué queremos? —grita una voz aguda de mujer por delante de ellos.

—¡Justicia! —es la respuesta de toda la gente que hay alrededor.

—¿Cuándo la queremos?

—¡Ahora!

Un empresario con aspecto asustado está parado en medio de la acera mientras trata de avanzar contra la corriente verde. Cuando Mollet y Kiunga pasan por su lado, les pregunta:

—¿Qué debería hacer?

—Ir a casa —contesta Kiunga.

—Pero necesito ir en esa dirección —protesta el hombre, señalando hacia la corriente.

—Entonces pídele una camiseta —propone Kiunga. Una chica pasa por su lado, ofreciendo camisetas verdes que saca de una bolsa de plástico grande—. Gracias, cielo.

Kiunga coge dos, le ofrece una a Mollel, que niega con la cabeza, entonces se la lanza al empresario.

—¡Enhorabuena! —exclama—. ¡Acabas de unirme a la oposición!

Kiunga se mete la otra camiseta en el bolsillo del pantalón.

—Me irá bien para el gimnasio —dice sonriendo.

Pocos pasos después los dos policías se detienen. Han llegado.

Equator House. Se alza de forma anónima en el centro de Nairobi, plagado de edificios altos, pero cuando la construyeron, durante el entusiasmo embriagador de un país recién independizado, sus catorce pisos le otorgaban el título de *rascacielos*. Con el paso de los años, ha tenido muchos cambios de nombre a medida que las empresas han ido y venido, sin que ninguna de ellas pareciese haber sacado provecho del emplazamiento. Existía un rumor acerca de que el edificio le pertenecía en secreto a Moi, el antiguo presidente, que rebajaba o subía drásticamente el alquiler a conveniencia, según los favores que mereciesen recompensa o los desaires que requiriesen castigo. Pero hoy en día el edificio le pertenece a Inversiones Equator, cuyo propietario, David Kingori, también resulta ser el único que reside ahí. Un viernes o un sábado por la noche no es inusual que las calles desiertas resuenen con el ruido de una fiesta descendiendo desde el ático.

Mollel y Kiunga llegan a la sombra del edificio, abren la puerta, y se sumergen en el vestíbulo con aire acondicionado. Ambos parpadean mientras sus ojos se acostumbran a la oscuridad. Todo es acero, mármol y cristal ahumado. Incluso los gritos de los manifestantes que están en la calle desaparecen cuando las puertas se cierran tras un suave balanceo. Una recepcionista está sentada tras un escritorio, absorta en su móvil. Levanta la mirada hacia los visitantes, pero no la cabeza.

Mollel le muestra su identificación.

—¿Qué sabe de los coches de la empresa?

—Ese no es asunto mío. ¿Quieren ver al jefe de seguridad?

—¿Está el señor Kingori?

—¿Tienen cita? —pregunta con un chasquido escéptico del chicle que está mascando.

Kiunga se desliza hacia delante.

—Hola —dice, con una sonrisa—. ¿Así que te tienen trabajando en Nochebuena? Debe de ser un poco aburrido.

La chica levanta las cejas como si dijese «Menuda mierda».

—A nosotros también. No hay descanso para los valientes guardianes de la ley y el orden.

A pesar de sí misma, se ríe tontamente. ¿Cómo lo hace Kiunga?, se pregunta

Mollet.

—Mira, a mi compañero le da un poco de apuro —sigue Kiunga—. El hecho es que estamos en una investigación importante. Nada que ver con este sitio. Estamos vigilando el lugar al otro lado de la calle.

—¿Al otro lado de la calle? —Le pica la curiosidad—. ¿La tintorería?

—Sí, pensamos que pueden estar lavando dinero.

La chica se ríe, capta la atención de Kiunga, y baja la mirada.

—De todos modos, mi amigo necesita ir al baño. Ya sabes, estos masái, piensan que sencillamente pueden *kojoe*^[21] en cualquier parte, pero le he dicho, tienes que ir a algún sitio *decente*...

Ella vuelve a reírse tontamente y aparta el móvil.

—Solo tardo un minuto —dice Mollet, juntando las rodillas y poniendo cara de angustia.

—Adelante —dice ella, apretando un timbre bajo su escritorio. Junto a ella, la verja de entrada, que llega a la altura de la cintura, suelta un chasquido—. Es a la derecha.

—Gracias —contesta Mollet, pero la chica ya está charlando de nuevo con Kiunga.

Mollet empuja la verja y la cruza. Hay un par de puertas con letreros que indican que son baños, y dos ascensores, pero Mollet se dirige de inmediato hacia una puerta sin letrero, que empuja para abrir con cuidado con las yemas de los dedos. La puerta se balancea y se abre lo bastante como para que Mollet se deslice y entre. Está en el hueco de una escalera. Los escalones van arriba y abajo; hacia abajo parece estar oscuro, con un ligero olor a gases de tubos de escape. El aparcamiento. Baja las escaleras con sigilo y atraviesa otra puerta de vaivén.

La mayoría de las plazas están vacías, pero se dirige hacia una fila con varios coches aparcados. Un letrero grande en la pared anuncia: APARCAMIENTO SOLO PARA INVERSIONES EQUATOR.

Un vehículo le llama la atención de inmediato. Está diseñado para eso: amarillo fuerte, excede las líneas de demarcación pintadas en el suelo. Es macizo y cuadrado. Para Mollet, se parece más a uno de los juguetes de Adam que a un coche de verdad. La parrilla de cromo reluce, y las ventanillas son tan oscuras que es un milagro que alguien pueda ver a través de ellas.

Pero no es el ostentoso Hummer lo que le interesa. Un par de coches más allá hay un Land Cruiser plateado; la matrícula concuerda con el que vio en K Street.

Echa un vistazo por si hay algún guardia, luego cruza el aparcamiento y va a examinar el Land Cruiser. Lo rodea. Mira en el interior. No hay basura en el suelo ni objetos personales en la parte de atrás, no hay señal de ninguna personalidad o propiedad. Posiblemente sea un coche comunitario. Sigue rodeándolo y, al llegar de nuevo a la parte delantera, se da cuenta de que hay una abolladura y un rasponazo en el guardabarros frontal. Pasa el dedo por encima y nota partículas diminutas,

arenosas. El daño no es por otro coche. Es más probable que sea por una pared o un poste de cemento.

Se oyen sonidos de pasos y conversación, y Mollel se agacha. Reconoce la voz retumbante, engreída, de los informativos de la radio. David Kingori. Como su coche, existe para ser el centro de atención, incluso cuando no hay nadie alrededor. Se está quejando en voz alta de alguna cosa por el móvil. Mollel se retuerce hacia abajo junto al Land Cruiser. Kingori pasa a unos centímetros de su cara, pero no mira hacia abajo. Abre el Hummer con el mando de la llave y entra de un salto. El coche ruge al ponerse en marcha, y Mollel se ahoga en una nube de gas. En cuanto el Hummer dobla la esquina y sube la rampa, Mollel sale como una flecha hacia el hueco de la escalera y corre hasta recepción. Kiunga y la chica siguen charlando.

—¿Listo? —pregunta Kiunga.

—Vamos —contesta Mollel, corriendo hacia la entrada.

—Bueno, ¿me llamarás? —pregunta la recepcionista.

Kiunga se gira con una sonrisa y hace una señal de teléfono con los dedos.

En la calle, la muchedumbre verde sigue concentrada, dirigiéndose hacia el Parlamento. El Hummer amarillo va por delante, abriéndose paso lentamente entre el gentío. Mollel y Kiunga caminan tras él, manteniendo la distancia, pero vigilando con atención, acechando.

—¿Puedo darte un consejo, jefe? —pregunta Kiunga, conversador—. Si no es demasiado personal. Cuando tratas con las mujeres, no puedes sacar lo que quieres enseguida. Es demasiado directo. Tienes que hablar con dulzura un rato, hacerlas reír, adularlas. Hacer que se abran. Después, quizás, consigas lo que quieres.

Le pasa a Mollel un trozo de papel. Tiene escrito el nombre Estelle y un número de móvil.

—Por la otra parte —dice Kiunga.

Mollel le da la vuelta al papel.

—James Lethebridge —lee.

—Estos *wazungu* tienen unos nombres locos, ¿eh?

—¿Este es nuestro conductor del Land Cruiser? —Mollel le da una palmada a Kiunga en la espalda. A su manera, el chico está demostrando ser un cazador bastante bueno.

Kiunga continúa.

—No es un empleado, al parecer, pero la chica le ve entrar y salir del edificio de vez en cuando. Viene, coge un coche comunitario o lo deja. Ese es el nombre que apunta en el libro de registro. Dice que es mayor, sesenta y pico posiblemente, pelo blanco, algo de barriga y piel como un *chapati*^[9] poco hecho... ya sabes, del todo pálido, moteado y blancuzco.

Kiunga se calla al darse cuenta de que Mollel se ha parado. El Hummer se ha

detenido y la multitud ha empezado a apiñarse a su alrededor. La bocina retumba con impaciencia. Mollel y Kiunga se acercan más.

La ventanilla del conductor del Hummer brilla al bajar, y sale la cabeza de Kingori. Agita el brazo con enfado.

—¡Deberías mirar por dónde vais!

Un aullido de protesta se alza alrededor del coche.

—¡Fíjate *tú* por dónde vas!

Otra voz:

—¡Aprende a conducir, estúpido bastardo!

Mientras Mollel y Kiunga se abren paso hasta la parte delantera del coche, oyen gritos de dolor. Un joven está arrodillado, agarrándose el pie, mientras sus amigos le sujetan por los hombros con preocupación.

Otro bocinazo.

—¡Apartaos!

Alguien golpea el capó del Hummer con enfado.

—¡Le has pisado el pie!

—¡Os pisaré a todos, perros, si no me dejáis pasar!

Mollel y Kiunga intercambian miradas. El buen humor de la multitud ha cambiado. Las cosas corren el peligro de ponerse feas. Alguien murmura:

—¿Sabes quién es? David Kingori.

Y otra persona, enojada:

—¡Un títere del Gobierno!

La ventanilla del conductor se cierra con suavidad y el motor se acelera con estruendo, pero la muchedumbre se apiña más. El enorme coche empieza, al principio con suavidad, a mecerse de lado a lado sobre su chasis. Una pancarta, nada más que un trozo de cartón clavado a un palito de madera, golpea contra el parabrisas del Hummer. Mollel sabe que lo siguiente será una botella o una piedra.

Ya ha visto bastante. Avanza hasta un lado del coche y se sube de un salto al estribo. Se yergue con toda su altura, con la cabeza y los hombros por encima del tumulto. Al principio se oyen unas ovaciones, que se convierten en abucheos cuando levanta su identificación como policía, agitándola formando un arco amplio, despacio, con el brazo alargado para que todos la vean.

—¡Apartaos del vehículo! —grita.

A pesar del mal humor, el coche deja de mecerse. Mollel escruta las caras, evaluando qué ánimo tienen. En las miradas hay enfado, pero es un enfado momentáneo, en caliente, que se disipa con facilidad, no la furia fría, calculada, que teme. Esta no es una multitud que busca problemas, al menos hoy no.

—¡Típico de la policía! —grita un manifestante—. ¡Proteger a los suyos!

El grito es recibido con exclamaciones de asentimiento.

—¡Escuchad! —grita Mollel—. Ha habido un pequeño accidente y hay un hombre herido. Vamos a tratar esto como es debido. Ahora, apartaos del coche.

Se oyen algunas quejas apagadas, y murmullos sobre la parcialidad de la policía, pero la gente de la parte delantera se aparta arrastrando los pies despacio. Kiunga ayuda al hombre herido a caminar, cojeando. Mollel aprieta su identificación contra la ventanilla del conductor y esta zumba para bajar un par de centímetros de mala gana. Mollel se inclina hacia delante y habla a través del hueco.

—Ahora, señor —dice con suavidad—, lo que va a hacer es inclinarse hacia atrás y abrir esta puerta trasera. No use el cierre centralizado, solo esta puerta junto a mí. Voy a entrar con otras dos personas. No haga nada más hasta que yo lo diga, ¿sawa?

La ventanilla vuelve a subir para cerrarse, y Mollel se pregunta por un momento si Kingori le está ignorando. Después oye el chasquido de la puerta trasera del pasajero al abrirse. Se gira hacia ella subido al estribo.

—Ahora, vamos a llevar a este hombre al hospital —grita, para la muchedumbre.

Le hace señas a Kiunga, que se ha colocado el brazo del tipo que cojea sobre el hombro, y ambos se acercan.

—Después —sigue Mollel—, iremos a comisaría, y vamos a hablar de indemnización y cargos contra el conductor. ¿De acuerdo?

—¡Sí! —gritan unas cuantas personas del gentío—. ¡Acusadle!

Mollel abre la puerta trasera del Hummer, Kiunga mete a empujones al manifestante y luego le sigue. Acto seguido, el propio Mollel se introduce en el coche de cristales oscuros y cierra la puerta tras él, haciendo chasquear el cierre para bloquearla.

—De acuerdo, con cuidado, despacio: ¡avance!

Kingori mueve el Hummer hacia delante, la muchedumbre se aparta del camino arrastrando los pies, cediéndoles el paso, frunciendo el ceño ante sus propios reflejos en las ventanillas oscuras. Se oye el ruido sordo de un puñetazo poco entusiasta, pero nada más siniestro. La gente se dispersa, y, con la carretera despejada por delante, Kingori aprieta el acelerador, alejándose deprisa del escenario.

—¡Oh, me duele, me duele! ¡Me has roto el pie!

—Deja que te quite el zapato —dice Kiunga, pero el joven no deja de apartarle.

—Oh, vas a pagar por esto —se queja a Kingori—. ¡Te voy a demandar!

—Déjame ver —dice Kiunga, que finalmente logra cogerle al chico la zapatilla de deporte y quitársela—. Pero... déjame quitarte el calcetín. Tendrías el pie hinchado como un melón si este coche le hubiera pasado por encima. ¡No te pasa nada en absoluto!

—¡Aquí, aquí! ¡Me ha roto el pie! ¡Necesito rayos X! ¡Necesito una

indemnización!

—Pare aquí —ordena Mollel.

Cuando el coche se para, Mollel se inclina y abre la puerta próxima al chico.

—Sal.

—¿Qué? ¡Este no es el hospital!

—Fuera, o te sacaremos a empujones.

De mala gana, el chico sale, fingiendo un quejido al apoyar el pie descalzo en la acera.

—Toma —dice Kiunga—. Coge tu zapatilla.

—¡Quédatela! —replica el chico, irguiéndose.

La lanza hacia el coche, pero Kiunga cierra la puerta justo a tiempo y la zapatilla rebota de forma lastimera en la ventanilla. Kingori acelera, y dejan atrás al chico. Kiunga mira por la ventana trasera.

—Va caminando normal —se ríe entre dientes—. ¡Menudo caradura!

Desde el asiento del conductor, Kingori se ríe a carcajadas.

—¡Genial! Agentes, muchas gracias. Por favor, dejen que les muestre mi agradecimiento.

Sin dejar de conducir, busca a tientas en su bolsillo una pinza para billetes y saca un par de mil chelines.

—Ahora, ¿hay algún sitio donde pueda dejarles?

—Comisaría Central —contesta Mollel.

—Está un poco lejos de mi camino. Tengo una reunión importante en Westlands. ¿Quizás podría dejarles en una parada de *matatu*?

—La Comisaría Central estará bien —replica Mollel con serenidad—. Una vez allí, podremos hablar de unas cuantas cosas. Como intentar sobornar a un oficial de policía.

—*¡Quiero un abogado!*

Mollet y Kiunga están de pie frente a la sala de archivos, que se utiliza para los interrogatorios en la Comisaría Central. Oyen un puño golpeando un escritorio. Después una silla se cae, y el puño golpea la puerta.

—*¡Tráiganme un abogado! ¡Ahora!*

—Esto es *chai* decente —dice Mollet, bebiendo un sorbo de su taza.

—Mmm, todos ponemos algo y conseguimos buen material de las tierras altas —contesta Kiunga.

—¿Usas *masala*^[26]?

—Esa es mi técnica especial. Mezclo las especias con el azúcar.

—Está riquísimo.

—Gracias.

Apuran sus tazas, y ambos dejan salir un suspiro satisfecho.

—¿Entramos? —pregunta Mollet.

—Encantado —responde Kiunga.

Dentro de la sala, Kingori va de un lado a otro de manera frenética. Nada más abrirse, se abalanza hacia la puerta, pero Mollet levanta una mano en señal de advertencia.

—Siéntese, por favor, señor.

—No quiero sentarme. ¡Llevo aquí sentado cuarenta y cinco minutos!

—Por favor, siéntese.

Kingori recoge la silla del suelo y se sienta, con los brazos cruzados. Mollet y Kiunga también se sientan.

—Exijo ver a un abogado de inmediato.

—¿Ha dicho que lleva aquí cuarenta y cinco minutos, señor? —pregunta Mollet con tono inocente.

—¡Por lo menos!

—Bueno, eso debe servir... ¿Qué hora es, Kiunga?

Kiunga se mira el reloj.

—Las cinco y poco.

—¿Las cinco y poco? ¿Y el abogado de oficio termina a las cinco, verdad, Kiunga?

—Yo mismo le he visto marcharse.

—Oh, vaya —dice Mollet.

—¡Denme mi teléfono! —ladra Kingori—. Tendré aquí a mi abogado en un momento.

—Tiene derecho, señor —Mollet se saca el móvil de Kingori (carcasa dorada) del bolsillo, y hace ademán de dárselo, pero se detiene—. Por supuesto, eso añadiría cierta formalidad al procedimiento. Tendríamos que presentar cargos contra usted.

Kiunga asiente.

—Sin duda.

—Y entonces usted y su abogado podrían hablar del caso con el juez... Oh, se me olvidaba. Es Nochebuena, ¿verdad? Ya se habrán ido a casa también. ¿Cuándo volverán, Kiunga?

—Bueno, mañana es Navidad, el veintiséis es festivo, después otro día por las elecciones, así que no será hasta el viernes, me temo.

—¿Cuatro días? —pregunta Mollet en tono de desaprobación—. Y he oído que los calabozos están a reventar. Pero estoy seguro de que cabrá uno más por alguna parte, señor, si es eso lo que quiere.

Alarga el teléfono. Kingori lo coge y lo deja sobre la mesa.

—¿Así que dos mil no eran suficientes para vosotros? Simplemente deberíais haberlo dicho. Puedo comprar y vender a un par de campesinos como vosotros un millón de veces. ¿En qué quedamos? ¿Diez mil? ¿Cada uno? Os lo puedo dar ahora mismo. Consideradlo un extra de Navidad.

—No se trata de dinero —contesta Kiunga.

—Háblenos de James Lethebridge —pide Mollet.

En la cara de Kingori se dibuja despacio una sonrisa y se reclina en la silla. Su actitud dice: «Ahora estamos yendo a alguna parte».

—Jimmy se ha metido en problemas, ¿verdad?

—¿Así que le conoce?

—Le conozco. En primer lugar, lo estás pronunciando mal. No se dice *Leda-bridge*, sino *Lidi-bridge*. Como el río^[13].

—¿Qué relación tiene con el señor *Lidi-bridge*?

Kingori vuelve a reírse.

—Es mi chico. Oh, no os escandalicéis, caballeros. Soy consciente de cómo se entiende el término hoy en día^[14]. Pero en un colegio privado británico, la palabra es el argot para *factotum*. La persona que te hace de todo. Hacer recados, recoger cosas, trabajillos. Fuimos juntos al colegio mucho antes de que nacierais. Mucho antes de que naciera este país.

Mollet le mira sorprendido. Por lo poco que pudo ver de Lethebridge en el coche y por la descripción que dio la recepcionista, está seguro de que el hombre debe rondar los sesenta y muchos o setenta. Eso concuerda sin duda con haber ido al colegio antes de la independencia. Pero si Kingori tiene la misma edad está sorprendentemente bien conservado. Todo el pelo en la cabeza, apenas una arruga, dientes deslumbrantes. Todo demasiado perfecto. Mollet se pregunta si algo en

relación con este tipo soportaría un escrutinio a fondo.

—¿De modo que es su empleado? —pregunta Kiunga.

—Le mantengo en el trabajo. Pequeñas tareas aquí y allá. No sería capaz de hacer nada más.

—¿Alguna de esas pequeñas tareas sería conseguir prostitutas de K Street?

La sonrisa de Kingori desaparece.

—Por mi parte no sabría nada de eso.

—Fue visto arrastrándose por la acera la otra noche.

—Es asunto suyo.

—¿Con un coche de la empresa?

—No con mi Hummer, espero.

—Un Toyota Land Cruiser plateado.

—Mucha gente usa ese coche.

—¿Tiene contratados a muchos *wazungu*, señor Kingori?

—Él es el único. Así que ha sido un chico malo... Nunca hubiera pensado que fuera así. ¿Pero qué tiene que ver esto conmigo?

—Lo que tiene que ver con usted es que una prostituta de K Street fue encontrada muerta el sábado por la mañana. Y ella le había contado a su amiga que tenía miedo de alguien. Alguien poderoso. Ahora, por lo que he oído, eso no concuerda con la descripción del señor Lethebridge. Pero podría, con exactitud, describirle a usted. ¿Y bien? Sus movimientos, por favor, el viernes por la noche.

—¡Esto es ridículo! ¡No tenéis nada contra mí!

—Siempre podemos reanudar esta conversación tras una visita a los calabozos, si lo prefiere.

Kingori frunce el ceño.

—Por lo que pueda servir, desde primera hora de la mañana hasta las siete de la tarde, más o menos, estuve en State House^[15], con el presidente, entre otras cincuenta personas aproximadamente. Estábamos debatiendo la estrategia electoral. Un buen número de gente puede situarme allí. De hecho, creo que incluso salió un artículo en *The Standard*. ¿El jefe del Estado os parece bastante buena coartada?

—¿Y después?

—Bueno, asumo que hablaréis con James. Estuvimos juntos toda la noche en mi apartamento. Apurando cierto *whisky* de malta bastante bueno y acordándonos del colegio.

Mollet saca un sobre del cajón del escritorio y lo desliza sobre la mesa, hacia Kingori.

—Eche un vistazo.

Es una foto de Lucy, *post mortem*. En alguna parte debajo del bótox, la cara de Kingori vibra. ¿Por lástima? ¿Reconocimiento? ¿Culpa?

—¿Esta es la chica?

—Se llamaba Lucy e-intoi Sambu.

—¿Masái? ¿Como tú? Siento que haya muerto. Pero no la he visto jamás en mi vida. James os contará todo.

Ahora le toca a Kiunga colocar algo sobre la mesa: un cuaderno y un bolígrafo.

—Los datos de contacto de James Lethebridge, por favor. Dirección, número de teléfono.

Kingori garabatea una dirección en Lavington. Después coge su teléfono, busca un número y lo copia.

—¿Qué sabe de George y Wanjiku Nalo? —pregunta Mollel, mientras coge el cuaderno.

—¿El predicador? Sé que es la prueba viviente de que la escuela bíblica puede ser más provechosa que un máster en Administración de Empresas.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que es un tipo astuto. Y su mujer es incluso más astuta.

—Parece que habla por experiencia.

—Hemos hecho negocios.

—¿Qué tipo de negocios?

—Inmobiliarios. Son una especie de inquilinos míos.

—¿Una especie de inquilinos?

Kingori se encoge de hombros.

—Dirigen un proyecto en una de mis propiedades. Les estoy permitiendo desarrollarlo de nuevo sin pagar alquiler.

—Parece bastante generoso —dice Kiunga lanzando una indirecta—. Si ese terreno fuese mío, colocaría un montón de bloques de apartamentos.

—¿Qué puedo decir? Así soy yo.

Tras un momento de silencio escéptico, Kingori añade:

—De acuerdo, no es pura filantropía. Mirad, los americanos tienen mucho dinero que su presidente dice que tiene que dedicarse a iniciativas religiosas. Nuestro Gobierno quiere un desarrollo de prestigio en una ubicación visible. Nalo hace todo el ruido adecuado, yo tengo el terreno. Para mí es poca cosa. Les dejo utilizar la propiedad, consigo ayuda con algunos asuntos de planificación que tengo en otras partes.

—¿Ha estado en Orpheus House?

Kingori se ríe.

—Si visitase todas las propiedades que poseo, nunca tendría tiempo de hacer nada.

—¿Lo ha hecho James Lethebridge?

—No lo sé. Preguntadle a él.

Mollel replica:

—Lo haremos. Vamos a traerle ahora mismo.

—Que así sea. Si no me necesitáis más, tengo que...

—No —corta Mollel—. Va a quedarse aquí mientras hablamos con el señor

Lethebridge. No van a tener oportunidad para comparar coartadas.

—¡Oye, mira! —Kingori da un manotazo sobre la mesa—. Maldita sea, he tenido paciencia con vosotros dos y vuestros estúpidos juegos. Pero os lo advierto: si no dejáis que me vaya ahora mismo, estará en riesgo algo más que vuestras carreras. ¿Entendido?

Se abre la puerta, y la presencia voluminosa de Otieno irrumpe en la sala. De forma instintiva, Mollel y Kiunga se ponen de pie. Kingori se queda sentado.

—David —dice Otieno cordialmente.

—Otieno.

Se saludan con un apretón de manos.

—Estos payasos tuyos me han estado ofreciendo una representación bastante aburrida.

—No te preocupes. Me encargaré de ellos.

—Los quiero fuera del cuerpo.

—Oh, tengo en mente un castigo mucho peor que ese. Veo que tu coche está fuera; por favor, déjame escoltarte hasta allí.

Al pasar, Kingori se gira hacia Mollel y le dice entre dientes:

—Si vuelvo a verte, masái...

Deja la amenaza en el aire, niega con la cabeza y sale.

—Este caso —dice Otieno— está oficialmente cerrado.

Los dos policías están de pie frente a él como colegiales en la oficina del director. Mollel desearía poder sentarse. Le está invadiendo una repentina sensación aplastante de cansancio.

—¡No puedes hacer eso! —protesta Kiunga.

—Veo que has aprendido algunos malos hábitos de tu amigo masái. Dime, Kiunga, ¿por casualidad has visto el letrero en mi puerta al entrar? Dice superintendente. ¿Sabes lo que significa? «Super» quiere decir por encima. E «intendente»... Bueno, digamos que eso eres tú. Por encima. De ti. Lo que significa que en mi comisaría puedo hacer lo que quiera, maldita sea.

—No puedes cerrar este caso. Estamos llegando a alguna parte. Solo necesitamos unos pocos días más.

—No *tenemos* unos pocos días más, Kiunga. ¿Has prestado atención a lo que está pasando en esta ciudad? Necesito a todos los hombres disponibles para las elecciones. Para hacer nuestro trabajo, para tratar de mantener cerrada la tapa de este caldero.

—*Por eso* quisiste que me trasladasen aquí —dice Mollel, comprendiendo de repente—. No era para resolver la muerte de la chica. Era solo para incrementar tu número durante las elecciones. Para ayudar a mantener el orden. Ayudarte a parecer bueno. Siempre tuviste la intención de dejar el caso, en cuanto tuvieses una excusa.

Nota que la sangre le palpita en la cabeza. Sin que le inviten, coge una silla que está delante de la mesa de Otieno y se deja caer en ella. Kiunga permanece de pie.

—¿Cómo va a ser esto una excusa? —replica Otieno—. Una queja de un miembro de la sociedad. Un miembro *altamente influyente* de la sociedad. Falso arresto, intimidación...

—Nunca le arrestamos —dice Kiunga.

El argumento resuena hacia delante y hacia atrás sobre Mollel. Necesita irse a casa. Necesita tomarse sus pastillas. Pero, sobre todo, necesita resolver este caso.

La voz de Otieno retumba de forma implacable. Ahora las palabras no significan nada. Solo ese bramido moralista, atronador, como un toro. Por qué no puede quedarse callado, piensa Mollel. Solo por un segundo. ¿Por qué no puede sencillamente quedarse callado, maldita sea, y *escuchar*?

La habitación se queda en silencio.

Los dos le están mirando. Mollel se da cuenta de que ha hablado en voz alta.

Tiene una sensación embriagadora, dichosa, de libertad. La misma que sintió cuando decidió abandonar el pueblo, darle la espalda a su tribu.

No le importan las consecuencias. En lugar de eso, mientras Kiunga y Otieno le escuchan asombrados, les cuenta la verdad.

Habla con la lucidez brillante, intensa, de la furia. Les cuenta cómo robó las llaves, su descubrimiento de la sala de operaciones en Orpheus House. Les habla de su convicción respecto a que Wanjiku Nalo atendió el parto de Lucy. Que de alguna forma el parto fue mal. O Lucy murió durante el parto o se desangró hasta morir poco después. Wanjiku, ayudada por alguien, se deshizo del cuerpo en el desagüe, después de haber mutilado de forma deliberada los genitales del cuerpo para encubrir el hecho de que Lucy hubiese dado a luz recientemente. Sabía sobre la mutilación genital femenina, y posiblemente confiaba en que si se descubría el cuerpo, se echase la culpa a los ritos de circuncisión masái.

Kiunga se ha desplomado en la otra silla de la sala. Otieno ha inclinado la suya hacia atrás, colocando las manos tras la cabeza, lo que hace aparecer unas grandes manchas de sudor bajo los brazos. Su expresión se ha vuelto totalmente neutral.

Mollet les habla de David Kingori. De que cree que Kingori es el padre del bebé desaparecido. Que posiblemente estuviera compinchado con Wanjiku Nalo, posiblemente incluso le ordenase ocuparse del nacimiento secreto... como precio por permitir que los Nalo construyesen su nuevo proyecto en su terreno.

Mollet termina de contar su historia. Nadie habla. Nota el silencio dramático, sorprendido, del bosque momentos después de que haya caído un árbol. Y a continuación pierde la confianza. Su furia se evapora. Percibe, por la forma en que Kiunga evita cruzar su mirada con él, que se ha humillado a sí mismo.

También ha traicionado la promesa que le hizo a Honey.

—Bueno, masái —dice Otieno—, imagino que tengo que darte las gracias.

—¿Por qué?

—Por darme todo lo que necesito para echarte del cuerpo de policía y mandarte a la cárcel. —Y dirigiéndose a Kiunga, añade—: ¿Sabías algo de todo esto?

—No.

—¿No me has estado escuchando? —alega Mollet—. Estamos hablando de asesinato. Incluyendo el asesinato, o secuestro, de un niño. Por no mencionar incendio provocado, conspiración...

—No —dice Otieno despacio, con deliberación—. Lo que me has contado, incluso si tengo que creer tu ridícula hipótesis, es una muerte accidental.

—¿Y qué hay del niño?

Otieno suspira.

—¿No te das cuenta, Mollel, de que eso no es problema nuestro? Si el bebé está vivo, significa que le están cuidando. Y sin duda, mucho mejor de lo que lo habría cuidado cualquier prostituta barata. Si está muerto, está muerto. No tenemos forma alguna de demostrar un asesinato. Ni siquiera tenemos un cuerpo. Todo lo que tenemos son acusaciones no fundamentadas contra el empresario más importante de Nairobi, el pastor de más éxito y la ginecóloga más respetada.

—¿Y qué pasa con la justicia? —contesta Mollel con voz ronca.

Otieno le lanza una sonrisa triste.

—Mollel, estás en el país equivocado. En el continente equivocado. ¿No sabes que aquí hay algo más valioso que la justicia?

—¿Qué?

—El orden.

Mollel se inclina hacia delante. Tiene la mirada petrificada, vidriosa. Parece estar repitiendo un mantra personal.

—La justicia es un lujo. El orden, una necesidad. Si quieres justicia, múdate a algún país del primer mundo con laboratorios criminalísticos sofisticados y pruebas de ADN y jueces a quienes no se pueda comprar. Esa es la única forma en la que podrías presentar una demanda contra gente como esta. Mejor aún, conviértete tú mismo en juez. Son quienes se supone que han de buscar la justicia. Nosotros solo se supone que mantenemos el orden.

Kiunga no dice nada. Mollel se siente exhausto.

—Lo siento por ti —sigue Otieno—. Fuiste un héroe, hace tiempo. Nadie puede olvidar lo que hiciste cuando explotó la bomba. Ganaste muchos admiradores aquel día, Mollel, incluyéndome a mí.

»Pero esta furia tuya. No piensas en las consecuencias de tus actos. Como cuando estabas destinado aquí, antes. Te enfadabas tanto por pequeñas e insignificantes corrupciones de poca monta que te ibas corriendo a los periódicos... Tuve que deshacerme de algunos buenos agentes por eso. ¿Y por qué? Solo por hacer lo que hace todo el mundo, tratar de ir tirando.

»Debería haberme librado de ti. Tenía todos los motivos para ello. Pero ahora no puedo perder a ningún agente. Además, la prensa me crucificaría. Lo verían como la señal de que perseguimos a quienes denuncian las prácticas corruptas. ¿Sabías, Mollel, que el inspector jefe en persona tiene un interés personal por tu carrera?

Mollel niega con la cabeza.

—Oh, sí. Hay que mantenerte bien lejos de cualquier parte en la que puedas causar problemas. Desearía haber seguido su consejo.

Mollel se queda callado mientras, de forma gradual, se percata de que no va a

perder su trabajo.

—Para dejarlo perfectamente claro: os olvidáis de este caso. Listo. Cerrado. No hay nada que podamos hacer al respecto. Lo lamento, pero así es. ¿Comprendido?

Ambos responden:

—Sí, señor.

—Bien. Es tarde. Quedan dos días para las elecciones. Mañana será el día tranquilo antes de la tormenta. Tenéis el día libre. Id a pasar la Navidad con vuestras familias. Cuidad a los vivos, no a los muertos.

—Venga —dice Kiunga—. Vayamos a tomar una copa.

—No bebo —contesta Mollel.

—Entonces puedes quedarte sentado a mi lado mientras lo hago, maldita sea — replica Kiunga—. Y te lo advierto, pretendo llegar a estar completamente *kutindi*^[22].

Salen y echan a andar por la ciudad. Mollel espera ser arrastrado hasta el Flamingo, el bar favorito de la comunidad policial de Nairobi, donde a cualquier hora del día o de la noche es posible encontrar tantos agentes de guardia como fuera de servicio.

Pero pasan por delante y se dirigen hacia River Road. Esta parte de la ciudad está abarrotada. Cualquiera que siga aquí es obvio que ha decidido quedarse en la ciudad y aprovechar al máximo las vacaciones de Navidad. Los bares están llenos, y muchos han decidido atraer a los clientes colocando sus barbacoas *nyama choma* en la acera. El aroma hace que el estómago de Mollel proteste en una mezcla intranquila de hambre y agonía.

—Hemos llegado —dice Kiunga—. Pensé que te haría sentir en casa.

Están frente a un bar con un ventanal que da a la calle. Pero no se puede ver el interior: la ventana es una vitrina cerrada, una especie de armario, con una cabra entera desollada colgando en el interior y varios pedazos de carne al lado. Pese a las moscas, obviamente es lo bastante apetecible como para atraer a un flujo regular de clientes. Mollel y Kiunga tienen que esperar en la puerta, donde un tipo le está dando instrucciones detalladas a un miembro del personal acerca de qué pedazo exacto quiere de la cabra. Cuando entran, los ojos de Mollel necesitan un momento para acostumbrarse a la oscuridad.

—Mama Naitiku's —dice Mollel—. Hace mucho que no vengo.

Su nombre oficial es Hoteli Narok, pero nadie lo conoce así. Es el primer puerto de escala para la mayoría de masái en Nairobi, y un hogar lejos del hogar para muchos que han emigrado de forma permanente a la ciudad. Para algunos, se ha convertido en sinónimo de la ciudad en sí misma: «irse a Mama Naitiku's» es una expresión conocida en muchos pueblos, algo más agradable, menos sobrecogedor, menos definitivo que decir «irse a Nairobi».

Grupos de hombres masái con chales rojos levantan la mirada y les observan con desconfianza. Kiunga se dirige al bar con aire resuelto. Mollel le sigue.

—Tomaré una Tusker. Fría. Y mi amigo...

—Una Fanta —dice Mollel.

El camarero es un joven masái, lleva el pelo trenzado, una *shuka* atada sobre un hombro. Sus brazaletes resuenan mientras baja la mano hasta una caja de cervezas

que tiene a los pies, y saca una botella.

—¿Bastante fría para ti? —le pregunta a Kiunga, de modo desafiante.

—Valdrá.

El camarero quita la tapa y desliza la cerveza hacia delante. Hace lo mismo con una botella de refresco fluorescente para Mollel.

Kiunga paga.

—¿Está Mama? —pregunta.

—¿Dónde más iba a estar?

—Dile que queremos hablar con ella.

Se van hasta una mesa y se sientan.

—¿Por qué hemos venido, Kiunga? —pregunta Mollel.

Kiunga da un trago largo y se relame.

—Hemos tenido en cuenta el hecho de que Lucy fuese una *poko* —dice—. Hemos indagado en Orpheus House. Los Nalo. Pero con lo que no hemos tratado todavía es con el hecho más importante de todos. Era masái.

—No creo que sea relevante —contesta Mollel.

—Claro que no. Tú mismo eres masái. Pero yo creo que lo es. Así que sígueme la corriente un rato, Mollel.

Levanta la mirada. Una anciana se acerca a ellos arrastrando los pies, con la cabeza afeitada, inclinada, larga *shuka* rozando el suelo. Lleva un collar de cuentas blancas, como un plato de comida alrededor del cuello, y parece como si el peso — aunque no puede pesar nada en absoluto — la estuviese arrastrando hacia abajo.

Coge una silla y se sienta junto a ellos.

—¿Qué puedo hacer por vosotros, agentes?

Apenas resulta sorprendente que les reconozca como policías. Lo que más le sorprende a Mollel es lo poco que ha cambiado. Parecía anciana ya cuando la conoció.

—¿Te acuerdas de mí, Mama? —pregunta.

Ella levanta la vista para mirarle con ojos acuosos pero atentos. Él ve cómo procesa la información: orejas estiradas, rostro masái, pero traje de Nairobi. Él se toca la corbata de Honey nerviosamente. La anciana le recuerda a su madre, y Mollel no puede evitar proyectar una sensación de desaprobación, de decepción, en la expresión de ella.

—Veo a mucha gente —contesta.

—Vine mi primera noche en Nairobi —dice Mollel—. Estaba con mi hermano, Lendeve. Éramos demasiado pobres para permitirnos algo de carne, así que nos diste un cuenco de *ugali*^[55]. Ni siquiera sabíamos que era comida. Nos sentamos ahí fuera, en la acera, preguntándonos qué hacer con ello. Cuando saliste para ver cómo nos las arreglábamos, habíamos hecho figuras. Lendeve hizo una vaca. Yo un burro.

Mama Naitiku sonrío. Tiene menos dientes, pero la sonrisa es la misma.

—¿Eres una *leliani*^[23]?

—Así es. Mollel.

—Solo éramos unos críos. Fue hace veinte años. Nos dejaste dormir en el suelo, fuera, en la parte de atrás, mientras buscábamos trabajo.

—Y lo encontraste. Con la policía.

—Eso fue mucho después.

—Me acuerdo de ti —dice—. Y de tu hermano. Él era quien llevaba la cabeza afeitada, según recuerdo. Tan elegante, vestido con toda la vestimenta guerrera, sin un chelín. Tenía grandes planes. Pensé que le seguirías a cualquier parte. ¿Y qué ha sido de él ahora? ¿Es policía, también?

Mollel niega con la cabeza.

—No sé dónde está —contesta.

Kiunga le lanza una mirada inquisitiva. En los últimos días Mollel ha estado pensando en su hermano más de lo que ha hecho en años, y no quiere continuar con esta conversación.

—Eso es lo que pasa cuando le damos la espalda a la vida en la aldea —dice la anciana con tristeza.

—Necesitamos tu ayuda —habla Kiunga. Saca la foto de Lucy que ha estado utilizando en K Street—. ¿Sabes algo de esta chica?

Mama Naitiku coge la fotografía y la mira. Se gira hacia Mollel.

—*Shore lai kishoriki enapiak* —le dice en maa.

Él recuerda la expresión. «Las viejas amistades traen el mal».

—¿La conoces?

—¿Está muerta? —pregunta Mama Naitiku.

—Sí.

Se estremece.

—La conocía. Llegó, como tú, sin un céntimo. Hace un año o así. Estaba huyendo de su aldea. No pregunté por qué. Veo a demasiadas chicas así. Supuse que se trataba de un matrimonio concertado por el que ella no quería pasar.

—¿Vino alguien buscándola? —pregunta Kiunga—. ¿Alguien intentando llevarla de vuelta a su aldea?

Niega con la cabeza.

—No que yo sepa.

—Esto es bastante desagradable —sigue Kiunga—. Pero, por favor, piensa en ello. Cuando encontramos el cuerpo de esta chica, había sido mutilada. La habían rajado en los genitales. ¿Hay algo que conozcas, algún ritual, alguna ceremonia, que pudiera implicar algo así?

—Está la ceremonia de circuncisión, por supuesto —contesta—. Pero eso se les hace a chicas mucho más jóvenes. He oído que ha muerto gente por ello. Pero mucho más tarde, por infección. No, hecho adecuadamente, no hay peligro alguno. No es como describes las heridas de esta pobre chica. No es rajar. Tiene que hacerse con mucho cuidado. De forma delicada.

Se detiene por un momento. La discreción y el orgullo profesional parecen combatir por un instante en su pecho, antes de añadir:

—Debería saberlo. Yo misma lo hago.

—¡Es ilegal! —exclama Mollel.

La anciana cambia de postura. Se yergue.

—Tú has elegido las nuevas leyes —dice—. Yo escojo las antiguas.

Kiunga se mueve con inquietud. Algunos de los hombres de las mesas de alrededor han empezado a observarles de forma hostil. Coge su botella y la apura.

—Creo que deberíamos irnos —dice—. ¿Mollel?

—Solo un momento —pide Mama Naitiku—. ¿Qué hay de la otra chica? ¿Habéis hablado con ella?

—¿La otra chica? —pregunta Mollel.

—Sí. No he visto a esta chica, la muerta, desde hace un año más o menos. Pero la última vez que estuvo aquí, se fue con otra chica masái. Bien vestida. Era bastante obvio de dónde sacaba el dinero. Hice que se fuera. No admito a las de esa clase en mi bar. Pero esta pobre chica la siguió. Si me preguntáis, esa es la razón por la que terminó asesinada. No porque fuera masái.

Fuera, en la calle, Kiunga dice:

—De acuerdo, Mollel. Parece que tenías razón. Pero teníamos que indagar el ángulo masái.

Mollel está callado.

—¿Qué pasa, jefe? ¿Es por lo que dijo sobre las circuncisiones? Mira, todos sabemos que se sigue haciendo. No hay nada que podamos hacer.

—No es eso —contesta Mollel—. Es por lo que dijo Honey. Sobre cómo conoció a Lucy. Nos dijo que Lucy se le acercó cuando acababa de empezar a trabajar en la calle. Que Lucy fue quien le enseñó cómo funcionaba todo, quien le enseñó cómo hacerlo adecuadamente. Eso no coincide con lo que dice Mama Naitiku.

—Si quieres mi opinión, jefe —responde Kiunga—, deberías tener cuidado respecto a acercarte demasiado a Honey. Es una *poko*, ¿te acuerdas? Y acostarse con hombres es solo una parte de lo que hacen para vivir. El resto es mentir. Y para una buena *poko*, es algo natural.

—¿Qué problema tienes? —suelta Mollel, parándose en la acera—. ¿No te das cuenta de que esta actitud es lo que impide a gente como Honey acudir a la policía en primer lugar? Todos somos desconocidos de una forma u otra, Kiunga. ¿Por qué no puedes verla como otro ser humano? Además, apenas eres *quién* para dar clases de moralidad a los demás.

Kiunga se gira y le hace frente. Por un momento Mollel piensa que le va a pegar. Luego Kiunga esboza una sonrisa sombría.

—Me encanta el sexo —dice—. Nunca lo he ocultado. Pero me encanta el *amor*,

también. Y a todas las chicas con las que salgo, tanto si llegamos o no a alguna parte, las quiero. Al menos mientras lo hacemos. Lo siento, pero cuando el dinero entra en juego, no quiero saber nada.

—Eres un hipócrita —contesta Mollel.

—No. Como dice la anciana, escojo las reglas con las que vivo. Pueden no ser tus reglas, Mollel, pero al menos soy consecuente. Ahora, si me perdonas, voy a por una cerveza *fría*. Y donde voy no creo que sirvan Fanta. Buenas noches, Mollel.

MARTES, 25 DE DICIEMBRE DE 2007. NAVIDAD

Se tomó la medicación antes de irse a dormir, y, quizás por ello, a Mollel no le perturbaron sueños de sangre... ni de nada. Pero aun así siente una alteración inusitada cuando suena el timbre de la puerta.

—Hola —saluda Kiunga—. Feliz Navidad. ¿Puedo entrar?

Están de pie en la cocina minúscula, larga y estrecha de Mollel, tomando café instantáneo sin leche.

—Siento lo que dije anoche —empieza Kiunga—. Culpa al cansancio. La frustración. A tu Dios Rojo.

Mollel se ríe brevemente.

—Creo que ayer nos visitó a ambos. No te preocupes. La gente me ha dicho cosas mucho peores.

Al cabo de un rato, Kiunga continúa:

—¿Sabes?, eres el primer compañero que he tenido que de verdad cree en el auténtico trabajo de investigación. En comisaría, está el viejo Mwangi, a quien no le importa una mierda. Y Otieno, con su política y su pragmatismo. Entonces apareces tú, y defiendes la justicia. Me recuerdas por qué quise hacerme policía en primer lugar. Y sabes, ¿verdad?, que solo porque desconfíe de las *pokos* no significa que no quiera justicia para Lucy.

—Lo sé.

—De acuerdo —dice Kiunga—. Así que me he pasado por casa de James Lethebridge de camino aquí. Su *askari* me ha dicho que se ha ido al interior. No sabe dónde. Pero si quieres saber mi opinión, no estaba diciendo la verdad.

—No —asiente Mollel—. ¿Así que has decidido seguir con el caso?

Kiunga se encoge de hombros.

—Es Navidad. Toda mi familia está en el interior. ¿Por qué demonios no iba a hacerlo? No tengo nada mejor que hacer.

Mollel sonrío. Después dice:

—Sabes cuáles podrían ser las consecuencias, ¿verdad?

—Por supuesto.

—¿Incluso después de lo que dijo Otieno? Piensa que podrías perder tu trabajo. No me importaría seguir solo. Parece que tengo cierto grado de protección. Tú no lo tienes.

—No lo sabías cuando admitiste haber entrado sin permiso en Orpheus House.

Da un sorbo al café. Después añade:

—Oye, Mollel, si quieres que la gente deje de seguir tu ejemplo, tienes que comportarte como haría Mwangi. Que no te importe una mierda. Por Dios, no va a despedir a gente por cosas como la *justicia*.

Kiunga sonrío. Mollel le devuelve la sonrisa.

—Tenemos un día para intentar avanzar con este caso antes de vernos arrastrados por las elecciones —dice Mollel—. Hablando de eso, ¿dónde te ha asignado para el gran día?

—Kosovo.

Mollel se ríe.

—¿Mathare?

La barriada tomó el sobrenombre durante el punto álgido de la guerra de Kosovo, cuando las imágenes de edificios bombardeados salían por televisión y los habitantes de Mathare reconocieron el parecido.

—¿Dónde estarás tú? —pregunta Kiunga.

—Kibera. En realidad Otieno nos lo ha organizado, ¿verdad?

—¿Crees que está implicado? —pregunta Kiunga, mientras su sonrisa se desvanece.

—No lo sé.

—Sin duda cerró el caso bastante rápido cuando Kingori apareció en escena. Y es obvio que se conocen.

—Si estás sugiriendo que Kingori podría haberle sobornado, no creo que Otieno sea de esa clase. Por su arrogancia, creo que está más interesado en su carrera que en su bolsillo. Quién sabe qué presiones podría causar eso en el departamento.

—Hablando de pequeños regalos —dice Kiunga—, ¿no tenemos que entregar un regalo de Navidad?

Los distritos significan mucho en Nairobi. Ahí está, por ejemplo, Lavington, uno de los vecindarios más apetecibles de la ciudad. La mayoría de la gente estaría de acuerdo en que Lavington termina en James Gichuru Road. De ahí hacia el oeste, es Kawangware.

La mayoría de la gente estaría de acuerdo, pero Faith no. Es bien sabido, insiste, que Lavington se extiende al menos una manzana hacia el oeste de James Gichuru. Y ahí es donde está su casa. Cualquier intento por persuadirla de lo contrario se topa con una mirada severa y la respuesta:

—Llevo veinte años viviendo aquí y siempre ha sido Lavington.

Sin embargo, James Gichuru Road es más que una frontera psicológica. Tan pronto como la cruzas, en el ambiente se produce un cambio tan repentino como la sombra de la lluvia del Gran Valle del Rift. Los refinados *bungalows* coloniales, con su césped bien recortado y confeti de jacarandá, se ven reemplazados por muros de hormigón y edificios de apartamentos erigidos con precipitación. Vendedores

ambulantes callejeros, que parecen incómodos al otro lado de la calle, venden maíz y ropa de segunda mano de forma descarada, y en los últimos años este parece haberse convertido también en el destino para comprar DVD piratas. Incluso los *matatus* respetan la aparente frontera, bordeando de forma tranquila Gitanga Road hasta James Gichuru, para abrirse paso inmediatamente después entre los caminos de sus rivales, disputándose el espacio a lo largo, y por encima, de lo que se supone que son aceras, haciendo sonar sus bocinas ante cualquier peatón que no se lance a los arbustos cuando ellos se acercan.

—Pensaba que Faith vivía en Lavington —dice Kiunga mientras Mollel le indica cómo llegar a su casa.

—Si lo menciona, tan solo acepta que su casa *está* en Lavington. Es un pequeño pedazo de Lavington en medio de Kawangware. Considéralo una embajada.

Hoy esta parte de Lavington-y-Kawangware está más tranquila que de costumbre. Mollel le indica a Kiunga dónde salir de la carretera principal, y recorren un pequeño trecho por un camino de tierra. Han pasado unas cuantas semanas desde que Mollel estuvo en casa de Faith, y lo primero que nota es un remolino metálico que brilla por encima del muro. Por un momento piensa que es decoración navideña. Luego se percata de que es alambre de espino.

Después se fija en unos jóvenes que merodean frente a la verja. En realidad, *jóvenes* es una descripción inadecuada. Tienen el estilo holgazán, cauteloso, de colegiales haciendo novillos, al tiempo nerviosos y desafiantes. Pero estos cinco tipos no son adolescentes.

Sin embargo, esconden de forma instintiva sus cigarrillos cuando se aproxima el Land Rover de la policía. Los instintos defensivos de Kiunga se han activado, al igual que los de Mollel. En lugar de conducir hasta la entrada, sigue hasta enfrente de la casa, y apaga el motor.

—Eh —saluda uno de los hombres. Parece como si la anciana kikuyu tuviese invitados para la comida de Navidad.

Mollel y Kiunga salen.

—*Habari, vijana* —dice Kiunga—. ¿Qué pasa, chicos?

—Nada.

Murmuran algunas palabras que Mollel reconoce como lengua luo, y se ríen. Entonces Kiunga les habla en esa lengua. Le miran asombrados.

—Sí, hablo jaluo —dice Kiunga, pasando al inglés—. Mi primer destino, justo después del entrenamiento básico, fue Kisumu. Así que he oído todas las palabras en argot para aludir a kikuyu y policía con las que podáis salir. Bueno, ¿a qué se debe esta tontería tribalista?

—No somos nosotros —dice el tipo que está delante del grupo—. ¡Pregunta a esos kikuyu ladrones! —Agita la mano hacia la puerta de Faith, y Mollel ve el brillo

de una botella de cristal.

—Nosotros los luo siempre conseguimos un mal trato —se queja otro—. Vienen aquí estos kikuyu y suben el alquiler.

—¡Posiblemente ella lleva aquí más tiempo que tú! —protesta Kiunga.

—Eso no le da derecho a decirnos dónde podemos ir o no. Esta calle es pública, ¿no?

—¿Así que se ha quejado porque merodeáis por aquí?

Se produce un asentimiento apagado.

—¡No la culpo! —dice Kiunga—. ¡Miraos!

Los hombres cambian de posición y se miran mutuamente. Kiunga se ríe. Despacio, a regañadientes, ellos sonrían también.

—¿Queréis hablar sobre agravios? —continúa Kiunga. Está en racha. Señala a Mollel—. Mirad a este tío. Un masái. ¡Su gente combatió a los *wazungu* con arcos y flechas cuando vosotros seguíaís sacando *dagaa*^[12] del lago!

Sueltan una risa renuente.

—Vamos —dice Kiunga—. Es Navidad. Sé que la vieja puede ser un poco *jike*^[17], pero dadle un respiro, ¿eh? ¿No podéis encontrar otro sitio donde beberos vuestra *chang'aa*?

—Supongo que sí.

—Y todos somos keniatas, ¿no? Dejemos esta mierda tribalista.

Los hombres se alejan con aire arrogante. Los policías les observan hasta que giran la esquina.

—Lo has manejado bien —dice Mollel.

—Tienes que tratarlo con humor —contesta Kiunga—, de lo contrario terminarás con un *panga*^[41] en la cabeza. Cristo, no soporto este tribalismo. ¿Sabes?, pasé los cinco años más felices de mi vida en Kisumu. Me gustan los luo. Me encanta el lago Victoria. Imagina, un kikuyu cuya comida favorita es el pescado. Y las chicas luo...

La expresión de su rostro, extasiada, distante, completa la frase.

—Y creo —dice Mollel—, que has llamado zorra a mi suegra.

—Lo siento.

—No he dicho que te hayas equivocado.

Las primeras palabras de Faith, cuando metieron el coche en el recinto:

—Entonces, ¿visteis a esos malditos *wamera*^[56] ahí fuera?

Mollel le lanza una mirada enojada.

—Espero que no uses palabras así delante de Adam.

—¿Qué hay de malo? Son luo, ¿no? De modo que tendrían que hacerles la circuncisión. Es sencillamente un hecho.

—No quiero que aprenda términos tribalistas.

Faith se mofa.

—¿Crees que no los oye todo el tiempo cada vez que cruza la verja? Solía jugar ahí en la calle, hasta que fue demasiado. Están intentando echarnos, a mí y a las otras personas kikuyu. Quieren que esta sea una zona solo para luo.

—Eso es lo que ellos dicen de los kikuyu.

—Bueno, tendrá que ser una cosa o la otra —contesta Faith. Mira a Kiunga—. Supongo que tengo que poner un plato más para comer, ¿no?

—Feliz Navidad, Faith —dice Kiunga—. No te preocupes por mí. Solo he venido para ayudar a traer el regalo de Navidad para Adam.

—En realidad —añade Mollel, sacando la bicicleta de la parte trasera del Land Rover—, yo tampoco me quedo a comer.

—Es Navidad —replica Faith—. He matado un pollo.

—Lo sé. No hay nada que pueda hacer. Hay trabajo. Vendré a cenar.

—De acuerdo, díselo tú mismo. No voy a soltárselo yo. Está en la parte de atrás.

Detrás de la casa, en la zona del lavadero, Adam está dando patadas a una pelota de fútbol contra un muro. Mollel siente una punzada de consternación por el pequeño cuadrado de cielo que hay arriba; todo el espacio parece muy reducido. A esa edad, él recorría fácilmente ocho, a veces quince kilómetros al día. Bosque, quebrada, montaña, llanura.

Y después piensa en los zapatos elegantes en los pies de Adam, su ropa limpia, su colegio, sus oportunidades.

El chico está mejor, decide.

—Hola, Adam.

—¡Papá! —Corre y le abraza—. ¡Feliz Navidad!

—Feliz Navidad. ¿Qué es esto, una pelota nueva?

Adam parece avergonzado.

—Sí, me la ha comprado Abuela.

Mollel coge la pelota. La gira sobre las manos. Es ligera, ágil. De color naranja. Un regalo divertido para un niño.

—Lo siento —dice—. Debería haberte comprado una pelota antes. Nunca lo pensé, porque yo no tuve ninguna cuando era pequeño.

—Oh, no te preocupes, papá.

Con la pelota en la mano, a Mollel se le está ocurriendo una idea.

—¿Me la prestas un rato?

—Supongo que sí —contesta Adam.

—No te apures. Tengo algo para ti en lugar de esto. Ven a ver lo que te ha comprado tu papá por Navidad.

Se quedan una hora más o menos, mientras Adam se bambolea arriba y abajo en

la calle, con Kiunga sujetándole el sillín, y la bicicleta nueva recibe sonrisas de los vecinos que pasan y miradas de envidia de los niños. Al haberse marchado los chicos luo, el ambiente en la calle es relajado, agradable. Incluso el rugido del tráfico de la carretera principal que hay cerca se difumina como un sonido de fondo, y el lugar parece un pueblo.

—¡Mira, papá! ¡Lo estoy haciendo solo!

Se aleja de Kiunga, que deja de correr y apoya las manos en las rodillas, riendo. Adam se dirige deprisa hacia la carretera principal.

—Está bien, Adam, ¡ahora para!

—¡No puedo! —Hay pánico en su voz.

—¡Párale! —grita Faith.

Pero Mollel, que jamás ha ido en bicicleta, es incapaz de pensar qué hacer. Nota una corriente de aire cuando Kiunga pasa corriendo a su lado a toda velocidad detrás de Adam. Observa cómo Kiunga alcanza la bici, agarra al niño por los hombros y tira de él, dejando que la bicicleta se caiga al suelo a pocos metros ya de la carretera principal, por la que pasa un camión.

No corre hacia su padre. Es en el hombro de Kiunga donde el niño elige hundir su rostro lloroso.

—Desearía que fuese Navidad todos los días —dice Kiunga. Luego, al no obtener respuesta de Mollel, continúa—: No es que sea un gran fan de las fiestas. Pero me gusta la ausencia de tráfico. ¿Tardaríamos, cuánto, una hora en llegar aquí normalmente? Y lo hemos hecho en solo diez minutos.

Suben la entrada hacia Uhuru Park. Kiunga se abre paso entre los postes de hormigón. Hay otro par de coches en el aparcamiento, pero no hay más señales de vida.

—Para aquí —pide Mollel.

Kiunga aparca, y salen. Mollel se acerca a los postes. Examina uno, después el otro. Se agacha junto al de la derecha y lo frota con los dedos.

—¿Qué pasa? —pregunta Kiunga, inclinándose para mirar mejor.

—¿Ves, aquí? A este poste le han dado un golpe. No fuerte. Solo lo bastante como para desconchar el hormigón, probablemente dejar una marca en el guardabarros del coche. Y dejar aquí unas pocas partículas de pintura.

Levanta la uña.

—Pintura plateada —dice—. El Land Cruiser de Inversiones Equator tiene un rascón en el guardabarros.

—Podría ser una coincidencia —dice Kiunga.

—Podría ser. O podría ser que James Lethebridge, o alguna otra persona al volante de ese coche, estuviese aquí antes de que el cuerpo de Lucy fuese descubierto.

—Sin embargo, en realidad no concuerda con tu teoría, ¿no? Quiero decir, según tú, se deshicieron de Lucy colina arriba, en Orpheus House. No sabían que iría a parar aquí.

—Cierto —contesta Mollel.

Y trata de convencerse respecto a que hay muchos coches plateados en Nairobi, muchos lugares donde ese Land Cruiser podría haberse hecho un rascón. Todo esto es una distracción. Va tras Wanjiku Nalo, y tiene que encontrar a un bebé, vivo o muerto.

Y después piensa: si los hechos no concuerdan con la teoría, quizás la teoría es incorrecta.

Pero no. Está convencido de la culpabilidad de Wanjiku Nalo. Y ha venido aquí hoy para intentar demostrarlo.

—Tráeme la pelota del coche, ¿puedes?

En el lugar donde encontraron el cuerpo de Lucy, todo lo que queda es un montón de manchas de barro y pisadas. Una corriente constante de agua baja desde el riachuelo central de la acequia del desagüe. Mollel coge la pelota de plástico naranja que le da Kiunga y la deja caer, como flores en una tumba.

La pelota rebota en el hormigón y rueda hasta el agua. La corriente se la lleva con rapidez, y ambos observan cómo resbala y cabecea sobre el agua hasta que desaparece de la vista, al entrar en la boca redonda y sombría de una tubería.

—¿Desearías haber ido a la universidad, Mollel?

—Nunca lo pensé.

—Todas esas estudiantes —dice Kiunga con añoranza.

Han salido del parque y están cruzando el patio principal de la Universidad de Nairobi, que está al lado. Mirando hacia abajo, tratan de adivinar el curso de la tubería subterránea en la que se ha desvanecido la pelota. Tras investigar corriente arriba, descubrir tapas de bocas de alcantarilla se ha convertido en algo natural para ellos.

Por lo general, aquí el césped, bien recortado, está salpicado de jóvenes leyendo, charlando o flirteando. Si no fuera por su apariencia elegante y ese aire de indagación, podrías confundirlos con buscadores de placer procedentes del parque. Pero hoy el lugar está vacío.

Los dos atraviesan el césped y doblan la esquina de un edificio llamado Facultad de Ciencias. Una fachada refinada da paso a un edificio de tipo industrial. Una hilera de contenedores rebosan bolsas de plástico amarillo, y el aire se llena de un olor que sería mejor describir como biológico.

—Aquí es donde hacen todos los *experimentos* —dice Kiunga en voz baja—. Ya sabes, cabezas humanas con cuerpos de rata y cosas así.

Como si se hubieran puesto de acuerdo, una rata sale disparada de debajo de uno de los contenedores, corre por el callejón estrecho y desaparece bajo la rejilla de una alcantarilla construida al pie de un muro alto a cierta distancia hacia delante.

—Ahí es adonde vamos —dice Mollel.

—Oh, Jesús.

La rejilla de hierro parece cementada en el sitio de forma sólida, pero, con un tirón rápido hacia arriba para desencajarla, Mollel la levanta y la coloca a un lado.

—Perseguí a un *chokora*^[11] hasta aquí abajo —explica—. Giró la esquina. Pensé que era un callejón sin salida y dejé de correr. Para cuando llegué aquí, ya no estaba.

Tardé una eternidad en imaginar cómo se escapó.

—Esos chicos de la calle tienen rutas secretas de escape por todas partes.

—Mira el muro encima de la rejilla. ¿Lo ves?

—Solo me parecen arañazos.

—Eso es lo que pensé, también. Pero mira, no están al azar. Tres líneas, en fila. Cuando me di cuenta, empecé a ver esta señal por toda la ciudad. Debajo de puentes, junto a tapas de bocas de alcantarilla, en tablones sueltos de vallas. Significa «lugar seguro».

—A mí no me parece muy seguro.

—Deberíamos estar bien, siempre que miremos por dónde pisamos.

Mollet desciende por la rejilla y cae unos cuantos metros más abajo, donde el agua le llega a los tobillos.

—Espera —dice Kiunga—. Me quitaré los zapatos.

—Querrás dejártelos puestos —contesta Mollet desde abajo.

Kiunga se queja.

—Me los compré hace solo una semana.

—Se limpian.

Kiunga se deja caer, y Mollet le sujeta al aterrizar.

—Oscuro, ¿verdad?

—Sí, bueno, supongo que todavía no se han pasado por aquí para poner alumbrado público. ¡Oh, qué olor!

—Vamos —dice Mollet.

—Pilas nuevas —dice Kiunga, sacándose la linterna del bolsillo y encendiéndola. Se la pasa a Mollel, que va por delante.

Se abren paso en el agua embarrada. Incluso aunque el nivel sea bajo, el empuje contra los tobillos es perceptible.

—Según mis cálculos —dice Mollel—, esta es una continuación directa del desagüe de Uhuru Park y, por encima de él, Orpheus House.

—Y muchos otros sitios, además.

—Seguro. Pero ahora nos interesa ir corriente abajo. Donde quiera que vaya a parar esa pelota, deberíamos encontrar lo que sea que fuese arrojado junto con el cuerpo de Lucy.

Como un bebé, piensa.

Kiunga suelta un grito de asco. Mollel sigue el haz de luz de su linterna hasta los pies de ambos, donde les rodean excrementos y montones de papel.

—Solo es *mavwi* —dice Mollel.

—¡*Mavwi* humana! Nada de limpiar estos zapatos. ¡Voy a quemarlos!

La alcantarilla se estrecha, y caminan en fila, Kiunga sujeto al cinturón de Mollel. El sonido del agua se mezcla con el ruido sordo de algún vehículo pesado que pasa por encima de vez en cuando. A intervalos bastante regulares pasan bajo una rejilla, y un rayo de luz del sol cae desde la rendija que hay arriba.

—Mira —dice Mollel, señalando. Dos grandes tuberías de hormigón se unen a la alcantarilla. Mollel ilumina la pared.

—Ahí están tus tres líneas, arañadas junto a una de las cañerías —apunta Kiunga—. Y en la otra..., una cruz. ¿Qué crees que significa?

—No lo sé. Pero son dos entradas. Vamos corriente abajo, recuerda.

Siguen con dificultad. Mollel nota un vacío sobre ellos antes incluso de que sea discernible a la vista. Hay un cambio en el sonido del agua, que salpica y resuena, y el olor denso, estancado, del túnel es reemplazado por un olor más terroso, más abierto. Mollel coloca el pie hacia delante y no nota nada por debajo. Justo a tiempo, alarga una mano y encuentra una barra de hierro sujeta a la pared. La linterna, sin embargo, cae en la oscuridad y chapotea, y Mollel ve su velado haz de luz durante un segundo mientras se hunde lentamente en la profundidad del agua que hay por debajo.

—Estoy bien —dice jadeando.

—Oh, cómo me alegro —murmura Kiunga con sarcasmo. Ha agarrado a Mollel con fuerza por la cintura—. Ahora, ¿vas a bajar a por la luz?

Pero ya no se ve. Poco a poco, se percatan de la luz del día gris que tienen por encima, justo lo suficiente para poder ver.

Mollet alarga la mano sobre la barra, y su pie encuentra una cornisa estrecha que va en perpendicular hasta la salida del túnel. Está algunos centímetros por encima del nivel del agua, y está seca. Se sube a ella y la bordea, entrando en un espacio nuevo con bastante luz para distinguir lo que hay a su alrededor.

Suelta un silbido en voz baja.

El hueco, aunque no es grande, da la sensación de ser enorme tras los límites del túnel. Tiene al menos veinte metros de largo y diez de ancho. La cornisa sobre la que están tiene menos de medio metro de ancho, y en el centro de la estancia hay una cisterna grande que actúa como colector de sedimentos. En el extremo más alejado hay otra rejilla, y, más allá de ella, un tubo ancho de hierro ondulado, a lo largo del cual se ve apenas el reflejo de la sombría luz del día.

—¡Sé dónde está esto! —dice Kiunga—. Ese tubo sale al río justo debajo de Globe Roundabout. Se puede ver desde la parada de *matatu*.

A los pies de ambos, el agua hace espuma y es de una profundidad oscura, pero a medida que se acerca a la rejilla, queda obstruida con el material que flota, en su mayor parte indistinguible.

—Bueno, aquí es donde debería haber terminado tu pelota de fútbol —dice Kiunga.

Miran a su alrededor, a las paredes de la estancia. A un lado del túnel por el que han venido hay otras cuatro entradas de distinto tamaño. Mollet quiere echar un vistazo más de cerca a los restos flotantes atrapados en la rejilla, así que sigue bordeando la cornisa. Sus pies tocan algo suave y retrocede de forma instintiva.

—¡Cuidado! —grita Kiunga—. ¡Por poco haces que caigamos al agua!

—Mira esto.

Ambos bajan la mirada para escudriñar. Ahí, sobre la cornisa, está lo que solo puede describirse como una cama.

Una de las camas más asquerosas y precarias que Mollet ha visto jamás, una que hace que la guarida de Sammy Superglue en los arbustos parezca el Nairobi Hilton, pero una cama, de todos modos.

Una tira de cartón extendida tiene encima un montón de mantas mugrosas. Una revista porno arrugada completa el escenario.

—¡Y nuestro amigo Kingori cree que es el único con casa de lujo en el centro de la ciudad! —exclama Kiunga.

Un sonido distante, de ovaciones, se eleva desde más allá de la rejilla. Mollet no tiene más opción que pasar sobre la cama; se estremece mientras la pisa con cuidado, para llegar al otro lado cerca de la rejilla. Desde allí, agachándose, puede imaginar el final del tubo de hierro ondulado, pero el pequeño círculo de luz es demasiado deslumbrante, en contraste con la oscuridad, como para que vea algo más allá. Coge la rejilla e intenta levantarla, pero no se mueve.

Se incorpora y mira hacia atrás.

—Mira, aquel es el túnel por el que hemos venido —dice.

Sobre el túnel, apenas discernibles, hay tres líneas arañadas. Sobre la siguiente entrada, una cruz. Sobre la otra, otra cruz. Lo mismo sobre las otras dos. Después, la última entrada de cañería, apenas más ancha que la cornisa sobre la que están y a la altura del hombro, con tres líneas por encima.

—Y ahí está nuestra salida.

Los *matatus* de Nairobi siguen circulando en Navidad, aunque hay menos, y los que hacen suben el precio del billete. Por eso solo hay un puñado de gente esperando en la parada, testigos de cómo se abre la tapa de la boca de la alcantarilla y sale Mollel, tosiendo.

Se inclina hacia abajo y le alarga la mano a Kiunga, que sale y chapotea hacia una pequeña valla de baja altura donde están sentados algunos de los pasajeros que esperan. Se examina la ropa con consternación.

La gente cerca de él se levanta y se aleja.

—¿Qué? —protesta Kiunga—. ¿Sois demasiado buenos para sentaros al lado de un agente de la ley?

Se quita un zapato y lo vuelca sobre el suelo. Refunfuña.

Mientras tanto, Mollel cruza la calle y se dirige al centro del Globe Roundabout. Es un espacio grande y abierto, supuestamente destinado al desarrollo desde hace más tiempo del cualquiera puede recordar, pero sobre todo utilizado como terminal improvisada de *matatu*. Hoy está asombrosamente tranquilo, aparte del sonido que Mollel y Kiunga han oído resonar desde el túnel. Un grupo de unos veinte chicos de la calle, flacuchos, harapientos, *chokora*, han aprovechado la ocasión para hacerse con algo de sitio, y arman jolgorio y vitorean, locos de alegría con la oportunidad de jugar.

Aunque todos los *chokora* que están jugando aquí probablemente viven y trabajan en las calles en un radio pequeño respecto a este sitio, ninguno de ellos ha jugado nunca en el parque público que está a solo tres manzanas de distancia. Hace tiempo, los chicos de la calle plagaban el parque como lo hacen las alcantarillas. Pero eran un inconveniente, así que todo el mundo se alegró cuando dejaron de verles en Uhuru Park, y poca gente hizo preguntas. Quizás el recuerdo de la limpieza solo perdura entre los *chokora*: la GSU, la redada, los golpes y los rostros y nombres de los chicos que no volvieron a ser vistos.

Mollel se acerca a ellos con cautela, sabiendo que la mera visión de un policía generalmente es motivo suficiente para que se dispersen. Pero hoy apenas le prestan atención. Podría ser por su aspecto inusual, maltrecho y manchado, los pantalones

empapados de rodilla hacia abajo; o podría ser porque están demasiado absortos en su propio juego, dando patadas alegremente a un balón.

Un balón de plástico naranja.

—¿Qué quieres, viejo? ¡El equipo está completo!

—Solo quiero hablar con vosotros.

—Apesta a *mavwi*. Piérdete.

—Quiero compraros esa pelota.

Eso atrae su atención.

—¿Sabéis?, creo que tenéis talento. De verdad lo creo. Con un balón adecuado y un poco de práctica, podríais llegar a jugar en el Mathare United.

Uno de los chicos más mayores, casi de la misma altura que Mollel pero tan flacucho como una cabra de la reserva de Samburu, se le acerca con recelo.

—Te equivocas, viejo. No somos la clase de chicos que buscas. Si los quieres, tienes que ir a Mombasa.

Se ríen de forma estridente.

—¡Panya te dejará tocarle por cincuenta *bobs*!

—¡No lo haré!

—¡Pues que sean cien!

Eso hace que la risa sea incluso mayor.

—No, no —contesta Mollel—. No va de eso. Vamos, con el dinero que os daré podríais comprar un balón de piel decente. Mucho mejor que este de plástico barato.

Se percata de que uno de los pequeños, al que han llamado Panya, ha cogido la pelota y la abraza contra su pecho. Está frunciendo el ceño, enfadado por el desprecio que Mollel le ha lanzado a su trofeo. ¿Qué edad tiene? Es difícil de decir. No es más alto que Adam, que, con nueve, ya le llega al pecho a Mollel. Pero Adam está bien alimentado y sano. Incluso los rasgos infantiles de Panya no son un indicativo de la edad para un niño de la calle. Lo único por lo que guiarse son los ojos: ¿cuán celosos son, cuán cautelosos? Por la forma en que se queda atrás ahora, mirándole, Mollel calcula que, a pesar de su cara de niño, Panya tiene unos quince.

—Eh —le dice a Panya—. Te digo una cosa, te daré quinientos chelines.

Panya niega con la cabeza.

—Seiscientos. Piénsalo.

—Venga, Panya —apremian los demás—. Necesitamos un balón *de verdad* para jugar.

El chico se acerca, con los ojos sobre Mollel, pero apretando el balón contra su pecho.

—Incluso puedes quedarte ese —dice Mollel—. Te daré el dinero de todos modos. Todo lo que quiero es algo de información...

En cuanto pronuncia la palabra «información», surge un grito:

—*Polisi*^[45]!

Los chicos se dispersan, pero Mollel se lanza hacia delante y agarra a Panya del brazo.

—Sabía que no eras nada bueno —dice el chico entre dientes, retorciéndose y girando mientras Mollel le agarra—. ¡Maldito *polisi* y tu *información*!

Kiunga aparece cojeando.

—Lo siento, Mollel. Intenté volver a ponerme los zapatos, y tan solo... *no he podido*. ¿Me he perdido algo importante?

—He cogido al que importa. Se llama Panya.

—Ajá. ¿Así que eres la pequeña rata cuya ratonera hemos encontrado en la alcantarilla?

Panya hace amago de morderle el brazo a Mollel, pero Kiunga le coge la cabeza. Por un momento, los tres pelean, y a Mollel le llama la atención la triste idea de que dos adultos puedan tratar de someter a un muchacho a pleno día, a la vista de los pasajeros que esperan el autobús, y que nadie, *nadie*, haga nada.

Bienvenidos a Nairobi.

—¿Has tenido bastante? —pregunta Kiunga cuando vuelven a tener a Panya bajo control.

El chico le escupe.

—Escupe todo lo que quieras —dice Kiunga—. De todos modos voy a lavarme con lejía cuando llegue a casa.

—Relájate —pide Mollel—. No queremos hacerte daño, y no hay ningún problema contigo. ¿*Sawa*?

Le suelta, y el chico se coge la muñeca y la frota.

—Digo de verdad lo del dinero. Puedes tenerlo si nos dices dónde conseguiste esa pelota.

—¡No la robé!

—Lo sé. La encontraste, ¿verdad?

Panya asiente.

—¿En la alcantarilla? ¿Dónde duermes?

—Sí. Fue arrastrada hasta allí. Hace una media hora. Imaginé que la habría perdido algún niño en el parque. De allí es de donde vienen la mayoría de sumideros. Solo la cogí para que los demás me dejaran ir con ellos. No lo hacen, por lo general.

—¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí?

—Pocas semanas.

—¿Has encontrado alguna vez algo más ahí abajo? ¿Algo inusual?

El chico murmura algo.

—¿Qué? ¿Qué dices?

Kiunga le zarandea. Él vuelve a hablar entre dientes. Mollel sigue sin captar lo que dice.

—La revista sucia —explica Kiunga.

—Eso no nos importa. ¿Algo más?

Niega con la cabeza.

—¿Qué hay de, no te alarmes, un cuerpo? ¿El cuerpo de un *bebé*?

El chico abre mucho los ojos y da unos pasos hacia atrás de forma instintiva.

—¡No! ¡Oh, no! ¡Nada así!

Mollel intenta reprimir su decepción. Se recuerda a sí mismo que si no hay cuerpo significa que el bebé podría estar todavía vivo. Pero no puede evitar desear que se produzca el gran avance que le ayude a resolver el caso.

—¿Algo de ropa? —continúa Kiunga—. ¿Ropa de mujer? ¿Zapatos?

Panya está empezando a apartarse de ellos. Kiunga le pone la mano en el cuello.

—¿Qué pasa, Panya?

El muchacho se lleva el brazo a la espalda, como si luchase por liberarse. Pero cuando vuelve a sacar la mano, algo brilla en su puño.

Kiunga le suelta y retrocede. El chico empuña un cuchillo. Le tiembla la mano. La cuchilla es pequeña, solo unos cinco centímetros. Pero es feroz.

—¿Qué pasa, Panya? ¿Es eso lo que encontraste?

—¡Apartaos! ¡Será mejor que me dejéis en paz!

Con un movimiento ágil, fluido, Kiunga gira el brazo hacia Panya y le agarra la muñeca. Al tiempo, sujeta el puño del chico con la otra mano y coge el cuchillo de entre sus dedos.

—No has sido muy listo, Panya —dice.

Le suelta, y el muchacho cae al suelo.

Kiunga le da el cuchillo a Mollel. Tiene forma de hoja, es muy afilado, cortado de una chapa de metal. El mango, no más largo que la cuchilla en sí, está envuelto en una tira de piel grasienta, desgastada.

Panya murmura.

—Lo vi, reluciendo. En el fondo del agua. Pensé que sería una moneda de diez *bobs*. Salté, lo saqué. Pensé que podría serme útil. Nunca sabes cuándo podrías necesitar algo así. No pretendía hacer nada malo.

—Nos has contado bastante —dice Mollel—. Toma. —Saca un billete de mil chelines de su cartera—. Es tuyo. No lo gastes en *chang'aa*, o pegamento, o lo que sea.

—No lo haré.

Panya coge el dinero, después sale corriendo a por la pelota naranja, que sigue en el suelo. Suelta una risa infantil, como si no pudiera creer la suerte que ha tenido. Mientras se aleja corriendo, Mollel le grita:

—¡Feliz Navidad!

—¿Qué es Navidad? —contesta el chico.

El *pilao*^[42], a la hora de comer, debía estar delicioso: arroz blanco humeante, suave y esponjoso, con unos pocos granos de cada puñado teñidos de rojo o verde festivos. La carne de pollo se desprendería del hueso. Ahora el arroz está pegado y duro, ennegrecido donde se ha pegado a la sartén. El pollo está grasiento y frío.

Mollet le da vueltas sobre el plato.

—¿No tienes apetito? —pregunta Faith.

Él niega con la cabeza.

—Me alegra que hayas llegado a casa antes de que se fuese a la cama. Se ha estado preguntando si vendrías, en todo caso.

—Se ha alargado más de lo que pensaba. Después tuve que ir al piso a cambiarme.

Mollet arruga la nariz. Todavía huele la alcantarilla dentro de su nariz, como el olor de la carroña.

—Quiero hablar contigo, Mollet.

—¿Es por el balón? —Aparta el plato—. Lo siento. Sé que acababas de comprarlo. Dime dónde lo hiciste, y tan pronto como vuelvan a abrir las tiendas, conseguiré otro.

—No es por el balón. Aunque, ¿cómo pudiste llevarte el regalo del niño en Navidad?... ¡Vaya Navidad ha tenido!

Con los años Mollet ha aprendido a dejar que le resbalen las reprimendas de su suegra. Pero esta noche siente una punzada de remordimiento. Ciertamente, la Navidad no significa nada para él. Pero recuerda la emoción del niño cuando le vio aparecer, y la decepción en su mirada cuando se marchó. Fue como el momento en que la bicicleta perdió el control. Mollet sencillamente no supo qué hacer. Cuando se trataba de su hijo, Mollet nunca parecía saber qué hacer.

Mira a la mujer frágil que está sentada delante de él. Ni siquiera es vieja, pero algo en sus formas siempre hace que lo parezca. Por un momento, Mollet siente el impulso de alargar su mano sobre la mesa, hacia la de ella; es una idea fugaz, rechazada. En todos los años que la conoce, nunca ha habido contacto físico entre ellos aparte de un roce de los labios de él sobre la mejilla de ella el día de la boda de Mollet y Chiku. Y Mollet notó el escalofrío de ella en aquella ocasión, por mucho que intentase reprimirlo.

Faith mantiene la mirada baja, serenándose. Mueve los labios, como si recordase frases ensayadas. Y ahora Mollet se siente desconcertado, en guardia. Percibe un ataque inminente, pero desconoce desde qué dirección. Lo afrontaría mejor de los mungiki que de esta pequeña mujer.

—Quiero hablar del padre de Chiku.

Ciertamente esto es algo inesperado.

—¿Te habló de él alguna vez? —continúa Faith.

—Por supuesto. Muchas veces. Le adoraba.

—Sí. ¿Qué te contó?

Mollet hincha las mejillas.

—Bueno, que fue un héroe Mau Mau. Luchó contra los ingleses. Rechazó un puesto en el Consejo de Ministros de Kenyatta. Siempre decía que podría haber una calle con el nombre de Harry Ngugi si él hubiese querido.

—Todo cierto.

—Y después vio en qué dirección soplaba el viento. Corrupción, dictadura. Política tribal. No fue por lo que luchó. Después de que Tom Mboya fuese asesinado, se desilusionó. Dejó la política, se convirtió en profesor. Murió con el corazón hecho pedazos.

Faith suspira.

—Eso no es tan cierto.

Mollet la mira sorprendido.

—¿Chiku mintió?

—No, no lo hizo —contesta Faith—. Lo hice yo.

—Sinceramente, a nuestra familia le fue bien con los ingleses. Mi padre llegó a ser capataz en la plantación. Eso significaba que teníamos nuestra propia puerta de entrada, algo de espacio para criar algunos pollos, un pequeño huerto para verduras. Y me enviaron al colegio.

»Luego, vino un profesor nuevo. Y se dijo que había sido Mau Mau. Sentí miedo. Convencida de que vendría y nos cortaría el cuello por la noche.

»Y sin embargo no podía apartar los ojos de él. Recuerdo el día en que tuve la revelación. Me sentí horrorizada. Como si dejase mi propio cuerpo y saliese disparada hacia el techo y cabecease allí como un corcho. Entonces supe que lo que sentía no era terror. Simplemente era el hombre más bello que había visto en mi vida.

»Tienes que entender que, aunque eso fue algunos años después de la Uhuru^[16], sabíamos muy poco acerca de cómo se había producido todo. Solo teníamos un libro de historia en el colegio, y era sobre reyes ingleses. Lo que oíamos sobre los Mau Mau eran sobre todo historias de terror de los periódicos. A Kenyatta le interesaba hacer circular esas historias. Para entonces se había vuelto en contra de los Mau Mau: eran demasiada amenaza para sus intereses.

»Así que cuando este profesor se sentaba allí y nos contaba sus historias, nos sentíamos embelesados. Hablaba con tanta suavidad que en ocasiones teníamos que esforzarnos para escucharle. Pero nunca lo interrumpíamos. Era como si estuviese hablando para sí mismo tanto como para nosotros. Su detención, su huida. Cómo

irrumpió en el campamento y condujo a todo su pueblo a la libertad.

»Masacres. La *Administration Police*^[17], sobre todo luo y luhya, matando a veinte, cincuenta prisioneros a la vez. El camión se detendría en medio de la noche y desde la parte trasera caerían...

»Reuniones secretas. En el bosque. En hoteles. Kampala, Jartum, Cairo. Maletas llenas de dólares, camiones llenos de armas. Sentía un cosquilleo, al escuchar cómo se formó nuestra nación, estando a solo unos centímetros de alguien que la formó.

»Era un caballero. No lo propuso hasta que yo no me gradué en el colegio. Esperaba que mi padre se escandalizase, pero se tomó bien la noticia. Siempre le encantaron las élites, y Harry Ngugi era la nueva élite.

»Pero él ya estaba muy lejos de la élite. Sabía cómo manejar un rifle, pero no un comité. Se indignó cuando vio a Kenyatta estrechando las manos de los ingleses. Se convirtió en una vergüenza. Bebía.

»Seguía rechazando las mejores ofertas, aunque los ofrecimientos empeoraban cada vez más. Ministro de Educación. Embajador en Hungría. Una cátedra universitaria. Un puesto como profesor titular en la universidad. Director de colegio. Profesor en un colegio. Aceptó ese. De vuelta a la enseñanza, el trabajo para el que se sacó el título diez años antes. La escuela de un pueblo pequeño cerca de Kiambu...

»Llegó Chiku. Adoró a su padre desde el primer día. El primer minuto. La colocaron sobre mi pecho y ella solo frunció el ceño. Después, él la cogió, le susurró y ella abrió los ojos. Solo lo conocía a él. Solo lo miraba a él, absorta. Como diciendo: "De modo que así eres".

»Nunca antes había visto a dos personas enamorarse mutuamente al mismo tiempo. No he vuelto a verlo desde entonces.

»Él perdió su trabajo. Solía ir a Nairobi o Thika a buscar a viejos amigos a quienes pedirles dinero prestado. Le tenían cariño. Muchos tenían conexiones con batallas en otras partes. Le ofrecieron trabajo en Tanzania.

—Entrenando a rebeldes —dice Mollé—. Chiku me lo contó. Guerrilleros del sur, Rodesia. Chiku dijo que él enseñó a los líderes del continente.

—Un mes después de que se fuera —continúa Faith—, tuve noticias del campamento. Seguían esperándole, para empezar. Nunca se presentó. Llegó arrastrándose a casa medio año después, roto. El campamento se retrasa en el pago, dijo. El dinero chino no llega. Nunca le dije que sabía la verdad.

»Chiku tenía diez años. Organizó una *harambee*^[14] para darle la bienvenida a casa a su padre. Con diez años. Vino todo el pueblo. Todo el mundo puso algo en el sombrero: diez *bobs*, cien *bobs*. Dinero para liberar a nuestros hermanos africanos.

»Él ni siquiera pudo encontrar la vena cuando degolló a la cabra. Prácticamente le cortó la cabeza a machetazos. Tuve que intervenir, contenerle. Dijo que era por la emoción. Pero estaba borracho.

»Volvimos a dejar de verlo durante un año más o menos. Por lo que Chiku sabía, por lo que sabía cualquiera en el pueblo, él estaba luchando en algún país extranjero,

liderando la resistencia. Pero yo recibía informaciones. Alguien me contó que le habían visto en Tigoni con una mujer y niños. No estaba ni siquiera a una hora de distancia. Fui. Era cierto.

»Le dije, si quieres escribirle una carta a Chiku, será mejor que lo hagas ahora. Le temblaba la mano. La firmó “En algún lugar a las afueras de Windhoek”, un mes antes. Fue un bonito detalle: era un mentiroso consumado.

—Creo que todavía tengo la carta entre sus cosas —dice Mollel.

—Le dije a Chiku: «Tu papá murió luchando por lo que creía. Tu papá era un héroe».

Mollel bebe un sorbo de agua. La curiosidad no ha eliminado el mal presentimiento.

—¿Y nunca le contaste la verdad?

—¿Que su padre era polígamo, alcohólico? ¿Que la abandonó?

—Sí.

Ella niega con la cabeza.

—Su padre imaginario era mejor que el real.

—¿Por qué me cuentas esto ahora, Faith?

—Quiero la custodia de Adam —contesta—. Quiero que me lo cedas.

—No va a suponer una gran diferencia —dice, en respuesta al silencio de Mollel—. De todos modos pasa mucho tiempo aquí. Puedes seguir viéndole, por supuesto. Pero mira, te idolatra. Deja que lo siga haciendo. Solo que... a distancia.

—Soy policía, Faith. No soy como Harry.

—Lo eres. Sencillamente no lo sabes.

—¿Cómo?

—He llamado hoy a comisaría. No se suponía que estuvieses de servicio. Deberías haber estado aquí con tu hijo.

—¡Estoy trabajando en un caso!

—¡Siempre habrá una excusa! Cuando mataron a Chiku, te dieron un dinero con el que podías haberte retirado. Tenías un puesto seguro de nueve a cinco en el Departamento de Tráfico. Pero hiciste que te transfirieran de vuelta al CID. No es por el dinero. Por lo que a mí concierne podrías criar pollos o cultivar judías. Pero estarías ahí para tu hijo.

—No lo entiendes.

—No. Y tu hijo tampoco lo hará.

—No va a suceder, Faith. Te agradezco que le cuides, pero eso es todo.

—No es eso lo que dice mi abogado.

—¿Abogado?

—Lo siento, Mollel —contesta—. Aquí Adam puede tener todo lo que necesita. Un hogar estable, colegio, atención. No voy a perder otro hijo.

Cuidad a los vivos, no a los muertos.

Se ha despertado antes del amanecer con las palabras de Otieno en la cabeza. Se supone que tiene que acudir a una sesión de preelecciones en Kibera, pero tiene tiempo de hacer antes algunas indagaciones más.

Honey dijo que el orfanato tenía que presentar las adopciones al Gobierno, así que Mollel ha ido a la oficina del archivo municipal.

Si el bebé estuviera vivo, quien quiera que lo tuviese querría legalizarlo lo antes posible. No querrían que les hiciesen preguntas acerca de por qué no se registró el nacimiento previamente.

Una pila de documentos cae con un golpe sordo sobre el escritorio delante de Mollel, levantando una nube de polvo.

—Certificados de nacimiento, últimas cuatro semanas —dice el administrativo.

—¡He pedido los últimos tres meses! —protesta Mollel.

—Empieza con esos —contesta—. ¿No ves que estoy solo aquí? Es fiesta, ¿sabes?

Mollel se apoya en la mesa y empieza a hojear la carpeta. Es bastante voluminosa, pero no contiene tantas entradas como él pensaba, puesto que la mayoría son duplicados: una hoja blanca, rellena por los padres, y una rosa, por el médico que prestó el servicio. Posiblemente haya trescientos o cuatrocientos nacimientos registrados aquí.

—¿Es esta una cantidad habitual para un mes?

—Más o menos lo normal —grita el administrativo desde la parte trasera de la oficina—. Por supuesto, entrarán más en las próximas semanas. No cerramos el archivo de diciembre hasta el quince de enero.

—¿Qué pasa con los nacimientos que se registran tarde?

—Hay una multa. Van a un archivo aparte que se añade al final del año.

—¿De modo que el de este año todavía no se ha añadido?

—Imagino que querrás ese también —suspira el administrativo.

En el archivo de diciembre no hay nada reseñable. La mayoría de las entradas son del hospital principal, Kenyatta. Varias de los otros hospitales grandes, el Nairobi, el Aga Khan, el Coptic. El resto son de clínicas más pequeñas. Toda la información entre ambas hojas, blanca y rosa, parece coincidir.

Mollel se dirige al siguiente montón.

—Cuando empecé aquí —dice el administrativo, mientras sube una escalera de mano—, me dijeron que todo esto estaría en un ordenador al cabo de doce meses.

—¿Cuándo empezaste?

—Mil novecientos noventa y dos.

El archivo de noviembre está más lleno, pero resulta igual de poco revelador. A medida que llegan más archivos, la historia se repite. Nada de Wanjiku Nalo. Nada de Orpheus House.

—Gracias —le dice al administrativo después de revisar hasta enero.

—¿Encontraste lo que buscabas?

—No he encontrado nada —contesta Mollel.

—¡Oh, estupendo! —se lamenta el administrativo, con consternación—. Supongo que ahora querrás los del dos mil seis.

Pero Mollel ya ha salido por la puerta. Para él, nada es tan bueno como algo. Significa que, si hubo un bebé, el parto fue ilegal.

Cuidad a los vivos, no a los muertos.

—Vamos a por ella —dice Kiunga por teléfono.

—Todavía no.

—¿Por qué no? Podemos usar el testimonio de Honey y la discrepancia con los archivos de nacimientos para apretarla. Podría conseguirse una confesión por su parte de esa forma.

—Todavía no tenemos suficiente.

—Quieres decir que es la palabra de una *poko* —dice Kiunga—. No, no podemos darle a Otieno ninguna excusa para que deje escapar a Wanjiku.

—¿Qué tal Kosovo? —pregunta Mollel, cambiando de tema.

—Exquisito —ríe Kiunga—. Pero he oído que Kibera está incluso más agradable en esta época del año. Casi te envidio.

Pese a la frivolidad, Mollel puede distinguir la exasperación en la voz de Kiunga. Preferiría estar en el caso en vez de custodiando el centro electoral de una barriada. Mollel estará en el mismo barco por la mañana, pero apenas se atreve a pensar en lo mucho peor que será Kibera.

Como si le leyese los pensamientos, Kiunga dice:

—En tu caso, yo tomaría aire fresco esta noche. Intenta descansar un poco. ¿Tienes la sesión informativa esta tarde?

—Ahora voy hacia allá.

Mollel cuelga.

Pero no va allí directamente. Antes quiere ver a alguien.

Está en el bloque de apartamentos de Honey en Kitengela. Una pandilla de niños están jugando en la entrada, y al verlo acercarse, se paran y le miran boquiabiertos. Le parece raro; normalmente consigue pasar más o menos desapercibido. Cruza junto a los niños. Una señora gorda que está pasando la mopa por las escaleras le mira

enfadada y le salpica los pies con agua ennegrecida.

Para cuando llega al rellano de Honey, Mollel sabe que algo va mal. Hay un grupo de mujeres, que se callan cuando el recién llegado dobla la esquina desde la escalera. Hay demasiada gente aquí. Sus ojos caen sobre Mollel con odio helado.

Un bufido despectivo, en voz baja, le acompaña mientras se abre paso hacia la puerta de Honey. Está abierta. El cerrojo cuelga inútil de la jamba desprendida.

—Sucio bastardo —silba una de las presentes.

Otra:

—Aquí tenemos *niños*. Haced vuestro cochino negocio en otra parte.

Como policía está acostumbrado a los insultos. Pero esto es distinto. Se abre paso por su lado, y ellas se apartan como si fuese contagioso. Sobre el colchón, con el rostro entre las manos, está sentada Honey. A su alrededor, Mollel ve que su pequeño nido ha sido destruido: la cama volcada, el armario boca abajo, los cajones revueltos. En el muro del extremo, en la ventana, tapando la vista de las llanuras, pintura roja: POKO.

—¡Putá! —gritan a su espalda—. ¡No te queremos aquí!

—Y tú deberías avergonzarte de ti mismo —abuchea alguien al oído de Mollel. Un codazo en las costillas lo remarca.

Sigue adelante, y Honey vuela a sus brazos, sollozando. Él desliza una mano de forma protectora sobre el hombro de ella y la conduce hacia la entrada.

Mientras salen al rellano, Honey grita. Una de las mujeres le ha quitado la peluca de un tirón y la agita de forma triunfal antes de hacer que describa un arco más amplio sobre la barandilla, y flote como un cuervo hacia la calle.

Un destello de uñas; las manos de Honey sobre los ojos de la mujer; las mujeres caen. Mollel empuja entre ambas, separándolas, apartándolas como las vallas espinadas de un *boma*, tocando a Honey, tirando de ella, cogiéndola, protegiéndola, agachado sobre ella hasta el final de la escalera.

—¡Y no volváis! —resuena tras ellos.

La señora gorda que está fregando las escaleras sigue ahí. Mollel entiende ahora la mirada asesina que le lanzó al subir. La agarra de la camiseta y la inmoviliza contra la pared.

—¿Quién ha hecho esto?

—¡No me hagas daño! —llora la vieja.

Él mueve el brazo hacia atrás, con la mano abierta.

—¡Mollel! —grita Honey.

Él baja la mano.

—¿Quién lo ha hecho?

—No lo sé.

—¡Lo sabes! Debes de haber estado fregando las escaleras durante horas. Merecía

la pena esperar, ¿no? ¿Para ver la expresión de su cara?

—No puedo decírtelo.

—Dímelo —dice Mollel—, o te detengo. Te meteré en la cárcel y perderé el papeleo. Te pasarás allí dentro el resto de tu vida. ¿Tienes familia?

—¡Mollel! —Honey vuelve a gritar—. ¡Estás yendo demasiado lejos!

La mujer está temblando y lloriquea. Dice algo que Mollel no puede entender. A la mujer le cae moco de la nariz.

—Mu-mu-mu —dice entre dientes.

—¡Por el amor de Dios, Mollel! —Honey se agarra a su brazo—. ¡Déjala! ¡No seas así! ¡No seas como *ellos*!

—Mungiki —solloza la mujer—. Fueron los mungiki. ¡Los mungiki lo hicieron!

Finalmente consiguen encontrar un taxi. De camino, Honey le explica lo que ha pasado. Había salido a comprar comida. Al volver encontró el apartamento destrozado. No llevaba mucho rato ahí cuando llegó Mollel.

Pasan de las siete cuando el taxi les deja en el bloque de apartamentos de Mollel, y está oscuro. Honey le pone una mano sobre el brazo para apoyarse mientras sus tacones aplastan la gravilla de la entrada.

—Gracias por esto. Realmente no tengo ningún otro sitio adonde ir. Llamaré a mi casero por la mañana. Veré cómo conseguir que ponga un cerrojo nuevo. Más seguridad.

—No —contesta Mollel—. ¿Crees que tus vecinas te dejarían volver ahora que han descubierto... qué haces? Además, no puedes arriesgarte a que los mungiki vuelvan y te encuentren en casa.

Pero él no cree que fueran los mungiki. La vieja dijo que fueron un par de tipos con trenzas. Y él conoce al menos a uno que encaja en la descripción.

—Mira —dice, metiéndose la mano en el bolsillo de la chaqueta. Ahí está: pequeño, duro y frío. Lo saca y se lo da a Honey.

—El cuchillo de Lucy —dice ella con voz entrecortada—. ¿Dónde lo encontraste?

—En la alcantarilla. No te preocupes por eso. El asunto es que deberías tenerlo también, por el momento. No sirve como prueba, lleva demasiado tiempo en el agua. Y no tengo otra cosa que darte.

—Gracias, Mollel —dice Honey, con voz temblorosa—. No sabes cuánto significa esto para mí. Hace falta un asesinato para que alguien se interese por lo que pasa aquí, e incluso así, eres el único al que parece interesarle, Mollel.

—Solo ten cuidado —contesta él—. Es para defensa propia. Confiemos en que no necesites usarlo.

Ella estrecha las manos de Mollel entre las suyas mientras coge el cuchillo.

—Puedes confiar en mí, Mollel.

Él vacila.

—¿Qué pasa? —pregunta ella, notando sus dudas.

—Es solo algo que dijo alguien. Honey..., ¿me contaste la verdad respecto a cómo os conocisteis tú y Lucy?

Honey baja la vista.

—En su mayor parte —reconoce—. Pero tienes razón. No fue ella quien me ayudó a entrar en el juego. Fue al revés. Oh, Mollel —le agarra las manos con fuerza—, tienes que comprender. Si no hubiera estado en la calle, no estaría muerta. Me culpo a mí misma. No quería que tú también lo hicieras. Te necesitaba de mi parte

para que me tomases en serio. Es difícil contarle a alguien toda la verdad. Y créeme, si fuese completamente sincera no te gustaría. Pero te prometo que no volveré a mentirte.

—Te creo —responde Mollel. Abre las manos de ella y le cede el cuchillo.

Después de subir por las escaleras hasta el primer piso, Mollel ve que la puerta de su apartamento está abierta.

—Quédate aquí.

Apaga la luz del rellano, lo mejor para ver el interior, y para no dejarse ver como una silueta.

Despacio, se mueve hacia la puerta: no hay señales de que la hayan forzado.

En el interior las luces están encendidas. Oye movimiento.

No tiene ningún arma ahora que le ha dado el cuchillo, aunque no sirviese demasiado en esta situación, así que, al entrar, coge un paraguas junto a la puerta. Es mejor que nada.

El ruido de cajones que se abren viene de la habitación de Adam. Avanza por el pasillo con el paraguas en alto. Cuando pasa por la entrada del salón...

—¡Papá!

—¡Adam!

—¿Está lloviendo? Abuela dijo que teníamos que venir y coger algo de ropa para mí. Le dije que no me importaba llevar la misma ropa.

—No, pero a mí sí me importa —dice Faith, saliendo de la habitación del niño con un montón de ropa doblada—. No dejaré que las mujeres en la iglesia piensen que mi nieto es un niño de la calle. Me he permitido entrar —le dice a Mollel—. No sabía cuándo volverías.

—¿No puedo quedarme aquí, ahora que estás en casa, papá? —Adam ha rodeado la cintura de Mollel con sus brazos.

—Mejor no. Tengo que irme mañana temprano para un servicio por las elecciones, y Dios sabe a qué hora volveré. Los próximos días van a ser muy difíciles, Adam. Es mejor que te quedes con tu abuela.

Se oye una tos, y los tres se giran.

—Oh —dice Faith—. No me había dado cuenta de que tenías compañía.

—Es... Honey. Este es mi hijo, Adam, y su abuela, Faith. Esta es Honey. Se llama Honey.

—¡Hola! —le dice Honey a Adam, acercándose a él y colocando la palma de la mano sobre su cabeza, coronándole. Es un gesto curiosamente masái. De forma instintiva, Adam sonrío.

—¡Bueno, pues! —dice Faith—. Tenemos que irnos. Vamos, Adam. Dejemos a tu padre y a su... amiga.

—¡Faith!

—No, no. Veo que tienes tus prioridades. Trabajo. ¡Ya! —Y al pasar—: ¡Veremos lo que el abogado tiene que decir sobre *esto*!

—¡Abuela!

—Ahora no, Adam.

—¡Pero Abuela! La señora... ¡está llorando!

Hay una criatura, en maa se llama *en-kelesure*, en inglés, *pangolin*^[18], una dura y escamosa comedora de hormigas. Tiene patas fuertes y zarpas largas, afiladas, y, cuando se ve acorralada, se alza sobre sus patas traseras y se despliega. Si la pinchas con un palo o una lanza, se enrolla como una pelota. Dura. Impenetrable. A los niños les encanta burlarse de esta criatura cuando cogen una. En esos casos, siempre termina de la misma forma: en el fuego, ennegrecida por las brasas, las escamas asándose con olor a pelo quemado, carne dulce que se coge directamente del caparazón.

Irritable, a la defensiva, pero suave por dentro. A veces, a Mollé, Faith le recuerda a un pangolín.

Los tres adultos están sentados a la mesa de la cocina, con un *chai* en la mano.

—Nunca lo habría pensado de los Nalo. Parecen tan buenos cristianos. Quiero decir, sé que no son católicos, pero...

—Todavía no podemos probar *nada* —dice Mollé, su sentido del procedimiento le exige la advertencia.

—¡Oh, vamos! ¿Después de todo lo que esta pobre chica nos ha contado?

Faith hasta la médula. Media hora antes, apenas podía ver a Honey. Ahora es *esta pobre chica*.

—Mollé tiene razón. Si mataron a mi amiga y vendieron a su bebé, quién sabe qué más habrán hecho. Tenemos que presentar pruebas fundadas contra ellos. Tenemos que descubrir si hay otros niños; y dónde están.

—Dios del cielo —contesta Faith—. ¿A qué ha llegado este país? ¡Vender a nuestros niños!

—Los compradores también son culpables —dice Mollé. Aparta su *chai*.

Faith se percata del gesto, y le dice a Honey:

—Es tarde. Querida, tú te vienes a casa conmigo.

—¿Qué? —contesta Honey—. No, no quisiera molestar.

—No es molestia. Ni siquiera tienes ropa, ¿verdad? Puedes coger prestado algo mío y mañana, con las elecciones, no tiene sentido salir de todos modos. ¿Qué harías, quedarte aquí sola todo el día? No, es mucho mejor que te vengas conmigo.

—Es muy amable.

—Creo que te has ganado un poco de caridad cristiana, ¿verdad, querida?

Faith grita hacia el salón:

—Adam, nos vamos dentro de poco. Antes de irnos, a Honey le gustaría ver tu

videojuego. ¿Se lo puedes enseñar?

—Claro.

Cuando Honey entra, el niño empieza a explicarle con entusiasmo el juego, y le pasa uno de los mandos. Es evidente que disfruta teniendo a alguien con quien jugar: Mollel nunca lo ha hecho. Es el tipo de cosa que habría hecho Chiku.

Faith cierra la puerta y le dice a Mollel:

—¿Te habló Chiku alguna vez de Koki?

—No. No lo creo. ¿Quién es Koki?

Faith se pone de pie y mira por la ventana oscura.

—Era temporada de lluvias. Chiku vio un cachorro diminuto. Totalmente blanco. Había muchos perros callejeros viviendo cerca de nuestra casa, pero ninguno parecía ser su madre. Me dio la lata una y otra vez con ese perro. «¿Mamá, quién va a cuidarlo? Mamá, morirá».

»Así que cogí al perro. Lo lavé, lo alimenté. Lo traté contra la rabia, todo. Tengo que decir que era una cosita preciosa. Y adoraba a Chiku. Lo llamó Koki.

—¿Pero?

—¿Pero? Era salvaje. Aunque era muy diminuto, aquellos días en las calles le habían dejado huella. Cuando creció, nunca perdió la envidia, el genio. Y si alguna vez te entrometías entre Koki y Chiku...

Se levanta la manga y desliza un dedo sobre una pequeña cicatriz en forma de media luna en su brazo.

—Puedes traer a quien quieras a tu casa —dice con suavidad—. Pero si afecta a la seguridad de quienes ya están aquí...

—Solo iba a quedarse esta noche, Faith. Yo habría dormido en el sofá.

—Bueno, ahora puede ir a mi habitación de invitados. Donde puedo vigilarla.

—Lo creas o no, te lo agradezco. No estoy organizado para tener invitados.

—Solo te lo advierto. Si es necesario, haré cualquier cosa, *cualquier cosa*, para proteger a mi nieto.

—¿Incluso si eso significa quitármelo?

Se abre la puerta. Ambos levantan la mirada al mismo tiempo. Honey está en la entrada.

—Adam quiere saber si puede llevarse su videojuego.

—Claro —contesta Mollel.

Honey se gira y vuelve al salón. Faith recoge las llaves de su coche de encima de la mesa y se levanta.

—¿No vas a preguntarme qué pasó con Koki? —dice.

—No quiero saberlo —responde Mollel.

Kibera. Mollel ha oído decir que aquí vive un millón de personas, dos millones. Nadie lo sabe. Y menos que nadie el Gobierno. Ni siquiera reconocen oficialmente que el asentamiento existe.

La barriada está tan cerca del centro de la ciudad que las torres del distrito de los negocios se ven de vez en cuando por entre los tejados de hojalata. Parece un mundo distinto. Pero la mierda y la basura que hay bajo los pies, bajo todo, termina flotando en el mismo río, como el agua de los túneles por los que Mollel se arrastró dos días antes.

Llega al extremo de la barriada media hora antes de que empiece su turno. Además de intentar compensar el hecho de haberse perdido la sesión informativa de ayer, también le preocupa perderse. Solo ha estado en Kibera dos veces con anterioridad, y se necesitarían más de dos visitas para conocer la zona.

Tal y como está, no tendría que haberse preocupado. Desde Langata Road, solo hay un puñado de accesos, y cada uno está reforzado con filas de la GSU. Incluso le hacen el saludo, y él tropieza al devolverlo; es una sensación extraña, llevar uniforme de nuevo.

—Tengo que presentarme en la Escuela de Primaria Champions.

—Si espera unos minutos, tenemos un grupo que va hacia allí.

—¿Algún problema?

La única respuesta del tipo de la GSU es una carcajada sonora.

Puede que Kibera sea un asentamiento informal, pero quienes viven en Kibera votan. El diputado local es el líder de la oposición; la barriada es la sede de su poder en la ciudad. La amenaza, real o imaginaria, de un levantamiento por parte de esta humanidad masificada le ha granjeado a menudo un puesto en la mesa de negociaciones.

El Gobierno hace mucho que practica una política de contención en todas las principales barriadas del país. ¿Por qué si no hay residencias de policías y campamentos del ejército siempre al lado de este tipo de zonas? Pero en esta ocasión no dejan nada al azar. Los miembros de la GSU, con sus uniformes verdes y cascos carmesíes, circulan por el exterior como una tropa de hormigas del bosque. Mollel ve un camión cisterna antidisturbios y docenas de Land Rover de la *Administration Police*, con sus carrocerías verdes y techos carmesíes a juego con los uniformes de sus ocupantes.

—¿Tenemos algún grupo que tenga que presentarse en la escuela Champions? —grita uno de los tipos uniformados.

Mollel camina hacia delante, como media docena de agentes de policía y un par

de funcionarios con aspecto nervioso, soltando vaho al respirar en el aire frío de la mañana.

—Bien. Este centro electoral está en la zona de Kibera conocida como Half London.

Algunos de los demás funcionarios sueltan una risa forzada. Half London es el nombre habitual para cualquier distrito que sea lujoso, animado o exclusivo. Los habitantes de las barriadas de Nairobi tienen un gran sentido de la ironía. A veces pueden ser casi literales, también: Mollel se pregunta cómo le estará yendo a Kiunga en la barriada de Mathare, en Kosovo.

—Las papeletas y las urnas ya están en su sitio —continúa el oficial de la GSU—, como muchos de vuestros compañeros. Ya hay bastante cola esperando para entrar, pero no han informado de problemas hasta el momento. Ahora, no hay acceso con vehículo a este sitio. Tenemos que entrar, y salir, caminando. Por eso vamos en grupos. No os apartéis de vuestro grupo. No os alejéis de nuestra ruta. No entréis en ninguna residencia o edificio que no sea el centro electoral. No aceptéis o compréis comida o bebida de la gente de la zona. Hay refrigerios allí, preparados de forma segura. Tened cuidado por donde pisáis, el suelo es traicionero incluso cuando está seco. Un consejo: no intentéis saltar sobre algo. Los locales tienen un dicho: lo único peor que pisarlo es aterrizar sobre ello. Y por último, tened cuidado con los váteres volantes.

—¿Váteres volantes? —pregunta uno de los funcionarios electorales.

—Bolsas de plástico —contesta el tipo de la GSU con una sonrisa—. Las lanzan por encima de los tejados. Dejo que te imagines lo que contienen.

Alguien suelta un silbido, y se ponen en marcha.

Los cascos carmesíes se van, y el grupo de oficiales entra en la barriada.

Lo primero que ven es un quiosco, una pequeña casucha en la que se vende Coca-Cola, *chai* y *mandazi*^[25], manojos de *sukuma*^[53] y tiras de chicle. Está haciendo buen negocio incluso siendo temprano. A pesar de que es día festivo por las elecciones, todavía hay un gran número de gente atascada tras el cordón en la parte de Kibera, acurrucada contra el frío, intentando marcharse a trabajar a la ciudad. Mucha gente va vestida con la ropa propia de los empleados domésticos: monos azules y botas de goma para los jardineros, delantales verdes o rosas para las sirvientas. Un hombre, fuera de lugar con traje y corbata, ve al grupo que se aproxima y agita el puño.

—¡No nos dejan salir! —grita—. ¡Nadie dijo que fueran a arrestar a toda Kibera! ¿Qué es esto, intimidación? Bueno, ¡no funcionará!

—Cállate —gruñe el tipo de la GSU que va por delante—. Saldréis a su debido tiempo.

Después, solo para Mollel, añade:

—Este no llegará a ninguna parte si sigue así.

La calle se estrecha con rapidez, y Mollel se encuentra separando las piernas para

esquivar un hilito de agua. La basura compacta que tienen bajo los pies da un poco de sí, es mullida, las casas de una planta que hay alrededor están hechas con palos y láminas de hierro oxidado y cortinas harapientas en las entradas. Por todas partes hay olor a comida, humo, el sonido de bebés llorando, música y risas. Los pollos y los niños compiten por el espacio alrededor de las piernas de las mujeres que permanecen de pie junto a las entradas. El lugar se siente vivo, orgánico. Mollel se ve a sí mismo y a sus compañeros como anticuerpos, invasores en un organismo más grande. Eso hace que Nairobi sea el cuerpo... así que, ¿qué órgano es Kibera? Oscuro, denso, condensado. Kibera es el hígado.

—Mirad ahí arriba —dice uno de los policías.

Mollel ve a un grupo de cinco o seis hombres de pie sobre una casucha con tejado de hojalata encima de una pequeña elevación, recortados contra la luz del amanecer. Claramente ve sus trenzas largas, apelmazadas.

—Mungiki —añade el policía.

Al ver al grupo que se acerca, uno de los tipos con trenzas saca una bandera azul, que muestra el emblema del partido en el poder, y la ondea. Abuchean y gritan mientras pasan Mollel y los demás.

—¿Está loco? ¡Les harán trizas! Hace solo unos días lincharon a un niño aquí por llevar una camiseta progobierno. Ni siquiera sabía lo que significaba el logo.

—Pero la GSU no estaba aquí hace unos días —contesta Mollel.

—¿Y eso qué se supone que significa? —replica el tipo de la GSU.

—Todo el mundo sabe que no hay mungiki en Kibera. Si están aquí, deben de haber atravesado vuestras líneas de alguna forma. Se dice que están trabajando para sus hermanos kikuyu en el Gobierno. Intentando armar lío. Apuesto a que justo al otro lado de ese tejado hay parte de una brigada de la GSU, lista para coger a cualquiera que pique el anzuelo.

—Ten cuidado con las acusaciones que haces, hermano —contesta el tipo de la GSU.

Como si se hubiesen puesto de acuerdo, una lluvia de misiles —botellas vacías, piedras y deshechos— vuela sobre sus cabezas, haciendo que los tipos con trenzas brinquen sobre el tejado como buitres. Mollel y los demás esconden la cabeza y esperan a que amaine la descarga. Un sonido de silbatos y ovaciones acompaña la desaparición de quienes estaban en el tejado.

—Por su bien espero que al otro lado de esa casa no esté ninguno de los vuestros —dice Mollel—. He visto bastantes váteres volantes entre el montón.

El centro electoral es poco más que una estructura de cemento con techo de hojalata. Las ventanas y las puertas son meras aperturas en las paredes, y una pared

pintada de negro sirve de pizarra. No hay mobiliario escolar, libros, ni nada: posiblemente así es más fácil que no los roben, supone Mollel. Fuera, en la parte trasera, sin embargo, hay un elemento básico para cualquier lugar de trabajo en Kenia: un hornillo de carbón y un par de mujeres robustas removiendo una enorme *sufuria*^[52] de *chai*. El resto del grupo se dirige hacia ellas con ganas. En la habitación, que de otro modo estaría vacía, se han colocado unas casetas de votación, de cartón, y algunos funcionarios están sentados frente a una mesa de caballete, con papeles, tinta, y sellos.

Fuera hay una cola considerable. Algunos de los que esperan arrastran los pies, y, cuando pasa Mollel, le preguntan la hora con impaciencia. Tiene la sensación de que quien lo hace se queda como decepcionado cuando oye que no son todavía las siete. Está seguro de que a muchos de los presentes nada les gustaría más que tener la oportunidad de denunciar irregularidades.

Más hacia delante en la fila, ve un rostro conocido. Está de pie con una mano apoyada en la pared, con la otra sujeta una caña que tiene una pequeña tapa de plástico pegada en la parte de abajo.

—¿Dónde has estado, Sammy?

—Oh, hola, agente. ¿Qué tal? Supongo que nunca hubiera imaginado encontrarte aquí. ¿Qué te parece Half London?

—Eso no importa. Desapareciste. Te he estado buscando.

—Bueno, ahora me has encontrado. Eh, suena como si pasase algo. ¿No querrías que perdiese la oportunidad de ejercer mi derecho democrático, no, agente?

Han dado las siete en punto. Los guardas empiezan a dejar que la gente entre a la escuela.

—Necesito hablar contigo.

—Aquí no —dice Sammy entre dientes, mientras sonrío. Tiene razón: demasiados ojos curiosos.

—Bueno, ¿dónde? ¿Cuándo?

—En unos días. Cuando hayan pasado las elecciones y pueda volver al centro de la ciudad. Te veré entonces.

Mollel coloca el brazo alrededor del hombro de Sammy y le clava los dedos.

—Si crees que voy a volver a dejar que desaparezcas...

Sammy hace una mueca, después trata de disimularla con una sonrisa.

—Al estar registrado como persona ciega, ya sabe, se me permite que alguien me ayude a votar —dice apretando los dientes—. Por lo general confío en los funcionarios. Pero quizás no te importaría ayudarme.

Es buena idea. Después de presentar su carné y hacer algo de papeleo, Mollel escolta a Sammy hasta una cabina de cartón al fondo de la sala. Espera un momento a que las dos cabinas de ambos lados se queden libres; después se queda fuera de pie,

mirando al frente, mientras Sammy entra en la cabina. Mollel le hace un gesto con la cabeza al oficial que guía a los votantes hacia las cabinas, una señal para que no mande a nadie más a su sección.

—¿De qué va todo esto, Sammy?

—De nada, agente, de nada. Te conté todo lo que pude esa noche.

—¿Entonces por qué te fuiste? Pensaba que alguien te había cogido.

—No, no, nada de eso. Solo quería cambiar de escenario, ya sabes. Alrededor del parque se estaba volviendo todo muy concurrido.

—¿Y dejaste también tu puesto en la ciudad? Te buscamos durante horas. ¡Suéltalo!

—¡Lo juro por Dios!

—Mira. Ya hemos perdido mucho tiempo en esto. Si quieres, podemos salir de aquí cogidos del brazo, y puedo anunciarle al mundo que estás ayudando amablemente a la policía con sus indagaciones. ¿Qué tal estaría eso?

—No lo hagas, por el amor de Dios.

—Bueno. Entonces hablemos.

—Nunca me dijiste que quienes estuvieron en el parque aquella noche fueron los de la GSU —dice Sammy—. Si querían mantenerlo en secreto, era mejor no andar por ahí esperando a que uno de tus hombres les dijese que fui testigo.

—¿Cómo descubriste que fue la GSU?

—Vamos, Mollel —contesta Sammy—. Si fuese la policía, tú lo habrías sabido. ¿Quién queda? Y si *tú* dedujiste que fueron ellos, ¿por qué no iba a hacerlo yo?

—¿Y eso es todo?

—No todo —responde Sammy. Arrastra los pies de forma inquieta—. Hay algo más. Algo que no te conté. Iba a contártelo pronto, lo prometo. Pero pensé que si esperaba un poco, podría haber...

Se frota el pulgar con el dedo índice.

—Oh, está bien, habrá una recompensa, Sammy. La recompensa es que no gritaré desde los tejados de Kibera que no eres más que un informante de la policía.

—De acuerdo, de acuerdo. —El ciego frunce el ceño—. Posiblemente no fue nada, de todos modos. Pero justo antes de que apareciesen esos autobuses, oí una pelea. Una mujer chilló. Y otra voz de mujer gritaba. No pude oír qué decía o con quién estaba peleando.

—¿Y la mujer que chillaba no era la que gritaba? ¿Estás seguro?

Sammy asiente.

—Tengo buen oído —afirma.

—¿Podrías identificar la voz que gritaba si volvieses a oírla?

—Estoy seguro de que podría.

—¿Y dices que eso fue *antes* de que los autobuses llegasen al parque?

—Justo antes. Fue al llegar ellos cuando la mujer se calló. Pero mira, no hay nada más. Es todo lo que sé. De verdad.

—Será mejor que así sea, Sammy —contesta Mollel.

Mientras salen del centro electoral, Sammy levanta su meñique manchado de tinta para que todos lo vean.

—¡Gracias por su ayuda, agente!

—¿Seguirás bien desde aquí? En realidad no puedo dejar el centro electoral.

—Oh, sí. Conozco cada centímetro de este lugar. Una buena barriada: no hay coches de que preocuparse. Y si alargas la mano —extiende el brazo y apoya los dedos sobre una chapa de cinc— siempre hay una pared conocida al alcance.

Mollel observa cómo se aleja el ciego, dando golpecitos con su caña, con los dedos de la mano que le queda libre danzando sobre hojalata, cartón, palos y chapas de plástico. Así que Sammy oyó a dos mujeres aquella noche en el parque. Los chillidos debían ser de Lucy. Si la mujer que gritaba era Wanjiku, y si Sammy podía identificarla, podría bastar para atribuirle el asesinato. Si a un tribunal no le convencía el testimonio de una prostituta, quizás aceptase la palabra de un mendigo ciego.

Mollel se percata de que alguien más está observando, y, al mirar hacia la fila de votantes a la espera, ve una figura vestida de negro: Benjamin, el supuestamente exmungiki que es la mano derecha de Nalo. Benjamin le lanza una sonrisa y un firme saludo con la cabeza, después se gira y se aleja.

Son las tres de la tarde, y la hora para que Mollel y sus compañeros de turno sean relevados ha pasado.

—No me importa cuánto tarden —dice uno de los policías más jóvenes, que apenas acaba de terminar su entrenamiento—. ¡Solo pienso en las estupendas horas extra!

Ni a Mollel ni a nadie se le ocurre explicarle que esto se considerará como *disposiciones especiales*, el cajón de sastre que los superiores invocan siempre para evitar pagar las horas extra.

—No me gusta —dice otro policía.

—Todo ha estado tranquilo hasta el momento.

Así ha sido. Mientras el día se animaba, también lo hacía la asistencia, y la policía se vio obligada a empezar a formar colas dobles, y a serpentear por ellas arriba y abajo. Hacer cola no es algo que le resulte natural al habitante de Nairobi, acostumbrado a ser pasajero de *matatu*, pero en esta ocasión la han hecho de buen talante, e incluso de buen humor. A Mollel le ha sorprendido que el ánimo dominante durante la mañana fuera el entusiasmo, incluso el optimismo. Este era un centro de la oposición, y la ausencia de alguna voz progobierno en la zona creaba una sensación de inevitabilidad, de invencibilidad.

Kibera tenía la sensación de que iba a ser escuchada.

Hacia la hora de comer, el ambiente relajado se vio roto por un altercado. Un hombre de mediana edad, apestando a *chang'aa* agria, fue tambaleándose hasta el comienzo de la fila y exigió que le permitiesen votar. Quienes estaban al comienzo de la fila, que llevaban esperando con paciencia más de una hora, objetaron. El policía joven intervino. Empujó al tipo para apartarlo de la fila, y la *chang'aa* y la gravedad hicieron el resto. Voló hasta el fango. La mayoría de la gente que lo vio se rio, y no pensó más en ello.

Pero pronto el borracho volvió con un puñado de colegas. Empezó a arengar a los funcionarios. Le habían impedido votar, dijo. Por ser luo, insistió. Las elecciones estaban amañadas. Este Gobierno kikuyu no iba a dejar que las otras tribus hablasen.

Esta vez, la gente de la cola no se rio. No era la misma gente que había visto al borracho tratar de romper la fila. Sus acusaciones fueron recibidas con murmullos sombríos y miradas hostiles a los funcionarios.

Fue Benjamin quien calmó la situación. Había estado dando vueltas todo el día, hablando con gente que hacía cola y con transeúntes, siempre lo bastante lejos para que Mollel no pudiera oírle. Como exmungiki, sin duda era kikuyu, y en ese sentido era valiente o insensato estar en un lugar como este un día así. Pero la Iglesia de Nalo tenía bastantes electores de Kibera; era evidente por la forma en que mucha gente le

saludaba que conocían a Benjamin de ahí. Mollel se preguntaba si serían tan indulgentes si conociesen su pasado, y después se dijo que posiblemente sí. Había aprendido, muchas veces, por su propia experiencia, que la capacidad de perdón es más grande entre los pobres que entre los ricos.

Benjamin se acercó al tipo, y Mollel vio cómo el enfado del borracho se disipaba mientras Benjamin primero escuchaba su queja y después hablaba tranquilamente con él durante un rato.

Luego Benjamin se acercó a Mollel, que estaba supervisando la parte frontal de la cola de votación. Era la primera vez que hablaban desde que se conocieron el domingo en la iglesia de Nalo.

—Necesito que hagas algo —dice Benjamin.

—¿Tú necesitas que yo haga algo? ¿Qué tal si me cuentas qué haces hoy aquí?

—Soy un observador oficial. Considéralo parte de mis obligaciones pastorales. Cuido de nuestro rebaño. Y alejo los problemas antes de que empiecen.

—¿Problemas? ¿Como un apartamento destrozado en Kitengela?

—Quieres hablar conmigo, bien. Hablemos. Pero hagamos esto primero. Aquí hay mucho más en juego de lo que imaginas.

Contra su deseo, Mollel descubrió que empezaba a confiar en él. Había algo en su intensidad que sugería que era sincero.

—¿Qué quieres?

—Quiero que permitas que nuestro amigo —señala al borracho— se ponga delante de la fila. Va a entrar en la sala de votaciones, esperará unos pocos minutos, y luego saldrá con el dedo manchado de tinta.

—¿Y qué hay de lo de votar?

Benjamin niega con la cabeza.

—Entonces por qué... —De repente Mollel se rio—. Ya lo entiendo. De eso iba vuestra pequeña charla. No está ni siquiera registrado, ¿verdad?

Benjamin sonrió.

—No sabía que tenía que estarlo.

—¡Todo ese escándalo por no haber podido votar, y de todos modos no puede hacerlo!

—Cierto. Pero el asunto es que tiene la boca grande y muchos colegas que beben.

—Así que quieres darle una forma de cubrir las apariencias. Mejor que alardee de haberse saltado las colas a que proteste por haber sido rechazado.

—Exacto.

Mollel se descubrió sintiendo un respeto inesperado por el hombre de Nalo.

Eso ocurrió hace un par de horas. Mollel hizo lo que Benjamin pidió, y la situación se ha calmado. Por ahora.

Uno de los colegas de Mollel le releva en la entrada principal del colegio

electoral, y Mollel aprovecha la oportunidad para dar un paseo. La cola es más larga que nunca, pero, por culpa del calor de la tarde o alguna otra cosa, el ambiente es distinto.

Hay tensión en el aire. La gente baja la voz al hablar entre sí. La risa y la charla se han visto reemplazadas por miradas rápidas, preocupadas. Y algo más: parece que cualquiera que tenga un teléfono lo está usando, mirando la pantalla, tecleando respuestas.

—Algo va mal —dice, tanto para sí mismo como para cualquier otro. Y una voz responde:

—Sí.

Es Benjamin.

—Parece que han llegado hasta aquí noticias de lo que ha estado pasando en Old Kibera.

Old Kibera es uno de los otros centros electorales del distrito, a menos de un kilómetro de distancia o tan lejos como vuela el cuervo, pero considerablemente más lejos a través de los callejones estrechos, laberínticos. En la era del teléfono móvil, no obstante, incluso el cuervo parece lento comparado con la propagación de las noticias por mensajes de texto.

—¿Qué ha pasado?

—Gente rechazada todo el día, a decir de todos. Irregularidades en el censo. Una enorme página en blanco donde debería aparecer la mayoría de apellidos con la letra O.

La subdivisión de Old Kibera es más variada que esta. Si la votación va a ser manipulada, tendría más sentido hacerlo aquí. Pero seguramente nadie sería tan descarado como para sacar de la lista todos los apellidos que empiezan con O. ¿Y privar así del derecho al voto a casi todos los luo de golpe?

—Solo te cuento lo que se está diciendo —añade Benjamin—. Lo último es que el propio Raila apareció, hace media hora, para votar. No le dejaron.

Raila Odinga. Líder de la oposición. Cierto o no, si esa historia estaba circulando...

—Este lugar va a estallar —dice Benjamin, completando el pensamiento de Mollel.

El ruido, cuando surge, hace que todo el mundo se detenga. Por un momento esperan que sea algo inofensivo: gravilla cayendo sobre tejados de hojalata, quizás, o alguna construcción en alguna parte. Pero incluso quienes no están familiarizados con ello, y en Kibera son pocos, lo reconocen rápidamente como sonido de disparos.

—Todavía está a cierta distancia —dice Mollel.

Las dos señoras del té, cuatro policías, cuatro funcionarios y un agente de la GSU están congregados en la entrada del centro electoral. La votación continúa, aunque la

cola se ha disipado.

De alguna forma, Benjamin ha sido aceptado en su grupo. A Mollel le alegra su presencia. Todavía no confía del todo en el exmungiki, pero reconoce su utilidad.

—Ese pum-pum-pum es de armas automáticas. Posiblemente disparos de intimidación —dice Mollel. Aquí no es el oficial de mayor rango, técnicamente, lo es el tipo de la GSU, pero su aplomo tranquilo ha hecho que de forma natural todas las miradas graviten hacia él.

—¿Quién está disparando? ¿Nosotros o ellos?

—Imagino que ellos. Nuestros hombres harían disparos de uno en uno.

Los dos policías armados llevan sus AK de forma nerviosa. Entre ambos solo tienen un puñado de cartuchos. Si la situación va a más, van a tener que hacer que cada bala cuente.

—Es del todo posible que el problema no nos llegue —dice Benjamin—. Esto ha estado tranquilo todo el día.

—De igual modo, es del todo posible que sí lo haga —contesta Mollel—. En ese caso, lo único que podemos hacer es refugiarnos y esperar refuerzos. Este edificio es lo más cercano a un refugio que tenemos. Tendremos que hacer una llamada para cerrar la votación.

—Como funcionario electoral, insisto en que las votaciones se mantengan.

Mollel reprime una sonrisa. El rostro aterrado del hombrecillo no concuerda con sus palabras. Pero a Mollel le alegra que alguien se tome su trabajo en serio.

—Haremos todo lo posible —promete—. Veamos, este edificio está construido con bloques de hormigón. Me temo que eso supone una defensa escasa contra disparos de AK-47. Nuestra mejor esperanza es quedarnos en el edificio, y mantenernos a baja altura. Evitar ofrecer un objetivo.

—Suenas como un soldado. —El policía joven se ríe nerviosamente. Nadie más sonríe.

—Vosotras dos —continúa Mollel, girándose hacia las señoras del té, que están temblando, cogidas de las manos—. ¿Sois de aquí? ¿Locales?

Las dos sacuden la cabeza, sí.

—Vais a necesitar alguna especie de bandera blanca. ¿Podéis hacer una?

Miran a su alrededor.

—Tenemos trapos de cocina. Podemos encontrar un palo.

—De acuerdo. Eso es para cuando llegue la ayuda. Tan pronto como veáis los cascos carmesíes, empezáis a ondear esa bandera sin parar. ¿Comprendido?

Asienten, pero está claro que no han entendido del todo las implicaciones de lo que Mollel está diciendo. Probablemente ninguno lo ha hecho, excepto Benjamin: su mandíbula apretada lo dice todo. Los uniformes de los policías, los trajes de los funcionarios, incluso el traje elegante de Benjamin, su ropa, al permitirles ser reconocidos con rapidez, les aseguraría alguna medida de protección ante cualquier contraataque de la GSU. Pero las dos mujeres, que llevan *khangas* kenianas comunes,

y camisetas, no tendrían ese estatus. Podrían ser vistas como una amenaza por algún poli de gatillo fácil. O, en la confusión, podrían terminar recibiendo el trato habitual dispensado por la GSU hacia cualquier mujer que se cruza en su camino. Y ese, se recuerda Mollel a sí mismo, sigue siendo un posible escenario respecto a lo que le pasó a Lucy.

Reflexionando, no está seguro de que una bandera blanca sea suficiente.

—Tú quédate con ellas dos —le dice al policía joven.

El chico asiente.

—Bien, quedan cuatro horas hasta el cierre de las votaciones —continúa—. Después nos vamos. Hagamos todo lo posible para asegurar que así sea.

Mientras todos regresan a sus puestos, Benjamin se acerca sigilosamente a Mollel.

—¿Qué apuestas a que esas urnas no llegarán al escrutinio?

Es la primera vez que Mollel piensa en eso. Se ha mostrado receloso respecto al amaño de votos, a irregularidades en el escrutinio, pero nunca se le ha ocurrido que toda la urna pudiera perderse. Por supuesto, casi todos los votos en esas urnas deben de ser para la oposición. Y confían en los servicios de seguridad para salir adelante. Seguramente —*seguramente*— no serían tan descarados, ¿no?

Y el único observador externo que hay aquí es Benjamin.

Han estado próximos el uno al otro todo el día, pero esta es la primera ocasión que Mollel tiene para hablar con él de verdad.

—¿De qué parte estás? —le pregunta con franqueza.

—¿No oíste el sermón el domingo? No tomamos partido.

—Oh, claro. El compañero de negocios de Nalo es David Kingori, que está estrechamente vinculado con el Gobierno. No me digas que tu iglesia es un espectador imparcial. Y en cuanto a los mungiki..., se dice que estos días siguen órdenes directas de State House.

—No sabría decir.

—Porque tus días como mungiki terminaron hace mucho, ¿verdad? ¿Entonces quién ordenó a tus hermanos mungiki destrozar el apartamento de una chica inocente?

Benjamin suspira.

—Eso no debería haber pasado.

—¿Así que lo admites?

—No admito nada. Pero digo, solo digo, que alguien va por ahí haciendo acusaciones graves. Querrías investigar más sobre ellas.

—¿Quieres decir que los Nalo querían averiguar qué es lo que tiene contra ellos?

—Puedes decirlo así —contesta Benjamin—. La intimidación no es mi estilo.

—De modo que buscabais pruebas. Pensabais que podría tener algo que pudiera probar las acusaciones contra ellos.

—Si existiera algo que pudiera considerarse como prueba, sería inventado. Las

acusaciones son falsas.

—De todas formas, dices que tus hombres no destrozaron el piso de Honey. ¿Qué hicieron, dejar la puerta abierta?

Benjamin se queda callado.

—Y las vecinas hicieron el resto —continúa Mollel—. Posiblemente llevaban tiempo esperando la ocasión.

—Creo que nos estamos entendiendo —contesta Benjamin.

—Eso no te deja libre. Si consigo demostrarlo, te detendré por obstrucción a una investigación oficial.

—No hay ninguna investigación oficial —replica Benjamin—. Por lo que he oído, si sigues así, te echarán del cuerpo.

—¿Por lo que has oído?

De repente Mollel lo ve claro. La presencia de Benjamin aquí hoy no es una coincidencia.

—Sabías que estaría destinado aquí. Pensaba que habías dicho que la intimidación no es tu estilo.

—Esto no es intimidación —contesta Benjamin—. Teníamos que averiguar si continuabas indagando estas acusaciones falsas. Que sepas lo del robo en el piso de la chica me dice que sí. De hecho, no me sorprendería que supieses, perfectamente, dónde está ella ahora. Y esa es una información que sin duda le gustaría mucho oír a tu superior.

Pero Mollel ya no está escuchando. Ha sintonizado con otra cosa, un ruido de gritos y pánico subrayado por un olor lejano, pero muy definido.

—¿Hueles eso?

—Es solo carbón ardiendo.

—No. Es demasiado acre.

Salen corriendo, y en la entrada ven al policía joven tratando con un grupo de muchachos con ojos desorbitados.

—Os digo que no tenemos extintor —está diciendo el policía.

Mollel levanta la vista. El humo negro está azotando el aire, de vez en cuando una llama brinca hacia el cielo.

—¿Qué se está quemando?

—Una casa —contesta uno de los muchachos—. Pero se extenderá.

—¿Dónde podemos conseguir agua aquí?

—Abajo, en el arroyo. Está casi seco.

—Manda un aviso al puesto de mando —le ordena Mollel al tipo de la GSU—. Diles que manden a los bomberos.

—¡No hay forma de meter un camión de bomberos aquí!

—No, pero con algunos extintores y una cadena de cubos desde el arroyo, podríamos controlar esto.

Él y Benjamin corren con los muchachos hasta el escenario del fuego. Está más o

menos a tres hileras de casas de distancia del centro electoral. Hay una mujer de pie en el callejón, rodeada de unas pocas posesiones lamentables, y un bebé agarrado con fuerza a su pecho. La mujer está llorando.

—¿Hay alguien dentro?

—No.

—¿Han salido todos los vecinos?

Mollet puede ver a los habitantes de las casuchas vecinas lanzando colchones, muebles y comestibles por las puertas de entrada, dejando así poco al azar. Eso tiene el efecto no deseado de obstruir el callejón, que ya está abarrotado de mirones.

—¡Han sido los mungiki! —grita alguien a su lado.

Mollet se gira y lo agarra por la camisa.

—¿Los viste?

—¡No, pero otros sí los vieron! ¡Empezaron el fuego y después se fueron corriendo por los tejados!

—Ella estaba cocinando dentro —gritó una mujer—. ¡Siempre lo hace! Le dijimos que era peligroso, ¿por qué no hizo caso?

—¡Le digo que fueron los mungiki!

Mollet le suelta al hombre una bofetada fuerte con la mano abierta, y el tipo cae al suelo.

—¡Cállate! ¿Crees que necesitamos crear pánico ahora, como si no tuviéramos bastante?

—Ya pensaba que estabas tardando —dice Benjamin.

Levantán la mirada y ven a una pandilla de hombres jóvenes doblando la esquina del callejón. Llevan *pangas* y palos.

—¡Ja! ¡Así que la *polisi* está aquí! —grita el cabecilla—. ¡No a tiempo de evitar que sus amigos mungiki hagan arder Kibera!

Mollet mira hacia atrás con urgencia. La muchedumbre es densa en esa dirección, también. Lanzan un grito ahogado cuando el segundo edificio comienza a arder. Benjamin ha empezado a teclear de forma frenética con su móvil, pero el líder de la pandilla avanza y se lo quita de la mano dándole un golpe con un palo.

—Estoy intentando conseguir ayuda para apagar el fuego —protesta.

—¡Consigue ayuda para *esto*! —grita el chico, y baja el palo hacia la cabeza de Benjamin.

Benjamin lo esquiva con el antebrazo, y Mollet oye el chasquido del hueso.

—¡Preguntadle a *ella*! —A Mollet le sorprende oír su voz en forma de chillido—. ¡Preguntadle a *ella*! ¡Es su casa! ¡Puede decirnos cómo empezó el fuego!

Señala a la mujer con el bebé, pero ella sigue llorando, y levanta la cara hacia él estupefacta, con lágrimas y mocos recorriéndole la barbilla.

En este momento, las llamas saltan desde la parte superior de tres casuchas en este callejón, y Mollet está seguro de que las casas de detrás también estarán ardiendo. El fuego está fuera de control. Benjamin, acunándose el brazo golpeado, ha

caído de rodillas, y Mollel lo sujeta. Están a menos de veinte metros del centro electoral y de sus compañeros armados. Considera la idea de llamarles a gritos, pero, aunque pudiesen oírle, no vendrían a por él. No serían tan insensatos como para abandonar su puesto. Escruta como un loco las caras que hay a su alrededor, buscando a alguien que pudiera hablar por ellos, ofrecerles algo de clemencia. Pero no encuentra ninguna. Las caras les devuelven una mirada de incompreensión a los dos hombres que están a punto de morir.

—¡Basta!

La voz es conocida, pero totalmente inesperada. Mollel solo le ha oído hablar con suavidad, de forma dócil. Pero ahora, todas las miradas se dirigen hacia el ciego. Sammy Superglue tiene el bastón en alto como si fuera una espada. Tiene el rostro enojado, y escupe saliva al hablar:

—¡Estos no son nuestros enemigos! ¡*Están intentando ayudar!*

—¡Están compinchados con los mungiki! ¡Y con el Gobierno!

—¿Este masái? Le conozco desde hace quince años. ¿Sabéis quién es? ¡Es quien sacó a un centenar de personas de la embajada americana el día que fue bombardeada!

Un silencio extraño recorre a la multitud. La historia de Mollel, aunque no él en sí mismo, es muy conocida, incluso en las profundidades de Kibera.

—Sí, es él. Es el que siguió entrando, sacando supervivientes aunque su propia esposa estaba entre las víctimas. ¿Y cómo le recompensó el Gobierno?

Sammy ha conseguido acercarse hasta Mollel y Benjamin usando su bastón como guía.

—¿Sabéis qué hicieron? ¡Le *degradaron!* ¡Le echaron por atreverse a decir la verdad acerca de lo que pasa en el departamento de policía! ¡No es un títere del Gobierno! ¡Está de nuestro lado!

Mollel levanta la vista. Los muchachos están bajando las armas, pero el fuego le echa el aliento en la nuca. Puede notar cómo le quema la piel.

—Si es quien dices que es, Sammy...

—¡Lo es!

—Vamos, chicos —dice el cabecilla a regañadientes—. Está empezando a hacer mucho calor aquí.

La pandilla se gira para marcharse.

—¡No, esperad!

Es Benjamin.

—No os vayáis. Os necesitamos... Y a vuestros *pangas*.

—Tiene razón —dice Mollel—. Ahora ya no podemos apagar el fuego. Tenemos que hacer un cortafuegos.

Vigorizado, lanza órdenes. Echad abajo cualquier estructura a tres metros del fuego. Sacad todo lo que haya dentro, apartadlo de las llamas. La poca agua que haya, apestosa, marrón, en ollas y *sufurias*, no debería malgastarse en las llamas, sino

utilizarse para empapar los tejados y las paredes de las casuchas al otro lado del cortafuego. Mientras tanto, cualquiera que no tenga ninguna tarea debería estar a mano con una manta o una escoba, para golpear cualquier chispa que salte.

Es sorprendente. Mollel se percata, incluso en medio de esta confusión, de lo dócil que se ha vuelto la pandilla. Su rabia se ha evaporado, y siguen sus órdenes con entusiasmo. Infundidos de nuevo por la determinación, se centran de prisa en sus obligaciones.

Benjamin dice, gimiendo de dolor:

—No deberíamos quedarnos aquí.

Mollel está de acuerdo. Ambos se tambalean de vuelta al centro electoral. La puerta está cerrada. La aporrean y gritan, y uno de los policías armados asoma el hocico sobre el alféizar de la ventana sin cristal.

—¡Sois vosotros! —suelta—. Pensábamos que estabais muertos.

—¡Déjanos entrar!

Entran.

—No vamos a dejar que pasen los bomberos —dice el oficial de la GSU una vez están dentro.

A su favor, cabe decir que parece avergonzado por la decisión. Pero Mollel le ignora. Corre hacia uno de los escritorios, lo empuja hasta una ventana, y se sube de un salto. Desde ahí, puede salir y subirse al tejado plano de hormigón.

—¡Espérame!

Mollel baja la mano, y Benjamin le ofrece el brazo que no tiene herido, haciendo gestos de dolor mientras Mollel tira de él hacia arriba.

El tejado de la escuela es de hormigón y está ardiendo bajo el sol, y el calor del fuego cercano hace que le escuezan la piel de las mejillas y los ojos. Afortunadamente, el humo espeso sigue un rastro casi directo hacia arriba en este día sin viento, permitiéndoles tener una visión clara de casi toda Kibera.

Por un momento se olvidan del fuego y observan el panorama que tienen delante.

El humo negro graba un surco profundo en el cielo azul, y sirve para resaltar la claridad cristalina de la vista. En el horizonte está la ciudad, los rascacielos parecen bastante cercanos como para tocarlos. Después el exuberante verde de los árboles rompe de forma abrupta un límite geométrico, deteniéndose ante el rojo: rojo tierra, rojo herrumbre, rojo hierro de los tejados de la barriada, que se extienden como campos de surcos, una alfombra ondulada, descendiendo por el valle y alzándose hacia el otro lado. En el pliegue descansa una neblina delicada, como la bruma de la mañana.

—Gas lacrimógeno —dice Mollel.

—Eso es Old Kibera —confirma Benjamin, y sus palabras llegan acompañadas de estallidos renovados, y oyen un silbido de balas por encima de sus cabezas.

Ambos se echan al suelo.

—Menos mal que no somos un objetivo —se ríe Benjamin.

Se arrastran hasta el borde y se asoman. Debajo de ellos, ven a la pandilla montando el cortafuegos. Cinco de ellos han quitado el tejado de hojalata de una casucha y ahora están empujando y tirando la estructura de madera que hay debajo, mientras una mujer mayor, la inquilina, sin duda, observa, sollozando. Con un estrépito y una nube de polvo, las paredes se derrumban.

—Mira —dice Benjamin.

Los niños corretean por la casucha derrumbada, serpenteando entre las piernas del equipo de demolición, recogiendo cualquier cosa que encuentran, todo acompañado por los gritos de la propietaria. Los jóvenes apenas prestan atención a los niños mientras empiezan a coger todo lo que pueden con las manos para apartarlo del camino del fuego. Llegan justo a tiempo, además; las llamas ya están empezando a entrar por un hueco. Los niños bailan, riendo. El peligro no es nada para ellos.

Mientras tanto, Mollel ve que muchas de las otras casuchas se han venido abajo. La pandilla está trabajando bien. Un patio irregular se está formando alrededor del fuego, y los tejados y paredes desaparecen alrededor mientras el agua cae siseando de los cubos sobre los tejados soleados de las casuchas que hay más allá.

—Están haciendo un buen trabajo —dice Benjamin.

—Confíemos en ello —contesta Mollel—. No tienen mucho tiempo.

De repente Mollel ve algo que le hace sacudirse con un miedo desesperado. Saliendo de entre el humo en uno de los claros recién creados, tropezando sobre los escombros:

—¡Sammy!

El ciego va alargando la mano, agitándola de forma inútil buscando una pared, buscando en vano un punto de navegación.

Mollel se pone de pie de un salto. Benjamin también se levanta. Juntos, gritan desesperadamente, intentando llamar la atención de alguno de los chicos de la pandilla que está ahí abajo. Pero sus gritos se pierden en el tumulto de la destrucción.

—¡No sabe dónde está!

—Oh Dios, oh Dios —grita Benjamin.

Sammy se gira, intenta calcular por el sonido un pasaje seguro. Levanta la mano para medir el calor... y decide por dónde ir.

La decisión equivocada.

—¡No, Sammy! ¡No!

Una casucha en llamas se derrumba pocos metros por delante de él; los escombros se esparcen a sus pies. Tropezada, se le cae la caña. Gira sobre sus talones sin poder hacer nada.

Tropezada, cae de rodillas. El fuego está casi sobre él. Se lleva las manos a sus ojos ciegos, la piel le crepita y se despelleja por el calor.

—Voy a ir —chilla Mollel.

—¡No!

Pero Mollel ya está sobre la cornisa. Mientras salta, oye el silbido de las balas. Ni siquiera es consciente de cómo aterriza. Corre hacia el fuego. Corre tan despacio que parece no cubrir ningún trecho en absoluto. Y, sin embargo, en un instante está en medio del humo asfixiante.

Oye la voz de Benjamin, aunque no puede entender qué está gritando. Mira hacia atrás, hacia el tejado de la escuela. En medio del humo, solo puede verle de pie sobre la cornisa, indiferente a las balas. Señala de forma frenética hacia delante de Mollel.

Mollel coge aire.

Se sumerge en la oscuridad.

LA HONEYGUIDE

Hubo una vez una niña a quien su madre envió a coger bayas. Antes incluso de haber empezado a coger las bayas, se le acercó una pequeña pájaro *honeyguide*. La *honeyguide* le dijo: «Estas bayas son dulces, pero conozco algo más dulce todavía. Es mi secreto. Me gustaría compartirlo contigo, pero como no deseo que lo conozca otra gente, tienes que cerrar los ojos. Sigue el sonido de mi voz».

La niña cerró los ojos y siguió el sonido de la voz de la *honeyguide*. La pequeña pájaro la guio bien, posándose con paciencia en las ramas mientras la niña rodeaba matorrales y cruzaba arroyos.

La pequeña pájaro la guio así a cierta distancia, y la niña notó que se aproximaba el frío de la noche. Pero pensó que a su madre le gustaría que hubiese encontrado la dulzura, así que mantuvo los ojos cerrados con fuerza y siguió la canción de la pequeña pájaro.

Finalmente oyó un zumbido muy fuerte, que empezó a llenarle los oídos de ruido y el corazón de miedo. Abrió los ojos y dijo: «Este lugar es peligroso. Me has engañado».

«No hay peligro», protestó la pequeña pájaro. «Tan solo haz lo que digo, y ambas conseguiremos lo que deseamos».

Así que la pequeña pájaro le dijo a la niña que reuniese un montón de piedras. Ella lo hizo. Después le dijo que hiciese una hoguera directamente debajo de donde colgaba la colmena de las abejas, en lo alto, en las ramas de la acacia. Con temor, ella juntó astillas, pero las abejas estaban demasiado ocupadas volviendo a casa al anochecer como para molestarla.

Encontró el nido abandonado de un pájaro tejedor y con su pequeño cuchillo hizo saltar la chispa. Luego lo colocó entre las astillas y lo dejó en el suelo, soplando el montón de palitos hasta que las llamas llegaron a los bordes. Sin embargo las abejas no repararon en ella. Después la pequeña *honeyguide* le dijo: «Recoge el musgo de las piedras que hay junto al arroyo y ponlo sobre el fuego». La niña hizo lo que se le pidió.

De inmediato, empezó a subir un espeso humo gris. En el momento en que se enroscó en las ramas, las abejas se replegaron en el interior, y la pequeña pájaro gritó con entusiasmo: «¡Ahora! ¡Tira piedras contra el nido!».

La niña estaba asustada, porque sabía que los insectos la atacarían. Y estaba enfadada, porque sabía que había sido engañada. Pero sabía que no podía encontrar el camino de vuelta a casa sin que la pequeña pájaro la guiase. Y todavía ansiaba la dulzura que le había prometido.

Así que lanzó piedras, y la tercera golpeó el nido y lo hizo caer. Cayó sobre el

fuego, denso de humo, y las abejas salieron, y la niña empezó a correr, pero incluso aunque se posaron sobre ella, se arrastraban como locas y no le picaron, y ella se las quitó de encima con facilidad y las lanzó al suelo.

Se arrastraban por todas partes, confusas e inofensivas. En medio del humo, la pequeña pájaro brincaba y batía las alas con regocijo, deshaciendo con el pico la colmena rota. Cuando la niña ensanchó el agujero, salió miel rica, oscura, del interior. La niña se acercó y metió un dedo, llevándoselo a la boca. Nunca había probado tal dulzura. Con glotonería, cogió más y se relamió, dándole vueltas en la boca, dejando que se deslizase tibiamente por su garganta.

Aunque podría atiborrarse durante horas, el tiempo iba en su contra. Pronto estaría demasiado oscuro y no se vería nada. Tenía una calabaza, vertió su agua sobre la tierra y empezó a llenarla de miel. Mientras lo hacía, miró a la pequeña pájaro que estaba a su lado. Lo que ella buscaba no era la miel: la niña vio que todavía más hacia el fondo, el nido se retorcía de vida. Pequeñas larvas grises lo abarrotaban, latiendo a ciegas mientras la pequeña pájaro hundía el pico repetidamente en la masa, retirándolo para echar la cabeza hacia atrás y volver a introducir más larvas en su garganta. Soltaba un ligero cacareo de alegría antes de volver al nido.

Asqueada, la niña se apartó. Su calabaza cayó sobre las llamas. Se abrió camino entre el humo, pisando cuerpos de abejas aturdidas y tropezando a ciegas con los espinos que había alrededor.

Le despierta la tormenta, una verdadera tormenta de Nairobi. Estruendosa como un marido borracho, hace mucho ruido, despierta a los niños, y revuelve un poco las cosas, aunque solo sea para cumplir una formalidad.

Esta vez la furia es real. El trueno suena como si sonase directamente encima de su cabeza, y el cielo se estuviese desgarrando y cayendo al suelo. Ahora el ambiente vibra y crepita con tensión. La lluvia todavía tiene que llegar. Está aguardando para salir a escena, a la espera hasta que el viento haya cumplido con su papel.

En su estado, como grogui, Mollel es capaz de comprender que está en un catre bajo una carpa de algún tipo. Una ráfaga fresca hace que la tela se abombe y se levante, dándole la mareante sensación de encontrarse en un ascensor que está cayendo. Hay alboroto fuera, mientras las voces luchan por ser oídas en la tormenta. Están intentando amarrar la carpa antes de que se vuelque. Los palos de acero gruñen y crujen por la presión. Mollel intenta levantarse, pero la debilidad se apodera de él. Su cabeza cae de nuevo sobre el catre.

Mientras desliza los ojos despacio, observa el escenario a su alrededor. Hay un tubo fluorescente que cuelga del poste central de la carpa, desde una cadena corta. Se balancea de un lado a otro, lanzando sombras fluorescentes sobre los rostros de la gente que se mueve deprisa alrededor. El techo de la carpa, una gran extensión de lona blanca plastificada, se desprende de la parhilera. Su altura y poca pendiente le sugieren a Mollel que se trata de una carpa grande, del tipo que la gente alquilaría para una boda o una *harambee*.

Con esfuerzo, consigue apoyarse sobre los codos. Toma conciencia de algo voluminoso alrededor de sus manos, y al mirar hacia abajo, ve que están vendadas formando unas manoplas gruesas de gasa. Pero no siente ningún dolor.

Mira hacia la derecha y ve a un hombre joven, dormido, o inconsciente, en el catre de al lado. Tiene una venda grande sobre la cabeza afeitada, una mancha oscura que no presagia nada bueno se insinúa a través del tejido. Dos hombres aparecen deprisa y agarran unos tiradores que hay en la cabecera y a los pies del catre. Con un gruñido, levantan al hombre.

Un puntito deslumbrante de luz roja irrumpe en la cara de Mollel.

—Ah, estás despierto —dice una voz desde alguna parte tras la luz—. Bien. ¿Crees que puedes caminar?

—No lo sé.

—Intentémoslo. Tenemos que sacar de aquí a todo el mundo. Coge esta chaqueta. Tu uniforme está hecho trizas. Vamos a mojarnos bastante fuera, pero es preferible a que se nos caiga encima la carpa.

Mollet se agarra del brazo del hombre mientras se impulsa para levantarse. Después introduce las manos vendadas por las mangas de la chaqueta verde oscuro. Reconoce el diseño de camuflaje y la insignia.

GSU.

—Maldita paranoia —murmura el hombre, tanto para sí mismo como para Mollet—. Todo el mundo sabe que no puedes empezar a tratar a los pacientes mientras el hospital de campaña está levantándose a tu alrededor. Pero no, dijeron. Inspeccionaron el lugar, pero tendríamos que haber esperado hasta que terminasen las votaciones para colocar las carpas. Bueno, ¡esto es lo que pasa!

Un escueto destello blanco resalta sobre la lona de la carpa y, antes de lo que tarda un latido, le sigue el estruendo de trueno que revuelve el estómago.

El hombre —es un médico, decide Mollet— le ha colocado el brazo alrededor de la cintura, y ambos se tambalean de modo vacilante hacia la salida. Atraviesan de un empujón una portezuela pesada de lona, y Mollet se queda sin aliento por una repentina ráfaga de lluvia punzante.

—¿Puedes seguir por tu cuenta? —chilla el médico—. Tengo que sacar a otros pacientes.

Mollet asiente.

—*Sawa sawa* —grita el médico—. Ve hacia aquellos autobuses de allá.

Mollet levanta una mano vendada. Ahora que la lluvia ha empezado, le cae por la cara, sin piedad, distorsionando la luz deslumbrante de las lámparas de arco y los faros de los vehículos. Hombres uniformados corren a su alrededor en todas las direcciones. Muchos de ellos llevan la misma linterna de filtro rojo que utilizó el médico. Mollet agacha la cabeza y se dirige con esfuerzo hacia los vehículos. Sus pies descalzos tropiezan sobre la grava desigual. La grava activa un recuerdo en su interior: en este lugar mareante, desorientador, él tiene un sentido de la ubicación indefinible. Pero antes de que pueda captarlo, nota un empujón entre los hombros. Una violenta ráfaga de viento le hace girar, casi haciéndole perder el equilibrio.

Los gritos y chillidos a su alrededor se intensifican. Mollet se ha girado, alejándose de las luces, mirando con los ojos entrecerrados entre el viento y la lluvia. Ante él aparece la figura blanca, fantasmal, de la carpa que, iluminada por las lámparas de arco, se levanta perezosamente sobre el suelo. Una docena de agentes de la GSU, o más, pelean para sujetarla mientras se ladea hacia delante, cae con estrépito, cruje, y da vueltas hasta descansar como un pájaro abatido, ondeando de forma inútil contra el lateral de un camión militar.

La ráfaga desciende tan repentinamente como surgió, y los hombres salen disparados para separar la lona de la estructura antes de que la lluvia arranque de nuevo. Ya sin estar cegado por la lluvia, Mollet ve otras carpas, todavía en pie, y camiones yendo y viniendo. Otros rugidos pasan ahora por su lado, y alcanza a ver

filas de oficiales de la GSU con expresión adusta, con sus uniformes verdes y cascos carmesíes apretados por detrás, antes de desaparecer en una nube de humo de diésel. Hay una especie de camión de comunicaciones, erizado de antenas, y autobuses: cuatro autobuses militares grandes, viejos, con las ventanillas empañadas, aparcados en una fila ordenada sobre el suelo de grava.

—Conozco este lugar —dice Mollel en voz alta, sin oír apenas sus propias palabras.

Más allá de las luces, todo está negro. Pero de vuelta hacia donde estaba la carpa, ve la protuberancia de una alcantarilla de hormigón. Se lanza hacia delante, casi echando a correr a pesar de su debilidad y de ir con los pies descalzos. Pasa junto a los hombres de la GSU, que están maldiciendo, sobre la lona impermeable, que ondea allí expuesta, entre los cuidados catres de hospital ahora expuestos y derribados, y llega hasta donde el agua chorrea y borbotea por la alcantarilla que hay por debajo, con la corriente desbordándose de la cañería que sigue todo el trecho hasta Upper Hill, fluyendo ágil y oscura a sus pies.

Está en Uhuru Park.

Está en el lugar donde se encontró el cuerpo de Lucy.

—¿Mollel? ¿Eres Mollel?

Respira entrecortadamente, con dolor. Levanta las manos. Parecen arderle.

Se endereza con rigidez. Todo el autobús huele a sudor y mantas viejas. Utiliza sus dos manos vendadas para quitarse de encima la manta húmeda. Todavía lleva la chaqueta de la GSU.

El amanecer. El sol entra por las ventanillas del autobús. Fuera, el lozano follaje verde de Uhuru Park, hinchado por la lluvia, parece estallar de color y vida bajo la claridad brillante del cielo azul de la mañana en Nairobi.

—Soy Mollel.

—Aquí hay alguien que te busca. ¿Qué tal están las manos esta mañana?

Reconoce la voz como la del médico que le ayudó a salir de la carpa la noche anterior.

—Doloridas.

—Te conseguiremos algo para eso. Tu amigo está fuera.

El médico ayuda a Mollel a ponerse de pie, y se abren camino para salir del bus, pasando por encima de las extremidades y las botas de los agentes de la GSU que están durmiendo o apoltronados en sus asientos a ambos lados del pasillo.

A pesar del dolor de manos y el agarrotamiento del cuerpo, Mollel no puede evitar sonreír cuando ve la sonrisa de oreja a oreja de Kiunga, que le tiende la mano y lo ayuda a bajar el último escalón.

—No creerías el *shida*^[50] que he tenido intentando encontrarte —dice—. Me contaron que la GSU te había rescatado de un incendio en Kibera, pero nadie me decía adónde te habían llevado. He estado en todos los hospitales de la ciudad. Después, de vuelta de Kenyatta, pasé con el coche por el lado de Uhuru Park. Vi todo el lugar acordonado, atestado de GSU. Estuve más de una hora intentando convencerles para que me dejaran pasar. ¿Qué cambio, eh, en comparación con hace unos pocos días?

El médico, a quien Mollel ve ahora de verdad por primera vez, un tipo con expresión inquieta y uniforme de la GSU, y un brazalete blanco con una cruz roja, le da a Mollel un par de pastillas y una taza de papel con agua.

—¿Tomas alguna medicación? —pregunta.

—No —contesta Mollel.

Kiunga le lanza una mirada dubitativa, pero Mollel le ignora.

Mientras se lleva la taza a los labios, Mollel se percata por primera vez de que

tiene una sed casi tan intensa como el dolor, y bebe con avaricia después de tragar las pastillas.

—Esas son las únicas que conseguirás por mi parte —dice el médico—. Solo te trajeron aquí por error, en primer lugar. Tendrás que ir por tu cuenta a la enfermería de la policía.

—¿Qué es este sitio? —pregunta Mollel.

—Puesto de mando avanzado —contesta el médico—. El cuartel general de la GSU en Ruaraka está demasiado lejos de la ciudad como para ser eficaz. Así que nos hemos instalado aquí. Es el espacio abierto más cercano al Parlamento y al Central Business District.

—Me dijiste anoche —comenta Mollel— que no querían montar este puesto de mando hasta que terminasen las votaciones. ¿Eso significa que esperaban problemas? ¿Anticipaban acusaciones respecto a que las elecciones habían sido amañadas?

—No sé nada de eso —contesta el médico, cambiando de posición—. De verdad tenéis que salir de aquí ahora.

—No hasta que hayamos hablado con vuestro oficial al mando —contesta Kiunga.

—Por supuesto. Le encontraréis en el camión de comunicaciones.

Desaparece en el bullicio que hay alrededor.

—Anoche me di cuenta de que muchos de estos agentes de la GSU llevan linternas que tienen filtros rojos en el cristal —dice Mollel.

—Es un truco del ejército —contesta Kiunga—. Dispersa la luz, hace que sea menos probable ver los rayos.

—Y que sean menos efectivos —añade Mollel—. ¿Recuerdas el trozo de tela que encontramos donde alguien se tropezó con el alambre de púas? Los filtros rojos cubrían la luz lo bastante como para asegurar que la patrulla de la policía no viese a los GSU el viernes por la noche. Pero posiblemente también fue por eso por lo que no descubrieron el cuerpo de Lucy.

—Ahora sabemos por qué estuvieron aquí —dice Kiunga—. Estaban haciendo un reconocimiento para montar este campamento. Tenían que hacerlo al amparo de la oscuridad. Lo último que quería el Gobierno era dar la impresión de que estaban adelantándose a las protestas. Así que parece que nuestro pequeño amigo ciego tenía razón en todo, ¿eh, jefe?

Mollel siente una oleada de dolor y consternación.

—¡Sammy!

—¿Qué, jefe?

—Sammy Superglue. Estaba aquí, en Kibera. Fue a él a quien estaba intentando salvar. ¿Qué ha pasado con él?

Kiunga baja la mirada.

—No sacaron a nadie más del incendio, jefe. Solo a ti.

A la luz del día, es fácil volver a encontrar la guarida de Sammy, ahora que saben dónde está. Mollel está solo a unos metros de Kiunga —este no tendría más que saltar la valla de alambre de púas, de baja altura, y agacharse entre una palmera de abanico y un papiro ornamental—, pero aquel sitio parece extrañamente resguardado, arropado del alboroto del parque contiguo.

La manta de Sammy está en el suelo, y junto a ella, su preciada radio a pilas. Mollel la coge. Con torpeza, con las manos vendadas, logra encenderla.

... con la peor violencia de la que se ha tenido constancia en el distrito Lang'ata de la capital. Mientras, el escrutinio continúa en el Centro Internacional de Conferencias Kenyatta. Los medios de comunicación han sido expulsados del lugar, pero poco después de la prohibición, un observador oficial, el empresario David Kingori, ha negado categóricamente las acusaciones de fraude electoral.

Mollel oye el tono de voz conocido, condescendiente, de David Kingori. Fuerzas irresponsables, está diciendo, estaban intentando influir en el resultado de la votación incluso antes de que todos los votos fuesen escrutados. El periodista le pregunta por discrepancias en el recuento: votos progobierno que parecen ser mayores en número incluso que los votantes registrados. Mollel puede percibir la sonrisa en la voz de Kingori al responder: «Eso es competencia del comisionado electoral. Todo lo que puedo decir es que he estado aquí en el escrutinio desde que llegaron las primeras urnas y no he visto nada sospechoso».

Mollel apaga la radio con enfado. Piensa en Sammy, haciendo cola con optimismo para votar en Kibera, y está a punto de lanzar la radio a los arbustos con indignación. Pero en lugar de eso, dobla la antena y la mete en la bolsa de gimnasia que le ha dado Kiunga. Su compañero ha asaltado su propio armario para llevarle una muda a Mollel, y Mollel se alegra al ver que aunque la ropa es un poco grande para él, es sobria y discreta: una camisa blanca y pantalones, calcetines y zapatos. Y un cinturón, que le hará falta si quiere llevar los pantalones de Kiunga sin que se le caigan. Deja en el suelo la bata quirúrgica y la chaqueta de la GSU.

Cuando sale de los arbustos, Kiunga dice:

—Estaba empezando a preguntarme si saldrías alguna vez.

Mollel sujeta el cinturón entre las manos vendadas.

—Necesito que me abroches esto.

Mirando avergonzado por encima del hombro, Kiunga se planta cerca de Mollel y pasa el cinturón con rapidez por las presillas y lo aprieta. Se retira.

—Lamento lo de Sammy, jefe. Pero ¿sabes?, no debes sentirte culpable. No puedes salvar a todo el mundo. No hay mucha gente que lo hubiera intentado.

Mollel siente la admiración del joven como una carga. Siente la urgencia de confesar: «No entré ahí para tratar de salvar la vida de Sammy. Estaba tratando de salvar a un testigo. Lo hacía por el caso».

No puedes salvar a todo el mundo.

Si lo supiese, piensa Mollel. Si todos supiesen que entonces, en los escombros de la embajada americana, no estaba tratando de salvar a todo el mundo. Solo intentaba salvar a una persona. Siguió sacando a los demás porque se interponían.

—¿Estás bien, jefe?

—Claro. Vamos, tenemos que hablar con el tipo que está al mando de este sitio.

—Pero tienes bastante mal aspecto. ¿Quieres volver a ver al médico?

—Estoy bien.

—Jefe, estoy preocupado por ti. Cuando el médico te dio esas pastillas, dijiste que no estás tomando ninguna otra medicación. Bueno, sé que lo haces. Has tratado de ocultarlo, pero de todos modos me he dado cuenta. Si te encuentras mal, jefe, siempre podemos ir a la enfermería de la policía, e intentar conseguir allí lo que necesitas.

—Estoy bien —contesta Mollel bruscamente—. Y tenemos trabajo que hacer. ¿A menos que pienses que el caso ya no tiene importancia? ¿Quizás crees que deberíamos dejarlo, como todo el mundo?

—No, jefe —dice Kiunga.

—Necesitamos hablar con quien esté al mando —pide Mollel.

Al final de varios escalones de aluminio, la puerta trasera del camión de comunicaciones permanece abierta. Al comienzo de esos escalones, un sargento de la GSU se está escarbando los dientes.

—Somos policías —añade Kiunga, mostrando su identificación.

—No me importa —responde el tipo de la GSU—. *Nenda huko*.

Que es lo más parecido a «iros a la mierda» que puede decirse en swahili.

—De acuerdo, *rafiki*^[46], tranquilo —dice Kiunga—. Estamos investigando un asesinato.

—No importa. Los únicos que pueden entrar aquí son la GSU y el presidente en persona.

—Apuesto a que os encanta este sitio, ¿verdad? Fuisteis vosotros los que celebrasteis un pequeño pícnic la medianoche del viernes pasado, ¿no?

—¿Qué sabes de eso?

—¿Así que fuisteis vosotros?

—Cierra la boca, *mtundu*^[34].

—Necesitamos hablar con tu jefe —dice Mollel—. Solo será un minuto.

—El teniente Kodhek no tiene un minuto, masái. Por si no te has dado cuenta, este país se dirige a una guerra civil. ¿Y tú de qué te ríes?

—¿Ashiruma Kodhek? —pregunta Kiunga riendo—. ¿Patadademierda Kodhek? Le han hecho teniente, ¿en serio?

—Ya lleva un tiempo —contesta el GSU a regañadientes.

—Dile que Collins Kiunga está aquí. Estuvimos juntos en Embakasi. ¡Venga!

De alguna manera la orden funciona, y el sargento tira el mondadientes, se levanta y avanza pesadamente hacia la parte trasera del camión.

Al cabo de poco tiempo, sale un agente de la GSU. Como los demás, es alto, aproximadamente un metro ochenta, y luce el verde oscuro paramilitar. En vez de casco, sin embargo, lleva una boina carmesí. Al ver a Kiunga, hace una mueca. Ni siquiera se molesta en mirar a Mollel. El guardia se alza amenazante a la altura de su hombro.

—¿Así que ahora eres teniente, Patadademierda? —pregunta Kiunga.

—¿Y tú sigues siendo agente de policía? Eso no es una sorpresa.

—Agente *detective*.

—Estupendo. Así que te pagan lo mismo, pero tienes que trabajar con tu propia ropa. Bien hecho.

—Me preguntaba si este sería tu regimiento —dice Kiunga—. Veo que todos tus hombres se han quitado la insignia de la unidad. Hace un poco difícil saber quién es quién.

—¿Qué quieres, Kiunga?

—Bueno, aunque me encantaría quedarme un rato y recordar viejos tiempos —contesta Kiunga—, tenemos que llevar a cabo una investigación por asesinato. El cuerpo se encontró justo dentro del parque, aquí. Pensamos que la víctima fue asesinada, o se deshicieron de ella aquí, más o menos cuando tus colegas estaban realizando su pequeño reconocimiento nocturno supersecreto en este sitio. Nos gustaría hacer unas cuantas preguntas, si no te importa.

—Me importa. ¿Y qué es eso que dices de la otra noche?

—Solo que sabemos que estuvisteis aquí. Tenemos testigos. Y sería bueno saber si tú o alguno de tus hombres vio algo que pudiese ayudarnos en nuestra investigación.

—No estuvimos aquí. Esta es la primera vez que cualquier GSU ha estado cerca de este parque. ¿No es cierto, Mwathi?

—Así es, teniente —contesta el sargento—. Además, no pueden tener ningún testigo, porque nadie nos vio.

Kodhek pone los ojos en blanco, y Kiunga y Mollel tratan de disimular sus sonrisas.

—Mira —dice Mollel—. Asesinaron a una chica el viernes por la noche. Su cuerpo se encontró aquí, en la alcantarilla. No os estamos acusando de nada. Solo queremos verificar unas pocas cosas.

—Volved cuando hayan terminado los problemas.

—¿Oh, sí? ¿Cuándo va a ser eso? ¿Sabes algo que nosotros no sepamos? ¿Como el hecho de que, para empezar, siempre se supo que habría problemas?

Kodhek se le queda mirando fijamente, enmudecido. Kiunga decide cambiar de táctica, y adopta un tono amistoso.

—Vamos, Patadademierda —suplica Kiunga—. ¿Cómo está esa dulce hermanita

tuya? Debe de tener casi veinte, ¿verdad?

—No metas a mi hermana en esto —advierte Kodhek. El guardia que está a su lado se pone tenso, listo para la orden de ataque.

—Solo digo —sigue Kiunga—. Solo digo que esta chica; la que encontramos en la alcantarilla; tenía unos veinte. Como tu hermana.

—Esa chica —suelta Kodhek— no se parecía en nada a mi hermana.

Después, dándose cuenta de que ha dicho demasiado, espeta:

—¡Mwathi! Líbrate de estos dos. Si no han salido de este sitio en dos minutos, mételos en el furgón celular.

Gira sobre sus talones y vuelve a meterse en el camión como un vendaval, cerrando de un portazo.

—Le habéis oído. Moveos.

Mwathi tiene una piqueta en la mano, y la balancea ya de modo amenazador. Hace un gesto hacia la salida del parque, que está custodiada por una fila de tropas lánguidas, que en su mayoría sujetan o se apoyan sobre la misma cachiporra estándar.

—Por ahí.

Les conduce hacia la parte trasera de un camión cubierto por una lona y mira por encima del hombro. Kiunga se prepara para una pelea. Pero Mwathi baja su porra y se apoya contra la rueda del camión.

—Está bien, solo quiero hablar con vosotros. Esa chica tenía veinte años, ¿decís? Yo mismo tengo una hija de esa edad.

Kiunga sonrío.

—No pareces lo bastante mayor.

—Ahórrate el halago. Tenemos que darnos prisa. Si el teniente descubre que he estado hablando con vosotros...

—*Sawa sawa* —dice Mollel—. ¿Qué tienes que contarnos?

—Tenéis razón —contesta Mwathi—. Estuvimos aquí esa noche. No sé si los jefes tenían aviso previo respecto a que habría problemas o no. Todo lo que se nos dijo es que teníamos que prepararlo en secreto, de lo contrario no tendría buena pinta. Llegamos aquí sobre las once.

Exactamente como dijo Sammy, piensa Mollel.

—En todo caso, justo al entrar (cuatro autobuses, con las luces apagadas) vemos a una pareja saliendo de los arbustos, allí.

—¿Junto a la alcantarilla? —pregunta Mollel.

—Sí.

—¿Los viste tú mismo? ¿Puedes describirlos?

—Como digo, estaba oscuro. Pero sabíamos qué habían estado haciendo. Los chicos en el autobús se echaron unas buenas risas. Eran bastante desiguales. Ella era mucho más alta que él. No pudimos verla bien en la oscuridad. ¡Pero él! Eso era lo curioso. Pelo blanco, piel blanca. Destacaba, incluso en la oscuridad. Un *mzungu*. Ambos estaban bastante asustados, me parece, porque corrieron hasta su coche. Un

bonito cuatro por cuatro, plateado o blanco, creo. Se marcharon tan deprisa como pudieron.

—¿Golpearon alguno de los postes al marcharse? —pregunta Mollel.

—No, que yo viese.

Les interrumpe la llegada de unos veinte GSU más o menos, totalmente pertrechados con equipos antidisturbios. Pasan como un vendaval junto a Mwathi y los dos policías, y empiezan a entrar en la parte trasera del camión.

—¿Adónde vais? —grita Mwathi.

—Al Centro Internacional de Conferencias Kenyatta —grita uno a modo de respuesta—. Necesitan refuerzos en el escrutinio.

—¿Hay alguna posibilidad de que nos lleven? —chilla Mollel.

El camión ruge al arrancar.

—El teniente me dijo que os sacase de aquí. ¡No dijo cómo!

Mwathi ayuda a Mollel y Kiunga a subir a la parte trasera del camión. Se aprietan en el banquillo, atrayendo miradas burlonas de las tropas antidisturbios.

El camión ya se está moviendo cuando Mwathi empuja hacia arriba la puerta trasera y Kiunga gira el resorte para ajustarla y cerrar. Mwathi se despide de los dos policías con la mano mientras el camión pasa en medio del cordón y sale del parque.

Kiunga se inclina y le dice a Mollel al oído:

—¿Sabes?, a veces podrías confundir a un GSU con un ser humano.

Mollel observa los rostros inexpresivos y cubiertos con viseras que hay a su alrededor.

—Solo a veces —contesta.

El camión hace demasiado ruido para hablar, pero, aunque no hubiese sido así, el paisaje de fuera hubiese acallado cualquier palabra.

Incluso los agentes de la GSU parecen impresionados por la ciudad.

El camión desciende como un bólido Kenyatta Avenue, los semáforos resultan incluso más intrascendentes de lo habitual.

Fuera del camión, no se ve ni un alma.

Las tiendas están cerradas, con los postigos echados. Cuando pasan a toda velocidad junto a Simmers, incluso ese legendario centro de sordidez de Nairobi está cerrado. No suena música lingala desde detrás de las mesas, que están volcadas y colocadas de forma apresurada en la entrada a modo de barrera improvisada. Una perra amarilla trota por la acera, con las ubres colgando, las costillas desnudas. Lanza una mirada a un par de cuervos cuelliblancos que rebuscan en una bolsa de basura, decide que podrían pelear mejor que ella, y se escabulle. En la estela del camión, pedazos de papel y plástico dan vueltas y se arremolinan, después se unen a la corriente de aire que desciende de los rascacielos de la avenida, flotando hacia arriba hasta donde las águilas grises, exuberantes como las nuevas dueñas de la ciudad, dan vueltas enérgicamente y gritan.

Al levantar la mirada: sobre fachadas cerradas con postigos metálicos, los letreros anuncian barberías, salones de belleza, gimnasios, incluso una agencia matrimonial: los pisos del primero al tercero parecen dominio exclusivo del cuerpo y el alma. Más arriba, más letreros pintados a mano: escuelas de negocios, agentes de bolsa, agentes de importación y exportación. Los pisos superiores son el hogar de la especulación y la aspiración. Quizás son las únicas que pueden con las escaleras.

Estos edificios hablan de una era distinta, optimista pero corta de miras. El desarrollo de esta ciudad nunca se predijo. Se pensó que seis, siete plantas eran suficientes. Nunca previstos para múltiples inquilinos, los edificios tienen la marca de cada residente que ha pasado por ellos: ventanas cerradas con tablas como dientes rotos, los aparatos de aire acondicionado cuelgan de ellas como un cigarrillo pende de unos labios. Los tejados acaballados con tejas de pizarra o terracota, remendados aquí y allá con planchas de acero galvanizado. Con lo que Nairobi podría haber sido...

Pero, más allá, los rascacielos brillantes del nuevo Nairobi miran hacia abajo de forma impasible. Las torres gemelas del Nation Centre; el cristal de espejo azul del Standard Building, reflejando a su primo, el Lonrho House, más alto y más robusto, al otro lado de la calle. Los ascensores de cristal del ICEA Building cuelgan estáticos

a los lados. Hoy no hay pasajeros.

Y todavía más allá y por encima de ellos, el primer signo de humanidad que Mollel ve desde que salieron de Uhuru Park. En la base de la pista de aterrizaje sobre la torre del Centro Internacional de Conferencias Kenyatta, un helicóptero militar orondo baila en el aire y se bambolea un momento antes de inclinar con determinación la parte delantera y marcharse deprisa.

El Centro Internacional de Conferencias Kenyatta, con su torre tan característica, aunque ya no sea la más alta de toda la ciudad, coronada por el plato de una pista de aterrizaje para helicópteros. Es como la chimenea de un termitero, una expresión de la energía y la ambición de lo que tiene debajo. El centro de conferencias en sí mismo es una ciudad dentro de la ciudad, una declaración del interés de Nairobi por proclamarse destino mundial. Una chincheta clavada en el mapa.

El camión sale de Kenyatta Avenue por el camino equivocado, hacia una calle de sentido único, y llega al distrito administrativo: Ayuntamiento, Parlamento. La vida está de nuevo en las calles, aunque la mayoría de gente vaya con cascos carmesíes. Mientras se acercan a las puertas del Centro Internacional de Conferencias Kenyatta, el camión aminora la marcha, y se detiene un momento mientras los agentes de la GSU tratan de abrirle camino. Hay una mujer con un fajo de papeles.

—Soy funcionaria electoral —está gritando—. ¡No podéis denegarme el acceso al escrutinio!

Con el enfado, se le caen los papeles y se dispersan con el viento. Los agentes de la GSU se ríen. Cerca, un reportero de televisión está intentando grabar una crónica frente a una cámara.

—Hace unos momentos —le grita al micrófono— todos los enviados de los medios de comunicación y los observadores fueron expulsados del Centro Internacional de Conferencias Kenyatta. A pesar de los primeros sondeos que pronosticaban una victoria arrolladora de la oposición, los recientes resultados oficiales han mostrado que el Gobierno avanza. No está claro...

Un agente de la GSU, porra en mano, se interpone entre el reportero y el cámara y coloca la mano libre delante del objetivo. Mientras la escena se convierte en una refriega, el motor del camión ruge al arrancar de nuevo.

—Vamos a entrar —dice Mollel.

BIENVENIDOS AL CENTRO INTERNACIONAL DE CONFERENCIAS KENYATTA, proclaman las letras rojas en una enorme pantalla LED. Debajo de ella, una barricada de agentes de la GSU, con los codos entrelazados, tres filas y al menos treinta por fila, aguardan al inicio de los escalones de la entrada principal. El camión en el que han llegado Mollel y Kiunga ya se ha ido, después de verter a sus ocupantes. De alguna forma, como bajaron los primeros, no han cuestionado su presencia, y mientras sus compañeros de viaje suben deprisa las escaleras para unirse al piquete, Mollel y Kiunga hacen lo

mismo. En la reestructuración para dar cabida a los recién llegados, los dos policías consiguen pasar, y se encuentran frente a las puertas de cristal de la entrada principal. Las puertas están cerradas.

Kiunga aporrea el cristal y ahueca las manos para mirar dentro. Aparece la cara de uno de los guardias de seguridad privada del Centro Internacional de Conferencias Kenyatta. Poco más que un adolescente, parece aterrorizado. Kiunga coloca de un golpe su identificación contra el cristal.

—Déjanos entrar —grita.

El joven se retira. Después se oye el correr de una cadena, y la puerta se abre un poco.

—Se supone que solo podemos dejar entrar al ejército y la GSU —dice.

—Somos policías —contesta Kiunga—. Se supone que todos estamos en el mismo bando.

—Hasta hace un par de horas —dice el chico—, ni siquiera sabía que *había* bandos.

Abre la puerta lo bastante como para que entren, después la cierra apresuradamente y vuelve a echar la cadena.

Dentro, veinte guardias de seguridad, o más, permanecen de pie con torpeza. La llegada de la GSU les ha dejado con una sensación de usurpadores, de estar de más. Soldados de juguete.

—Estamos buscando a David Kingori —dice Mollel—. ¿Alguien le ha visto?

Los guardias evitan el contacto visual y se resisten a contestar. Están acostumbrados a obedecer a la autoridad. Ahora no tienen claro quién es la autoridad. Finalmente, uno dice:

—Creo que le vi en el Salón de Plenos.

—¿Por dónde está? —pregunta Mollel.

Aliviados ante una pregunta que pueden responder, los guardias señalan al unísono hacia unas escaleras.

—Gracias —contesta Kiunga con una reverencia sarcástica—. Hoy os habéis ganado de verdad las horas extra, chicos.

En las escaleras, Kiunga dice:

—¿Cómo sabías que Kingori estaba aquí, jefe?

Mollel piensa en la pequeña radio a pilas que encontró en el parque, las noticias que oyó con ella.

—Me lo dijo Sammy —contesta.

Kiunga parece confundido por un instante, pero lo deja correr.

—Nuestro testigo GSU sitúa a Lethebridge y a Lucy *alejándose* de donde se encontró el cuerpo —dice.

—Podría no ser Lucy —contesta Mollel—. Dijo que era una mujer alta, ¿te

acuerdas? Lucy no era tan alta. Pero Wanjiku Nalo sí.

Kiunga hincha las mejillas.

—Parece una identificación vaga.

Lo es. Tan solo si Sammy hubiera podido identificar su voz, pero eso ya no es posible.

—Pero tenemos a Lethebridge allí —continúa Mollel—. No hace nada sin que lo diga Kingori. Si podemos conseguir que Kingori conecte a Lucy con Wanjiku y Nalo, tendremos suficiente para un arresto.

—Sí —responde Kiunga—, ¿pero de *quién*?

—Vamos.

Al final de las escaleras hay un rellano amplio. La entrada al Salón de Plenos está abarrotada, y hay más refriegas. De forma incongruente, los bancos que hay a lo largo de las paredes de este espacio están llenos de gente durmiendo o sentada con la cabeza apoyada en las manos, como si fuese una sala de espera. Parecen habituados al jaleo, o se esfuerzan por ignorarlo.

—Dejadme pasar —resuena una voz conocida—. ¿No sabéis quién soy?

Mollel tira de Kiunga para colocarse detrás de una columna. Otieno está discutiendo con un par de detectives de paisano, con trajes elegantes y gafas de sol. Uno de ellos tiene la mano sobre el pecho de Otieno, y posiblemente por primera vez, Otieno parece pequeño al lado de otro hombre.

—Soy Otieno, jefe del CID Central —grita—. *Soy parte de esto.*

—Ve a atrapar a algún criminal, viejo —se burla uno de los oficiales de paisano—. Mejor aún, vete a casa. Hay muchos sinvergüenzas en Luolandia. Deja la política a los chicos grandes.

—No hemos llegado al final de este asunto —brama Otieno.

Se gira sobre sus talones, y Mollel y Kiunga se agachan tras la columna mientras pasa por su lado como un vendaval.

—Por poco —dice Kiunga—. Pero si él no puede entrar, nosotros no tenemos ni una posibilidad.

—Pero no necesitamos entrar —contesta Mollel—. Solo tenemos que encontrar a Kingori.

Señala hacia donde el vestíbulo de doble altura va a dar a las ventanas superiores del Salón de Plenos. Allí hay un pasillo.

Desde donde están, pueden ver toda la extensión del Salón de Plenos. Podrían meter dentro toda la iglesia de George Nalo y todavía quedaría sitio para aparcar. Pero cada centímetro del lugar está atestado de gente. Y a pesar del caos que hay fuera, la actividad es de una calidad diligente, armoniosa, resaltada por la casi

completa ausencia de sonido a través del cristal. Las urnas de acero son llevadas y volcadas sobre enormes mesas de caballete. Varias personas situadas alrededor de cada mesa se lanzan de inmediato sobre los papeles y empiezan a amontonarlos y clasificarlos de forma metódica, mecánica. Hay otra gente sentada, introduciendo información en máquinas de cómputo de votos.

—Aquí hay cientos de personas —dice Kiunga—. ¿Cómo vamos a localizar a Kingori?

—Tú empieza por aquella parte —contesta Mollel—. Yo empezaré por esta.

Kiunga corre hasta el extremo del pasillo, saltando sobre los pies de alguien que duerme desplomado contra la pared a medio camino. Mollel empieza a examinar a la gente que hay debajo de él. El escorzo y la distancia hacen que resulte difícil discernir los rasgos individuales. Pasa más de un minuto escrutando la espalda de una cabeza peinada que parece la de Kingori, hasta que la persona se gira y resulta ser una mujer. Con todo el movimiento en el salón, es una tarea inútil.

Además, este no es el escenario de Kingori. Él es un comandante, no un soldado de a pie. Mollel golpea el cristal con frustración.

—¿Lo habéis descubierto ya? —pregunta alguien.

—¿Qué?

—¿Habéis descubierto cómo lo hacen?

Es la persona tirada en el suelo, que Mollel había asumido que estaba durmiendo. Tiene el traje arrugado, la corbata echada hacia un lado. Las mejillas con barba incipiente entrecana y los ojos ojerosos por el cansancio, y también por algo más: la derrota.

—¿Cómo hacen qué?

—Amañar las elecciones, por supuesto. Eso es lo que estáis buscando, ¿no?

—¿Y tú lo sabrías todo al respecto? —pregunta Kiunga, que ha vuelto a unirse a ellos.

—Por supuesto. Estoy en la comisión electoral. O estaba. Imagino que he dimitido. Como todos los demás que hay abajo. Nos salimos. Os enseñaré cómo.

Empieza a levantarse con esfuerzo. Mollel y Kiunga le ayudan, y los tres se colocan frente al cristal.

—Veis cómo llegan los resultados, en cajas cerradas con llave. Las están trayendo en camión de todas partes de la ciudad. Entran por la entrada de servicio bajo vigilancia policial, acompañadas por el funcionario electoral y los observadores del centro electoral. Después las suben aquí por el ascensor. Abren las cajas, bajo la supervisión de un escrutador. Los clasificadores, los que están al final de cada mesa, las distribuyen en montones para cada candidato. Los contadores sacan la cuenta de cada uno, descartando o devolviendo cualquier papeleta en blanco o estropeada. Después el administrativo introduce los resultados en la máquina. Sacan una impresión y la sujetan al archivador que veis ahí. Después meten las papeletas, precintan la caja y van a la siguiente.

—¿Quién es la gente que va dando vueltas?

—Algunos son de los míos, los que no pueden, o no logran, ver lo que está pasando realmente. Otros son observadores independientes, pero solo unos cuantos escogidos. A los independientes de verdad los han echado.

—Todavía no lo entiendo —dice Kiunga—. ¿Son los administrativos? ¿Introducen números falsos en las máquinas?

El hombre se ríe.

—Eso se descubriría en un recuento. Esas cajas son una prueba ante cualquier desafío legal.

—¿Los organizadores?

—Puedes pasar todo el día mirando —contesta el tipo—, y no encontrarás nada incorrecto en esa sala. Están haciéndolo todo según las reglas.

—Las urnas —dice Mollel despacio—. Las están cambiando antes de que lleguen aquí.

—Así es —responde el hombre—. No todas. Solo algunas de algunos centros electorales. Las suficientes como para inclinar la balanza. Empezamos a entenderlo cuando los resultados no tenían sentido. Estábamos comparando una lista electoral de distritos llenos de luo y luhya con resultados del noventa, noventa y cinco por ciento a favor del Gobierno. Quiero decir, sé que el voto es secreto, pero eso es como si los pollos votasen a un chacal.

—¿Pero dónde hacen el cambio? —pregunta Kiunga—. Dijiste que las urnas llegan aquí bajo custodia, y con observadores.

—El ascensor —dice Mollel de forma entrecortada—. Las urnas suben en el ascensor. Ocupan todo el espacio del suelo. Los observadores no caben. Solo son un par de plantas. Esperan al siguiente, o suben a pie. Y ahí es donde se hace el cambio.

Piensa en los helicópteros yendo y viniendo sobre ellos. Los que llegan traen votos de centros electorales rurales y lejanos. ¿Y si no solo están trayendo..., sino llevando?

Y de repente Mollel sabe dónde encontrarán a David Kingori.

—Son treinta pisos, jefe. Tú no pareces preparado para llegar al entresuelo.

—Veintisiete. Ya hemos subido tres plantas.

—¿Podemos siquiera intentarlo con el ascensor?

—Viste a los guardias. Nunca nos dejarán pasar.

—Entonces déjame ir solo. Subo las escaleras, arresto a Kingori, y le bajo. Te tomas un descanso. Tienes aspecto de necesitar uno.

—No podemos arrestarlo. Necesito hablar con él. En persona.

—Si es que está allí.

—Lo está.

Un comandante, no un soldado de a pie.

—En serio, jefe. Mírate. No lo conseguirás. La subida terminará contigo.

Mollet tiene que admitir que Kiunga puede estar en lo cierto. Con la ropa de su compañero, parece incluso más delgado y adusto que de costumbre. Y las manos vendadas vuelven a dolerle.

Pero no ha llegado hasta aquí para abandonar la cacería ahora. Se apoya en el pasamanos y levanta la mirada hacia los pisos que desaparecen por encima.

—No voy a morir hoy —dice.

—Con respeto, jefe —contesta Kiunga—, no sabes una mierda en cuanto a morirse.

La afirmación hace que Mollet detenga su zancada. Se gira y mira a Kiunga, un par de peldaños por debajo.

—¿Qué has dicho?

—He dicho que no sabes una mierda de morirse.

—¿Oh, en serio?

Los ojos de Kiunga permanecen firmes ante la mirada de Mollet.

—Si lo supieras —dice con serenidad—, no te machacarías así.

—He estado rodeado de muerte —contesta Mollet— desde que era un bebé. Encontré el cuerpo de mi abuelo en lo alto de una montaña cuando estaba arreando a las ovejas. Tenía cinco años. Treinta años después saqué el cuerpo de mi esposa de la embajada americana. Puede que recuerdes ese día. Yo desde luego me acuerdo.

—No he dicho que no sepas nada de la *muerte*, Mollet. He dicho que no sabes nada respecto a *morirse*.

—No tenemos tiempo para esto.

Mollet empieza a subir escaleras. Está a la mitad del primer tramo cuando se detiene. La mano vendada se resbala en el pasamanos, y, con frustración, muerde la

gasa, desata el extremo y se quita la venda. Hace una mueca cuando la última capa se despegas de su piel quemada, y tira la venda al suelo. Después, mientras la piel de los nudillos se agrieta con el movimiento, utiliza la mano libre para liberar la izquierda.

El dolor le abrasa, pero logra apartar el toque preocupado de Kiunga sobre su manga. El frío del pasamanos de metal es como un bálsamo cuando lo agarra, pero como fuego cuando se impulsa a sí mismo hacia delante. Aun así, se agarra bien. A ciegas, da un paso, dos; después vuelve a alargar la mano hacia delante. Gruñe cuando la palma en carne viva toma contacto por segunda vez. Se arma de valor, aprieta, y tira. Dos pasos, tres. Y ha llegado al rellano.

—Faltan veintiséis pisos —dice entrecortadamente.

Después de eso, no puede hacer nada más para contar los pisos. Kiunga, sin embargo, sigue hablando. Parece como si no le importase si Mollel le escucha o no. Basta con que su voz resuene en esta espiral.

—La muerte llega —dice Kiunga—. Pero morir se requiere un esfuerzo.

Apenas han dejado de resonar sus palabras desde las paredes cuando declara:

—Tuve a mucha gente muriéndose a mi alrededor aquella vez. Lo sé, tú también has conocido la muerte. ¿Pero sabes lo que es morir se?

Mollel permanece en silencio.

—Si vives, te estás muriendo. Pero eso significa que todavía vives. ¿Sabes quién me dijo eso? Una novia. Era tan bonita, Mollel. La mujer más bonita que hubieras visto jamás. Y lo digo de verdad. ¿Sabes?, podrías verla y olvidarte de respirar a continuación, tío. Tu corazón se olvidaría de latir. Pero para cuando murió...

Sigue caminando, se dice Mollel a sí mismo. Sigue levantando el pie, poniéndolo delante del otro.

Quedan veinticinco pisos.

—Fue su marido quien se lo contagió. Lo más irónico era que fuimos siempre muy cuidadosos. Siempre con condón. Extra fuerte. Y yo odio los condones, tío. Pero lo hice porque la quería. Quería de verdad a esa chica.

»Dios sabe dónde lo pilló él. Ella decía que siempre fue un fracaso en la cama, así que quizás era *mbasha*^[30]. Quién sabe. A quién le importa. El asunto es que él lo sabía. Lo sabía desde hacía mucho tiempo. Llevaba mucho tiempo tomando antirretrovirales. Pero él no usaba condón porque, eh, no quería que su esposa sospechase nada. Y ella..., bueno, no sospechó, ¿verdad? No sospechó nada hasta

que fue demasiado tarde.

Veinticuatro.

—Fue demasiado tarde para tratar el VIH. Los médicos dijeron que lo mejor que podían hacer era darle tiempo para poner sus asuntos en orden. Así es como lo dijeron. Si la ingresasen de inmediato, había cosas que podrían hacer (sueros, transfusiones, cosas) para mitigar los peores efectos. Comprarle unas cuantas semanas extra, meses. Iba a ser costoso. Pero él tenía un buen trabajo, ¿no? Buenas ganancias, coche de empresa, y un seguro médico de primera.

»Ella fue a casa, preparó una bolsa. Nunca se enfrentó a su esposo respecto al VIH. Ambos sabían que había sido él quien se lo contagió. Pero ella imaginó que él tendría que pagar su propio precio. No tenía ni un trazo de crueldad o mala intención, aquella chica. Le dijo que se iba al hospital y que no volvería a verla. Y se marchó.

Veintitrés.

—Me llamó. Me lo contó. Tenía que hacerlo. Nunca sabías, por cuidadosos que hubiéramos sido. Estuvo bien, por cierto. Todo estaba claro. Pero ¿sabes?, estaba bastante jodido por todo el asunto. No me atreví a ir a verla de inmediato. Necesitaba hacerme a la idea de todo ello. Qué demonios, yo no era tan bueno como ella. No me la merecía. Y cuando más me necesitaba, no estuve allí para ella.

»Cuando tuve mis resultados, salí por ahí. Acabé destrozado. Conseguí que me pegasen; quiero decir, de verdad. De alguna forma me encontré en un bar en Westlands. Escogí al grupo más grande y más feo de tipos asiáticos y empecé a decirles que dejaran en paz a nuestras chicas. Les dije que, de lo contrario, empezaría a acostarme con sus hijas. Puedes imaginarte lo que pasó después.

Veintidós.

—¿Así que de qué iba todo? ¿Odio a mí mismo? ¿Autocastigo? No lo supe en aquel momento. Solo supe que me sentaron bien, aquellos cortes y moretones. Me quedé en casa y los cuidé durante unos días. Los apreciaba. Deslizaba la mano sobre las hinchazones en mis costillas y pensaba: todavía puedo respirar. Contaba las venas reventadas que tenía en el ojo y pensaba: todavía puedo ver.

»Creo que, por primera vez en mi vida, me alegraba de estar vivo. Me salvé por poco, fue un percance. Era como si... casi tienes que perder algo para apreciar lo que vale. Lo que todavía no puedo creer ahora es que, con todo lo que sabía, sin embargo pensase solo en mí mismo. Fui un bastardo egoísta, Mollel. Un bastardo superficial, egoísta.

Veintiuno.

—Me costó mucho tiempo ir a verla. Al principio era porque tenía las costillas muy doloridas como para salir de casa. Después me dije a mí mismo que no quería preocuparla, con la cara tan destrozada. Pero mi cara se curó. Mis costillas se curaron. Y seguía sin ir a verla.

»El trabajo fue una buena excusa. Sabes que no soy un vago, Mollel. Pero nunca trabajé tan duro en mi vida. Turnos extra, turnos dobles. Era una máquina unipersonal de lucha contra el crimen.

»Sabía en qué hospital había ingresado, y siempre pensaba, la próxima vez que pase cerca, entraré y la veré. Pero nunca lo hacía. De alguna forma siempre terminaba tomando una ruta distinta, aunque eso significase zigzaguear por los barrios bajos o rodear los suburbios.

Veinte.

—¿Sabes qué me hizo ir, al final? Era San Valentín. San Valentín, Mollel. A ella siempre le encantó San Valentín. Nunca tuvo nada romántico en casa, y yo jugaba bien a ese juego. Sabía qué comprarle, adónde llevarla, qué decirle.

»Todas las oficinistas de la ciudad iban vestidas de rojo. Blusas rojas, cinturones rojos, vestidos rojos. Tío, ya sabes cómo les gusta jugar, también. Música sensiblera en la radio. Se me estaba poniendo dura solo de pensarlo. Y entonces pensé, con su seguro, posiblemente tenga una habitación para ella sola. Por supuesto, es posible que no le apetezca, ¿pero quién sabe? Desde luego una mamada no estaba descartada.

Diecinueve.

—Compré unos bombones y un ramo de rosas de Naivasha a un vendedor callejero. Unas rosas rojas que valdrían trescientos chelines me costaron novecientos.

Pero qué demonios, era San Valentín.

»Me sentía bastante contento conmigo mismo mientras entraba en el hospital. Es parte de la charada de San Valentín, ¿no?... aparecer, con flores en la mano, el amante gentil. Pude ver que la enfermera de recepción estaba impresionada. Di el nombre, y se me quedó mirando fijamente. No hay ninguna paciente que se llame así, dijo. Debe haberla, contesté.

Dieciocho.

—Vino la enfermera jefe. Menuda *jike* estricta y vieja. Las flores no significaban nada para ella. En ese trabajo, veía flores todos los días, pero dudo que jamás le hubiesen dado un ramo en su vida.

»La paciente por la que pregunta fue dada de alta, dijo.

»Y yo, ¿dada de alta? Me pregunto por qué no me lo dijo. Pero eso tiene que ser buena noticia, ¿verdad? ¿Está mejorando?

»La enfermera jefe me contó que nunca la ingresaron. Ella fue, muy bien, carta de admisión, todo el papeleo en orden, pero en esos días siempre necesitaban una preliquidación de la compañía aseguradora. Solo una formalidad. Así que llamaron por teléfono, y el seguro había sido cancelado. Su marido la había quitado de su póliza. La compañía no iba a pagar.

Diecisiete.

—Fue todo por las apariencias, ¿entiendes, Mollel? Una mujer joven como ella, cuando muere, puedes llamarlo malaria, puedes llamarlo cáncer, pero todo el mundo sabe lo que es. Su marido no quiso que la gente supiera que se lo contagió él. No quería que la gente supiera que él lo tenía. Así que montó un gran espectáculo del hecho de romper con ella. Hizo el papel de marido traicionado realmente bien. Incluso conmigo. El gran chiste era que no sabía nada respecto a su esposa y a mí. Por lo que él sabía, ella siempre le fue fiel. Y ese fue el agradecimiento que obtuvo.

Dieciséis.

—La encontré, al final, en casa de su hermana. Su hermana no quería admitir que ella estaba allí, al principio. No quería que los vecinos supiesen que tenía en el

edificio a alguien muriendo de sida.

»No sabía que la hermana también estaba cuidando de su abuela. Allí, en el sofá, había una anciana, encorvada y huesuda. Más un esqueleto que un ser humano. Apenas pudo mover la cabeza para mirarme cuando entré.

»No le queda mucho, a la vieja, pensé. Pero imagino que sabes lo que voy a decir. No era la abuela. No era una anciana en absoluto. Esa era mi novia, allí. La mujer que amaba. Mi amante.

Kiunga se queda callado los últimos escalones hasta el siguiente rellano. Cuando llega, Mollel se para.

—Quince —dice Mollel jadeando—. Décimo quinta planta. Estamos a medio camino.

—No del todo —contesta Kiunga—. Empezamos en el cuarto piso, ¿te acuerdas?

Mollel se apoya en el pasamanos. Mira hacia abajo por el hueco de la escalera. Se gira y levanta la mirada.

—Sigue siendo un buen sitio para un descanso —contesta.

Se sientan en las escaleras. El sonido de un helicóptero fuera parece extenderse y retumbar por todo este tubo sin ventanas, viajando hacia abajo, hasta el suelo, y volviendo a subir hasta que se debilita en las paredes, se atenúa, y desaparece.

Mollel quiere apoyar la cabeza en las manos, pero todavía le duelen demasiado. En vez de eso, se sienta con las palmas abiertas como un libro ante él, y nota el aire en ellas.

—Le fallé —dice Kiunga—. Ni siquiera tuve el valor de quedarme y sujetarle la mano al final. Y pienso en ello cada día de mi vida. No estoy pensando en su *muerte*, Mollel. Estoy pensando en su *morirse*.

—Venga —contesta Mollel—. Tenemos un trabajo que hacer.

—¿Ves adónde quiero llegar, Mollel? Tienes un hijo. Gente a tu alrededor que se preocupa por ti. No tiene que ser así. De modo que vas a morirte. Todos vamos a hacerlo. Pero tienes la oportunidad de hacer frente a tu enfermedad, mantenerla bajo control. Aprovechar el tiempo.

—Lo siento, Kiunga —dice Mollel—. Lo has entendido mal.

—No creo. Te he visto tomarte las pastillas. Has tratado de ocultarlo, pero sé que tienes VIH. No es solo este caso lo que te está carcomiendo. Es el virus.

Mollel se levanta.

—Vamos —dice—. Ahora me toca hablar a mí.

—Quince pisos más —dice Mollel, alzándose sobre sus pies. Contempla las escaleras que tiene justo enfrente.

Cuenta quince pasos. Sube un tramo cada vez. Jadea cuando agarra el pasamanos. Un pie adelante, se empuja hacia arriba.

—Quince pisos —repite—. Eso es lo que mi mujer subía cada día. La escuela de secretariado estaba en la planta quince. No le gustaba el ascensor. Siempre iba demasiado lleno. Tenía que esperar demasiado. Los chicos solían tocarla. Darle pellizcos.

Kiunga suelta una risita.

—Quince pisos, arriba y abajo. No había dónde comprar comida ahí arriba, por supuesto. Se llevaba algo para comer, o compraba un *mandazi* en el camino de ida. Pero aquella mañana se dejó la comida encima de la mesa. No pude soportar la idea de que pasase hambre. Tenía turno de tarde. Así que, pensé, se la llevaré.

Planta dieciséis.

—¿Has pensado alguna vez lo que son dieciséis pisos de hormigón reforzado a tu alrededor, Kiunga? ¿Has pensado alguna vez en el acero y la piedra pulverizada que nos sostiene aquí?

—Intento no hacerlo.

—Claro. Eso es lo que hacemos todos. Si piensas demasiado en algo, todo se volverá polvo. No piensas en un desprendimiento de tierras cada vez que subes una montaña.

Mollel se calla un momento. Retoma el aliento. Retoma sus pensamientos.

—Los *matatus* estaban atestados aquella mañana —continúa—. Confiaba en que la alcanzaría en el vestíbulo, pero pasaban de las diez cuando llegué a Haile Selassie Avenue. Imaginé que sería más rápido bajar del autobús y caminar. Había alguna clase de atasco por delante. Por lo general lo había. Ya sabes cómo eran los americanos en cuanto a la seguridad alrededor de su embajada. Recuerdo oír aquel chillido de neumáticos y pensar, conductor keniatá. Pero después, disparos.

Planta diecisiete.

—Conoces esa calle, Kiunga. Es como una trinchera de cemento. Edificios por todas partes. Nadie podía decir de dónde venían los disparos. La gente intentaba correr, pero todos corrían en diferentes direcciones. Quise ir hacia delante, pero alguien me empujó hacia atrás. Lo último que recuerdo pensar es, oh, Dios, se me ha caído su comida. Después noté como si el suelo se hubiese desplomado debajo de mí. Me golpeé contra una pared. Y la pared siguió apretándome con fuerza a un lado de la cabeza, y pensaba: ¿qué es esta pared? Pero no era una pared. Era el suelo. Me había caído. Y toda la gente que antes estaba delante de mí, ahora estaba encima. Conseguí levantarme. Traté de mirar a mi alrededor, pero ni siquiera reconocía dónde estaba. Había una enorme nube de polvo rodando por la calle hacia donde yo estaba de pie. Solo logré girar la cara cuando golpeó. Polvo y arenilla y cenizas. —Mollel da una palmada a la pared de hormigón que tiene al lado.

»Y cualquier otra cosa que haya dentro de un edificio como este.

Planta dieciocho.

—Supe en qué dirección caminar porque podía notar la forma en que las cosas volaban hacia mí. Al principio las sentía como pájaros o murciélagos, las cosas volaban hacia mi cara. Las apartaba de un manotazo. Las intentaba agarrar. Las apartaba de un empujón. Pero era papel. Tanto papel flotando por todas partes. Después empezaron los gritos. Era como si todo el mundo hubiese estado demasiado impactado al principio, pero después encontrasen su voz. Tantas voces. Pero sabía que iba en la dirección correcta. Para entonces tenía que trepar. Ya no había carretera, ni pavimento. Nada era estable o sólido bajo mis pies. Todo rodaba. Cambiaba de posición. Se mecía. Resbalaba. Me quité los zapatos a patadas, estaba sobre mis manos y mis rodillas, mis dedos de las manos y los pies. La primera vez que noté pelo y piel bajo las manos, traté de ayudar a que la persona se levantase. Pero lo que fuera que agarré era demasiado ligero. Demasiado flácido. Solo se dejó llevar.

Planta diecinueve.

—Pero luego alguien me habló. La voz era muy débil. Me agaché y solo pude ver a la mujer. Tenía la piel blanca, tan blanca como la tiza, y pensé, ¿una *mzungu*? Pero era el polvo. Como ceniza blanca. Todos estábamos así. Era muy pequeña. Muy ligera. No era mi Chiku. «¿Dónde estabas?». Le pregunté. «¿Eres de la escuela de

secretariado?». Pero ella no podía responder. Traté de apartarla, Kiunga. Traté de empujarla hacia abajo, pero su mano seguía agarrándome el tobillo. La aparté de una patada. Seguí buscando. Pero no paraban de meterse en mi camino, aquellas personas, aquellos cuerpos, uno tras otro. Cada vez que encontraba a alguien que pensaba que podría ser Chiku, la recogía, la llevaba tan lejos como podía de los escombros. Había una especie de zona plana allí, donde podía dejarlas. Alguien tenía agua, o a veces usaba saliva para tratar de limpiarles la cara, pero nunca era Chiku. Por eso seguí volviendo.

Planta veinte.

—En aquel momento no lo sabía. ¿Cómo hubiera podido? Pero la gente a la que estaba sacando ni siquiera era del mismo edificio en el que estaba la escuela de secretariado. Ni siquiera era de la embajada americana. Era gente que había sido aplastada por los escombros en la calle. A las chicas de la escuela de la planta quince no se llegaría hasta días después, cuando enviaron las excavadoras. Por supuesto para entonces era una operación de rescate, no de salvamento. Para entonces me había convertido en parte del mobiliario en la morgue. Por ser quien era, me dejaron quedarme, me limpiaron. Me lavé junto a los cuerpos en la sala de desinfección. Alguien me dio ropa. Cada vez que entraban con alguien nuevo, si encajaba en la descripción, me dejaban echar un vistazo. Pero se estaba llegando a un punto en que las descripciones ni siquiera importaban. Aun así sentía la necesidad de mirar.

Planta veintiuno.

—Un reportero de uno de los periódicos internacionales había oído hablar de mí. Me localizó. Al parecer los rescatadores habían descrito a este masái que, a pesar de sus propias heridas, no dejaba de entrar en los escombros para sacar a más y más gente. El escritor quería un héroe. Dijo que no habían muerto demasiados americanos como para que la noticia saliese en las primeras páginas en su país. Necesitaba personalizar la historia. Dijo que la gente en su país no conocía la diferencia entre los árabes que hicieron eso y las víctimas africanas. Quería un héroe africano para ponerlo en primera página. Hablamos. Alguien sacó fotos. Para ser sincero, ni siquiera recuerdo qué se dijo.

Planta veintidós.

—¿Sabes?, no me importaron muchas cosas después de aquello. Ni siquiera mi hijo. Faith se encargaba de gran parte del trabajo. Era un bebé. Yo no sabía qué hacer con él. Ella sí.

»Y la gente quería hablar conmigo. Así que les dejé. Los periodistas venían para hablar con el héroe del atentado en la embajada. Y descubrí que estaban interesados en lo que tenía que contarles. No solo sobre el atentado. Sobre el departamento de policía, sobre cómo funcionaba. Dinero *chai*^[19] por aquí, sobornos por allá. Supongo que debí de contarle a alguien cómo nuestra nueva remesa de coches patrulla de la más alta gama de alguna forma se convirtió en una de sedanes de segunda mano con los números de bastidor arrancados. Porque salió en la primera página del *The East African* al fin de semana siguiente.

Planta veintitrés.

—Echarme hubiera sido demasiado evidente. Así que me dieron un permiso por enfermedad. El psiquiatra fue bastante sincero. Me dijo desde el principio que le habían ordenado que diagnosticase que no estaba preparado para el trabajo. Pero después de hablar, me dio las gracias por no haber tenido que redactar un informe falso.

»Había tenido desvanecimientos. No pensaba con claridad. Me recetó medicación. Lo que me has visto tomar. Para eso es, Kiunga. No para el VIH. Pero, como el VIH, Kiunga, esta enfermedad puede tratarse. No se cura nunca. Pero se trata.

Planta veinticuatro.

Mollet se queda callado para girarse y mirar a Kiunga. Tiene una expresión en el rostro. Una expresión de desconfianza y recelo. Una expresión que Mollet ha visto antes. Muchas veces.

—Sabía que no debía contártelo —dice Mollet—. Debería haberlo mantenido oculto. Como la gente lo mantiene oculto en los pueblos. Personas a quienes sus familias mantienen encerradas por si su locura contagia a los demás.

»Sigo siendo la misma persona, Kiunga —añade Mollet.

Planta veinticinco.

—Pero no lo eres, ¿verdad? —contesta Kiunga—. No eres la misma persona que pensé que eras. He corrido riesgos enormes por ti, Mollel. Y tú me has ocultado cosas. Nunca me dijiste que ibas a entrar en Orpheus House aquella noche.

—Lo siento, Kiunga.

—Toda esta investigación se ha llevado a tu manera. Tomando atajos. Contando mentiras. Estaba preparado para hacerlo cuando pensaba que había una mente racional tras ello. Pero ahora...

—Casi hemos llegado. Cojamos a Kingori. Demostraré mi teoría, estoy seguro. Tengo razón en esto. Puedo sentirlo.

Planta veintiséis.

Kiunga niega con la cabeza. Mollel sabe lo que está pensando. ¿De qué sirve el instinto visceral de un loco?

—Puedes bajar ahora —dice Mollel—. Déjame a mí. No te pedí que vinieses.

Kiunga se detiene en las escaleras. Mollel continúa.

Planta veintisiete.

—Esos desvanecimientos, Mollel —exclama Kiunga desde abajo—. ¿Todavía los tienes?

Su voz resuena por el hueco de la escalera. Mollel se impulsa para subir unos pocos escalones más.

—A veces —contesta jadeando—. Si no tomo la medicación.

—¿Y *estás* tomando la medicación, Mollel? ¿La *estás* tomando?

La voz de Kiunga se vuelve más distante mientras Mollel se aleja. No se atreve a gritar una respuesta, así que no responde.

La voz de Kiunga llega flotando de nuevo.

—La noche que irrumpiste en Orpheus House, Mollel. ¿Te desvaneciste entonces?

Planta veintiocho.

Mientras gira el último tramo, Mollel se inclina hacia delante sobre el pasamanos y mira hacia arriba. Casi ha llegado. Solo unos pasos más. Se gira y mira hacia abajo. Las escaleras se repliegan por debajo en una espiral poligonal en escorzo, iluminada por una horrible luz fluorescente. Lejos, lejos por debajo hay una pequeña zona gris. Si perdiese el equilibrio ahora, y cayese por encima de la barandilla...

—¿Qué hiciste con mi mechero, Mollel?

La voz de Kiunga sube empujada por la corriente.

—La noche que Orpheus House se incendió, Mollel. Tenías mi mechero. Nunca me lo devolviste. ¿Qué hiciste con él, Mollel? ¿Qué hiciste?

Mollel se gira hacia las escaleras y empieza a subir de nuevo.

Planta veintinueve.

¿Qué hizo? No lo recuerda. Solo la sangre, la mesa de operaciones. Sin duda, *sin duda*, la escena del crimen.

Sube los últimos escalones con cansancio. Kingori me lo contará, piensa, repitiéndolo mentalmente como un mantra. Kingori me lo contará todo.

En los últimos pasos tiene la sensación de estar esforzándose para avanzar como si tuviese barro a la altura de la cintura. Apenas tiene fuerza para darlos. Cuando, al final, llega al rellano superior, ve una sencilla puerta gris sobre la que están pintadas las palabras PISTA HELICÓPTERO. Una única cerradura..., cerrada con llave. Aparte de eso, no hay pomo. No hay forma de abrirla. Es una salida de incendios. Solo puede accederse por el otro lado.

Se tumba. Nota el hormigón fresco debajo de él. Cierra los ojos.

Un estrépito y una repentina ráfaga de aire frío, vivificante. Revitalizante. Abre los ojos, cegados durante un instante por la nítida luz azul del día volcándose sobre él. Kiunga está de pie a su lado. La puerta se sacude con la brisa: hay fragmentos de cerradura colgando de los tornillos por la parte exterior.

—Pensaba que me habías dejado —dice Mollel.

—Al menos de esta forma —contesta Kiunga, frotándose el hombro—, podré coger el ascensor para bajar.

La puerta va a dar a una serie cerrada de escalones de metal que suben hasta el alero que hay encima. A esa altura el aire es helado, a pesar del sol del mediodía que se refleja en los edificios y en las calles que hay lejos, abajo. El borde amplio de la pista que corona el edificio deja totalmente en sombra a la torre. Mollel y Kiunga salen. Mollel intenta no mirar hacia abajo, y en vez de eso se centra en el pequeño cuadrado de luz que hay arriba.

Ahí el viento es fuerte. No lo bastante como para perturbar su subida, pero sí para crear la sensación inquietante de que la siguiente ráfaga, o la que vendrá detrás, podría ser la que te arranque del edificio y te lleve volando como escoria por el aire.

—Oye —grita Kiunga.

Mollel no le había oído al principio, con el viento y los ruidos de la ciudad, pero ahí está: esa vibración curiosa, sincopada, de un helicóptero, el rugido de los motores, el batir de las aspas. Ahora más alto, toda la torre zumba bajo las manos angustiadas de Mollel y sus pies cansados. Hacia arriba... y hacia fuera. Cuando levanta la cabeza por encima del pequeño parapeto, la ciudad se abre ante él, deslumbrante, clara. La sensación es parecida a volar.

Un grupo de hombres, la mayoría vestidos con uniformes militares y protectores de oídos color naranja, están concentrados en la otra parte de la pista. No han visto acercarse a Mollel y Kiunga. Hay una parte elevada, donde desemboca el ascensor. Las puertas se mantienen abiertas, y un segundo grupo de hombres, vestidos con traje y que cargan pesadas cajas de metal, va saliendo. Al mando está David Kingori.

El helicóptero del ejército está justo encima de ellos en este momento. Mientras termina de aproximarse, la corriente de aire, al bajar, hace que todos los allí presentes, incluidos Mollel y Kiunga, se agachen instintivamente y se agarren adonde pueden. La panza del avión se cierne sobre ellos. Se tambalea, gira, se alinea. Mollel renuncia a agarrarse a la barandilla para taparse los oídos. Por un momento, el ruido es ensordecedor. Un cambio de tono le dice que el helicóptero ha aterrizado. Y por suerte, el chirrido se vuelve menos intenso y las aspas se ralentizan y pasan de una masa borrosa invisible a un ritmo más relajado, aunque siguen girando.

Mollel y Kiunga están en el extremo más alejado del helicóptero, que ya ha aterrizado. Un piloto, con gafas de sol y vestido de paisano, les mira sin curiosidad. Le indica a Mollel con el pulgar que todo está bien. Mollel le devuelve el gesto. Ve pies que salen por la otra parte, saltando de las entrañas de la máquina. Los hombres que llevan cajas se apresuran hacia delante. Es imposible, desde donde está, contar cuántas cajas son intercambiadas. ¿Quince? ¿Veinte?

Por encima de los motores, un grito. Las palabras resultan indistinguibles. Después el helicóptero ruge de nuevo, una bocanada de humo diésel anuncia su

despegue inminente. Se eleva, primero de manera vacilante, como un bebé gacela descubriendo sus patas. Después cabecea, se bambolea, flota por un momento. Todo el mundo está agachado de nuevo. Pero cuando se marcha, todos se incorporan, y los hombres próximos al ascensor se apresuran para colocar las nuevas cajas de acero, exactamente iguales a las otras, de nuevo dentro.

El ascensor se cierra. Kingori se queda solo en la pista. Parece agotado. Ahueca la mano delante de los ojos para observar cómo el helicóptero se convierte en un punto. Después otea el horizonte. Ve a Mollel y a Kiunga de pie en el otro extremo. No se mueve. Mollel y Kiunga caminan hacia él.

Hace un gesto hacia el horizonte de la ciudad como si estuviese dando la bienvenida a unos invitados a su casa.

—Estupenda vista, ¿verdad? ¿Habéis visto Kirinyaga? ¿Monte Kenya? La montaña sagrada de los kikuyus. Solo es visible unos cuantos días al año desde Nairobi. Un buen augurio, ¿no os parece?

—En tu lugar, yo estaría más preocupado por el humo —contesta Kiunga—. Kibera, Mathare, Donholme, Eastleigh. La ciudad está en llamas.

—Y sin embargo, desde aquí arriba, todo parece tan tranquilo —dice Kingori con una sonrisa—. Respiradlo solo un momento, caballeros.

—¡Estáis robando las elecciones! —espeta Kiunga.

—Vamos —contesta Kingori—. ¿Crees que esas urnas no están ya amañadas completamente con votos de la oposición? Todos los bandos juegan, amigos míos. Solo intentamos jugar mejor. Ahora, cuando ese ascensor regrese en cuestión de segundos, mis compañeros os llevarán bajo custodia. Por lo que sea que hayáis venido, habéis visto cosas que no deberíais haber visto, y dudo mucho que volvamos a vernos.

—En ese caso, iré directo al grano —dice Mollel—. Lucy estaba embarazada de ti.

Se oye un chirrido repentino. Las puertas del ascensor se abren, y sale un grupo de hombres. Se paran y miran con sorpresa a Mollel y Kiunga. Con ellos hay un oficial del ejército que desenfunda a toda prisa y les apunta con su arma.

—Está *sawa* —dice Kingori—. Está bien, están con nosotros.

Empieza a caminar hacia el borde de la pista. Mollel y Kiunga le siguen. Kingori va hasta la reja. Mira hacia abajo. Hay una red al fondo. Entre las rejillas Mollel ve los puntitos carmesí de los cascos de la GSU haciendo retroceder a una multitud creciente de manifestantes en las verjas de entrada.

—Ha llegado la autopsia —dice Mollel—. Estaba embarazada. Sabemos que el niño era tuyo. Eras la única persona con la que salía en ese momento.

Kingori niega con la cabeza, no para negar, sino con incredulidad.

—¿Embarazada?

—Si lo hubieses sabido antes de despacharla, la habrías obligado a abortar antes. De forma ilegal, por supuesto. Pero sería posible hacerlo sin arriesgar la salud de la

madre. Ella pensaba que estaba lo bastante avanzada como para estar segura. Por eso contactó de nuevo. Pensaría que nadie podría obligarla a abortar tan tarde. Prácticamente es asesinato. Pero no contó con lo decidido que estabas a mantener tu reputación. O con el hecho de que controlabas a la única persona en Nairobi lo bastante desesperada como para realizar esa operación. Wanjiku Nalo.

—Jefe —dice Kiunga. Su voz suena baja y urgente.

Mollet levanta la mirada, molesto por la interrupción de su compañero. Pero la mirada de Kiunga es igual de desafiante.

—Necesito hablar un momento contigo —pide.

Ambos se alejan del borde. Kingori se queda ahí. Hunde la cabeza entre las manos.

Cuando están a una distancia segura, Kiunga pregunta en voz baja:

—¿Qué estás haciendo?

—Tratando de conseguir la verdad.

—¿Mintiendo?

—No estoy mintiendo. Honey me contó lo del bebé, ¿te acuerdas?

Kiunga se le queda mirando fijamente sin dar crédito.

—¿Honey? —suelta el nombre con desprecio—. Sabes que no ha habido ninguna autopsia, Mollet. Le has dicho que Lucy llevaba a su bebé. No tienes forma de saber si es cierto o no. ¿Estás apostando todo el caso por la palabra de una *prostituta*?

—Mírale —dice Mollet.

Kingori está derrumbado. Su fanfarronería se ha evaporado.

—Parece destrozado —dice Kiunga.

—Exacto. Va a darnos lo que necesitamos para coger a los otros.

Kiunga niega con la cabeza.

—No está bien.

—Confía en mí —contesta Mollet.

—¿Que confíe en tu *juicio*? —replica Kiunga a regañadientes—. ¿Cuánto me estás ocultando, Mollet? ¿Qué motivos tengo para confiar en tu juicio?

Mollet levanta la mirada. La voz alzada de Kiunga ha llamado la atención de los tipos con uniforme militar. Uno de ellos se acerca.

—¿Qué pasa? —pregunta.

Mollet señala hacia Kingori.

—Dice que os vayáis al escrutinio —contesta gritando—. No os preocupéis, queda mucho tiempo hasta que llegue la siguiente remesa.

El hombre le grita a Kingori:

—¿Es eso cierto, jefe?

Kingori asiente y les hace un gesto con la mano para que se vayan.

Los hombres se miran unos a otros y, encogiéndose de hombros, se meten en el ascensor. Las puertas se cierran.

—Tenemos que estar tranquilos —dice Mollet—. Si llamamos demasiado la

atención ahora, terminaremos como esas cajas. Tirados en un lago en alguna parte, posiblemente. Nuestro único enlace con la seguridad es Kingori. Y si empieza a sospechar de que le estamos engañando...

—No le estás engañando —dice Kiunga entre dientes—. Le estás *torturando*. ¿Así es como consigues resultados, Mollel?

Mollel no contesta.

—Lo haremos a tu manera —dice Kiunga—. Después, hemos terminado.

Ambos regresan al enrejado.

—¿Era un niño? —les pregunta Kingori—. Siempre quise un niño.

—Me temo que sí —contesta Mollel. En este punto la mentira apenas parece importar.

—¿Qué queréis saber? —pregunta Kingori.

—Todo —responde Mollel.

Kingori suspira. Mueve la mano señalando el panorama a su alrededor.

—¿Esto?

—No nos importa el amaño de las votaciones. ¿Quién nos creería, de todos modos? Solo hablamos de Lucy.

—James la encontró para mí —dice—. Era muy bueno en eso. Conocía mis gustos. Ella cumplía perfectamente con los requisitos. Le tenía mucho cariño, de verdad. Era tímida. Estaba herida. Respondía a la ternura del modo en que la mayoría de esas chicas responde a los brazaletes de diamantes. Disfrutaba de su compañía. Era agradable ser amable con alguien para variar. Pero no iba a ninguna parte. Una chica así está bien para divertirse un poco, pero...

»Cuando empezó a estar demasiado necesitada de atención, le dije: “Se ha terminado. Dejémoslo de una vez”. Pero, con todo, lo sentía por ella. Así que le puse en contacto con una gente que conocía, una gente que intentaba devolver a las chicas al buen camino.

—Orpheus House —dice Mollel.

—Mis inquilinos, sí. No tenía ni idea de en qué podría desembocar. Fue bastante después cuando George Nalo se acercó a mí con su plan. Dijo que podría conseguir financiación de los americanos para un hospital. Su esposa sería la directora. Pero tenía que estar en una ubicación prominente. A los americanos les gusta que su generosidad sea llamativa. Así que, dijo, quería que pusiera el terreno a su nombre. Me reí en su cara. «Podría venderle el terreno a una promotora inmobiliaria y darte una donación que mantendría tu hospital durante cinco años», le dije. «¿Pero esperas que te lo dé gratis?».

»No se trataba de lo que quisieran los patrocinadores, por supuesto. Todo se trataba de él. Autopromoción. Necesitaba tener mayor notoriedad, que todo el mundo en Nairobi hablase de lo gran tipo que es. ¿Ya os ha soltado su charla sobre su carencia de ambiciones políticas? No creáis ni una palabra. George Nalo es un político hasta la médula. Hasta entonces, no me había dado cuenta de qué manera.

»Me habló de Lucy. Era residente en Orpheus House entonces. Ayudaba con las otras chicas. Para ellos era como una de esas funcionarias que se dedican a dar a conocer la existencia de ayudas sociales a los grupos a quienes van dirigidas. Les había contado a él y a Wanjiku todo lo referente a nuestra relación. Y dijo que Lucy estaba lista para hacerlo público si no aceptaba las peticiones que él me hacía.

»Mandé a James para que la localizase. No fue fácil. Los Nalo la habían asustado. Le dijeron que yo era peligroso. Que trataría de silenciarla.

Suelta una risa apagada.

—Resulta que fue al revés. Debería haberles temido *a ellos*.

»Sin embargo, yo no lo sabía. Solo lo consideré conveniente. Quiero decir, chicas como esa. Trabajan únicamente por dos cosas. Dinero, y miedo.

»Así que, cuando la encontramos, le dejamos creer el mito que los Nalo habían creado. Que nosotros éramos los tipos grandes y malos. Sería mejor que hiciera lo que decíamos. James hizo su papel especialmente bien. Puede ser bastante amenazante cuando se lo propone.

»Y funcionó. Lucy se convirtió en nuestra chica allí dentro. Nos proporcionaba información sobre los Nalo.

»Fueron ellos quienes empezaron jugando con fuego, pero iban a terminar quemados. Lucy no tardó mucho en darse cuenta de lo que pasaba realmente en Orpheus House. Sin duda, estaban haciendo todos aquellos servicios sociales y sanitarios con las chicas. Pero también practicaban abortos. Resulta que Wanjiku es una fanática. Embarazos incipientes, embarazos avanzados, a ella no le importa. Cree que está salvando a los niños de un mundo de dolor.

»Habría podido destruir a los Nalo si hubiera querido. Si hubiese sabido que Lucy estaba embarazada de mi hijo..., pero ella estaba demasiado asustada para contármelo.

»Y además, me convenía, esa situación. Era importante mantener mi nombre limpio, con las elecciones acercándose. En State House dejaron muy claro que se repartirían muchos contratos tras el éxito de esta campaña. No iba a ser yo quien lo echase a perder por un escándalo en la prensa sensacionalista.

»Así que mandé a James que les hiciera una pequeña visita. Para hacerles saber que si se quedaban callados respecto a mí y a Lucy, yo me quedaría callado respecto a su pequeño tinglado de abortos. Ellos se jugaban mucho más que yo.

Kingori niega con la cabeza.

—Pero no sabía lo de mi bebé. Tengo casi setenta. Tengo tres hijas. Nunca pensé que tuviese oportunidad de tener un hijo. ¡Y lo mataron!

—Parece que tu hombre, James, también formó parte de ello —dice Mollel—. Parece que se toma muy en serio lo de proteger tu reputación. Hasta el punto de organizar un aborto a tus espaldas.

—Ese estúpido bastardo —dice Kingori entre dientes.

—Mataron a tu hijo. Y mataron a Lucy, también.

—¿Crees que fue deliberado? —pregunta Kingori, levantando la cara hacia Mollel. Tiene los ojos hinchados, la mandíbula flácida. Por primera vez, representa la edad que tiene—. ¿No crees que el aborto pudo salir mal? Era muy tarde, después de todo. Algo así tiene que ser arriesgado.

—No creo que les saliera mal —contesta Mollel—. Wanjiku Nalo es la mejor en su campo. Por lo que parece, practicaba abortos en embarazos avanzados todo el tiempo. No, quizás fue así como subieron a Lucy a la mesa de operaciones en primer lugar. La convencieron de que era lo correcto. Wanjiku puede ser muy persuasiva. Pero lo que Lucy sabía era una amenaza para ellos. Sabían que después de las elecciones, su control sobre ti desaparecería. Así que necesitaban eliminar la amenaza. Dejaron que Lucy muriese, y juntos, ella y Lethebridge, se deshicieron del cuerpo.

—¡Jesucristo! —Kingori da un puñetazo al enrejado.

Un cuervo, en alguna parte de la escalera de metal que hay debajo, se sobresalta, y se aleja batiendo las alas, graznando en el vacío.

—Lo haré —dice—. Testificaré. Acabaré con esos asesinos.

—Aquí llega otro helicóptero.

Kiunga señala hacia el horizonte pálido donde se ve un punto negro, suspendido, silencioso. Kingori saca su teléfono. Su carcasa dorada reluce bajo el sol de la tarde.

—Llamaré a James —dice—. Confirmará todo lo que digo.

—¿Dónde está? —pregunta Mollel.

—En su casa.

—Lo sabía —dice Kiunga entre dientes.

—Haz que acuda a la Central. Kiunga puede reunirse con él allí. Yo iré y hablaré con los Nalo.

La vibración del helicóptero que se aproxima lucha por dominar durante un par de segundos sobre el sonido de la ciudad, después lo supera. Se abren las puertas del ascensor y salen dos hombres de uniforme. Entre ellos, llevan una urna cargada. Miran a Mollel y Kiunga con recelo al pasar por su lado, luego rodean a Kingori, que está hablando por teléfono.

—Vamos —dice Mollel.

Ambos entran en el ascensor. Dentro hay otras dos cajas, cerradas con precintos oficiales.

—Ayúdame a sacar esto —dice Mollel.

—No las voy a tocar.

Mollel mira sorprendido a Kiunga.

—Tenemos otras cosas que hacer.

—Ahí dentro hay votos de verdad —responde Kiunga.

—Podría ser. O, como dice Kingori, podrían ser tan falsos como los que están intercambiando con ellos. Los votos de la oposición tienen muchas posibilidades de haber sido alterados antes de llegar aquí.

—Eso no lo sabemos —refunfuña Kiunga—. Si tocase alguna de esas cajas, me sentiría... contaminado.

—No tenemos tiempo para esto —murmura Mollel mientras agarra el asa de una de las cajas de acero y la saca a rastras del ascensor. Con una sola caja dentro, hay bastante espacio para ellos. Kiunga aprieta el botón de la planta baja.

—Eso te convierte en parte del asunto —dice mientras las puertas chirrían al cerrarse.

Mollel alarga la mano y aprieta el botón del tercer piso.

—Seremos parte del asunto, de acuerdo, si entramos directamente en su operación. Démonos un poco de espacio para respirar.

Mientras el ascensor retiembla para ponerse en marcha, Mollel añade:

—Eres un hombre con principios, Kiunga. No quieres implicarte en algo que está

mal. Lo comprendo.

La pequeña pantalla que hay encima de la puerta va iluminando los números de las plantas mientras bajan. Ambos cuentan hacia atrás en silencio, hasta que llegan al 3 y las puertas se abren con un chirrido. El vestíbulo que hay delante está vacío.

—Algunas veces, sin embargo —dice Mollel—, no hacer nada no basta.

Sale del ascensor y empuja la urna que queda para ponerla a medio camino en la puerta. Kiunga la rodea y se une a él justo cuando la puerta empieza a cerrarse. Golpea la caja, y suena la alarma del ascensor.

—Tardarán un rato en averiguar por qué se ha atascado el ascensor —dice Mollel—. Durante ese tiempo podrían contabilizarse algunos votos honestos más.

Se dirigen a las escaleras.

—Igual que este caso —continúa Mollel—. Puedes pensar que lo estoy haciendo mal. Pero es mejor que no hacer nada.

—¿Sabes a quién sueñas? —pregunta Kiunga—. A Otieno.

Mollel se ríe.

—No, de verdad —dice Kiunga—. Los dos pensáis que podéis tirar las reglas a la basura si el resultado final es el correcto. Pero donde él lo hace por cautela, tú lo haces por imprudencia. Solía admirarte, Mollel. Hasta que me di cuenta de que solo es otro síntoma de tu locura.

Mollel se dirige hacia la ventana. Todavía oye el helicóptero que está cien metros por encima de ellos. Pero aquí, cerca de la planta baja, el sonido de la multitud se abre paso sobre las verjas de la entrada, sobre los cascos de las filas de GSU, sobre la calma inquietante de la explanada del centro de conferencias allá fuera.

—¿Alguna vez has conseguido una confesión a golpes, Mollel?

—¡Por supuesto que no!

—Otieno lo hace todo el tiempo. ¿Has visto las manchas que hay en la sala de interrogatorios? No es café derramado, ¿sabes? Lo que has hecho ahí arriba es lo mismo. Sin duda, no has agarrado a Kingori de los brazos y le has colocado sobre el borde del edificio. Pero también podrías haberlo hecho. Le mentiste.

—Forcé una confesión.

—¡Haciéndole pedazos! Le destrozaste, Mollel. Pensaba que eras un policía distinto. Uno que podía admirar. Pero eres igual que todos los demás. Ese Dios Rojo del que hablabas. Te ha dominado, también.

—Mira esta ciudad —contesta Mollel con calma—. ¿Quieres ver al Dios Rojo? Está ahí fuera. Habrá muchos más habitantes de Nairobi muertos antes de que esto termine. Pero tenemos la oportunidad de coger a la gente que mató a una de esas personas. ¿Es eso tan demencial?

Kiunga niega con la cabeza.

—¿Qué viste de verdad en Orpheus House, Mollel? ¿Una mesa de operaciones, sangre? ¿O todo eso era mentira, también, para persuadir a Otieno a seguir con el caso? ¿Para persuadirme a mí? La has tomado con los Nalo desde que los conocimos.

Querías que fuesen culpables. Si no había pruebas en Orpheus House, ¿harías arder el lugar para encubrirlo?

—Sé lo que vi —contesta Mollel.

—Podrías haberlo *visto* —responde Kiunga—. ¿Pero estaba *allí*?

Salir del Centro Internacional de Conferencias Kenyatta demuestra ser más fácil que entrar. Tan pronto como atraviesan las filas de la GSU, Kiunga se gira hacia Mollel.

—Estoy metido en esto hasta el cuello. Lo mejor que puedo esperar es que ese James Lethebridge confirme la historia de Kingori. Si lo hace, le detendré. ¿Vas a por los Nalo?

—Sí.

—Buena suerte —dice Kiunga con frialdad—. Me gustaría decir que ha sido agradable trabajar contigo, Mollel. Pero... ya sabes.

Y se marcha entre la multitud de manifestantes en dirección a la Comisaría Central, donde ha dejado el coche.

Mollel se encuentra solo en la calle justo delante del cordón policial, sin tener idea de cómo va a llegar a Embakasi y al recinto de los Nalo.

Va caminando hasta Uhuru Highway. Está casi desierta. El único movimiento es el de los camiones de la GSU y uno o dos coches particulares. Le hace una señal a un coche de la policía al pasar, pero el conductor le ignora. No circulan *matatus*. Camina de regreso hacia el Hotel InterContinental con la esperanza de encontrar un taxista que esté dispuesto o lo bastante desesperado como para hacer una carrera un día como este.

Delante del vestíbulo ve un Land Rover caqui, una versión alargada para ir de safari, nueve plazas, con ventanillas agrandadas para ver la caza. Dentro, como langostas en una cuba, un grupo de turistas *wazungu* de avanzada edad. Tienen los ojos apagados por el cansancio y el miedo. Todos lucen trajes de safari color caqui planchados de forma impecable. Mollel imagina que han visto más naturaleza salvaje de lo que esperaban en este viaje. El Land Rover va al ralentí, para mantener el aire acondicionado encendido para los pasajeros. El conductor está charlando con el guardia de seguridad del hotel. Mollel le interrumpe, mostrándole su identificación con rapidez.

—¿Adónde les llevas? —pregunta.

—Al aeropuerto —contesta el conductor de forma nerviosa—. Los están evacuando. La facturación cierra en cuarenta minutos. ¿Calcula que lograremos pasar?

—La carretera está despejada —dice Mollel—. Pero te lleva directamente frente a South B, y corren noticias acerca de problemas allí. Si fuese tú, cogería la ruta de South C vía Embakasi. ¿Podrías hacerlo con escolta?

—Sí, por favor —contesta el conductor, el alivio se palpa en su voz.

—Vamos.

Los turistas levantan la vista, asustados, cuando Mollel sube de un salto al asiento al lado del conductor. Se relajan de alguna forma cuando el conductor entra.

—Es policía —dice.

Y los *wazungu* sonrían y hacen un gesto hacia Mollel levantando el pulgar. El furgón de safari arranca, y Mollel empieza a dar indicaciones. Nota un golpecito en el hombro. Una de las señoras del grupo le acerca una pequeña cámara automática a la cara.

—¿Le importaría sacarnos una foto? —pregunta.

—Claro —contesta Mollel.

Ella le explica cómo funciona la cámara. Los turistas posan. El miedo y la tensión desaparecen de sus caras mientras adoptan expresiones de buen humor estoico, redactando ya el pie de foto mentalmente: «Aquí estamos siendo evacuados de Kenia. ¡Qué aventura!».

Mollel hace la foto y le devuelve la cámara a la señora. Ella la levanta y mira la pantalla con satisfacción. Por la ventanilla, Mollel ve un quiosco derribado, gente entrando a gatas y marchándose corriendo con cualquier producto lastimoso que haya dentro: pastillas de jabón para la colada, cuchillas de afeitarse, paquetes de harina. Ahora los otros turistas están levantando las cámaras y sacando fotos.

Las calles residenciales de South C pasan como un destello. Las filas de casas se extienden en ángulos exactos hacia la carretera principal, custodiadas por verjas altas de metal y alambre de púas. Mollel alcanza a ver de vez en cuando a los locales mirando con cautela desde atrás. No hay más tráfico en la carretera, así que el furgón de safari avanza bien, pero Mollel es consciente de lo rápido que podría cambiar la situación. Le dice al conductor en swahili:

—Si alguien se coloca delante del coche o trata de pararnos, solo sigue adelante. ¿Comprendido?

—Si usted lo dice —contesta el conductor con deleite apenas disimulado, y pisa el acelerador, como si le hubiesen dado autorización oficial para conducir de la forma que siempre ha soñado.

Mollel se percata de la cantinela de la conversación tras él.

—Por supuesto —dice uno de los turistas arrastrando las palabras—, tienes que esperar este tipo de situación en África. Por moderno que parezca el lugar, las tensiones tribales nunca están lejos de la superficie.

Los otros murmuran su asentimiento.

—Pensar —interviene una voz de mujer— en todo el dinero que he donado a lo largo de los años. Bueno, sin duda cancelaré esa suscripción cuando llegue a casa.

—Muy sensato, Louise, muy sensato —dice quien habló antes, entusiasmándose

con su tema—. En mi opinión, toda la ayuda que les hemos dado es parte del problema. Si tratas a las personas como si fuesen niños, no puedes sorprenderte cuando tiran el sonajero del coche de paseo.

—Son niños, en realidad, ¿verdad? —dice otra de las mujeres alegremente—. A veces creo que estarían mejor si el mundo moderno tan solo les dejase tranquilos en sus chozas de barro. Quiero decir, siempre parecen tan felices, ¿verdad? Querer lo que no pueden tener es lo que les enfada tanto.

—África es un caso perdido. Deberíamos desentendernos de ellos. Ver qué tal les va.

La opinión parece obtener el consenso de los turistas, y, sin nada más que añadir, sus miradas regresan a las ventanillas.

—¿Siempre hablan así? —le pregunta Mollel al conductor, en swahili.

—¿Quiénes?

—Los turistas. ¿Siempre hablan como si no estuvieses aquí?

—No lo sé —contesta el conductor—. No los escucho.

El sol está bajo, y brilla entre las casas. En la estela roja del anochecer es fácil imaginar por un momento que los niños que se alejan corriendo de un coche destrozado están simplemente jugando con aros; que los perros que dan vueltas y saltan tras la valla de tela metálica son cabras arreadas para dar leche; que la mujer que está sentada en el bordillo sangrando sobre su chal está sencillamente aventando maíz.

Una puesta de sol africana.

El Land Rover aminora la marcha. La carretera ya no está despejada. Otros vehículos se han unido al tráfico y están empezando a amontonarse. Pronto el furgón de safari se detiene.

Mollel se inclina hacia delante para tratar de averiguar qué pasa. El atasco se extiende a cierta distancia. Se da cuenta de que están cerca del recinto de los Nalo, y la visión de un cartel de la Iglesia de George Nalo confirma su sospecha. Todos los coches se dirigen a la iglesia.

—Me bajaré aquí —le dice con tranquilidad al conductor.

—Eh. ¿Qué? —grita uno de los turistas. Los demás intervienen con un coro de:

—¿Qué vamos a hacer? ¡Nunca llegaremos a nuestro vuelo! ¡No puede dejarnos así! ¡Necesitamos protección!

—¿Qué *demonios* crees que estás haciendo? —dice uno de los hombres con la voz autoritaria, que no se puede desobedecer, del blanco en el extranjero.

—Me estoy desentendiendo —contesta Mollel—. A ver cómo os va.

Y les dice adiós con la mano de forma desenfadada para bajarse de un salto del Land Rover y desaparecer en medio de la multitud de peatones que se dirigen en tropel hacia el sol rojo de poniente y el edificio que surge imponente, fulminante, de la Iglesia de George Nalo.

Más cerca de la iglesia, la causa del atasco se vuelve evidente. Los coches particulares están aparcados donde pueden: a un lado de la carretera, inclinados en la cuneta. Algunos incluso parecen haber sido abandonados donde están, dejando solo el hueco más pequeño por el que meterse. Acomodadores vestidos de negro en la entrada, una expresión nerviosa, frenética, en la cara, tratan de alejar a los coches que han llegado tan lejos: *no hay sitio, no hay sitio*. Pero aun así la gente se cuele a pie.

Cuando cae la noche, los hombres masái llevan en manada a las vacas hasta el *boma*, la zona en el centro de cualquier aldea masái donde se mantiene al ganado vigilado contra los depredadores durante la noche. Los muchachos les siguen con sus cabras, que brincan y tropiezan tratando de entrar, como si supieran que cuando las *il-timito*, las verjas hechas con ramas de espinas gruesas, se coloquen en su lugar, estarán a salvo de la oscuridad y los leones que se ocultan más allá.

Así sucede con la Iglesia de George Nalo. El lugar se ha convertido en un santuario para quienes confían en que la providencia divina —o, si eso falla, la fuerza de su número— les salvará del caos que está envolviendo a la ciudad.

La gente que hay ahora alrededor de Mollel no podría presentar mayor contraste con respecto a la primera vez que vino. No van con su ropa de los domingos: vienen vestidos con lo que fuera que llevasen puesto cuando decidieron abandonar sus hogares. Muchos de los niños van en pijama; algunos, sobre los hombros de sus padres, siguen durmiendo.

Al aproximarse al edificio de la iglesia, Mollel tiene la sensación de ser arrastrado por la multitud. En la penumbra, es incluso más imponente que bajo la luz del día. El interior, iluminado, perfila las siluetas de las cabezas que se mueven frente a él. Parece como si el edificio les estuviese aspirando hacia la luz.

La multitud rodea a una mujer mayor que empuja una carretilla. En ella va la cáscara de un hombre, el pelo entrecano, los ojos cerrados, hundidos.

—¿Puedes ayudarme, hermano? —le pregunta la mujer a Mollel al pasar.

Para excusarse él levanta las manos en carne viva, despellejadas. Ella las mira, con el rostro lleno de pena, incluso en su propio apuro.

—Dios te bendiga —le dice—. Tu sufrimiento casi ha llegado al final.

—¿Sí?

—Oh, sí —contesta ella, una sonrisa se abre paso en medio de su cansancio—. El sufrimiento de este mundo pronto se olvidará. Estos son los Tiempos Finales.

Mollel continúa y comienza a percatarse de un sonido. Es fuerte y bajo. Tan bajo que lo nota en los dientes.

Es como el de un enjambre. Cuando oyes por primera vez un enjambre de abejas, puedes saber lo grande que es por el tono y la intensidad, y de qué humor están las

abejas que lo habitan. Pero no puedes ubicar el sonido. Es demasiado bajo.

No puedes saber de qué dirección procede, porque procede de todas partes. Todo lo que sabes es que hay muchas, y son peligrosas.

Al acercarse más, el zumbido se vuelve más intenso. El sonido reverbera en su cabeza y su pecho, y comienza a retumbar, a separarse y fracturarse en miles de voces humanas.

La sala se abre ante él cuando cruza las puertas, y el espacio se llena con los gritos y las risas y el clamor y el parloteo y el murmullo de lenguas. Los pasillos están atestados, desbordándose incluso hasta el vestíbulo, donde Mollel se encuentra con las primeras personas en éxtasis: las manos levantadas o apretadas sobre el corazón, las cabezas inclinadas hacia atrás, los ojos cerrados. Se balancean mientras gritan y hablan; a algunos les caen lágrimas por las mejillas.

El trance es transportador. Mollel está desconcertado. Al pasar por su lado, su mente trata de sintonizar con cada voz, pero cada una queda sucesivamente cubierta por la siguiente. Trata de captar sonidos, interpretar el significado, pero los sonidos se desvanecen y evaden el sentido, y todo colisiona y se confunde en una cacofonía primaria, final.

Pero una voz comienza a alzarse sobre las demás. Gargarea y borbotea más alto que el resto. Destaca, amplificadas. Los sonidos de las palabras resuenan. El embeleso se mantiene sin fuerzas, las cabezas se dejan caer. Están totalmente ajenos a lo que les rodea, y Mollel se da cuenta de que no puede empujar para seguir avanzando. Ha llegado a un punto muerto.

Estirando el cuello, puede ver el escenario a lo lejos, elevado. Brilla. Las luces lo recogen y lo colocan a un nivel etéreo. Flotando en medio del disco luminoso está Nalo. El micrófono cuelga de sus dedos, la otra mano está levantada, la cabeza echada hacia atrás. Bajo sus párpados se atisban los ojos en blanco. Las salpicaduras de saliva son visibles, incluso a esta distancia, en las comisuras de sus labios. Su boca se abre y se cierra, su lengua palpa y tantea el sonido. Su voz llena el auditorio.

No se ve a Wanjiku. Ni a Benjamin.

Mollel se gira, pero la aglomeración ahora es igual de densa por detrás que por delante de él. Ve a la mujer con la carretilla. La ha dejado en el suelo, y acaricia con ternura la mejilla esquelética del hombre que está postrado en el interior.

El barullo está acabando.

—Alabemos al Señor —surge la voz de Nalo.

La voz de otro orador, a quien no se ve, sale por megafonía.

—La curación está a punto de comenzar —dice—. Quienes busquen curación, por favor presentaos a un acomodador.

Habiendo terminado el éxtasis, a Mollel le resulta ligeramente más fácil retroceder hasta donde está la mujer con la carretilla.

—Yo le llevaré —dice.

—¡Pero tus manos!

Agarra las asas. Hace un gesto de dolor. Para su alivio, el hombre apenas pesa, y Mollel levanta la carretilla sobre el eje.

—¡Un milagro! —exclama la mujer de forma entrecortada.

Quienes están a su alrededor los miran, y, mientras se corre la voz, Mollel encuentra un camino que se abre por delante de él. Empuja la carretilla, y unos acomodadores vestidos de negro se apresuran hasta él. Avanzan hasta el borde del escenario, donde las manos claman por ayudarlo, y el anciano es levantado y alzado para llevárselo. Un acomodador coge las manos de Mollel entre las suyas, las mira, y dice:

—Este también.

Mollel nota que le impulsan hacia arriba. El acomodador le sujeta algo en el cuello de la camisa y le mete una caja pequeña, pesada, del tamaño de un paquete de cigarrillos, en el bolsillo.

—Es un micro —le dice a Mollel al oído—. No hables hasta que no te hablen.

—Hermanos y hermanas —retumba la voz invisible—. La curación está a punto de comenzar.

Las luces son cegadoras, y su calor le produce a Mollel un picor de sudor en la piel. El acomodador que le dio el micro se aparta, y una figura más baja y fornida, más poderosa, se coloca al lado de Mollel, agarrándole del hombro con energía.

—Sigue caminando —le apremia una voz al oído—. No intentes nada.

Es Benjamin. Ha cogido a Mollel con su brazo bueno; el otro, herido en Kibera, le cuelga con rigidez a un costado. Le agarra con fuerza. Mientras los llevan hacia Nalo, Mollel ve que Wanjiku Nalo sale de las sombras. Mira a Mollel con una mezcla de sorpresa y enfado.

El anciano es el primero al que llevan hasta el pastor. Nalo coloca ambas manos sobre los hombros débiles. El cuerpo enfermo es sujetado por todas partes. Ahora tiene los ojos abiertos.

—¿Cómo te llamas, padre? —pregunta Nalo.

El micrófono que lleva en el cuello recoge una voz que crepita como hojas secas y se extiende por todo el auditorio. Suena como si dijese Odolo.

—Bueno, *mzee*^[36] Odolo —dice Nalo—, ¿cuál es tu problema?

—Estoy enfermo —dice el anciano—. No puedo caminar. No me puedo mover. No me queda mucho.

De nuevo, porque sus palabras apenas son recogidas por el micrófono, Nalo repite para el público:

—Está enfermo, no puede caminar. Dice que ha llegado su hora. Bueno, tu hora puede estar cerca, anciano, está cerca para todos nosotros, pero no será hoy.

Después coloca una de sus manos enormes en la frente del hombre, sobre los ojos.

—Señor Jesús —implora Nalo—, este es tu siervo. Este es tu hijo. Este buen hombre necesita tu misericordia divina. Por favor, ayúdale, oh, Señor.

La sala empieza a reverberar de nuevo con voces. Esta vez no hablan; se elevan rezando. Al mirar hacia abajo, Mollel puede ver que quienes están más cerca del escenario recitan con fervor sus oraciones, con los puños cerrados o los dedos apretados, entrelazados. Mira de nuevo al anciano. Nalo termina su oración, y con fuerza, de forma impactante, con un explosivo *¡Bam!*, empuja hacia atrás la cabeza del hombre.

Obviamente es un movimiento ensayado. Los acomodadores le inclinan al mismo tiempo. El anciano se desvanece hacia atrás sobre sus brazos mientras un acomodador coloca sus pies por debajo de él. Después le hacen girar hasta ponerlo de pie, y con una floritura, teatralmente, todos se hacen a un lado para dejarle ver ahí.

De pie.

El anciano mira hacia sus piernas con asombro. Levanta la mirada de nuevo, sonriendo. Con vacilación, levanta un pie, lo agita, lo apoya en el suelo, hace lo mismo con la otra pierna. Luego, de pura alegría, arrastra los pies haciendo un pequeño baile. El público vitorea en pleno éxtasis. El anciano levanta una mano para saludarles, pero se tambalea, como si fuera a caerse, y los acomodadores rápidamente se apresuran a estabilizarlo. Después le ayudan —a Mollel le parece que le llevan— a salir del escenario.

Ahora es el turno de Mollel. Benjamin le coge con fuerza por un lado. Por el otro nota que una nueva mano le agarra el brazo. Es Wanjiku. Mira a Mollel a los ojos.

—Necesito hablar contigo... —empieza él. Sus propias palabras resuenan por la sala. Wanjiku le lanza una mirada iracunda. Se lleva un dedo a los labios y después señala hacia el micro que Mollel tiene en el cuello. Niega con la cabeza.

—*Ahora no* —susurra—. *Después.*

Wanjiku mira hacia su marido. Nalo se ha acercado. Mollel nota que los acomodadores se están agrupando detrás de él.

Nalo le mira a los ojos, y un destello de reconocimiento le cruza la cara. Mira a Wanjiku con recelo. Ella asiente. Nalo frunce el ceño, mira hacia la oscuridad, donde espera el público congregado, repleto de expectativa por el siguiente milagro. Por un momento parece perdido. Después se recompone y le dice a Mollel:

—¿Cómo te llamas, hijo mío?

—Mollel —contesta él.

Nalo repite.

—Te llamas Mollel. Te damos la bienvenida, Mollel. ¿Qué te sucede, hermano?

Benjamin y Wanjiku, cada uno sujetando un brazo de Mollel, lanzan sus manos hacia delante, y las colocan en vertical. El calor de los focos hace que las palmas de las manos le duelan terriblemente, y Mollel hace una mueca.

—Ah —ruge Nalo—. Tienes las manos gravemente quemadas.

Un quejido comprensivo emerge del público.

Nalo coloca su palma sobre la frente de Mollel. Mollel trata de echar la cabeza hacia atrás y apartarla, pero es empujado hacia delante por uno de los acomodadores que tiene detrás.

—Pero tus manos no son lo único que tienes enfermo, ¿verdad, hermano? —continúa Nalo—. Percibo..., percibo un gran desasosiego en tu mente. Déjanos ayudarte, hermano. Permite que el Señor Jesucristo te ayude. Permite que el Príncipe de la Paz te proporcione algo de alivio ante lo que te está torturando.

El tumulto en la sala comienza de nuevo cuando el público reconoce el apunte para que estallen en un rezo espontáneo. Mollel puede oírlo todo a su alrededor, pero no se puede mover, no puede girarse. No ve nada más que la mano de Nalo sobre sus ojos.

—Oh, Jesús —grita Nalo—, ayuda a este pobre hermano iluso. Por favor, Jesús, termina con su sufrimiento.

Como antes: ¡*Bam!*

Mollel nota un dolor agudo, punzante, en el brazo.

Nalo le ha apartado la mano de los ojos. Mollel mira hacia abajo, a su brazo, justo a tiempo de ver cómo Wanjiku Nalo aprieta el émbolo de una jeringuilla hipodérmica. Nota la presión del líquido al entrar en el músculo, después nota cómo sale la aguja cuando ella la retira. Solo tiene tiempo de lanzarle una mirada furiosa y abrir la boca para protestar antes de caer como un bulto hacia delante.

Y entonces una docena de pares de brazos le sujetan y le ponen derecho: lo presentan al público, los focos le iluminan la cara. Parpadea y hace muecas como un recién nacido.

Ausencia de dolor.

Eso es lo que siente, y la liberación es maravillosa.

No se había dado cuenta, hasta ahora, de cuánto le había aplastado el dolor, cuánto le había constreñido. Y ahora, ayudado por todas esas manos, se siente liberado.

—¿Estás curado? —ruge Nalo.

Mollel baja la mirada hacia sus manos. Siguen en carne viva. Pero ahora, en lugar de que el calor de los focos le abraza, sus palmas parecen simplemente relucir, y siente en ellas un cosquilleo como si el sol del amanecer las avivase.

—Habla, Mollel. Tienes el micrófono. Díselo al público. Por el poder de la oración, ¿estás curado?

Sus ojos le dicen que las heridas siguen amoratadas. Sabe que es solo por la droga, lo que sea que le haya inyectado Wanjiku, por lo que se siente de esta forma. Los mira, a ella, a Benjamin. Ellos le observan con inquietud. Lo más fácil del mundo sería denunciarlos ahora, hacer que todo el edificio cayese sobre ellos.

La sala está en silencio. Miles de ojos están entrenados con entusiasmo para mirarle. La ficción de los Nalo, su fraude, y su poder están ahora completamente a su disposición.

Los ojos de George Nalo sondean los suyos. Le quemán como los focos. Mollel tiene la boca seca. Dice con voz ronca:

—*Tu esposa...*

Oye cómo su propia voz, como un revuelo de hojas, retumba por la sala. No es así como quiere hacerlo. Levanta la mano para tapar el micro que lleva en el cuello. Nalo se inclina hacia delante, tiene la cabeza a pocos centímetros de la boca de Mollel.

—Tu esposa —susurra Mollel. Esta vez solo él y Nalo oyen sus palabras—. Tu esposa es una asesina. Mató a Lucy.

La niña caminó a trompicones durante la noche. Tenía arañazos en la cara y los brazos. Había perdido su calabaza y la miel, y su madre se enfadaría porque ni siquiera había cogido las bayas que le encargó. No le importaba. Solo quería llegar a casa.

Pero no conocía el camino de vuelta. La pequeña pájaro la había guiado con los ojos cerrados, y aquí el país le resultaba desconocido.

Se sentó y empezó a llorar. Pero al hacerlo, notó una vibración diminuta en los pliegues de su *shuka*. Buscó y, bajo la pálida luz de la luna, vio que era una abeja. Una abeja solitaria.

Salió arrastrándose sobre su brazo, y la niña se sintió demasiado cansada para apartarla. Esperaba que le picase. Pero no lo hizo. Y ella le preguntó: «Pequeña abeja, destruí vuestro hogar. ¿Por qué no me picas?».

«¿Por qué debería hacerlo?», respondió la abeja. «Mi hogar ha desaparecido. Mis hijos han muerto. Picarte no me los devolverá. Pero tú tienes madre, y ella te echa de menos. Conozco bien este país. He recogido néctar delante de tu casa. Déjame mostrarte el camino. Vamos».

Y así, la pequeña abeja salió volando, y, cansada y hambrienta, la niña siguió su zumbido como había seguido el sonido de la *honeyguide*.

Siguió el zumbido. Pero como hizo antes la pequeña pájaro, la abeja se paraba y esperaba cada vez que la niña tropezaba o tenía que descansar. La niña estaba maravillada por la generosidad y la paciencia de este insecto diminuto que lo había perdido todo.

Después de lo que pareció una eternidad, la abeja dijo: «Hemos llegado».

La niña miró a su alrededor. No vio ni su *boma* ni su cabaña. No pudo oler lo que cocinaba su madre ni oír los balidos del rebaño.

«Esta no es mi casa», dijo.

«No», contestó la abeja. «Era la mía».

Y entonces la niña vio los restos de la hoguera y el nido de abejas sobre ella, roto y quemado.

Y las abejas que habían sobrevivido, que ya no estaban atontadas por el humo, se alzaron de donde habían caído al suelo y, vibrando por el enfado, se lanzaron sobre la niña.

«¡Esperad!», gritó. «¡No fue culpa mía! ¡Fue la pequeña pájaro!».

Pero la abeja que la había llevado hasta allí contestó: «¿Crees que nos importa? La pequeña pájaro ha volado. ¡Pero tú estás aquí!».

Y el mundo se oscureció para la niña cuando el enjambre nubló la luna.

Ese era el momento de la historia en el que Mollel siempre se tapaba la cabeza tirando de las mantas gruesas. Lendeva se reiría, y su madre le acariciaría con dulzura. Nunca comprendió, entonces, por qué la historia terminaba ahí.

Pero ahora, recordándola por primera vez en más de tres décadas, se da cuenta de por qué. Era como si se levantase la manta de la cabeza. La historia no era sobre la niña. Era sobre las abejas.

Sus pensamientos son interrumpidos por un estruendo de platillos y voces que se elevan cantando. No sabe cuánto tiempo lleva tumbado en el sofá de piel de la *greenroom*. Pero se despierta justo a tiempo para ver entrar a George y Wanjiku Nalo, todo sonrisas. Deprisa, deja que se le cierren los ojos; casi tan deprisa como las sonrisas desaparecen de sus rostros.

—No os preocupéis por él —dice Benjamin—. Está inconsciente.

Nalo dice:

—Pensaba que tu inyección mágica los reanimaba, no que los dejaba noqueados.

—Es una mezcla de adrenalina y opiáceos —responde Wanjiku—. Su expediente dice que está tomando antipsicóticos. No hay forma de prever el efecto que podría tener ese tipo de mezcla.

Así que tenían sus informes médicos de la policía. No es ninguna sorpresa, en realidad. Nairobi no es una ciudad que guarde los secretos durante mucho tiempo, en especial para gente tan rica como los Nalo y tan hábil como Benjamin.

Con todo, si piensan que él no es una amenaza, que lo hagan. Se siente demasiado débil para un enfrentamiento. Se alegra de dejarles creer que está inconsciente y ver qué podría averiguar.

—Ha sido una maldita estupidez, lo que hiciste en el escenario —dice Wanjiku—. Darle la oportunidad de hablar así. ¿Qué te pasó? Había visto la jeringuilla. Podría habernos denunciado delante de toda la congregación.

—Sabía que no lo haría —contesta Nalo.

—¿Cómo podías saberlo?

Nalo suspira. Mollel oye cómo arrastran una de las sillas que hay bajo la mesa, cómo chirría bajo el peso de Nalo al sentarse.

—Qué cruz tener una esposa con tan poca fe. ¡Tú y tus milagros mejorados de forma química!

—¡Sin mi *mejora* esta iglesia seguiría estando en una casucha de hojalata en Kibera!

—¡Y sin mí seguirías haciendo abortos clandestinos! —brama Nalo—. ¿Crees que vienen para ver a Wanjiku Nalo? No. Vienen a ver a George Nalo. Y tu ayuda no siempre es necesaria. Sabía que este masái no nos denunciaría, porque no estaba curando sus manos. Estaba viendo su *alma*.

Wanjiku resopla con desdén, pero Nalo continúa:

—Vi lo que había en su interior. Un anhelo de paz, real y profundo. Pero eso no fue todo. Vi un fuego.

Wanjiku se mofa.

—Eso es apenas una revelación, con las dos manos quemadas.

—Vi un fuego, y alguien perdido en su interior.

—Benjamin te contó lo del ciego. El que murió en Kibera.

—No —dice Benjamin—. No lo hice.

—No era un hombre, de todos modos —contesta Nalo de forma pensativa—. No era él. La sensación de pérdida era mucho más grande. Era una mujer.

—Eso solo demuestra que lees los periódicos —replica Wanjiku—. Su esposa falleció en el atentado, ¿te acuerdas? Por eso está loco.

Nalo, serenamente, contesta:

—Puede que sea eso. Puede que lo viera por eso. Pero tuve la sensación de que estaba viendo algo más. Algo que no estaba en el pasado. Algo que todavía está por venir.

—Tu problema —dice Wanjiku con amargura— es que te crees tu propio bombo publicitario. Solo eres un bocazas con la habilidad de recitar del tirón las Escrituras. Sin mí no serías nada.

—Bueno —contesta Nalo—, parece que lo vamos a averiguar, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir?

—¿Por qué crees que está aquí?

—Sigue investigando la muerte de Lucy —responde Wanjiku.

—No —replica Nalo—. Ha terminado sus pesquisas. Ha venido a hacer un arresto.

Incluso con los ojos cerrados, Mollel puede notar el impacto de las palabras de Nalo. A su lado, Benjamin se mueve con inquietud. Y Wanjiku suelta:

—¿Qué quieres decir?

Suavemente, Nalo contesta:

—Sé dónde estaba yo el viernes pasado por la noche, Wanjiku. Estaba frente a dos mil personas en una ceremonia de bautismo grupal, justo aquí. ¿Pero dónde estabas tú?

Mollel oye movimiento y cómo alguien toma aire con brusquedad. Levanta los párpados lo justo para alcanzar a ver que Nalo está agarrando a su esposa de las muñecas. Ella debe de haber intentado abofetearle.

—¿Cómo te atreves? —habla ella con la voz ahogada—. ¿Cómo pudiste?

Benjamin se ha puesto de pie de un salto, y aparta a Nalo de un empujón.

—Hazle daño y te mato.

—Relájate, mungiki —se ríe Nalo—. Es ella quien trata de pegarme.

Nalo retira las manos, y Benjamin intenta rodear a Wanjiku con los brazos, pero ella le aparta.

—Te gustaría quitarla de en medio, ¿verdad? —pregunta Benjamin—. ¿Que Orpheus House no se interponga más entre tú y el plato de la colecta?

—Debo admitir que Orpheus House ha sido una carga para mí —suspira Nalo—. No económicamente, eso no me importa. Pero lo que hacéis allí...

—¿Lo ves? —le grita Benjamin a Wanjiku—. Está tratando de tenderte una trampa. Se volverá contra ti, como siempre dije que haría.

—No lo hará, Benjamin. Llevamos casados treinta años. No me traicionará.

—¡Te traiciona todos los días, con sus putas y sus parásitos! ¿Cómo puedes seguir con él después de todo lo que sabes, después de que se negase a apoyarte?

—Porque me apoyará —responde Wankiju—. No puedes entenderlo, Benjamin, y no espero que lo hagas. Pero así es.

—¿Seguirá contigo cuando le cuente dónde estuviste el viernes por la noche? Mollel se despertará en cualquier momento, y está convencido de que mataste a Lucy. ¿Seguirá contigo tu marido cuando yo le diga a Mollel que estuviste conmigo... toda la noche?

El silencio en la habitación se rompe con un extraño sonido entrecortado. Por un momento, Mollel no logra identificar de dónde procede. Después se da cuenta de que es George Nalo. Se está riendo.

—Querido Benjamin —dice resollando—. ¿Crees que no sabía lo vuestro? Es parte de nuestro acuerdo, ya sabes. Ella hace la vista gorda con mis indiscreciones, y yo tolero las suyas. No es que seas el primero.

—Lo siento mucho, Benjamin —dice Wanjiku con tranquilidad.

De repente se produce un estrépito al caer una silla, y Mollel abre los ojos instintivamente. Teme que Benjamin pueda atacar a Nalo, o a Wanjiku; o a ambos. Pero ve que el joven se acerca directamente a él.

—Estás despierto —dice Benjamin—. Bien.

Se inclina sobre Mollel y le agarra de forma brusca para incorporarlo. Le mira con intensidad a los ojos. Al hacerlo, Mollel nota que la mano de Benjamin se mete en su bolsillo como si le estuviese cacheando. Es solo un momento, sin embargo, antes de soltarlo.

—Ahora que estás de vuelta con nosotros, puedes hacer lo que has venido a hacer. Puedes hablar con estos dos sobre la muerte de Lucy. Asegúrate de que te lo cuentan todo. No puedo decir que vayas a conseguir la historia completa. Pero será interesante escucharla.

Dicho eso, les lanza una última mirada desafiante, de desprecio, a George y Wanjiku Nalo y sale de la habitación como un vendaval.

Wanjiku mira a Mollel a los ojos, llena de interés.

—¿Cómo te sientes?

Ahora ya ha mirado a los tres a los ojos. Llegó convencido de que habían conspirado para asesinar a Lucy. Ya no lo cree. Pero siente que está cerca de la verdad.

—Me encuentro bien —contesta—. Un poco débil.

—Las drogas —explica ella—. Te recuperarás pronto. ¿Cuánto has oído?

—Todo.

—Entonces no tiene sentido mentirte. Benjamin tenía razón. Él y yo estuvimos juntos la noche que Lucy murió. Puedes comprobarlo en el hotel en que estuvimos. Ellos —baja la mirada—... ellos nos conocen.

Mollet apoya las manos en el borde del sofá para empujarse hacia delante. Hace una mueca. El dolor, tan gozosamente ausente desde la inyección sobre el escenario, está empezando a regresar.

—Hasta aquí vuestros milagros —dice.

Wanjiku suspira.

—Define *milagro*, Mollet —dice—. En una ciudad como Nairobi, es un milagro que exista una organización que consiga que la gente se rasque los bolsillos para ayudar a los demás. ¿Sabes cuánta gente comparte nuestros servicios de una u otra forma? ¿Educación, sanidad, asistencia social? El Gobierno no cuida de ellos, así que alguien tiene que hacerlo. Tenemos niños que no seguirían vivos de no ser por la Iglesia de George Nalo. Y el dinero no viene del aire. Unos cuantos milagros aquí y allá son los que mantienen los diezmos. Y además, en realidad nadie está engañando a nadie. La gente con la que hacemos esto siempre se siente mejor, aunque solo sea temporalmente.

—Pero es un fraude —contesta Mollet.

—¿Lo es? El Señor actúa de formas misteriosas.

Llaman con fuerza a la puerta y se oye como una especie de refriega. Mollet oye la voz de Benjamin al otro lado, y después el ruido se desvanece.

—Cuéntame qué pasó en Orpheus House —dice Mollet.

—No fue la noche en que murió Lucy —contesta George Nalo, rompiendo su silencio—. Iba a nacer un bebé. No queríamos que fuese en el hospital. Demasiado público. Organizamos la sala de partos en la casa abandonada.

—¿De quién era el bebé? —pregunta Mollet.

Wanjiku levanta la mirada hacia él. Tiene los ojos empañados en lágrimas.

—Era *nuestro* bebé —responde—. Nuestro bebé milagro.

Mollet pasa de mirarla a ella a mirar a su esposo. Nalo tiene la cabeza entre las manos. Hace bastante tiempo que Wanjiku habría dejado de estar en edad fértil. Pero

Mollet tiene la sensación de que no se refiere a esa clase de milagro. Unas palabras regresan a él, algo que le dijo Honey. «Algunos de estos lugares les quitan los bebés a sus madres en la sala de partos».

—¿Dónde está el bebé ahora? —pregunta.

—Muerto.

—Tal vez, si hubiésemos podido tener nuestros propios hijos —solloza Wanjiku—, ninguno de los dos habría estado con otra gente.

George Nalo ha alargado una mano hacia su esposa. Le acaricia el hombro con dulzura. El amor entre ambos no es sencillo, pero es profundo.

—Siempre lo consideré una señal de Dios —continúa ella—. Un castigo. Por lo que hacemos. Por los bebés que no llegaron a ser. Pero pensaba que estaba haciendo lo correcto entonces.

—Y después Lucy acudió a nosotros —dice Nalo—. Me contó que habría un bebé. No planeado. No deseado. *Mi* bebé.

—El bebé de George —repite Wanjiku—. Iba a darle el bebé que yo no pude. Pero no podría ser nunca una madre adecuada. ¡Una criatura así! Bueno, yo podía. Podríamos realizar el parto en secreto, en Orpheus House, y después hacer los trámites de adopción a través de la agencia. Nadie hubiera obtenido nada mejor. No habría ningún escándalo. El secreto de George estaría a salvo. Y, finalmente, tendríamos nuestro bebé.

»Pero en el momento en que le vi la coronilla, supe cuál era el problema. Se llama ciclopía. A veces nacen con un ojo, a veces con ninguno. En casos así, ni siquiera hay cerebro. Hice lo que era misericordioso. Aunque tuviese las sinapsis, las terminaciones nerviosas en su sitio, no habría sentido nada. No puse la pinza al cordón umbilical antes de cortarlo. El pequeño cuerpo se desangró en cuestión de segundos. Le dijimos a la madre que el bebé había nacido muerto. Pero nunca le enseñamos el cuerpo. Habría sido demasiado angustioso.

—Así que no mataste a Lucy —habla Mollet con calma—. Pero sí atendiste el parto de su hijo.

—Todavía no lo entiendes, ¿verdad, Mollet? —dice Nalo—. *No era Lucy.*

La puerta se abre de golpe, y un grupo de personas vestidas de negro entra corriendo: acomodadores. Todos llevan los auriculares que se utilizan para coordinar el espectáculo. Uno de ellos empuja a Wanjiku a un lado y se dirige derecho a la garganta de Nalo.

—¡Mentiroso! —grita.

Otra, una mujer, le da una bofetada a Wanjiku en toda la cara.

Mollet nota que tiran de él para ponerle de pie. Benjamin, que ha entrado detrás

de los acomodadores, le silba al oído:

—Será mejor que salgamos de aquí.

Tira de Mollel para abrirse paso entre más gente que entra. Tras ellos, Mollel distingue las protestas defensivas de Nalo acalladas por una turba enfadada que va creciendo.

Y el enjambre nubló la luna.

Mollet tropieza en la oscuridad de la noche fría conducido por el exmungiki. Sobre ellos, las estrellas giran brillantes. Una infinidad de puntos de luz.

A Mollet, la cabeza le da vueltas con el último comentario de Nalo: *No era Lucy*.

Benjamin le conduce entre las sombras de los edificios que rodean la iglesia. Pasan junto a grupos de gente sentada en el césped y apoyada contra las paredes, acurrucada contra el frío; refugiados, excedentes de la iglesia principal.

Se acercan a una puerta. Mollet reconoce el edificio. Es la antigua aula de clase, el hogar temporal de Orpheus House.

—¿Qué está pasando? —le pregunta Mollet a Benjamin, pero el joven se lleva un dedo a los labios.

Después mete la mano en el bolsillo de la chaqueta de Mollet y saca el transmisor. Tira del cable, desprendiendo el micro del cuello de la camisa de Mollet, y arroja el aparato al suelo. Se hace añicos, y las pilas se desperdigan.

Ahora Mollet comprende la presencia de la turba en la *greenroom*. Al comprobar si estaba consciente, Benjamin metió la mano en la chaqueta de Mollet para encender el micrófono inalámbrico.

—Sé por qué no denunciaste a Nalo sobre el escenario —dice Benjamin—. Se habría producido un disturbio. Y ya hay bastante de eso fuera de estas paredes. Pero me diste la idea. Cuando me di cuenta de que Wanjiku me estaba utilizando... Bueno, ¿por qué no debería saberlo todo el mundo?

—Pero no ha habido un disturbio —dice Mollet.

—El servicio había terminado. No salió por megafonía. Solo por el sistema interno. Hice guardia en la puerta el tiempo suficiente para que mucha gente del personal técnico oyese exactamente para qué clase de gente estamos trabajando. No tenemos mucho tiempo. Estoy seguro de que Nalo será capaz de engatusarlos y salir de ello al final. Y no quiero estar aquí cuando lo haga.

Benjamin abre con llave la puerta del aula y entra. Mollet le sigue. Aunque sabía que estaba ahí, le impresiona ver la mesa de reconocimiento ginecológico a media luz. Le trae el recuerdo frío de aquella noche empapada en sangre en la otra Orpheus House. Al menos ahora sabe que realmente vio lo que vio, y que no fue, como sugirió Kiunga, producto de su mente fracturada.

Benjamin se aparta de la mesa y se acerca al armario de almacenaje. Lo abre, las llaves cuelgan en sus ganchos en la parte interior de la puerta.

—Si hubieses estado menos preocupado por robarnos las llaves —dice—, podrías haber visto esto. Estaba justo encima del montón.

Le lanza una carpeta delgada de cartón. Las manos heridas de Mollel se levantan para cogerla en el aire, pero no puede agarrarla, y la carpeta aletea hasta el suelo, su contenido sale deslizándose.

Se agacha para coger una fotografía.

—Mírala bien —dice Benjamin—. Sea lo que sea lo que pienses de Wanjiku, no hace lo que hace a la ligera. La ley de este país dice que sería más misericordioso dejar que el niño llegase a término, dejarle respirar jadeando las pocas horas lamentables que conseguiría sobrevivir en una incubadora en alguna parte. Déjame preguntarte, ¿es eso misericordia? ¿Es eso amor de Dios?

En la fotografía hay un bebé. Su cuerpo diminuto está arrugado, sin pigmentación, cubierto por un residuo blanco. El cordón umbilical sigue unido, pero está cortado en el extremo de la placenta. No hay gancho o nudo en el corte. El bebé, el feto, se habría desangrado hasta morir en cuestión de segundos. Y en la parte superior del cuerpo del bebé, la cabeza. O lo que debería ser una cabeza. Hay una barbilla. Una oreja es visible. Pero hacia arriba, hay una cavidad abierta, sin labios, donde debería estar la boca. No hay nariz, ni ojos. Es un muñón. Un bulto liso, redondo, inacabado, no formado.

—Dios cometió un error —dice Benjamin—. Wanjiku solo trataba de poner las cosas en su sitio.

—¿Y eso es lo que intentaste hacer cuando quemaste Orpheus House? ¿Tratabas de poner las cosas en su sitio?

—Trataba de protegerla —contesta Mollel.

Una oleada de alivio inunda a Mollel. Más que la droga que le quitó el dolor, la confirmación de que él no inició el fuego le llena de gratitud. Ahora solo queda una incertidumbre. Si Lucy no era la madre del bebé...

Coge la carpeta. En la penumbra, por un momento Mollel no distingue las letras escritas en la parte delantera. Después forman palabras.

Nombre de la madre: En'cecoroi e-intoi Kipuri.

El nombre de pila, en maa, significa *honeyguide*.

Honey.

El bebé era de Honey.

Y la sangre por todo el suelo era del bebé. Wanjiku posiblemente perdió el control al cortar el cordón. Sus últimos latidos habrían extendido los fluidos de su vida por todas partes. No es de extrañar que fuese un escenario de horror. No es de extrañar que Benjamin regresase para prenderle fuego.

La fotografía de la criatura sin rostro, sin cabeza, permanece en la mano de Mollel. No es de extrañar, tampoco, que decidiesen evitarle esto a Honey.

«Algunos de estos lugares les quitan los bebés a sus madres en la sala de partos. Les mienten. Les dicen que el niño nació muerto». Las palabras de Honey regresan a él. Primero en ráfagas inconexas, después como un torrente.

Todo el mundo quiere un recién nacido. ¿Sabes por cuánto puede venderse un bebé recién nacido, sano, en el mercado libre?

El bebé de Lucy está vivo por ahí, en alguna parte. Tenemos que encontrarlo.

Hace falta un asesinato para que alguien se interese por lo que pasa aquí, e incluso así, eres el único al que parece interesarle, Mollel.

—Lucy nos la trajo —dice Benjamin—. Fue semanas antes. Wanjiku sabía que el bebé era de su marido. Lo quería para ella misma. Si no había registro del nacimiento, la adopción podría organizarse con facilidad a través de la agencia. Así que instalamos la sala de partos en Orpheus House. Era básica, pero Wanjiku es una experta. Si hubiera sido un nacimiento sencillo... Pero no pudo hacer ninguna ecografía prenatal. De haberlo hecho, habría sabido...

—¿Qué ibais a decirle a Honey? —pregunta Mollel—. Le habríais quitado al niño.

—Le habríamos dicho lo que le dijimos. Que nació muerto. Solo que no tuvimos que mentir.

Ella lo sabía. No era de extrañar que no les creyese.

—Yo quería enterrarlo —dice Benjamin—. Al menos un poco de dignidad humana. Pero entonces recordamos que todo el lugar iba a ser excavado para la nueva edificación. Habrían encontrado el cuerpo, se habrían hecho preguntas.

»Fue entonces cuando me acordé de la alcantarilla. La había escuchado resonar, hueca, bajo mis pies uno o dos días antes. Teníamos que actuar con rapidez, por si Githaka, el conserje, nos veía. Aparté las hojas, levanté la tapa, dejé caer dentro el paquete. Acababa de empezar a llover. La corriente ya era bastante fuerte más arriba en la tubería. El paquete tan solo desapareció, así. No sabía dónde terminaría. No me importaba, siempre que fuera lejos de nosotros. Solo sería otro cuerpo no identificado encontrado en las acequias o alcantarillas de Nairobi. Nadie se molestaría en indagar nada más.

La habitación se queda en silencio. Oyen un helicóptero a lo lejos, voces lamentándose, y los compases flotantes de una multitud de voces cantando un himno.

—Sabes que ella no os creyó —dice Mollel—. Nunca os creyó. No podía hacerlo. Durante nueve meses había llevado ese cuerpo dentro del suyo. Había sentido su latido; aunque solo se moviese como acto reflejo, para ella se había movido. Nunca habría aceptado que sencillamente pudiera haber muerto. Deberíais habérselo enseñado.

Así que este era el plan de Honey, piensa Mollel. Usó la muerte de su amiga para guiarle hacia los Nalo. Hacia un bebé inexistente. Hacia el chanchullo de la adopción

y el bebé que creía que le habían robado. Confiaba en que al investigar el asesinato, él la reuniría con su bebé. Quizás creía que los Nalo mataron a su amiga. Lo más probable es que no tuviese ni la menor idea. Siente una incontenible oleada de pena por ella.

Y entonces se acuerda de Lucy. Si no la mataron en Orpheus House, tuvo que ser en el parque después de todo. La mataron donde fue encontrada. Donde el testigo de la GSU vio a una mujer aquella noche con un viejo blanco.

Saca su teléfono y lo enciende. Un mensaje de Kiunga.

JL no ha aparecido.

Así que Lethebridge no acudió a la Central como Kingori prometió que haría. Apenas le sorprende.

—Se suponía que James Lethebridge iba a ayudarnos en nuestra investigación. Pero no lo ha hecho.

—Lethebridge —dice Benjamin en voz baja—. ¿Él es el asesino?

Mollet no contesta. En lugar de eso, pregunta:

—¿Qué hacía aquí en la iglesia, el día que te conocí? Le vi.

Benjamin responde:

—Es el punto de contacto entre nosotros y Kingori. Cuando parecía que Kingori iba a echar por tierra los planes de Wanjiku para Orpheus House, y urbanizarlo, dejamos que James Lethebridge supiera que teníamos cierta información sobre su jefe.

—Su relación con Lucy —dice Mollet.

—Sí. Pero él también tenía algo sobre nosotros.

—Los abortos.

Benjamin dibuja una sonrisa tenue.

—Sí. Incluso aunque se destruyeran las pruebas, tenía a Lucy para testificar al respecto.

—Así que estabais en un punto muerto —resume Mollet—. Hasta que se libró de Lucy.

Mollet recuerda las palabras de Sammy: oyó las voces de *dos* mujeres. Así es como se habría asegurado la cooperación de Honey y habría quitado de en medio a Lucy. Matando a su amiga delante de ella de la forma más espantosa posible.

—Tenemos que encontrar a Lethebridge —dice Mollet.

—¿Tenemos?

—No puedes quedarte aquí, ¿verdad? Además, voy a necesitarte.

Desde aquí arriba, la ciudad parece un millón de puntos de luz. Pero la electricidad se ha ido en toda Nairobi, y aparte de algunas luces de seguridad producidas por generadores en el distrito de los negocios, la mayoría de los puntos son rojos, y parpadean.

La ciudad está en llamas.

Benjamin lleva el coche por una calle lateral. Los reflectores del Toyota plateado brillan con la luz de los faros cuando se detienen. El Toyota está aparcado muy pegado a un seto, sus ruedas delanteras están giradas formando un ángulo. Un aparcamiento apresurado, fruto del pánico. No tiene el aspecto de un coche al que alguien pretende volver.

Benjamin aparca al lado y apaga el motor. Él y Mollel salen del coche.

—¿Kiunga? —llama Mollel.

Uno de los puntos de luz roja se eleva, brilla y desciende. Al movimiento le sigue una tos.

—Aquí.

Kiunga sale de la sombra de un árbol cercano, soltando humo.

—¿Cuánto llevas esperando? —pregunta Mollel.

—Dos cigarrillos. Quizás tres. ¿Quién es tu amigo?

—Este es Benjamin —dice Mollel.

—Disculpa que me escondiera en los arbustos. Pero no te esperaba en coche. Y cuando vi las trenzas... Ya sabes, los mungiki están movilizados esta noche.

—Por eso le he traído —dice Mollel—. Garantía en caso de que nos topemos con uno de sus controles.

—Y él era la mía —añade Benjamin—, en caso de que nos parase la policía. Robé muchos vehículos en mis tiempos malos, pero nunca tuve al lado a un agente armado.

—¿Es un coche robado? —le pregunta Kiunga a Mollel con sorpresa.

—De George Nalo —contesta Mollel encogiéndose de hombros—. Pagado por su congregación. ¿Cómo rastreaste el coche de Lethebridge hasta aquí?

—Después de tratar de localizarlo en casa y que no abriese la puerta, puse a alguien haciendo guardia.

—¿Guardia? Pero esta es una investigación no oficial. ¿Cómo lo gestionaste?

—De forma estrictamente no oficial —responde Kiunga—. Con todo, parece que el tipo que escogí ha hecho un buen trabajo.

—Nadie me presta atención —dice una voz de muchacho. Una figura andrajosa, descalza, aparece desde la oscuridad.

—¡Panya!

Mollet le da unas palmaditas al chico en la espalda. Fue buena idea por parte de Kiunga. Un *chokora* es como un ser invisible en Nairobi, incluso en las calles elegantes de Lavington.

—Salió de casa hace aproximadamente una hora —dice Panya—. El único problema fue convencer a alguien para que me llevase desde su casa. Ninguno de los taxistas quería subirme o creían que no podría pagarles. Todas las calles están bloqueadas, de una forma u otra, en todo caso. Al final conseguí una *boda-boda*^[3] que me dejó sentarme en la parte trasera. Tuvimos que hablar mucho para pasar. Y dar muchas vueltas antes de encontrar esto.

—Buen trabajo —dice Mollet.

Va a inspeccionar el Toyota. Se percata de nuevo del rascón en el guardabarros delantero. Abre la puerta, mira en el interior. No hay nada en la parte de atrás. Nada sobre los asientos. Sube al asiento del conductor, se inclina hacia el otro lado, y abre la guantera. El manual de instrucciones del coche, nada más. El típico coche de empresa. Baja las viseras contra el sol, palpa los bolsillos del asiento, abre los ceniceros. Nada. Nada. Nada.

Da un manotazo al volante, con frustración. Traquetea. Mira con más atención. La protuberancia central consiste en un armazón de plástico, que está suelto. Lo abre haciendo palanca. Debajo, el airbag del coche está metido sin apretar, colocado con torpeza en su espacio. Se desplegó en algún momento y lo volvieron a poner en su sitio.

Aparte de eso, no hay nada más que pueda averiguarse por el coche.

—Debe haberse ido desde aquí a pie —le dice Mollet a Kiunga—. ¿Qué hay cerca?

—Hay muchos edificios de oficinas —contesta Kiunga—. Oficinas centrales de empresas, ese tipo de cosas. Pero ninguna estaría abierta ahora. Es más posible que se haya ido a alguno de los hoteles elegantes. Está el Fairmont, el Panafric. Es bastante sencillo comprobarlos. No son tus sórdidos lugares de mala muerte en el centro. Tienes que mostrar una identificación al registrarte. Solo preguntaremos si ha llegado alguien con pasaporte británico en el último par de horas.

Alguien con pasaporte británico.

Mollet da un manotazo a un lado del Toyota.

—El Alto Comisionado Británico —dice—. Se ha ido al Alto Comisionado Británico.

—Claro —contesta Kiunga—. Por eso ha dejado el coche. No permitirían que nadie dejase un coche civil *cerca* de allí. No desde... bueno, ya sabes qué.

Mollet sabe qué.

—Oí en la radio que están evacuando a los ciudadanos británicos —dice Kiunga—. Una vez cruce esas puertas, estará en suelo británico. Le habremos perdido.

—Tendremos que confiar en que no haya llegado todavía. Llegaremos más rápido si hacemos lo que hizo él, y dejamos el coche aquí. Benjamin, ¿puedes cuidar de Panya? Y del Toyota. Lo podríamos necesitar como prueba. Coches así no pasan desapercibidos mucho tiempo.

—No te preocupes —responde Benjamin con una sonrisa. Es muy posible que cualquiera a quien nos encontremos desde ahora sea mungiki. Y todavía conservo cierto influjo con mis antiguos hermanos.

Los dos policías salen a pie por una calle lateral. Al final hay un callejón que va a dar a la calle donde está situado el Alto Comisionado Británico.

Es un edificio ancho, bajo, como una fortaleza, construido teniendo muy presente el ataque a la embajada americana. Barreras de hormigón antiexplosivos dividen la calle. A intervalos regulares los carteles exhortan a NO PARAR, NO BAJAR. Un grupo de guardias, una mezcla de policías keniatas y seguridad privada, flanquea la zona frente al Comisionado, pero no están evitando que la gente se acerque. Una pequeña multitud se ha congregado frente a una diminuta ventanilla de vidrio reforzado que hay en el muro desnudo de pizarra negra. Un letrero sobre ella dice INFORMACIÓN.

—Mi hermana vive en Manchester —solloza una mujer—. Tiene que dejarme entrar.

La mujer que hay detrás del cristal a prueba de balas trata de evitar con diligencia el contacto visual con cualquiera que esté fuera. En lugar de eso, señala hacia un aviso escrito a mano de forma apresurada que ha pegado con cinta adhesiva por la parte de dentro: «Solo Se Admiten Ciudadanos Británicos».

—¿Ha... —Mollet se abre paso a empujones hasta delante—... ha venido un tal James Lethebridge?

—Espere su turno, por favor, señor —contesta ella con desdén apenas disimulado.

—Soy policía —contesta, mostrando su identificación.

—Aun así tiene que esperar su turno. —Y se da la vuelta de manera deliberada.

Un hombre con aspecto indio coge a Mollet por la camisa.

—Eres policía —dice—. ¿No puedes hacer algo? No puedo volver a casa. No puedo ir a por mi pasaporte para demostrar que soy británico. Y estos racistas... Soy de Wembley. Solo he venido a visitar a mis primos.

Otra gente parece agarrarse a la idea de que Mollet es alguna especie de funcionario. En su desesperación, le manosean, le imploran.

Kiunga acude en su ayuda.

—¡Atrás, atrás!

—Lo siento, lo siento —dice Mollet—. No hay nada que yo pueda hacer.

Él y Kiunga se apartan de la ventanilla de información.

—Nunca conseguiremos una orden de detención antes de que salga del país —dice Kiunga, alicaído—. Ahora será un trabajo de extradición. ¿Y qué posibilidades

crees que tenemos con eso?

—Ninguna —responde Mollel.

Pasan junto a otra entrada que está a oscuras y cerrada. El letrero dice OFICINA DE VISADOS y ofrece el listado de los horarios entre semana. Frente a ella hay un banco robusto de metal. Un guardia de seguridad privado está despertando a alguien que está ahí acurrucado.

—Vamos, no puede estar aquí —está diciendo.

—¡Por favor! —implora el hombre que está en el banco—. ¡Soy británico! ¿No puede dejar que me quede aquí, aunque no me deje entrar?

—Ya se lo han dicho, señor. Sin pasaporte, no se puede pasar.

El hombre se pone de pie.

—¡Tan solo míreme! —dice. Tiene la tez y el pelo blancos. Se levanta la manga para dejar al descubierto una pálida piel blanca—. ¿Parezco keniano? ¡Por supuesto que soy británico!

Mollel se acerca y le enseña su identificación al guardia de seguridad.

—Yo me ocuparé de esto —dice.

—Haz que se vaya —contesta el guardia—. Dice que es británico, pero su pasaporte es keniano. Eso significa que debe haber querido ser keniano alguna vez. Imagino que piensa que ya no es un privilegio.

El guardia de seguridad se marcha.

—Hola, señor Lethebridge —saluda Mollel.

James Lethebridge le mira, le capta. Una comprensión lenta, progresiva, le recorre la cara.

—Debes de ser Mollel —dice Lethebridge—. David me dijo que me esperabas, agente. Pero yo no esperaba verte aquí.

Kiunga asiente.

—Tienes que venir con nosotros. No tiene sentido que intentes resistirte.

—Gracias a Dios.

Una sonrisa atribulada se dibuja en los labios de Lethebridge.

—Os puedo asegurar, agentes, que no me resistiré —continúa—. Preferiría irme con los perros pastores a ser lanzado a los lobos.

De regreso a los coches, el sonido de los disparos les hace apretar el paso.

—Eso está bastante cerca —dice Mollél.

—La oposición ha convocado una manifestación multitudinaria mañana en Uhuru Park —dice Kiunga—. He oído el rumor de que algunos de ellos planeaban atacar esta noche la base de la GSU allí. Si lo hacen, tendrán que venir justo por aquí.

—Entonces será mejor que no nos quedemos cerca.

Panya y Benjamin les están esperando junto al Toyota de Lethebridge. El coche de George Nalo no está.

—Tíos, os habéis tomado vuestro tiempo —dice Benjamin—. Vino una pandilla hace unos minutos. No eran mungiki, sino saqueadores habituales, que han salido a ver qué consiguen. Algunos llevaban *pangas*. Querían llevarse los dos coches, pero se quedaron bastante satisfechos cuando les di las llaves del de Nalo. Supongo que el Señor nos da y el Señor nos quita.

Un observador despreocupado podría considerar que los ocupantes del Toyota Land Cruiser forman un grupo extraño: delante dos jóvenes elegantes, el copiloto con trenzas; un masái delgado y adusto, lívido, y un viejo blanco en la parte de atrás; y, encorvado en la tercera fila de asientos, mirando por la luneta, un harapiento chico de la calle en su primer viaje en coche.

Pero no hay observadores despreocupados en las calles esta noche, ni grupos imparciales, ni transeúntes inocentes.

El coche pasa junto a montones de hombres, y algunos niños, que se dirigen, al parecer, a Uhuru Park. Caminan con decisión, las extremidades se balancean con agilidad, y algo, palos, garrotes o *pangas*, rebota en los laterales.

Como para romper la tensión, Lethebridge se ríe.

—¿Sabéis? —dice—, de verdad conseguisteis acabar con Kingori después de interrogarle la primera vez. Me dijo que me escondiera en casa, que no os dijera nada. Pero fue sincero cuando me llamó desde el Centro Internacional de Conferencias Kenyatta y me ordenó que cooperase. ¿Cómo conseguisteis que cambiase de idea?

—Vamos al grano —contesta Mollél, girándose hacia él—, ¿por qué decidiste escapar? Tenía la impresión de que siempre obedecías sus instrucciones al pie de la letra.

Lethebridge dirige la mirada hacia la ventana, y hacia la oscuridad que hay más allá.

—Nunca he pretendido ser muy valiente —dice con calma—. Tenía la sensación de que pasara lo que pasase después, David ya no podría protegerme.

Kiunga les conduce por una ruta en zigzag por Upper Hill. Quiere evitar tanto las calles principales como las frecuentadas por maleantes, y elige una buena travesía intermedia de rutas que no es muy posible que llamen la atención y son lo bastante amplias como para evitar una emboscada.

—Dejad que os hable un poco sobre David Kingori —sigue Lethebridge. Parece tener ganas de hablar, como reacción a la tensión, o por el alivio—. ¿Sabéis que fuimos juntos a la escuela? En Inglaterra. Fue el primer africano negro en la escuela. ¡Cómo solían burlarse de él los otros chicos! Le robaban el suéter, le preguntaban si le gustaba el frío. Pero él solo sonreía y les decía que estaba bien.

»Era yo quien echaba de menos mi país. Me habían dicho toda la vida que Inglaterra era mi hogar; sin embargo, cuando llegué allí, echaba muchísimo de menos el aire africano. No es de extrañar que me pegase a David. Era todo lo que tenía.

»Éramos una pareja extraña. Nos habíamos criado juntos. Mi padre y el suyo hacían negocios. No empezó así. Antes de que yo naciera, mi padre poseía dos kilómetros cuadrados de un terreno de producción de té cerca de Kericho. El padre de David era el administrador de la finca. Pero cuando llegó la independencia, mi padre decidió que sería político tener un socio local. De alguna manera, cada año, surgían razones por las que otra parte del negocio tenía que ponerse a nombre de Kingori. Al final mi padre se convirtió en el empleado.

Lethebridge suelta una risa ronca.

—Pensaba que era muy injusto. En realidad él nunca dejó de cuestionar la política de la antigua administración colonial que le dio el terreno en primer lugar.

Parecen haber esquivado a la mayoría de las pandillas, y las aceras están en su mayor parte despejadas cuando empiezan a descender la colina que va a dar al parque. Allí, en la oscuridad, está Orpheus House, o lo que queda de ella. Mollel mira por encima del hombro al pasar, pero no alcanza a ver nada más que un destello del letrero PRÓXIMAMENTE. Tras él, en la tercera fila de asientos, Panya se ha quedado dormido.

—David se hizo cargo del negocio cuando terminamos los estudios. Me dio un empleo. Creo que le divertía tener a un blanco trabajando para él. Le daba cierto prestigio. Pero, más importante que eso, sabía que podía confiar en mí.

»Parte de mi trabajo, incluso desde el comienzo, consistía en encontrarle chicas. No me importaba. Me divertía el hecho de proporcionarle placer. Sabía que nunca significaban nada para él. Yo le daba la devoción incondicional que él necesitaba. Ellas le daban todo lo demás.

»Lucy era distinta. Tenía algo más que él necesitaba. Información.

»Los Nalo estaban presionando a David por el usufructo de Orpheus House.

David quería el terreno para urbanizarlo, pero con el seguimiento y el peso político que tiene George Nalo, no se atrevió a desalojarlos. Lucy había sido parte de la operación de los Nalo. Durante un tiempo, cuando quiso salir del juego, fue allí, la acogieron. Sabía lo que pasaba. Me contó lo de los abortos. Que Wanjiku era una fanática. Pensaba que estaban salvando a los bebés de una vida de sufrimiento, nos contó Lucy. Mejor muertos que en la calle.

Mollet mira a Benjamin. La parte trasera de su cabeza no revela ninguna emoción, no hay señales siquiera de que esté escuchando. Es demasiado inteligente como para interrumpir ahora el discurso de Lethebridge. El viejo no ha dado muestras de reconocerle de la iglesia. Probablemente ha pensado que era otro agente de policía. Mollet no puede evitar pensar que lo hubiera hecho bien.

—No quise molestar a David con los detalles —continúa Lethebridge—. Sabía que esto era lo que necesitábamos para quitarnos a los Nalo de encima. Su imperio se habría arruinado si se revelase. Una vez sin ellos, también se habría librado de esta chica problemática. Las cosas hubieran vuelto a ser como antes. Pero necesitaba más que las habladurías de una chica. Necesitaba pruebas.

»Entonces Lucy me dijo que tenía algo sobre los Nalo que era dinamita. Una amiga suya se había quedado embarazada de George Nalo y Wanjiku le practicó un aborto. Embarazo avanzado, también. Un testimonio así les arruinaría. Tendrían que hacer lo que quisiésemos.

»Lucy ofrecía a su amiga en bandeja. Le daría bastante dinero para desaparecer, cuando tuviese a la chica. Pero Lucy no confiaba en mí, más de lo que yo confiaba en ella. No me daría el nombre de su amiga. No me diría dónde encontrarla. Teníamos que ir a verla juntos.

»Tenía un plan. Yo me haría pasar por un cliente. Su amiga no estaba trabajando en ese momento. Era todavía demasiado pronto después de la operación. Pero había aceptado ayudar a Lucy. Se las arreglaría con algo de dinero.

Bajando por Upper Hill, Kiunga pasa en rojo el semáforo en el cruce con Haile Selassie Avenue. Tras tomar una curva, aparece la hilera sombría de los jardines, flanqueada por la presencia imponente de la GSU. Por encima de sus cascos y más allá de sus escudos antidisturbios, Mollet alcanza a distinguir la carpa del hospital de campaña y los camiones de mando. El coche continúa en paralelo al piquete, casi rodando por el borde del escenario del crimen, en algún punto detrás de ese cordón. Incluso yendo deprisa, el poste de cemento con el rascón es visible mientras el coche que lo golpeó pasa por su lado.

—Ahí es donde lo hiciste —dice Mollet.

—Ahí es donde ocurrió —confirma Lethebridge—. Ahí es donde me cogieron.

Me pillaron con el viejo dos por uno.

—¿Dos por uno?

—Es un clásico truco de puta. Una buena forma de ganar dinero si no quieres hacerlo.

»Pasé en coche por K Street a una hora acordada. Lucy se acercó a la ventanilla. Actué como si nunca nos hubiésemos visto antes. Ella siguió las reglas.

»Hablamos. Miraba a su amiga de forma nerviosa. Hizo un gran papel. *Mira, dijo, han venido algunos personajes extraños por aquí últimamente. ¿Te importa si mi amiga se viene?*

»Me resistí. *Oh, no sé, dije.* Después ella guiñó el ojo y dijo, *Te daremos un dos por uno. Dos por el precio de una.* Bueno, quiero decir, ¿quién podría resistirse? Seguí el juego. Lucy entró y se sentó a mi lado, y su amiga sonrió al entrar en la parte de atrás.

»Era preciosa. Alta, delgada. Mis gustos no van en esa dirección, agente, como habrás adivinado. Pero esta chica. Habría hecho una excepción de haber sido más joven. Ella tenía algo. Su sonrisa era seductora. Te hacía querer olvidarlo todo, todos los problemas del mundo, y solo entregarte a ella. ¿Sabes lo que quiero decir?

Mollet sabe lo que quiere decir.

—¿Qué pasó después? —pregunta—. Honey entró en el coche, ¿después qué?

—¿Honey? —dice Lethebridge con sorpresa—. ¿Es ese su nombre?

—Ese es su nombre.

—Honey —repite Lethebridge con suavidad—. Bueno, Lucy se sentó delante, a mi lado, y Honey se metió detrás. El plan era que las llevaría al parque. Estaba cerca, había privacidad. Una vez allí, Honey no podría salir corriendo. Y, con suerte, podríamos convencerla para que hablase.

»Pero en cuanto cruzamos la verja del parque, noté un dolor repentino. No sabía qué era. Pensé que era un infarto. Mi tiempo se terminaba finalmente. No podía respirar.

Lethebridge se toca el cuello de forma pensativa.

—Ya ves, el asunto es que el dos por una es una treta. Las chicas entran en el coche del cliente, hacen que las lleve a algún sitio aislado, después le atracan. Pero era obvio que Honey había decidido no esperar a que el coche se parase. Había cogido el cinturón y estaba tirando de él tan fuerte como podía. Solo noté su rodilla en mi espalda, presionando el asiento, el dolor punzante. Intenté alcanzar la hebilla... Entonces chocamos con algo. Y no sé qué pasó después.

»Cuando me di cuenta, tenía la cara metida en el airbag y las chicas se habían marchado. Al principio pensé que me habían robado, pero seguía teniendo la cartera

en el bolsillo. La saqué. Mientras mis ojos se acostumbraban a la oscuridad, solo pude verlas a cierta distancia, por delante. También pude oírlas. Sonaba como si estuviesen peleando.

»Honey estaba gritando. No pude entender el qué. Algo acerca de perder a su bebé. Lucy estaba diciendo “no, no”. Yo estaba grogui. Apenas podía caminar. Para cuando llegué donde estaban ellas, ya no vi a Lucy. Solo a Honey, de pie sobre la alcantarilla.

»Entonces saltó dentro. Miré hacia abajo. Lucy estaba ahí, tirada. Y Honey estaba encima. No pude ver qué estaba haciendo. Pensé que Lucy se había caído, que Honey estaba tratando de reanimarla. Estaba mareado. Muy mareado.

»Debí de desmayarme, porque lo siguiente que sé es que Honey me conducía de vuelta al coche. Notaba sus manos húmedas en mi brazo. Cuando abrí la puerta del coche y la luz se encendió, vi que estaba cubierta de sangre.

»“Di algo de esto”, me dijo, “y te haré lo que le he hecho a ella. ¿Entendido?”.

»No tuve duda de que lo decía en serio, agente. Tenía ojos de loca. Cuando David me llamó y me dijo que cooperase con la policía, me entró el pánico. Sabía que ella vendría a por mí. Me haría lo que le hizo a su amiga. Solo quería salir de aquí, salir de este país. Tan lejos como fuera posible.

»Me dijo que la dejase en alguna parte. No puedo recordar dónde. Durante todo el camino ella murmuraba: “Se llevaron a mi bebé, se llevaron a mi bebé”.

«Se llevaron a su bebé», Mollel recuerda que dijo Honey. «¿Puedes siquiera imaginar cómo es eso, Mollel? Ahora Faith está tratando de hacer lo mismo contigo. Pero no te preocupes. Nunca dejaré que eso ocurra, Mollel. Nunca dejaré que eso te pase a ti».

Mollel piensa en Kawangware, en la casa de Faith. Donde está Honey. Con Adam. Y con Faith.

—¡Para el coche!

Ahora ya han pasado el parque, están en la rotonda desierta al inicio de University Way. Apenas a medio kilómetro de la Comisaría Central. Pero el tono de urgencia de Mollel obliga a Kiunga a parar en seco con un chirrido en medio de la rotonda.

Mollel abre la puerta y baja de un salto.

—¿Adónde vas? —grita Kiunga.

—Llévale a la Central —ordena Mollel.

—¿Vas a por Honey? ¡Deja que te lleve!

—Ya has oído lo que dijo Panya. Las calles en esa zona de la ciudad están bloqueadas. No va a pasar ningún coche. Yo podría hacerlo.

—Déjala hasta mañana —protesta Kiunga, a punto de apagar el motor. Pero Benjamin le sujeta la mano.

—He visto a este hombre saltar al fuego —dice—. No vas a detenerle.

Y se gira para desearle buena suerte, pero Mollel ya se ha ido.

Corre.

A veces pasa junto a un grupo que se encamina en la dirección opuesta, hacia el centro de la ciudad. Los niños, a veces hay niños entre ellos, le saludan al pasar, como si estuviese corriendo una prueba. Agitan sus *pangas* en alto como muestra de apoyo. Pero los hombres apenas le dedican una mirada. Siguen caminando, con determinación. Para ellos, es un corredor nocturno, y bien podría ser invisible. Nada del otro mundo les interesa esta noche.

Mollet corre por calles desiertas de las afueras. Muros lisos y ventanas con barrotes. Hurlingham, Dagoretti, Lavington: letreros de iglesias y carteles de negocios distinguen los nombres de los vecindarios, pero no hay nada de buena vecindad en ellos.

No permitiré que te quite a tu hijo, Mollet.

Mollet no siente dolor, ni cansancio. Le impele la urgencia de su misión: el acto de correr, además, le recuerda sus días de juventud, cuando trotaba durante horas tras el rebaño. Quizás también es la cura milagrosa de los Nalo lo que le aporta ahora mayor percepción, para verlo todo con tanta claridad.

Honey no sabrá, todavía, que él ha descubierto que es la asesina. Ella todavía le necesita. Le necesita porque cree que su bebé está vivo y que ha sido dado en adopción por los Nalo. Por eso le condujo hasta ellos, ahora Mollet lo entiende. Pensaba que si desvelaba su tinglado culpándoles de la muerte de Lucy, la agencia de adopciones sería investigada. Podría localizar a su bebé. Recuperarlo.

De modo que es esencial no alertarla. Cuando llegue, debe mantener las apariencias. Al menos hasta que Faith y Adam estén a salvo.

Mientras se acerca a casa de Faith, donde el Lavington de clase media confluye con Kawangware, empieza a oír el ruido que se ha vuelto tan familiar en los últimos días. Es el sonido de cristales al romperse, gritos, chillidos. Mujeres y niños berreando por el miedo y hombres hirviendo de furia.

No esperaba que el problema se hubiera extendido hasta tan lejos. Kibera y Mathare, seguro. Eran yesca que tan solo aguardaba la cerilla. No era muy difícil hacer que esos distritos acabasen en llamas. ¿Pero el tranquilo y pequeño Kawangware, con sus prometedoras pretensiones?

Entonces recuerda a los gandules que merodeaban frente a la casa de Faith el día de Navidad. Se escondieron bastante rápido en cuanto Kiunga les mandó seguir su camino, pero no le cabía duda de que, en una noche como esta, buscarían saldar

cuentas.

El corazón le palpita con violencia cuando se da cuenta de que no solo están en peligro Faith y Adam, también lo está Honey, a ese respecto. Por lo que concierne a una turba enfadada, borracha, cualquiera que estuviera en esa propiedad sería kikuyu. Y los kikuyu acaban de robar las elecciones... ¿verdad?

La gente pasa caminando por su lado en la otra dirección. No son las pandillas masculinas de antes, estas son casi todas de mujeres y niños. Para a una mujer, doblada casi por la mitad bajo el peso de un niño dormido sujeto en un *khanga* a su espalda, y le pregunta:

—¿Qué está pasando?

—La GSU —contesta ella sin aliento—. Han cerrado Kawangware.

Mollet aprieta el paso. Espera que de alguna forma la GSU esté de acuerdo con el ridículo esnobismo de Faith y decida que su casa está en Lavington. Que coloquen su bloqueo un par de calles hacia el oeste, y que ella quede en la zona segura. Pero sabe que no lo harán. No tendría sentido. La franja ancha de James Gichuru Road es la posición defensiva que hay que tomar por lógica. Al girar una esquina, observa, con terror, que tiene razón. Una fila pesada de agentes antidisturbios, con camiones y vehículos blindados, está apostada en el cruce de las calles James Gichuru y Gitanga, aislando por completo Kawangware. Los residentes de Lavington podrían sentirse agradecidos por la barrera, pero significa que, dentro de Kawangware, podría pasar cualquier cosa.

Y probablemente está pasando ahora mismo, a juzgar por el arco constante de proyectiles que llueven sobre las tropas de la GSU. Mollet corre, zigzaguea, viendo el destello de una llamarada pasar con mucha fuerza junto a sus ojos justo un momento antes de que una botella de cristal explote en el suelo a su lado. Un líquido frío le salpica las piernas, y el hedor grasiento del gasoil le llena la nariz. Se limpia la pierna con la mano y frota el fluido viscoso entre los dedos. El escozor en su carne quemada le hace contener la respiración. Después da unos pisotones y apaga la llama ya decadente del trapo atado al cuello de la botella. Se considera afortunado por el hecho de que quienquiera que la haya llenado no sepa la diferencia entre diésel y gasolina. Pero podría no tener tanta suerte la próxima vez. Ya puede ver una llama azul extendiéndose por el techo de uno de los camiones de la GSU, mientras los hombres que están cerca se pelean por sofocarla con un extintor.

Mollet se aprieta contra la parte delantera, pero no puede atravesar la fila: los hombres de la GSU han entrelazado los brazos, con los escudos antidisturbios al frente. Están tan concentrados en la turba que tienen delante que ni siquiera parecen percatarse de que él intenta abrirse paso para entrar.

Abandona, exasperado. Empieza a buscar una ruta alternativa por un lado, pero las tropas han bloqueado la única vía de entrada y de salida. Incluso puede ver el techo de chapa de cinc verde de la casa de Faith, a solo una escasa docena de metros de distancia. Al menos parece estar intacta. Espera que Faith haya tenido el sentido

común de coger a Adam y salir a toda prisa mientras tuvo ocasión. Pero conociendo a Faith, está seguro de que no habría dejado su casa. Lo que significa que ella, Honey y Adam siguen ahí.

—¡Eh! ¿Qué demonios crees que estás haciendo? ¡Cogedle!

Mollet nota que le agarran por ambos lados y le hacen girar. Está frente a las facciones agresivas de un sargento de la GSU.

—Lleváoslo, chicos. Dadle un buen repaso. No quiero volver a ver su fea cara nunca más.

Después aprieta los ojos. Escruta a Mollet más detenidamente.

—Espera un momento —dice—. ¿No he visto tu fea cara antes?

—Eres Mwathi —contesta Mollet—. Soy uno de los policías que investiga el asesinato en Uhuru Park. Dijiste que tu hija tiene la misma edad que la víctima.

La cara de Mwathi se quiebra en una amplia sonrisa.

—Soltadle, chicos —dice—. Es uno de los nuestros.

A Mollet le sueltan con brusquedad.

—Es la primera vez que me ha llamado *uno de los nuestros* alguien de la GSU —dice.

—Ahora estamos todos juntos en esto —contesta Mwathi—. A menos, por supuesto, que prefirieses estar allí, con *ellos*.

Hace un gesto con la cabeza hacia la muchedumbre que hay frente a la fila.

—En realidad —responde Mollet—, lo preferiría.

Mwathi se ríe con incredulidad.

—¿Estás loco? Te harían pedazos.

—No creo. No llevo uniforme. Y nadie va a pensar que soy kikuyu, con estas orejas. Por lo que sé, nadie ha atacado a los masái, todavía.

—Dale tiempo —replica Mwathi—. Dale tiempo. ¿Y por qué quieres lanzarte a la guarida del león? ¿Sentimiento suicida?

—Mi familia está allí.

Los ojos de Mwathi parpadean con compasión.

—¿Dónde están?

—En una casa cerca del borde. Tan solo si pudieras mover el cordón hacia delante una manzana...

Mwathi niega con la cabeza.

—No podemos. Tenemos bastantes dificultades para mantener la fila tal y como está. Mira, si están dentro de una casa, posiblemente estén bien, si mantienen la cabeza agachada. Luego, cuando se calme un poco...

Mollet aprieta con fuerza los brazos del sargento. Nota la agonía en sus manos.

—No puedo esperar —implora—. Están en peligro. La asesina. La asesina de la chica del parque. La asesina está ahí también. Con mi familia.

Nota que empiezan a flaquearle las rodillas. Mwathi le mira, escéptico al principio. Pero su rostro cambia cuando se da cuenta de que Mollet le dice la verdad.

—¿La asesina está con tu familia? —pregunta.

—No lo sabía —Mollel habla sin aliento—. No lo sabía. Pensaba que estarían a salvo.

—Esto es lo que haremos —dice Mwathi, tirando de Mollel para enderezarlo—. Te dejaré pasar. Pero tendrás que asumir el riesgo. Si llegas a la casa, tienes que quedarte allí. ¿Entendido? No intentes salir. No hasta que todo esto haya terminado.

—De acuerdo —dice Mollel.

—Y con respecto a esa asesina —dice Mwathi—, haz lo que tengas que hacer. Mátala si hace falta. Nadie va a hacer ninguna pregunta sobre otro cuerpo que haya por aquí, por la mañana. Dame tu identificación.

—¿Qué? ¿Por qué?

—No la querrás allí dentro.

Tiene razón: si roban o registran a Mollel, su identificación de policía valdría tanto como una sentencia de muerte. Pero se siente despojado entregándola. Primero su uniforme, ahora esto. Es como si le hubiesen quitado todo lo que le identificaba como policía. Ahora es solo un hombre.

Mwathi hace traquetear su porra contra los cascos de dos agentes de la GSU que están en primera línea.

—Cuando dé la orden, dejad pasar a este —brama—. Primera fila retirada. ¡Ahora!

Los dos hombres desentrelazan sus brazos, y Mwathi empuja a Mollel por el hueco. De inmediato tropieza con un ladrillo. Mwathi grita:

—Buena suerte. ¡Y disculpa!

—¿Por qué?

—Por esto —grita Mwathi mientras deja caer su porra sobre el hombro de Mollel.

El dolor le recorre todo el cuerpo. Pero lo comprende: Mwathi le está dando una oportunidad con la turba. Hace su entrada y corre, con la cabeza agachada, hacia la línea contraria.

El golpe de la porra fue una baza: brazos que le dan la bienvenida le saludan y le arrastran con ellos. Su aspecto desaliñado es la coartada perfecta. Nadie cuestiona que sea nada más que otro compañero alborotador lo bastante desafortunado como para haber probado la justicia sumaria de la GSU.

—Vamos, hermano —dice una voz con marcado acento luo—. No te puedes quedar aquí.

Le ayudan a pasar, renqueando, a través de la muchedumbre de voces enojadas, hasta descansar en un bordillo de hormigón. Su rescatador se arrodilla a su lado y mira fijamente a Mollel a la cara, con ojos enojados.

—¿Qué te han hecho, esos bastardos? —sisea.

—Solo estaba tratando de llegar a casa —murmura Mollel con voz débil.

El joven que tiene delante niega con la cabeza.

—Llevan esperando esto mucho tiempo —dice—. Esos ladrones kikuyu se repartieron el país cuando los ingleses se marcharon. Les alegró compartirlo con los kalenjín cuando Moi estaba en el poder. ¡Pero ha llegado la hora de los luos! Los luo y los luhya, juntos les superamos en número. ¡Es nuestro turno! Y sin embargo, ¿qué conseguimos? ¡Esto! A ver, déjame verte las manos. Estás herido, hermano.

A Mollel le impresiona la preocupación sencilla que el extraño muestra por él, en absoluto contraste con el odio visceral de sus palabras. Mwathi, también, por la otra parte, le ha mostrado humanidad. ¿Siempre serían así los keniatas, capaces de mostrar amabilidad individual pero animosidad de grupo?

Piensa en David Kingori en el tejado del Centro Internacional de Conferencias Kenyatta, supervisando el amaño de las elecciones. A pesar de todas sus palabras jactanciosas sobre la patria kikuyu, Mollel nunca había tenido la sensación de que estuviese motivado por el tribalismo. Más bien, que era parte de una élite profundamente afianzada y estaba desesperado por arraigarse todavía más.

Pero Mollel siente que el argumento se perdería con este salvador recién descubierto. En vez de eso, pregunta:

—¿Qué está pasando más adentro?

El joven se encoge de hombros.

—Han saqueado algunas de las tiendas. Las de propietarios kikuyu, principalmente. Tu familia debería estar bien, si son masái. Tu gente no es parte de esto.

—Me parece recordar a una vieja kikuyu que vive cerca de aquí —dice Mollel—. ¿Sabes qué le ha pasado?

—Su momento llegará —contesta el joven de forma implacable—. Su casa está bien protegida. Todavía no hemos tenido ocasión de limpiar todas las cucarachas.

Pero si la GSU nos deja aquí encerrados toda la noche, habrá muchas oportunidades.

—Gracias por tu ayuda —dice Mollel, levantándose.

Al hacerlo, ve un destello de luz, y se eleva una aclamación. Obviamente, una bomba de gasolina ha golpeado un objetivo enemigo. El joven se agacha para levantar la piedra sobre la que ha estado sentado Mollel. La sopesa, y lo último que Mollel ve de él es que la está llevando hacia el caos.

Mollel mira a su alrededor. Las farolas están apagadas, pero con el resplandor de las hogueras puede ver el cruce familiar de la calle lateral que va a parar a casa de Faith. Pasa junto al lugar donde Kiunga cogió a Adam con la bici. Mientras se acerca, ve, con alivio, que la casa parece estar intacta, aparte de algunos grafitis garabateados en el portón alto de metal.

Se aúpa y mira por encima, entre los alambres de púas que recorren la parte superior. No hay electricidad en todo el vecindario, pero el resplandor difuso de una vela o una lámpara de queroseno parpadea en algún lugar detrás de la ventana de la cocina. Golpea la puerta, nerviosamente al principio, temeroso de llamar alguna atención indeseada, después más fuerte. Una sombra cruza la ventana, pero no hay ningún otro movimiento en el interior. ¿Por qué debería haberlo? Posiblemente estén aterradas.

Considera sus opciones. Los gritos no se oirían por encima del barullo general que hay fuera. Tirar una piedra: eso solo haría que saliesen disparadas para buscar refugio más hacia el interior de la casa. Escalar el portón: las púas en la parte superior son crueles, expresamente diseñadas para mantener a la gente fuera. Todavía más cruel es el alambrado brillante que Faith ha instalado hace poco, aunque su clarividencia al menos ha mantenido a la familia a salvo hasta el momento. El lugar es impenetrable.

—¿Así que has decidido unirme a nosotros después de todo?

Es el amigo de la piedra. Ya no la lleva, y en su lugar carga con un trozo de tubería de metal. No está solo. Hay una banda, un grupo que se ha escindido de la primera línea. Mollel cree reconocer a algunos de los chicos que Kiunga hizo que se marchasen unos pocos días antes. Están borrachos: algunos llevan lo que parece *chang'aa* en botellas de plástico. Pero también llevan *pangas* y otras armas improvisadas. No duda de su habilidad para utilizarlas. Retrocede ligeramente, para que su cara quede en la penumbra.

—No se puede salir de Kawangware esta noche —dice el joven—. Podríamos saldar también algunas cuentas mientras estamos estancados aquí.

No beben de las botellas, se percata Mollel. No es *chang'aa*. Es gasolina.

—Solo estaba comprobando este lugar —bravuconea—. No merece la pena. La seguridad es bastante buena. Incluso si lo hiciésemos, un avance de la GSU nos dejaría atrapados ahí como ratas.

Eso provoca la risa de los tipos.

—No van a avanzar —dice uno—. No, si saben lo que les conviene.

—He oído que un familiar de la vieja es policía —interviene otro.

—¡Exacto! —contesta Mollel—. Ese es el tipo de problema que no necesitamos.

—Mucha más razón para prenderle fuego a este sitio —suelta un muchacho, echándose hacia delante. Mollel lo tiene delante de la cara, y confirma sus sospechas: es uno de los que merodeaba el día de Navidad.

—Yo también conozco al policía. Creo que es el padre del niño que vive aquí.

Mollel trata de sofocar la ira que le está consumiendo. Una pelea con estos tipos ahora le dejaría muerto, e inservible para quienes están dentro. Con moderación, con calma, responde:

—¿Oh, sí?

—Sí —dice el chico arrastrando la palabra—. Le vi enseñando al chico a montar en bicicleta. Incluso hablé con él una vez. Un gallito bastardo kikuyu. Cree que sabe hablar jalu.

Se refiere a Kiunga, se percata Mollel. Aun así, el chico le mira de arriba abajo, como tratando de ubicar su rostro. Pero está demasiado borracho para ver la conexión.

—Cogeré esa bici cuando hayamos acabado con la gente de dentro —grita otro de los tipos—. Apuesto a que tiene muchas más cosas buenas ahí dentro también.

Mollel quiere pelear con ellos. Quiere quitarles un *panga* de las manos y matarlos a todos, hacerlos pedazos. Esto es lo que hace falta, piensa, incluso mientras el corazón le late a toda velocidad. Esto es lo que hace falta para que el Dios Rojo se levante dentro de ti. Para darte la rabia necesaria para convertirte en un asesino. Para cortar a la gente en pedazos. Cuando alguien amenaza a tu familia, a tu hijo. Amenaza con llevarse todo lo que tienes y destruir todo lo que amas. Y no hay derecho a la ley, ni apelación al orden. Nadie te protegerá y nadie se levantará por ti y luchará en tu defensa. Todo lo que puedes hacer es matar.

Esto es lo que sintió Honey.

Esto es lo que está destruyendo Kenia.

—Un momento, un momento —dice apresuradamente—. Tenéis algo ahí. La vieja es bastante adinerada, ¿no? Apuesto a que incluso tiene dinero metido bajo el colchón. Todos los kikuyu lo tienen. Bueno. Así que lo último que queremos hacer es prenderle fuego a este sitio. Tiene ahí dentro cosas que necesitamos.

Nota que los demás asimilan su argumento. La avaricia y la envidia empiezan a superar incluso al odio.

—Así que mirad —continúa—, dejadme entrar ahí. Ayudadme a trepar el muro. Abriré la puerta, entraré en la casa. Después podemos servirnos. ¿Qué os parece, tíos?

La propuesta es recibida con una aclamación. Pero la sensación de alivio de Mollel es efímera. Ha ganado un poco de tiempo. Pero incluso si consigue sacar de ahí a Adam, Faith y Honey, todavía tiene que hacerles atravesar la muchedumbre. Y

no quedará satisfecha con saquear la propiedad. Han salido a por sangre.

—Tú —dice Mollel—. Por la forma en que te vi levantar esa piedra, sin duda puedes levantar a un tipo flacucho como yo. Vamos, dame un impulso.

Ahora que se ha tomado la decisión, no quiere darle a nadie tiempo para pensar. El tipo ahueca las manos, y Mollel se sube a ellas.

—Ahora, a la de tres, necesito que todos me empujéis hacia arriba. ¿De acuerdo?

Mollel cuenta. Al llegar a tres, es impulsado hacia arriba, más alto de lo que esperaba, de modo que no logra cogerse del metal liso que está en la base de las púas, sino que coloca las manos, boca abajo y en carne viva, sobre ellas. El ímpetu le ha dado bastante propulsión como para evitar bajar las manos con fuerza; en vez de eso, las apoya contra la parte posterior de las púas y se impulsa hacia delante. La pernera del pantalón se queda enganchada y se rasga, y él cae sobre la gravilla al otro lado del portón, de cabeza. Pero al menos, piensa mientras se tambalea para ponerse de pie, no se ha quedado empalado.

Se oye una aclamación del otro lado. Finge examinar la parte interior del portón.

—Está cerrada con candado —grita—. Esperad aquí. Intentaré entrar en la casa. No intentéis seguirme. Podrían estar armados.

—Date prisa —le apremia uno de ellos.

Corre hacia la ventana de la cocina. Como todas las ventanas de la casa, tiene barrotes. Ve una lámpara de queroseno encendida sobre la mesa. Pero no hay nadie. Golpea el cristal.

—¿Faith? ¿Honey? ¡Soy yo, Mollel!

No sirve. No se atreve a gritar demasiado fuerte por miedo a que los tipos que hay frente a la puerta le oigan. Y solo puede imaginar el miedo que Adam, Faith y Honey tienen que estar sintiendo ahora, oyendo a alguien golpeando la ventana y gritando.

Es extraño, piensa, cómo todavía se preocupa por Honey. Sabe que mató a Lucy, y está convencido de que tiene la capacidad de ser una verdadera amenaza para Faith. Pero de alguna forma, pensando en la anciana y el niño acurrucados con miedo dentro de la casa, le alegra que Honey esté ahí con ellos.

Después piensa: *ella no es Chiku*.

Le llega como una descarga, darse cuenta de que ha estado forjando ese papel para ella. Pero en aquel momento le sentó bien, el consuelo que ella le proporcionó, la protección que él sintió estar proporcionándole a ella. Está enfadado, se siente estúpido: le ha embaucado. Es una profesional. Es lo que hace.

Todas sus suposiciones sobre Honey han sido erróneas. No puede suponer que Faith esté a salvo ahora. Confía en que Honey haya sido lo bastante racional como para no hacerle daño si todavía piensa que él está de su lado. Pero después de lo que le hizo a su amiga...

Ni siquiera puede suponer que Adam está a salvo.

Coge un macetero y rompe la ventana de la cocina.

—¡Faith! —sisea por el hueco. Malditos barrotes—. ¿Honey? ¿Adam?

—¿Qué haces? —dice una voz desde el otro lado del portón. Mollel mira hacia atrás, por un resquicio ve una fila de ojos mirándole.

Sabe dónde estarán. Hay un armario en el pasillo principal, que no tiene ventanas, ni pared que de al exterior. Es el lugar más seguro de la casa. Si todavía no se han refugiado allí, lo harán ahora que han oído romperse un cristal. Están fuera del alcance.

Se gira hacia las otras ventanas, mirando hacia el interior, confiando en alcanzar a ver a alguien, un punto de contacto. Pero no hay nadie.

—Venga, masái —retumba de nuevo una voz—. Date prisa, o asaltamos este sitio.

La última vez que merodeó así por una casa, fue en Orpheus House. Entrar allí fue sencillo cuando tuvo la llave. Recuerda las ruinas que han quedado en pie, el techo derrumbado. Debió de arder hasta desplomarse en minutos. Como le pasaría a esta casa: el techo es una construcción endeble de chapa de cinc, solo con algunas viguetas de madera y una capa delgada de hormigón por debajo, buena para que no entre la lluvia, pero mortal en caso de incendio, cuando toda la estructura se vendría abajo. Confía desesperadamente en que ninguno de los matones de ahí fuera esté impacientándose por usar la gasolina.

El techo, por supuesto. Vuelve corriendo a la cocina, donde hay un barril para la lluvia junto a la puerta, y se sube a él. Desde ahí es bastante sencillo trepar por el tubo del desagüe, utilizando las canaletas para agarrarse y llegar al techo de metal. Va bordeando —por suerte la pendiente es relativamente estrecha— hasta que nota una fila de clavos galvanizados bajo el dolor punzante de sus manos.

Su teoría es sencilla: más que intentar abrir una brecha entre dos chapas de cinc, empezará por el extremo inferior y estirará. Si tiene suerte, una vez ceda la primera fila de clavos, podrá hacer palanca para empujar lo bastante y levantar la chapa.

Está de pie en el borde. Incluso esta altura de una planta le produce sensación de mareo, con los fuegos y la confusión que hay más allá de la valla del recinto. La turba de hombres esperando en la puerta le grita y le silba. Él les saluda haciendo un gesto con la mano, después se agacha y agarra el borde.

Siente un ramalazo de dolor en las manos. Pero lo desafía: separa los pies, tira con fuerza, el borde del metal le corta en la carne viva, herida.

No sucede nada.

Va a ser más duro de lo que imaginaba. Mirando hacia abajo, ve que las chapas se solapan unas con otras, de forma que un extremo está inmovilizado por la siguiente. Con una palanca sería bastante sencillo, pero...

—¡Eh! —grita a los tipos que siguen fuera—. Necesito un barrote o algo.

El que cogió la piedra agita el tubo de metal en el aire.

—¿Qué tal esto?

—Perfecto —grita Mollel.

El tipo levanta el tubo y lo lanza, haciéndolo girar, sobre el muro. Se mueve

formando un arco hacia Mollel, que se agacha, cae con estrépito sobre el techo e inmediatamente empieza a rodar hacia abajo. Mollel se lanza y lo coge justo cuando ha llegado al borde.

Con el tubo en la mano, se pone a trabajar para levantar el borde de la chapa de metal. Elevando una esquina, ahora puede agarrarse a la chapa que quiere levantar.

Vuelve a apretar. Ahora está resbaladizo. Su sangre se desliza por el borde. La chapa sigue sin moverse. La turba que le observa suelta una burla.

—Venga, masái —grita uno de ellos—. Si entras, ¡puedes ser el primero con la vieja!

Tira de nuevo, jadeando. Cada músculo de su cuerpo es parte de este esfuerzo. El dolor le atraviesa, ardiendo. Cuando nota que algo cede, el más mínimo movimiento, al principio piensa que es su propio cuerpo. Pero no. Es el metal. Otro tirón, y vuelve a notarlo, con más claridad esta vez. A duras penas alinea de nuevo las manos sobre la chapa grasienta. Y tira.

Con un chirrido, la chapa empieza a soltarse. Tira, y los clavos saltan de sus posiciones. Un esfuerzo final, y dobla la chapa hacia atrás, dejando un hueco solo lo bastante amplio para escurrirse dentro. La turba le jalea, y no puede evitar lanzarles una sonrisa y un saludo triunfal con la mano mientras se gira, se agacha y entra.

Piensa en los ratones, o ratas, que se escabulleron rápidamente en Orpheus House. Ahora él es quien camina con cuidado por las vigas. Intenta recordar dónde está la trampilla, pero ni siquiera puede hacerse una imagen de la distribución de las habitaciones debajo.

—¿Faith? ¿Honey? Soy yo. Mollel.

Ningún sonido. Y no se ve nada, tampoco. El más leve atisbo de luz se filtra por el agujero que ha forzado en el techo. Nota en los pies el camino por las vigas, eligiendo pasar bajo vigas transversales y por encima de cañerías de agua.

Se detiene. Frente al clamor que hay fuera, cree oír algo. Escucha, tratando de separar las hebras de sonido, lo que está fuera de lo que está debajo.

Es una oración.

Sin lugar a dudas, directamente bajo sus pies oye una oración. La voz de Faith: el padrenuestro. Agacha la cabeza para estar seguro. Se mueve para poder apoyar la oreja sobre la base del techo de la habitación que hay debajo.

Una cuchilla emerge justo delante de sus ojos. Desciende, dejando un agujero, una pequeña tajada de luz. Grita.

—¡No, no! ¡Soy yo!

La cuchilla aparece de nuevo, entre sus piernas. Es un *panga*, posiblemente el que Faith utiliza para cortar las plantas del jardín. Retrocede, nota que pierde el equilibrio en su posición privilegiada sobre la viga. Nota que su espalda golpea la capa de hormigón, siente que esta cede bajo su peso y cómo, en una fracción de segundo, con un desprendimiento terrible, se rompe y él cae a plomo, aterrizando con estrépito y una nube de polvo en el suelo del pasillo de la casa de Faith.

Parpadea. Aturdido. Levanta la vista. Honey está de pie sobre él, tiene en la mano la pequeña hoja curvada del cuchillo de Lucy. Más allá de ella, junto a la puerta del armario, ve a Faith de pie sobre una caja, el *panga* en alto. Adam está a sus pies.

—¡Papá!

—Gracias a Dios que eres tú —grita Faith—. Pensábamos que era uno de esos *wamera* intentando entrar. ¿Qué le has hecho a mi casa, Mollel?

—Un poco más cerca con ese *panga* —dice—, y habría sido circuncidado por segunda vez.

Mientras se pone de pie, casi vuelve a tirarle una carga repentina. Nota unas extremidades tibias alrededor del cuello, y piel junto a su mejilla. Adam le está apretando con cariño violento. Mollel rodea a su hijo con los brazos y le levanta al ponerse de pie.

Por primera vez, se da cuenta de lo que podría haber perdido. Y no querría soltar al niño jamás.

Honey le toca el hombro y le planta un beso suave en la mejilla.

—Sabía que no nos fallarías —dice.

Al recordar la presencia de ella, Mollel baja a Adam a regañadientes y se separa de nuevo.

—¿Dónde estabas cuando te necesitábamos, Mollel? —pregunta Faith—. Llevamos toda la noche aquí con estos vándalos gritando amenazas y tirando piedras. Pensábamos..., pensábamos que iban a matarnos.

Faith se sienta en la caja y hunde la cabeza entre las manos. Honey se acerca a ella y rodea con el brazo los hombros de la anciana. El cuchillo pequeño, cruel, está en su mano.

—Chss, Faith —dice de modo reconfortante—. Mollel ha venido tan pronto como ha podido. Estaba con su caso. Tenía trabajo que hacer. ¿Descubriste algo, Mollel?

Levanta los ojos hacia los de él. Hay un ligerísimo atisbo de desafío en su mirada.

—No mucho —contesta Mollel—. En las condiciones en que está esta ciudad, dudo que un pequeño asesinato cuente de algo. Creo que he llegado a un callejón sin salida. ¿Alguna de las dos tiene su teléfono? Puedo intentar llamar para pedir ayuda.

—¿No crees que lo hemos intentado? —llora Faith—. La red ha caído. Posiblemente todo el mundo esté intentando llamar para pedir ayuda ahora mismo en Nairobi.

—¿Qué quieres decir, un callejón sin salida? —pregunta Honey—. Todavía vas a investigar a los Nalo, ¿verdad? Olvida el asesinato. ¿Qué hay de encontrar al bebé de Lucy?

Acaricia el cuello de Faith mientras gira el cuchillo que tiene en la mano.

—La prioridad ahora mismo —contesta Mollel, moviendo a Adam para colocarlo tras él, y acercándose hacia delante— es salir de aquí. Faith, ¿qué tienes en casa con lo que podamos defendernos?

—Tengo este *panga* —dice, levantando la vista para mirarle atemorizada—. Hay algunos cuchillos en la cocina. Y en alguna parte está el viejo bastón de paseo de Ngugi.

—De acuerdo —dice Mollel—, es un comienzo. Honey, ese cuchillo pequeño no te va a servir de nada. Será mejor que me lo des.

Honey levanta la mirada hacia él.

—¿Por qué no me lo quedo, por si acaso?

—Es una prueba, ¿te acuerdas? —responde Mollel.

Ahora está cerca. Levanta la mano y la extiende, boca arriba. Quemaduras y laceraciones: una mano tullida. Pero una mano que va a coger el cuchillo.

Honey suelta una risa silenciosa y se abraza a Faith. La hoja baila junto a la oreja de Faith, su mejilla, su cuello.

—Está temblando, Mollel —solloza Faith—. ¿No te das cuenta de que está aterrorizada? Todos lo estamos. Deja que se quede con el cuchillo si la hace sentir mejor.

La palma de Mollel permanece abierta, insistente.

—Dámelo, Honey.

Honey le mira a los ojos. Los suyos brillan por las lágrimas.

—Lo sabes, ¿verdad? —dice.

—Dame el cuchillo —repite él con suavidad.

—Siento haberte mentado, Mollel. Nunca pensé que nadie tomaría en serio a una *poko* como yo. La mayoría de la gente habría estado de acuerdo con Wanjiku, que el bebé está mejor en cualquier otra parte. Pero no me conocen, Mollel. Sería una buena madre. Nadie tiene derecho a quitarle un bebé a su madre. Nadie tenía derecho a quitarme a mi bebé.

—¿A ti? —pregunta Faith, levantando la cabeza con un sobresalto. Da un grito de dolor.

—¡Cuidado, Honey! —grita Mollel.

—¡Me haces daño!

Honey aprieta el brazo alrededor del cuello de Faith. La punta del cuchillo está apretada contra su yugular.

—Mollel es la única persona que me escuchó jamás —llora Honey al oído de Faith—. El único que realmente quería ayudarme. Y ella me contó, Mollel —levanta la mirada—, me contó cómo te iba a quitar a Adam. Tenías razón. Cree que no eres un padre adecuado. Bueno, a mí me lo hicieron. No voy a permitir que ella te lo haga a ti.

—¡Abuela! —chilla Adam.

Faith mira fijamente con ojos desorbitados, por el miedo y el asombro. En ese momento, se oye un estrépito. Metal derrumbándose. Han forzado la verja del recinto.

—¡Coge a Adam y vete, Mollel! —grita Honey—. ¡No necesita ver esto! ¡Los dos podríais salir de aquí si os vais ahora!

Los brazos de Adam se agarran a la cintura de Mollel.

—¡No la dejes hacerlo, Papá! ¡No dejes que haga daño a Abuela!

—Lo que cualquier otra persona diga o piense ya no me importa, Mollel. Pero quiero que tú lo entiendas. Necesito que lo entiendas.

—Podemos hablarlo más tarde —dice Mollel—. Por favor, Honey.

Pero incluso mientras lo dice, él sabe que ella no se irá de este lugar.

Tiene una expresión distante en la mirada. Sus palabras empiezan a salir con calma, con suavidad. Como si estuviese hablando consigo misma tanto como con ellos.

—Me desperté en mi apartamento. Estaba sobre el colchón. Lucy se había acurrucado a mi lado. Eso era lo que hacíamos siempre cuando las dos necesitábamos dormir al mismo tiempo. Ambas estábamos acostumbradas a ello. Todo masái lo está.

En realidad nunca me acostumbré a dormir sola, sin el olor a cuero y humo y hermanos y hermanas por todas partes.

»Su piel tenía el aroma dulce, lechoso, de un bebé. Y entonces me acordé: ¡mi bebé!

Un traqueteo por encima de sus cabezas indica otro chaparrón de proyectiles golpeando el tejado.

—Honey, sea lo que sea lo que hayas hecho... —comienza Faith. Pero Honey la agarra con más fuerza.

—No hables —sisea—. Eres igual que ellos.

—No lo es —insiste Mollel—. Ella no es igual.

Avanza hacia Honey, pero ella le lanza una mirada llena de advertencia y peligro.

—Escúchame, Mollel. Vas a escucharme.

Él levanta la mano, retrocede unos pasos.

—Cuando empecé a sentir los dolores de parto, dos meses antes de tiempo, Lucy fue quien insistió en que fuese a Orpheus House. Dijo que allí me atenderían gratis, que era la forma más segura de tener a mi bebé. Yo estaba nerviosa. El bebé era *suyo*, después de todo. De George Nalo. ¿Cómo podía confiar en su esposa para tenerlo? Pero Lucy me dijo que Wanjiku no tenía idea. Que pensaba que su marido practicaba lo que predicaba. Lucy dijo que no tenía nada de que preocuparme. Que ella estaría allí conmigo.

»Y sin embargo... cuando desperté, me dijeron que el bebé había muerto. Así tal cual. Sin disculpas, ni explicaciones. Y sin cuerpo. Me dijeron que estaba deforme, que no estaba sano. Que no podría haber vivido. ¿Pero no había sentido yo cada movimiento, cada vuelta y cada patada, dentro de mí?

»Conocía a ese niño. Sabía que estaba sano. Sabía que seguía vivo. Y que me lo habían quitado.

»“Lo siento, Honey”, dijo Lucy. “¿Pero qué clase de vida habría tenido el niño, de todos modos?”.

»Me dijo que tenía que irse. Se había arriesgado al llevarme allí. Pero quería comprobar que yo estaba bien antes de marcharse de Nairobi para siempre.

»Me explicó que necesitaba alejarse de su novio. Iba a volver a su aldea, de vuelta a la vida masái. Se afeitaría la cabeza, se pondría una *shuka*, alargaría los agujeros de sus orejas. Alguien la tomaría, incluso como segunda esposa. Desaparecería.

»Pero necesitaba dinero. Ya no tenía familia. Nadie que diese ganado como dote. Por eso, dijo, contactaría conmigo en unos días. Necesitaba mi ayuda para hacer un último trabajo antes de marcharse para siempre de Nairobi.

»El trabajo, me contó, consistía en robar a un viejo *mzungu* rico. Era uno de sus clientes. Siempre la recogía los viernes por la noche. Era algo habitual, al parecer.

»Recientemente le había convencido para hacer un dos por una. Al principio se mostró reacio... imagina, me dijo. Un habitual de K Street, demasiado conservador para un dos por una. Pero ella se lo había estado trabajando. Mi amiga es realmente

bonita, le había dicho. Es joven, pero tiene experiencia. Y si no quieres participar... bueno, siempre puedes mirar.

»Y después dijo, “¿Sabes?, Honey... si es agradable, podría estar abierta a persuadirme a mí misma”. Y sonrió.

»Realmente me quería. Me *necesitaba*. Dijo que me llamaría para confirmar el lugar de encuentro, en unos días, cuando me encontrase mejor.

»Puso un bote de pastillas en el alféizar de la ventana. Unos cientos de chelines debajo, para comida.

»Hasta después de que se marchase, no me di cuenta de que ni siquiera sabía si mi bebé había sido niño o niña.

Se oye el estruendo de una bocina fuera. Mollel mira hacia atrás con nerviosismo.

—Tuve mucho tiempo para pensar, los días siguientes —sigue Honey. Tiene los ojos vidriosos, como en trance—. Por primera vez, empecé a sentirme como si no pudiese confiar en Lucy. Fue esa sonrisa... esa sonrisa seductora. Como si yo fuese otro cliente con el que jugar en la calle.

»Necesitaba dinero, me dijo. Dinero para una dote. ¿Pero cuánto dinero podíamos conseguir robando a un cliente? Ninguna de las dos sabíamos conducir, así que no era como si pudiésemos llevarnos el coche. Ni siquiera un *mzungu* llevaría bastante efectivo como para que mereciese la pena. Debería saberlo..., he visto miles de carteras en mi vida, cuando están durmiendo o se han ido a mear. Unos cuantos miles de chelines, máximo. Y eso sin compartir.

»No, si realmente pretendiese regresar a la vida masái —y eso, al menos, sonaba cierto—, necesitaría una dote bastante impresionante para encontrar un marido decente. Él sabría, por su carencia de conexiones familiares, que se había escapado. Cualquiera podría ver con solo mirarla que había estado en la ciudad. ¿Y ahora quería desaparecer en una aldea en alguna parte? Solo podía significar una cosa. Y para pasar eso por alto, su dote tendría que ser grande. Digamos... cien mil chelines.

»Cien mil chelines, Mollel.

»El precio de un niño.

»Todo empezó a encajarme.

»Lucy le había contado a Wanjiku Nalo que mi bebé era de su marido. Y sabiendo que la pareja no querría ninguna prueba de la infidelidad del pastor, Lucy habría sugerido una solución. Vender al bebé en adopción. Conseguir a alguna pareja extranjera desesperada para que lo comprase. Que se lo llevase. Lo más lejos posible.

»Y todo lo que Lucy habría pedido por esta pequeña tarea —por ofrecer que un niño tan molesto simplemente desapareciese como por arte de magia—, todo lo que habría pedido sería la tarifa habitual. El pago de los futuros padres. La tarifa por facilitarlos. Una suma modesta, considerándolo todo.

»Cien mil chelines.

»Todavía no sabía cuál era el auténtico plan de Lucy con el robo. Ya no confiaba en ella. Pero sabía que era mi última oportunidad de verla antes de que desapareciese

para siempre. Y mi única oportunidad para tratar de averiguar la verdad mientras hubiese una posibilidad que de mi bebé siguiera en el país. Así que cuando me llamó fui a encontrarme con ella, como acordamos, en K Street.

»Me costó cierto esfuerzo llegar allí. Me costó incluso más esfuerzo parecer convincente. Tener éxito en K Street no solo depende de tu aspecto, ya sabes. Depende de cómo camines, de cómo te manejes. Esa desenvoltura. El atractivo, la promesa sexual debe ser evidente en cada paso, en cada movimiento de cintura. La forma en que doblas una rodilla cuando estás de pie, para marcar la cadera. La forma en que metes tripa para levantar el trasero cuando te apoyas en la ventanilla de un coche. Es una representación, un baile. Y solo unos días antes, había estado de parto.

»Fue doloroso. Físicamente doloroso, e incluso más duro mentalmente. No había estado en las calles desde hacía meses, y mi cuerpo se sentía saqueado. Las miradas de los hombres me decían que tenía buen aspecto, sin embargo. Les estaba engañando. No dejaba de decirme a mí misma que, pasara lo que pasase, este no iba a ser un trabajo normal. No iba a pasar por eso..., no por mucho tiempo.

»Lucy se reunió conmigo, y nos dimos un beso. Esta vez tardó un segundo más de lo que hacía falta. Cogió mi labio inferior entre los suyos al apartarse, y después me miró y sonrió. Era calculado. Hacía conmigo todos los trucos que yo hacía con los clientes: su mano sobre mi antebrazo, la mirada baja, que después levantaba de forma deslumbrante, y después apartaba; todos los trucos que yo le había enseñado.

»Pensaba que podía seducirme. Chica estúpida. No se daba cuenta de que, con cada movimiento de pestañas, estaba confirmando su traición.

»El *mzungu* no tardó mucho. Apareció en su cuatro por cuatro, lo acercó para que pudiésemos subirnos. Como habíamos acordado, Lucy se subió en el asiento delantero. Yo me metí detrás.

»“Tienes razón”, fue lo primero que le dije a Lucy. “Es preciosa”. Y me miró por el espejo retrovisor. No había lujuria en esa mirada. Ni pizca de lujuria. Solo lástima.

»Entonces supe con seguridad que se trataba de un montaje. Este tipo no era un cliente. Ni siquiera era *hetero*.

»El plan, según me había explicado Lucy, era que él nos llevase en coche a algún sitio tranquilo. Sin nadie alrededor. Uhuru Park, pensó ella, sería lo bastante seguro a esa hora de la noche. Una vez que llegásemos allí y él parase el coche, ella iba a sacar un cuchillo. Siempre llevaba uno cuando trabajaba en la calle, metido en el vestido junto a la curva de la espalda. Cogeríamos la cartera del viejo, el teléfono, tiraríamos sus llaves a los arbustos, y saldríamos corriendo del parque.

»Supe, sin embargo, por las miradas que intercambiaban entre ellos, que era *a mí* a quien querían dejar sola. Bueno, no iba a darles la oportunidad. Recorrimos K Street, de nuevo a Kenyatta Avenue. Yo iba pensando todo el tiempo, ¿qué quieren de mí? ¿Qué van a hacerme?

»Para cuando llegamos a la rotonda de Uhuru Highway, lo había imaginado. Quien quiera que fuese este tipo, Lucy tenía algún control sobre él. Había conseguido

convencerle para que la ayudase en su último trabajo. Cuando dejase Nairobi, no quería ningún cabo suelto. Yo era la única que sabía de dónde había venido. Habíamos hablado muy a menudo de su casa. Sabía exactamente dónde se la podría encontrar. Y cualquiera que quisiera encontrarla, podría hacerlo a través de mí.

»Y ella sabría que si yo llegaba a descubrir lo de la adopción, o a sospechar siquiera que había perdido a mi bebé por su culpa, tendría todos los motivos para entregarla.

»No estaba preparada para dejarles hacerlo. No iba a abandonar con tanta facilidad.

»Mientras el coche aminoraba para entrar en la rotonda, pensé en saltar. Podría haberlo hecho. Pero me acordé del bebé. Todavía faltarían algunas semanas hasta que cualquier adopción internacional hubiese finalizado. Si me contaba la verdad ahora, podría ser capaz de detenerlo. Recuperar a mi bebé. Si no conseguía la verdad esa noche, todavía podría seguirla hasta su aldea. Pero sería demasiado tarde.

»Así que mientras el viejo giraba el coche hacia el parque, me incliné hacia delante y agarré el cinturón. Tiré de él. Tan fuerte como pude.

»Dio un volantazo, y rebotamos sobre el bordillo. Pero no lo solté. Chocamos contra algo, volamos hacia delante. El *airbag* de él saltó, pero seguí sin soltarle. No lo hice hasta que le oí gorjear. Y se quedó flácido.

»A Lucy le sangraba la nariz. No llevaba puesto el cinturón, como yo. Pero tuvo tiempo de agarrarse. Estaba un poco magullada, nada demasiado serio. Abrió la puerta y salió a trompicones.

»La observé tambalearse. Y después salió del campo de visión de la luz de los faros. El viejo no se movía. Salí, fui tras ella. La alcancé junto a la alcantarilla.

»Supongo que sus heridas debían ser más graves de lo que pensé. Estaba allí, de rodillas. Actuaba de forma imprecisa, conmocionada. La cabeza se movía sobre sus hombros como si fuese un peso. Le cogí la cara entre las manos. Cuando las retiré estaban húmedas. Sangre.

»“¿Qué hicisteis con mi bebé?”, pregunté. “¿Dónde está? ¿Adónde ha ido?”.

»Pero ella solo se rio. Y empezó a toser. La sangre le subía a borbotones por la garganta.

»La sacudí. Se estaba escabullendo. Cayó hacia delante, empezó a deslizarse hacia la alcantarilla. Pesaba mucho, no pude pararla. Me arrastró con ella, pero seguí gritando: “¿Dónde está mi bebé?”.

»No podía creer que me hubiese engañado en ese momento final. Me había robado a mi bebé, lo había vendido.

»Seguí gritando hasta mucho después de que hubiese muerto. Seguía gritando cuando encontré el cuchillo en mi mano, el cuchillo que ella guardaba en la parte baja de la espalda. Era una cosa tan diminuta. Cuando lo cogí, sentí como si se lo estuviera clavando. Clavándolo en su cuerpo muerto. Clavándolo donde ella me había herido. Donde había arrancado de cuajo la vida que había en mí.

»Oí la voz del tipo blanco. Estaba de pie sobre nosotras. Horrorizado. *¿Qué has hecho?*

»Me levanté. No me molesté en explicarle. Unas luces le recorrieron la cara, y en sus ojos pude ver el terror. Incluso entonces entendí que sería útil que pensase que yo había podido matarla.

»Las luces se estaban volviendo más brillantes. Estaban entrando unos vehículos, se oía el crepitar de la grava. Apoyé el cuchillo contra las costillas del viejo, y caminamos juntos de vuelta al coche, como si nada hubiera pasado. Estaba empezando a llover cuando nos marchamos.

Mollet se mete la mano en el bolsillo y saca una fotografía arrugada. La sujeta con la mano herida, se la ofrece a Honey.

—Mira.

Es un bebé. Un bebé muerto. Un bebé incompleto.

Su bebé.

—Es un truco —dice con voz débil.

—No, Honey, no lo es. Es tu bebé. Tuyo y de George Nalo. He visto los registros. Nunca habría podido sobrevivir.

—Oh, Honey —dice Faith—. *¿Qué has hecho?*

Se oye un fuerte estallido en la puerta de la cocina. Y otro.

—No es asesinato —dice Mollet—. Si murió por el accidente de coche, no tienes nada de lo que sentirte culpable. Ven conmigo. Haz una declaración. Aquí no hay nada con lo que no podamos tratar.

Se oye un estrépito cuando el cuchillo cae al suelo. El cuerpo de Honey se queda flácido. Ya no sujeta a Faith. Ahora es Faith quien la sujeta a ella.

Murmura unas pocas palabras en voz baja, en maa.

Faith se levanta con vacilación y camina hacia Adam. Levanta al niño en brazos.

—Ahora tenemos que irnos —dice.

Mollet alarga la mano.

—¿Honey? ¿Vienes?

El sonido de la madera al astillarse retumba desde la cocina. Mollet se gira hacia ella. Entra un haz de luz, potente luz blanca. De ella, ve que surge una figura.

—Siento lo de la puerta —se oye gritar. Mwathi está ahí de pie—. Hemos forzado la barrera pero solo podemos contenerla unos minutos. *¿Venís o no?*

Faith corre hacia delante, con Adam en los brazos. Corre hacia la luz, cruza la puerta destrozada de la cocina. En el recinto, un camión de la GSU está aparcado sobre la puerta derribada, el motor en marcha, los faros relucen.

—¡Vamos, Honey!

Mollet la coge de la muñeca y la arrastra con él hacia la entrada. Sale corriendo, agachado, mientras una lluvia de proyectiles vuela sobre su cabeza, golpeando en el

tejado de la casa. Faith y Adam ya se han refugiado en la cabina del camión. Mollel se gira para ayudar a Honey a pasar...

... y ella no está.

Mwathi sube por el otro lado, tras el volante. Suelta el freno y empieza a salir marcha atrás.

—¡Espera! —grita Mollel, de pie junto a la puerta—. ¡Todavía hay alguien dentro!

—Tu asesina, supongo —contesta Mwathi—. Déjala. ¡Se merece lo que le viene!

Mollel mira hacia atrás, hacia la casa. La entrada rota permanece oscura y vacía a la luz de los faros.

—¡Honey! —grita.

—No vendrá —dice Faith—. No ahora. Ha elegido.

Mwathi arranca y vuelve a salir marcha atrás. Una bomba de gasolina pasa formando un arco sobre ellos y revienta sobre la gravilla que tienen delante, creando una cortina de llamas azules.

Algo se estrella contra el techo de la cabina del camión, y Mollel cierra la puerta de golpe justo cuando un fuego líquido empieza a caer por el lateral. La cabina se llena del hedor del fuego, y la ventanilla del lado de Mollel se parte por el calor repentino.

El camión retrocede dando bandazos y se balancea al girar alrededor de un poste. Mwathi cambia a primera con un chirrido y pisa el acelerador. Los agentes de la GSU a ambos lados del camión se dispersan cuando el vehículo pasa rugiendo por su lado; levantan los escudos antidisturbios sobre sus cabezas y corren tras él. Mientras las llamas caen sobre la ventanilla lateral, Mollel alcanza a ver fugazmente rostros contraídos por el odio, aullándole al camión a su paso. Y después van dando tumbos con gran estruendo hacia la línea de la GSU, que se abre, y de pronto, el camión se ve rodeado de silencio y de la oscuridad de la noche.

—Honey —dice Mwathi jadeando, mientras apaga el motor—. Un nombre extraño para una asesina.

—¿Estás seguro de que quieres hacer esto? —pregunta Kiunga.

—Seguro —responde Mollel.

El depósito de cadáveres de la ciudad está desbordado, pero aquí, en el CID Central, un cuerpo solitario ocupa una celda él solo.

Mollel se inclina sobre el banco. Coge una esquina de la sábana y la retira con delicadeza.

Se estremece al ver el rostro conocido. A pesar del agujero en su frente, parece tranquilo. El cráneo con trenzas, sin embargo, está abierto por completo.

—Lo siento —dice Kiunga—. Es duro perder a alguien en quien confías.

Mollel vuelve a colocar la mortaja.

—Nos salvó la vida —continúa Kiunga—. Fue justo después de que te marchases. Si hubiésemos seguido avanzando, probablemente habríamos estado bien. Pero rodearon el coche antes de que me diese cuenta.

»Estábamos solo a unos pocos cientos de metros de aquí. No podía conectar con comisaría por teléfono, así que toqué el claxon, confiando en llamar su atención. La luneta se hizo añicos. Panya se tiró hacia delante, pero le cogieron por los tobillos. Le sacaron a rastras. Lethebridge me chillaba para que arrancase, y pasase por encima de los que tenía delante. También lo habría hecho, de no ser por Panya.

»Entonces Benjamin bajó del coche. Alguien balanceaba un *panga*. Arrancó el retrovisor, pero él ni siquiera se estremeció.

»Habló con ellos, Mollel. No lo capté todo. Era kikuyu, pero era ese dialecto extraño que hablan los mungiki. Habló con ellos, y les dijo que nos íbamos. Recogió a Panya a pesar de tener el brazo herido, y yo ayudé a Lethebridge a salir del coche. La cara del viejo estaba bastante cortada por el cristal. Caminábamos hacia la Central. Vi que algunos de los agentes habían salido. Estaban armados. Habrían oído el claxon. Estábamos solo a unos pasos de la seguridad.

»Cuando oí la detonación, al principio pensé que la pandilla había prendido fuego al coche, que el depósito de gasolina había estallado. Me giré para mirar. La pandilla se había dispersado, pero el coche estaba intacto. Y entonces vi a Benjamin cayendo de rodillas. Lo último que hizo, ¿sabes, Mollel?, fue dejar a Panya en el suelo. Con mucho cuidado.

»Los chicos de comisaría le habían disparado. Vieron las trenzas, ¿comprendes? Fue todo por las trenzas.

En el despacho del CID, Panya está jugando con una porra. Alguien ha encontrado un viejo uniforme para él, y se pelea con la camisa extra grande metida en los pantalones sujetos con un cinturón de cuerda. Parece estar dándole un sermón a Mwangi por poner los pies encima de la mesa.

—¿Dónde está Lethebridge? —le pregunta Mollel a Kiunga.

—Kingori se lo ha llevado. No tenemos bastante para presentar cargos por ahora. Quizás, cuando todo esto se calme, convenceremos a Otieno para que considere un cargo de obstrucción. Pero, por lo que me has contado, nunca conseguiríamos acusarle como cómplice de asesinato. O chantaje. Los Nalo no van a respaldar eso.

—Va a salir impune, ¿verdad? —dice Mollel.

—Eso parece, jefe. Aunque imagino que ya no volveré a llamarte jefe. Volverás a tráfico. Yo volveré con Mwangi. A resolver crímenes. A atrapar ladrones. Y a soltarlos cuando no encajen en las estadísticas de Otieno. A repartir palizas y aceptar sobornos.

—Ese no eres tú, Kiunga.

—No, no lo soy —contesta él—. Podría haberlo sido. Lo habría sido, dentro de unos años, si no hubieses aparecido. Me has enseñado que el trabajo policial no tiene que hacerse así.

Sonríe.

—No estoy diciendo que lo haría a *tu* manera, tampoco, no creas. ¡Jesús!

De vuelta a su apartamento, Mollel encuentra a Faith y a Adam en el salón, delante del televisor.

—¿Te has enterado? —pregunta Faith—. Kibaki se ha hecho jurar el cargo a sí mismo en la State House. La comisión electoral le declaró vencedor. ¡Ni siquiera han terminado de contar los votos!

Si no fuese algo tan serio, a Mollel le habría parecido graciosa la indignación de Faith. Solo unos días antes se había estado lamentando por lo que podría pasar si el presidente Kibaki no tuviese un segundo mandato. Pero han pasado muchas cosas en los últimos días.

Faith se levanta y se dirige a la cocina. Hay una olla grande con *chai* sobre el hornillo; le sirve una taza a Mollel. Él la envuelve con las manos, con cuidado. Agradece haber podido conseguir algunas provisiones durante una tregua en medio del caos de esa mañana..., lo bastante como para pasar los próximos días. Esta última noticia no hará nada para calmar las tensiones en la ciudad.

—¿Alguna noticia de Honey? —pregunta Faith.

Él niega con la cabeza.

—Esa pobre chica se enfrentará a un juicio más alto del que podamos hacerle —añade Faith con tristeza.

—Se negó a creer que su bebé estaba muerto —contesta Mollel—. Construyó una fantasía en la que había sobrevivido y había sido adoptado. Solo para evitarse la culpabilidad.

—¿Culpabilidad? —pregunta Faith—. No fue culpa suya.

—He estado pensando en lo que dijo —responde Mollel—. Esas últimas palabras que le oí decir. Dijo algo en maa. Dijo: *me comí a mi bebé*.

Faith le mira con incredulidad.

—Es una antigua expresión masái —explica—. Cuando una mujer tiene un aborto o el bebé nace muerto, se dice que se ha comido a su bebé. Por lo general se le echa la culpa al hecho de haber tenido sexo estando embarazada. Si tienes en cuenta que posiblemente ella ni siquiera supo que estaba embarazada durante bastante tiempo, y quién era...

—No era una asesina, sin embargo —replica Faith—. Si hubiera venido contigo, como sugeriste, podría haber tenido otra vida.

Mollel toquetea la corbata de seda roja que cuelga del respaldo de una de las sillas de la cocina.

—No —dice—. Era una asesina. Todas esas cosas que dijo sobre Lucy. La manipulación, la seducción. Cuando hablaba de Lucy, hablaba de sí misma. Esos fueron los trucos que usó conmigo. Lucy no murió por las heridas del accidente. Honey la mató. Un asesinato premeditado, a sangre fría. La razón por la que no salió de la casa era porque sabía que yo lo sabía. No soy tan buen mentiroso como era ella.

Faith se santigua. Después mira la corbata que Mollel tiene en las manos.

—Es bonita —dice—. ¿Por qué no te la pones más a menudo?

Adam entra desde el salón.

—Las noticias son aburridas, Papá —dice—. ¿Cuándo empezarán a poner dibujos de nuevo?

—No lo sé, Adam —contesta Mollel—. Quizás en Año Nuevo.

Glosario^[20]

[1] **askari** (swahili): Vigilante, guardia. <<

[2] **bob** (inglés): Localmente, y a nivel popular, en Kenia dicen *bob* para referirse al chelín, que es la moneda oficial del país. <<

[3] **boda-boda** (jerga swahili): Bici-taxi, en diversos países de África Oriental. El término deriva del inglés, *border-border*. <<

[4] **boma** (swahili): Recinto, hogar. Donde viven los masái. En realidad, es un conjunto de casas (por lo general, hechas a base de ramas, barro y estiércol seco de animales) dispuestas en forma circular. La valla que rodea al *boma* está hecha con espinas de acacia, que evitan que los leones ataquen al ganado. <<

[5] **brazza** (sheng): Hermano. Del inglés *brother*. <<

[6] **chai masala** (hindi): *Chai* (té) con *masala*, que es una mezcla de especias molidas, muy común en la cocina india y pakistani. Normalmente, la mezcla tradicional incluye canela, comino, clavo, nuez moscada, semillas de cardamomo verde y vainas de cardamomo negro. Se ha extendido a países que han recibido inmigración india, como Kenia. <<

[7] **chai** (hindi): Té. El término, procedente de la India, y el consumo de esta bebida se han extendido a países que han recibido inmigración india, como Kenia. <<

[8] **chang'aa** (swahili): Literalmente, significa «mátame rápido». Es una bebida alcohólica muy popular en Kenia. Se prepara destilando granos de mijo, maíz y sorgo. Es muy fuerte. Su producción y distribución en muchos casos está en manos de bandas criminales. En ocasiones se elabora de forma adulterada, dando como resultado un producto incluso más fuerte y dañino para la salud. El Gobierno keniano la legalizó en 2010 para intentar evitar problemas sanitarios. <<

[9] **chapati** (hindi): En la cocina india y pakistani, pan sin levadura, plano como una torta; se suele cocinar sobre una parrilla. Muy tradicional en la India y en países con comunidades inmigrantes de esta procedencia, como Kenia. <<

[10] **chipsi** (swahili): Del inglés *chips*. Patatas fritas. <<

[11] **chokora** (swahili): Chico de la calle. <<

[12] **dagaa** (swahili): Pez de agua dulce, de la familia *Cyprinidae*. *Rastrineobola argentea*. Propio del lago Victoria (Kenia, Tanzania y Uganda). <<

[13] **e-muruata** (maa): Circuncisión femenina. Mutilación genital femenina (MGF). <<

[14] **harambee** (swahili): Significa «todos juntos». Es una tradición keniana de eventos de autoayuda comunitaria. Puede consistir en recaudar fondos o realizar actividades de desarrollo comunitario. <<

[15] **i-maroro** (maa): Orejas masái. Se refiere a la tradición masái de alargar los lóbulos de las orejas. <<

[16] **jambo** (swahili): Saludo habitual. Significa «hola», o «¿Qué tal?». <<

[17] **jike** (swahili): Bruja. <<

[18] **jiko** (swahili): Cocina, hornillo. <<

[19] **khanga** (swahili): Pedazo de tela colorida que constituye la prenda esencial en la vestimenta de las mujeres en varios países de África Oriental. <<

[20] **kiswahili** (swahili): Es precisamente como se dice *swahili* en swahili. <<

[21] **kojoe** (swahili): Mear. <<

[22] **kutindi** (swahili): Borracho. <<

[23] **leliani** (maa): Masái del clan *lelian*. Es, de hecho, el clan al que pertenece Mollel. <<

[24] **makuti** (swahili): Material tradicional para techar. Se trata de hojas de cocotero entrelazadas. <<

[25] **mandazi** (swahili): Tipo de pan frito, ligeramente dulce. <<

[26] **masala**: Véase *chai masala*. <<

[27] **matatu** (swahili, sheng): En Kenia y algunos países colindantes se llama así a un tipo de autobús, de tamaño mediano o pequeño, popular, que suele estar muy decorado, con colores vivos. Hace rutas tanto por la ciudad como entre poblaciones. El conductor por lo general va acompañado de un cobrador. <<

[28] **matoke** (swahili): Guiso de plátanos machos. La base es plátano macho, guisado en una olla con aceite, tomate, cebolla, ajo, chile y zumo de limón. <<

[29] **mavwi** (sheng): Mierda. <<

[30] **mbasha** (swahili): Homosexual. <<

[31] **miraa** (swahili): Qat. Es un psicoestimulante vegetal que se masca. <<

[32] **Mnataka ngono?** (swahili): Literalmente, «¿Queréis follar?». <<

[33] **moran** (maa): Guerrero. <<

[34] **mtundu** (swahili): Alguien astuto. <<

[35] **mwizi** (swahili): Ladrón. <<

[36] **mzee** (swahili): Anciano. Alguien mayor. <<

[37] **mzungu** (swahili): Blanco o blanca. Persona blanca. El plural es *wazungu*. <<

[38] **noma** (sheng): Buen tipo. <<

[39] **nyama choma** (swahili): Carne a la brasa. <<

[40] **ole** (maa): Tratamiento honorífico masái. Implica respeto, como «señor, caballero». <<

[41] **panga** (swahili): Una especie de machete de filo curvo. <<

[42] **pilao** (hindi): Plato de arroz típico de la cocina india. La receta original suele llevar pasas y anacardos. Puede ser de varios tipos, vegetariano o no vegetariano, y con una gran variedad de salsas y condimentos. Se ha extendido a países que han recibido inmigración india, como Kenia. <<

[43] **pili pili** (swahili): Literalmente, «pimienta, pimienta». Es una salsa muy picante hecha con chile rojo. <<

[44] **poko** (sheng): Prostituta. <<

[45] **polisi** (swahili): Policía. <<

[46] **rafiki** (swahili): Colega, amigo. <<

[47] **sambusa** (swahili): Pastelito frito, relleno de carne. Suele tener forma triangular. <<

[48] **sawa** (swahili): De acuerdo. A menudo se emplea repitiéndolo dos veces: *sawa sawa*. <<

[49] **sheng**: Dialecto del swahili, una especie de lengua criolla derivada de una mezcla de swahili, inglés y la influencia de otras lenguas keniatas. Se originó entre las clases marginadas de Nairobi. <<

[50] **shida** (swahili): Problema. <<

[51] **shuka** (swahili): Pedazo de tela, normalmente larga, que suele emplearse como parte de la vestimenta de varias culturas africanas. Entre los masái, los hombres suelen llevarla de color rojo, y las mujeres de azul. Tradicionalmente, se lleva envuelta alrededor del cuerpo. <<

[52] **sufuria** (swahili): Tipo de olla sin asas. Existe en diversos tamaños, con o sin tapa. <<

[53] **sukuma** (swahili): Literalmente significa «alarga la semana», porque ayuda a

ampliar la cantidad de comida disponible. Es un vegetal que se cultiva en todas las épocas del año, y se emplea para preparar guarnición o como plato principal. <<

[54] **tangawizi** (swahili): Cerveza de jengibre. <<

[55] **ugali** (swahili): Puré espeso preparado con harina de maíz y agua. <<

[56] **wamera** (kikuyu): Alguien no circuncidado. <<

[57] **wazungu** (swahili): Blancos o blancas. Personas blancas. El singular es *mzungu*. <<

[58] **wazuzu** (swahili): Locas. <<

Notas

[1] En la mitología masái, Naiteru-kop, «quien inició la Tierra», es el primer ser humano, o una deidad menor, mediadora entre Dios y las personas. <<

[2] El CID (Criminal Investigation Department) es una sección de la policía keniana responsable de investigar casos complejos. En ella trabajan detectives de paisano. Se trata de un departamento que existe también en la policía británica y en otras excolonias. <<

[3] *Uhuru* significa «libertad», en swahili. <<

[4] La existencia de los «corredores nocturnos» (*night runners*, en inglés) es una superstición keniana, que consiste en creer en espíritus violentos que permanecen despiertos toda la noche, merodeando por el pueblo o la ciudad, bajo la forma de gente que corre desnuda. <<

[5] En inglés, Mosque Alley significa literalmente «Callejón de la Mezquita». <<

[6] El *kufi* es un gorro que en África Occidental utilizan los varones, no necesariamente musulmanes. <<

[7] En lengua árabe se refiere a infiel, no creyente. Es un término para aludir a los no musulmanes. <<

[8] El *honeyguide* (en inglés, literalmente significa «guía de la miel») es un pájaro de la familia *Indicatoridae*, presente sobre todo en África, en muchas variedades. En castellano recibe un nombre poco poético: Indicador. Por los matices que el nombre en inglés aporta en esta historia, optamos por mantenerlo así en la traducción. <<

[9] Organización o banda ilegal en Kenia. Surgió a finales de los años ochenta del siglo xx. *Mungiki* significa «multitud» o «gente unida», en kikuyu. Se dedica a actividades delictivas, sobre todo a la extorsión, y tiene connotaciones religiosas de tipo sectario. <<

[10] *Greenroom* (en inglés, literalmente «habitación verde») es un término que, en el argot del mundo del espectáculo, se refiere a una sala que hay entre bambalinas en la que los artistas esperan o descansan. Funciona como una sala de estar y sala de espera, antes, durante y después del espectáculo, mientras no están en el escenario. A menudo se explica que inicialmente estas salas estaban pintadas de verde, y de ahí procede el término, aunque en la actualidad por lo general ya no son de este color. <<

[11] GSU son las siglas, en inglés, de *General Service Unit*, una sección paramilitar del ejército y la policía de Kenia. Está integrada por policías especialmente entrenados y soldados de las fuerzas especiales. Existe desde finales de los años cuarenta del siglo xx. <<

[12] Los Mau Mau fueron una organización guerrillera de insurgentes keniatas que lucharon contra el Imperio británico de 1952 a 1960. Sus integrantes eran fundamentalmente de la tribu kikuyu, con algunos meru y embu. Aunque militarmente el levantamiento Mau Mau no triunfó, incentivó la independencia keniana (en 1963) y la lucha contra las potencias coloniales en otras regiones africanas. <<

[13] Se refiere, en castellano, al Lete o Leteo, el río del olvido (Lethe, en inglés). Uno de los ríos del Hades en la mitología griega. <<

[14] En el original, en inglés, se emplea el término *fag*, que alude a un alumno que está al servicio de otro alumno mayor, en los colegios privados británicos. Pero la palabra también significa, peyorativamente, «marica». <<

[15] La Casa del Presidente. <<

[16] *Uhuru* significa «libertad», en swahili. Aquí se emplea en el sentido de «independencia». <<

[17] Unidad de seguridad paramilitar, dependiente del Gobierno de Kenia. Se creó en 1958. <<

[18] En castellano, se conoce como manis o pangolín. <<

[19] Dinero para comprar té (*chai*). Es un eufemismo para aludir a sobornos muy pequeños. <<

[20] Para la preparación de este glosario, que sobre todo contiene términos y expresiones en lenguas maa, swahili, sheng y kikuyu, que no vienen traducidas en el propio texto de la novela, o que sí lo hacen pero aparecen más de una vez, he contado con la generosa ayuda del autor, Richard Crompton.

Richard Crompton es muy consciente de la necesidad de mostrar de forma realista el multilingüismo de Kenia. En la novela esto se evidencia de varias formas, y la conciencia plurilingüe de los personajes es un reflejo de la realidad cotidiana. En esta traducción, los términos en lenguas kenianas presentes en el original se han mantenido, desde luego, por respeto hacia la textura híbrida y multilingüe del proyecto literario de la novela, ambientada en Nairobi y con personajes keniatas que combinan el inglés con muchas otras lenguas. (*Dora Sales, UJI*). <<